

NIRA STRAUSS



IGUALANDO EL MARCADOR

Matchstories

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Prólogo. Trinity

Trinity

Travis

Trinity

Travis

Trinity

Travis

Trinity

Travis

Trinity

Travis

Trinity

Trinity

Travis

Trinity

Travis

Trinity

Travis

Trinity

Trinity

Travis

Trinity

Travis

Trinity

Travis

Travis

Trinity

Trinity

Epílogo. Travis

Agradecimientos

Banda sonora

Biografía

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Trinity Henderson no solo quiere ser una directora de cine famosa; está decidida a hacerlo realidad, incluso si tiene que preparar un PowerPoint épico para convencer a sus padres.

Por su parte, Travis Watkins, el quarterback estrella de los UCLA Bruins, vive la vida universitaria al máximo: deportes, fiestas y cero dramas emocionales.

Pero las cosas se ponen tensas cuando Trinity y Travis se ven atrapados en una batalla por el estadio Rose Bowl: ambos lo necesitan el mismo día. En este choque de sueños y estrategias, tendrán que ganar el partido más importante de sus vidas, donde no solo sus pasiones están en juego, sino también su futuro.

IGUALANDO EL MARCADOR

Nira Strauss

 matchstories

*Para Herminito.
Siempre me miraste como si estuviera loca
por querer dedicarme a la escritura,
pero ibas por ahí presumiendo de hija.
Todo lo que consiga va por ti, papi.*

En este mundo hay soñadores y realistas. Lo lógico sería que los soñadores se juntasen con los soñadores y los realistas con los realistas, pero muchas veces pasa lo contrario. Veréis, los soñadores necesitan a los realistas para impedirles volar demasiado cerca del sol. ¿Y los realistas? Pues sin los soñadores... podrían no despegar jamás.

Cameron Tucker, *Modern Family*

Prólogo

Trinity



Otoño de hace dos años

El ambiente postpartido en UCLA era brutal. Me preocupó un poco, la verdad. Es como cuando vas a una tienda de ropa cara, ropa de lujo, y te pruebas los vaqueros de tu vida a pesar de saber que no los vas a poder pagar. Pero ya te los has visto puestos. No hay vuelta atrás. Ya has descubierto que hay algo mejor, un escalón más alto exclusivo para personas especiales. Y tú no tienes la escalera para llegar hasta allí.

Se me dan un poco mal las metáforas, pero esa fue más o menos la sensación que me embargó mientras atravesaba lo que debía de ser la totalidad del alumnado de primer y segundo año, todos embutidos en un piso de estudiantes. Lluvia, mi mejor amiga, me arrastraba con una decisión envidiable. Ya llevaba cuatro meses allí. Además, salía con el *running back* del equipo de la universidad; era algo así como la primera dama del maldito campus.

Recibí toda clase de miradas antes de llegar a la cocina. Algunas de interés evidente, y muchas otras más punzantes que cuchillos arrojados. Probablemente está mal decirlo, pero estoy acostumbrada. Soy alta, rubia, tengo un cuerpo del que estoy bastante orgullosa (y sí, sé que suena fatal y normalmente me guardo mi gran autoestima), y aquel día en especial me había puesto mi jersey *oversize* favorito con nada más excepto unas botas negras por encima de la rodilla.

Bueno, bragas llevaba.

Y si la cosa salía bien, no estarían ahí mucho tiempo.

En la cocina, me reencontré con Asher. Ay, Asher Stone. Mi *crush* más duradero (superando incluso a Zac Efron). Uno de los chicos más guapos del pueblo en el que Lluvia, él y yo nos habíamos criado, Santa Jacinta. Tan al norte de California que era humillante, porque teníamos que tragarnos varias horas de carretera para llegar a la playa.

Asher me abrazó y me soltó su típico: «Ey, Trinity, ¿qué tal?», pero su mirada se desvió muy rápido hacia su verdadero interés. Es decir, mi mejor amiga. Creo que su intención en un principio fue darse un pico a modo de saludo, pero eso derivó a la velocidad de la luz en un morreo. Lluvia me lo había advertido. Por lo visto, Asher se ponía como una moto después de los partidos, ganara o perdiera. Aquel día los Bruins habían ganado, y encima Asher se había llevado dos placajes que nos habían dolido incluso a nosotras desde las gradas.

No me hacía falta ser médico para determinar que no se había roto nada importante cuando levantó a mi amiga en peso e intentó llevársela de la cocina. La estancia se llenó rápidamente de silbidos y ovaciones.

—¡Espera, hombretón! Estoy con Trin —protestó Lluvia.

Y por eso la quiero tanto. Quiero decir, ¿tu novio macizo y cachondo te quiere secuestrar para llevarte a su habitación y te acuerdas de tu amiga? Sonreí y los despedí con la mano.

—Tienes mi permiso para subir a bordo de ese barco, grumetilla.

Lluvia me hizo unos cuantos gestos que yo interpreté como: «Eres la mejor. Esto es en tu honor. Bebe hasta reventar», o algo así. Justo antes de desaparecer, gritó:

—¡Está a tu cargo, Travis!

Un hormigueo me recorrió entera solo con oír su nombre. Sabía cómo se llamaba esa sensación: anticipación. La conocía como la palma de mi mano

y la adoraba. Podría escribir un libro titulado *Crónica de un polvazo anunciado* en el que reuniera mi experiencia y consejos sobre los ligues sin compromiso, y creo que dedicaría más de la mitad al previo. Al momento en el que conoces a alguien y SABES que saltan chispas entre vosotros. Cuando cada mirada, gesto y toque cuenta. Cuando, por unos días u horas, es la persona más guapa, interesante y alta del mundo.

La cosa empieza a decaer justo después, de ahí que mi crónica se base principalmente en los momentos presexo.

Y Travis Watkins, *quarterback* de los UCLA Bruins, y yo, habíamos tenido *bastantes* momentos presexo en los últimos meses. Yo estaba más que lista para pasar a la acción con aquel chico. Ese día nos veríamos en persona por primera vez, después de que hubiéramos coincidido en las videollamadas de nuestros mejores amigos respectivos y nos hubiésemos gustado al instante.

Estaba lejos de casa, y mucho más lejos del sofocante campus de Reno al que me había visto obligada a asistir durante dos semestres. Había puesto tierra de por medio con mi padre y su expresión de desaprobación y asco por haberle dicho que me tomaba un año sabático. Por haberme atrevido a destruir sus expectativas, planes y futuro.

Porque de sueños o vocación no se hablaba en casa de los Henderson. Y si lo hacías, eras una jovencita de casi veinte años en plena crisis existencial que iba a acabar viviendo debajo de un puente si no escuchabas los...

«Para.

»Este viaje no es para ellos y sus sermones. Ponlos en blanco y negro.

»Esto es color. Es el punto de inflexión de la protagonista en las comedias románticas.»

—Hola, rubia.

La voz surgió a mi espalda. Respiré hondo con disimulo antes de girarme. Mis labios ya se estaban curvando en una sonrisa, que se hizo mucho más amplia cuando tuve que echar la cabeza hacia atrás para mirar a la cara a Travis Watkins.

Dios, qué agradable es eso para una chica alta a la que le gusta ser superada incluso con tacones. Más que agradable, me atrevería a decir que es afrodisíaco. El chico ya tenía la mitad del camino hecha solo por eso.

La otra mitad iba a concedérsela a esa sonrisa canalla.

—Hola, *quarterback*.

El tiempo entre los saludos y el momento en el que entramos en su habitación fue un poco borroso. La expectación era demasiado poderosa. Me presentó a sus otros compañeros de piso, a quienes ya conocía por meterse en nuestras videollamadas y por las anécdotas de Lluvia: Cooper, un hijo de familia rica del centro con un moño lleno de rastas, y Dwight, la combinación más extraña entre tiarrón ciclado de manos gigantescas, cabeza pelirroja, adorables pecas y acento escocés.

No fueron muy sutiles al darle de codazos a Travis y palmaditas en la espalda. No me importó. Si yo fuera un tío, sería de ese tipo.

Travis apenas había cerrado la puerta de su habitación, amortiguando un poco el jaleo y la música, cuando noté sus manos en la cintura. Fue a una zona segura, me gustó. Mientras fingía que me interesaban los pósteres de la pared, se pegó a mi espalda y murmuró en mi oído:

—Perdona las prisas, es que tus últimos mensajes me han tenido empalmado desde anoche.

Me di la vuelta para encararlo. Era muy muy muy guapo. Y olía genial, como a mar y a protector solar. Mis preliminares con él habían durado más que con cualquiera en mi vida.

—Perdonado, yo llevo mojada desde que me bajé del avión.

Su boca estuvo sobre la mía un instante después. Fue un contacto breve. Enseguida desvié el rostro, rozando su mandíbula con los dientes mientras pegaba mi cuerpo al suyo. Estaba calentito, duro, y olía bien. Él captó rápido el mensaje, porque no volvió a intentar besarme.

Sé que es un cliché, eso de no besarse con los ligues de una noche.

Pero para mí es una ley inamovible.

«Ese momento en el que besas a alguien y desaparece todo lo que tienes alrededor, y lo único que existe eres tú y esa persona. Y te das cuenta de que esa persona es el único hombre al que debes besar el resto de tu vida, y quieres reír y también llorar...» Eso lo dijo una diosa a la que rezo, Josie Geller.

Y dio igual, porque la química entre nosotros resultó ser tan explosiva como me la había imaginado. ¿Tal vez más? Sus mordiscos en el cuello tenían la presión justa, y estaba bastante segura de que todos mis movimientos le entusiasmaban. Especialmente cuando me acerqué a su bragueta.

Para cuando le rocé el paquete por fuera de los calzoncillos, las manos de Travis se habían colado bajo mi suéter y yo me sentía borracha, en las nubes, un poco ida. Sorprendida de que su aliento no oliera a alcohol, la verdad. Creía que después de ganar un partido todos los jugadores sustituían la sangre en sus venas por cerveza.

Esa conexión no pasaba a menudo. Lo único malo de no ser partidaria de relaciones ni a medio ni a largo plazo era que no dabas tiempo a pulir la técnica en la cama con alguien. Daba igual lo bueno o malo que fueras, en el sexo todo se trataba de conectar, de que sus hormonas y las tuyas combinaran, de algo intangible que erizaba el vello de tu cuerpo y hacía que tu corazón latiera a toda pastilla.

Tracé el contorno de su polla con la mano. Prometía. Sabía que el tamaño no era determinante, pero, oye, una tenía fantasías y preferencias. Sentirme llena era una de ellas.

—Necesito verte las tetas —gruñó Travis, luchando contra el cinturón que había combinado con mis botas.

Esboqué una sonrisa de medio lado, divertida.

—A sus órdenes, *quarterback*.

Enredé mis dedos con los suyos para ayudarlo. Él gimió cuando dejé de tocar su entrepierna.

Mi móvil sonó desde el bolso, que había caído al suelo.

Travis me dedicó una mirada, una pregunta muda, pero negué con la cabeza. Nos deshicimos de mi cinturón justo cuando se cortaba la llamada.

Su mano estaba trazando el interior de mi muslo cuando volvió a sonar. Se detuvo.

—Quizá sería mejor que lo pusieras en silencio.

Exhalé un suspiro frustrado.

Saqué el móvil, dispuesta a silenciarlo y olvidarme de ello, pero justo entonces la pantalla se iluminó con un nuevo mensaje. Saltó hacia mí, me atrapó con una llave invisible. Y en cuanto leí la primera frase, no pude evitar seguir con el resto.

Papá: Eres una malcriada
y una egoísta. Tienes a tu madre encerrada en su
habitación
con migraña por la angustia,
y ni siquiera te dignas coger

el teléfono. Creía que te habíamos enseñado a hablar las cosas en familia, a comportarte como una adulta.

Apreté el móvil con fuerza. ¿Hablar las cosas en familia? ¿Qué familia? Tal vez se refería a decidir por mí. A desestimar mis opiniones. A...

Un carraspeo suave me devolvió a mi cuerpo. Por un momento, había regresado a Santa Jacinta.

—¿Va todo...?

—Sí —lo corté. Silencié el móvil, lo tiré dentro del bolso y luego lo coloqué en la mesa que había bajo la ventana y que supuse que era su escritorio—. No es nada.

Su ceño se frunció ligeramente y *odié* la interrupción por más motivos que el evidente. La atmósfera idílica de deseo e irrealidad estaba desapareciendo. No. No iba a permitirlo. Llevaba fantaseando con eso varios meses. Me lo merecía, joder.

Volví a abrazar a Travis. Y aunque su cuerpo estaba un poco más rígido, a su favor debo decir que me recibió con ganas. Sus manos se posaron en mi espalda, habíamos retrocedido. Daba igual. Teníamos tiempo.

Cuando sus labios se deslizaron por el lóbulo de mi oreja, fruncí el ceño. Mi madre tenía migrañas todo el tiempo, y la mayoría de ellas eran falsas. Las utilizaba como excusa para evadirse de todo lo que no quería afrontar: cenas, reuniones de profesores, una niña con fiebre, amantes. Al principio no sabía si mi padre la creía; ahora estaba segura de que le venía bien tener una mujer poco presente.

Los dedos de Travis, que habían vuelto a explorar bajo mi suéter, se detuvieron.

—Oye...

Pestañeeé y enfoqué su rostro. Estaba ruborizado y un poco despeinado por mi culpa, pero no me estaba mirando porque necesitara ayuda para quitarme las bragas.

—¿Te han dicho alguna vez que eres guapísimo?

Tras unos instantes en los que me miró fijamente con aquellos deliciosos ojos castaños, una sonrisa tembló en sus labios.

—Sí. Tú.

—Ah, ya... Y tú me respondiste que tu madre había sido miss Illinois.

Eso había sido en agosto, cuando Lluvia me había hecho una videollamada desde Yellowstone. Se había pasado seis semanas de viaje en autocaravana con su abuela, Asher y la abuela de este; la eché tanto de menos que tenía miedo de que me denunciara por acoso por tantos mensajes y llamadas. Justo en aquel momento, Asher había estado también en videollamada con Travis y nos habíamos visto por primera vez a través de ambas pantallas.

He de reconocer que lo primero que vi de Travis fueron sus abdominales y un tatuaje de *Dory*, la pez cirujano azul de *Buscando a Nemo*. Él me vio en pijama sobre mi cama con el pelo lleno de trenzas, algo que hago cuando estoy estresada.

Hablamos de cine y fue un flechazo.

Al menos, lo que yo denomino flechazo.

Travis soltó una risita.

—Fue la forma más educada de decir que todo esto que ves es producto de la lotería genética. O lo tienes, o no lo tienes.

—No voy a bajarte de esa nube en la que estás —admití. Le acaricié el lóbulo de la oreja con los dedos. Un pendiente ahí le quedaría increíble—. Me gustan los chulos.

—Qué suerte la mía —murmuró.

Me observó como si fuera a decir algo más. Pero no lo dijo. Así que yo tironeé del borde de su camiseta de los Bruins, mis uñas rascando con suavidad la piel de debajo. Levantó los brazos como un chico muy obediente y me mostró todo el arsenal de músculos, deporte y vida sana que se escondía debajo. Y a *Dory*.

Sin pensarlo mucho, me incliné para besar el tatuaje y deslizar mi lengua por el oblicuo que había justo al lado. La respiración de Travis se entrecortó. Su mano se posó en mi cabeza con suavidad, casi como si pidiera permiso. Bien hecho. Los tíos que me agarran la cabeza o el cabello para dirigirme solo reciben manotazos de mi parte.

Poco a poco, la situación se encauzó. Y cuando me arrodillé frente a él y sus ojos se pusieron un poco vidriosos, me sentí genial. Siempre y cuando hubiera buen rollo y respeto, no había casi nada del sexo que no me gustara. Nada que me hiciera sentir avergonzada.

Adueñarme de mi sexualidad había sido de las pocas cosas que...

Pestañeé mientras bajaba la cremallera de sus vaqueros.

Joder, ¿por qué ese día me estaba costando tanto concentrarme?

Apareció un bóxer negro.

Justo cuando mis dedos se engancharon en el elástico, las manos de Travis se posaron sobre las mías. Me detuvo.

—Trinity, no voy a acostarme contigo mientras tu cabecita está vete a saber dónde.

Ahí fue cuando realmente reaccioné y presté atención a sus palabras. Vi peligrar el polvo con el que llevaba soñando las últimas semanas y fruncí el ceño.

—¿Cómo dices?

—Llámame vanidoso, pero cuando me acuesto con alguien me gusta que su atención esté centrada única y exclusivamente en mí —afirmó con aplomo. Y para mi completo espanto y desconcierto, alcanzó la camiseta del suelo y se la pasó de nuevo por la cabeza—. No sé qué ocurre, y no tienes que contármelo si no te apetece, pero es una gran bandera roja para mí.

¿Bandera roja... para él?

¿Existía algo así, acaso? ¿Un deportista universitario cachondo podía tener banderas rojas?

Y, de ser así, ¿por qué tenía que ser yo una de ellas, por el amor de Dios?

Yo solo quería tener sexo. Sexo sucio, caliente, apasionado. Mi vagina prácticamente ya le había hecho hueco a su pene, acomodándose con alegría.

No sabía si la expresión de mi rostro delataba alguno de mis pensamientos (esperaba que no, vaya), pero él aferró mis manos, que se habían quedado en el aire. Con un tirón firme, me puso en pie.

Tras unos segundos de silencio raro, denso, en los que fui consciente de que *él era consciente* de lo extraño que se estaba volviendo todo, susurró:

—Dime que estás bien.

Y entonces me di cuenta de algo escalofriante.

Horroroso.

Imprevisto.

Algo con lo que no había contado para nada, y eso que era bastante metódica en todo lo relacionado con el sexo.

Travis Watkins era un buen tío.

Seguramente era de esos que ayudaban a las personas mayores a cargar objetos pesados, limpiaban los canalones de los vecinos y hacían carantoñas a los animales.

Y a los tíos así no te los tirabas y luego los descartabas.

Creo que fue la primera vez que odié con todas mis fuerzas el feminismo y todo lo relacionado con la igualdad. ¿Por qué tenía que estar mal que las chicas usáramos a los chicos? ¿Por qué no había ahogado mi conciencia en alcohol antes de subir a aquella habitación?

Cuando su pulgar trazó mis nudillos, habría jurado que la caricia reverberó por todas partes. Partes que estaba segurísima que no guardaban ninguna relación con mis manos, y que no entendía por qué se estaban dando por aludidas, las muy bandidas.

Por un instante, flaqueé.

«Llevamos meses con esto.

»Los dos lo estamos deseando.»

Su mano tironeó de la mía, como intentando recuperar mi atención.

—Trinity...

«También llevamos meses charlando sobre tonterías y haciéndonos compañía.

»¿Vas a hacerle eso a él?

»¿Vas a tratarlo como a todos los demás?»

Respiré hondo y esboqué una sonrisa sincera, aunque un poco triste. Despedirse de lo que podría haber sido una noche de sexo espectacular no fue fácil.

—Es una gilipollez, en realidad. A mi padre le encanta recordarme con regularidad lo decepcionado que está por todo, entre otras cosas, mi año sabático. —Era un buen resumen, aunque el cajón de mierda de los Henderson era mucho más profundo—. Está seguro de que voy a echar a perder mi vida.

Pareció reflexionar sobre ello con mucha intensidad. Se sentó al borde de la cama.

—En primer lugar, nada que te afecte es una gilipollez. Porque, si realmente lo fuera, no te afectaría. —Hizo una mueca como si se hubiera dado cuenta al mismo tiempo que yo de lo obvia que era su deducción—. Y, en segundo lugar, solo puedo darte la bienvenida.

—¿La bienvenida?

—Al maravilloso mundo lleno de clichés de los universitarios que descubren que tal vez los planes que habían hecho para el resto de sus vidas no les hacen ninguna gracia.

Algo se desinfló en mi pecho, para a continuación volver a inflarse. Como quien se quita un peso de encima solo para poner otro en su lugar. Sentí alivio y decepción a la vez. Fue raro.

Me desplomé a su lado. Y como el motivo que nos había llevado a esa habitación ya había caducado y estaba pudriéndose en el agujero negro de las oportunidades perdidas, me dio igual que en aquella posición me saliera una papada horrorosa o que mi pelo no enmarcara mi rostro de una forma sexi.

—Dime que en ese mundo no estoy yo sola.

—*Nah.* —Se dejó caer hacia atrás, con mucha más elegancia que yo. Su cabeza y la mía quedaron a centímetros de distancia, y percibí de nuevo aquel olor a playa. Era raro hablar en persona con alguien con quien llevabas meses relacionándote solo a través del móvil—. Si tiras una piedra en el campus, caerá sobre alguien que ha cambiado de especialidad, fijo. Y si la tiras fuera, en cualquier calle de cualquier ciudad del mundo, caerá sobre alguien que ni siquiera trabaja de aquello para lo que estudió.

Suspiré. Ahora que había soltado ese lastre que tiraba de mí con tanta insistencia, me sentí un poco idiota. Me solía pasar cada vez que hablaba en voz alta de las cosas que me preocupaban. Con Lluvia había llegado a desarrollar una confianza Nivel Épico, pero ella era un caso especial. La conocía desde siempre, impregnaba todos mis recuerdos.

Para el resto del mundo, solo mostraba mi faceta más perfecta.

Con Travis... No, no lo conocía. Y aunque habíamos hablado siempre con la idea de acabar conociéndonos y terminar en la cama, habían sido *meses* de mensajes. Tal vez, si no hubiera mezclado charlas sobre hobbies con conversaciones guarras, eso no estaría pasando. Travis solo me veía como un polvo y no se habría preocupado por si yo estaba enfocada o no en el sexo.

Aunque, por otro lado, ¿era malo?

Con Travis... se podía hablar. Me había reído muchísimo con él y sus payasadas, y al parecer él también me encontraba graciosísima. Los temas siempre habían fluido y teníamos muchos gustos en común.

Había perdido un polvo, pero ganado un... ¿posible amigo?

¿Nos llevaríamos tan bien en persona como por teléfono?

¿O solo habíamos sido abiertos el uno con el otro por la promesa del sexo?

Supongo que tendría que averiguarlo.

—Sé que no soy la primera ni la última persona a la que le pasa. —Me erguí sobre los codos y contemplé la larga extensión de mis piernas desnudas. A veces hasta yo misma me asombraba de lo eternas que parecían—. Y tengo un montón de tiempo para decidirme. Podría bailotear entre varias opciones hasta tercero, pero...

Travis me interrumpió.

—Oye, no lo decía por eso. Que muchos otros estudiantes hayan pasado por algo parecido no quita que sea una putada. De hecho, creo que habría que investigar por qué tantos estallamos al llegar a la universidad. Creo que nos venden una moto brutal durante el instituto, y luego llegas aquí y se supone que van a ser los mejores años de tu vida, y lo único en lo que puedes pensar es: «¿Los mejores? Entonces, ¿qué clase de mierda viene después? ¿Esto es un trampolín hacia el resto de mi vida? ¿Y si no me gustan las alturas? ¿Y si soy de esos que vomitan en las atracciones fuertes? ¿Y si ni siquiera tengo la estatura mínima?». No sé si me entiendes. —Me miró de refilón con el ceño fruncido. Se había puesto de costado sobre la cama y su pelo continuaba siendo una masa revuelta con mechones oscuros apuntando hacia todas partes—. El caso es que se te viene todo encima. Te entran dudas que ni sabías que tenías. Y si, además de todo eso, no cuentas con el apoyo de tu familia... Sí, es una mierda.

Estaba sin palabras. Patidifusa. Tanto que solo pude asentir y repetir:

—Una mierda.

Tardé unos cuantos segundos más en reaccionar del todo, mientras mi cerebro componía la imagen de Travis como un puzle, poniendo cada pieza en su lugar a toda velocidad. Todo lo que sabía de él hasta ese momento, y todo lo que acababa de averiguar en la última media hora. Ligón, deportista de élite, con un gusto cuestionable para las películas y las series, bastante ocurrente, olía muy bien, parecía que tenía un paquete decente, empático y... ¿un poco flipado?

Joder.

JODER.

Menos mal que no me lo había tirado.

Travis Watkins era un buen tío y material de novio.

Mi corazón se aceleró al pensar en lo cerca que había estado de liarla.

Sintiéndome muy resolutiva, me erguí.

—Bueno, creo que está claro que solo hay una forma de animar esta situación.

Su mirada se oscureció, y por un breve instante, tan efímero que podría habérmelo imaginado, sus ojos recorrieron mis muslos desnudos. Luego parpadeó y apretó la mandíbula.

—Ya te he dicho que...

Me levanté con decisión.

—Aparta. —Di golpecitos con las rodillas a sus pies, que colgaban del borde de la cama. Con expresión perpleja, me obedeció. Aproveché el hueco para llegar a la estrecha estantería que había entre la cama y el escritorio—. Ay, la Virgen, esto es peor de lo que pensaba... ¿*Zombieland*? ¿En serio?

Estuvimos de pie frente a su «colección sagrada» más de media hora, yo repasando cada título hilarante que veía, y él dándome sus argumentos de defensa. En algunos tuve que darle la razón, en otros acordamos estar de acuerdo en no estar de acuerdo.

Por último, me convenció para ver *Tron: Legacy*, aunque le hice jurar que no haría comentarios sobre cada escena, ángulo o frase. No lo cumplió, por supuesto.

Después vinieron *Terminator 1 y 2*, *Dr. Dolittle* (la quitamos a los quince minutos), y finalmente hubo consenso en *Hocus Pocus*. En algún momento se nos unieron Lluvia, Asher y Dwight. La fiesta ya hacía rato que había terminado y habían dado por muerto a Cooper en el jardín comunitario.

De todas las formas en las que había imaginado que iba a acabar aquella noche, esa ni estaba en la lista. Y resultó ser mi favorita.

Travis Watkins y yo jamás volvimos a mencionar nuestro primer y último magreo.

Trinity



Dos años después

Cuando entro en el Mooncake cinco minutos antes de la hora a la que hemos quedado, Lluvia, Asher y Dwight ya están sentados a la mesa de siempre. Es lunes por la tarde y la cafetería está a rebosar. Al contrario que otras, aquí hornean los dulces a media tarde para servir meriendas y cenas. Los cafés son para los estudiantes que hincan los codos durante toda la noche y necesitan estimular a tope el sistema nervioso central, y preparan menús específicos según los momentos del semestre.

Mi favorito es Sobrevivo A Los Parciales A Base De Cereales. Porque es mentira. Ese menú tiene más taurina que una vieira.

Intento saludar a Sierra, una de mis compis de piso, pero está soplándose con frustración los rizos rojos que le caen sobre la cara y mascullándole al datáfono. No necesito estar cerca para saber que es algún insulto irlandés. Hoy lleva una camiseta verde fosforito que dice: LOS PERROS SON MIS PERSONAS FAVORITAS.

Sorteo la cola infinita para recoger pedidos, esquivando tanto a las personas como las macetas de bambú artificial que al señor Chiang le gusta cambiar de sitio todas las semanas para que los clientes nos matememos. La decoración de Halloween, a la vuelta de la esquina, está por todas partes: las sombrillas de los batidos son fantasmas, los farolillos rojos del techo están

ahora acompañados de calabazas de papel, hay murciélagos de origami enredados en el bambú y un mostrador con el nuevo menú temático: el tiramisú con sabor venus atrapamoscas o el *cupcake* de sombrero de bruja.

Todo aquí, incluidos los suelos de mármol verde, las pequeñas mesas de madera oscura repartidas por la estancia y los bancos forrados de terciopelo esmeralda hacen que, cada vez que entro, me sienta *bien*.

Es uno de mis lugares seguros en Westwood y donde me reúno con mis personas favoritas varias veces al mes.

—Hola, hola —saludo al llegar junto a la mesa.

Como Lluvia y Asher están sentados juntos (bastante juntos), me deslizo en el banco al lado de Dwight. Las manos de mi amiga reaparecen después de varios tirones sospechosos bajo la mesa. Tiene las mejillas coloradas, y la sonrisa de Asher es para enmarcar.

Dwight me echa el brazo por los hombros y suspira de alivio. La luz del atardecer de Los Ángeles que entra por los ventanales hace que su pelo parezca fuego y sus pecas, una constelación.

—Menos mal.

—¿Qué? ¿Cansado de la serenata de violín?

—Qué va, al contrario. Empatizo tanto que estaba comenzando a ponerme cachondo. Coop diría que estoy siguiendo un patrón de hiperempatía heteropatriarcal, o alguna mierda de esas.

Bueno, pocas personas estarían en presencia de Asher y Lluvia y serían inmunes a las feromonas que desprenden.

Mei Mei, la hija pequeña del señor Chiang, nos va trayendo el menú habitual de capuchinos, tortitas, *macarons* y helado; para Asher, que no se salta el régimen ni de coña, macedonia de frutas naturales y Gatorade. Sierra está castigada y no puede atendernos hasta nuevo aviso. Hace dos semanas aquí se armó un pifostio importante porque Dwight echó coñac en nuestros cafés y Sierra hizo la vista gorda. Tan gorda que acabó borracha como una cuba, con la cabeza metida en uno de los retretes del baño de los tíos.

Ese día el Mooncake hizo una caja brutal de cafés, pero el señor Chiang no lo vio así.

Mi móvil suelta un silbidito y lo miro a toda velocidad. Cuando descubro que solo es otro mensaje de promoción del centro de *spa* al que suelo ir, me desinflo.

Lluvia se da cuenta al instante. Cosas de ser amigas *desde siempre*. La seleccioné bien cuando nos conocimos a los cuatro años y le metí el dedo en la nariz. En lugar de patearme, morderme o ponerse a llorar, sonrió y bufó con fuerza, cubriéndome de mocos.

—¿Todavía no hay noticias?

Sacudo la cabeza.

—Debería haber sabido algo el jueves o el viernes. Y el fin de semana no quise molestar a Clodio.

Lluvia me sonríe con comprensión. Sabe que, para mí, con los niveles de ansiedad que manejo con este tema, haberme aguantado dos días enteros sin acribillar a mi profesor de Dirección es casi un milagro.

—Yo creo que todo saldrá bien. Tengo un pálpito.

—¿En la vagina?

—En el *corazón*, idiota.

Luego procedemos a ponernos al día. Aunque compartimos piso, no pasamos tanto tiempo juntas como nos gustaría. Nuestras respectivas carreras nos tienen saturadas, y Lluvia también divide su tiempo libre para estar con Asher. Ella está en su tercer año en Arte y ya es medio famosa. Al menos, entre los artistillas del campus. Yo nunca lo dudé. Su talento es innato y siente auténtica pasión por el dibujo.

A mí me costó un poco más reunir el valor para estudiar lo que me apasionaba, pero aquí estoy. Empezando segundo de Producción Cinematográfica. Con una oportunidad increíble gracias a un profesor innovador y totalmente implicado en que sus alumnos aprendamos y progreseemos.

No puedo echarlo a perder. Tiene que salir bien.

Por muchas razones.

Entre ellas, mi nuevo *crush*.

No es tan alto como Asher Stone, y no podría considerar que tiene glúteos de acero porque, lamentablemente, es de esos chicos que no tienen glúteos. Pero hay algo en su pelo oscuro con la raya a un lado, en sus ojos azules de chico norteamericano promedio con gafas de pasta y en que siempre lleve un bolígrafo en el bolsillo de los pantalones que me vuelve loca.

Marlon Giordano.

Está en su último año. Es popular, talentoso y amable, y se presta a ayudar encantado a los alumnos de cursos inferiores. Gracias a eso, interpretamos juntos una escena la primavera pasada. Él fue Hamlet y yo, Ofelia. Mi mundo osciló cuando me miró a los ojos y dijo: «Duda de que ardan las estrellas, duda de que se mueva el sol, duda de que haya verdad, mas no dudes de mi amor».

Me uní de mil amores a su club de fans en ese momento. Y es real. Estamos todos en un canal de difusión de Instagram que se llama *Los ángeles de Marlon* y hacemos cosas un poco ilícitas, como sacarle fotos cuando se pone a leer bajo algún árbol del campus, o chivarnos en qué cafetería está y de qué color va vestido. Pero es todo muy platónico.

En fin, que Marlon Giordano está hecho para los focos y la fama.

Y si todo sale bien y mi profesor considera que mi guion y todo el proyecto que he montado con mis compañeros es lo bastante bueno, podría protagonizar mi corto.

«Beso de película legendario incluido —pienso—. Escrito por mí.»

—Mira, esta es de ayer, cuando salía de la biblioteca con un *latte* en la mano. —Le enseñé la última foto in fraganti de Marlon y amplíe hasta centrar en su cara. Nunca sale mal, aunque no sepa que está siendo objeto de interés. Es mágico—. ¿No se parece un poco a Keanu Reeves en *Mi Idaho privado*?

Lluvia examina la foto con atención.

—¿Un prostituto de familia adinerada desesperado por una herencia? Totalmente.

Suspiro feliz. Pocas personas me entienden como ella. Con muchas menos me siento libre de ser yo misma, con mi fanatismo absoluto por el cine, mi afición por coleccionar *crushes* y mi perfeccionismo obsesivo.

Bebo un sorbo del capuchino mientras deslizo el dedo foto tras foto, feliz.

Lluvia carraspea.

—¿Y si...? Y esto es solo un «Y si», ¿de acuerdo? Solo la mera posibilidad de la existencia de una circunstancia. —Unta con mucho entusiasmo el sirope de chocolate sobre sus tortitas, casi convirtiéndose en una centrifugadora de sirope—. Pero ¿y si le pides salir?

Aparto la taza de mis labios.

—¿A quién?

Me lanza una mirada que podría denominar como cautelosa, o pasmada, o maravillada. O todo a la vez.

—¿Al chico del que llevas hablándome meses, tal vez?

Suelto una carcajada.

—¿Marlon? ¿Por qué iba a invitarlo *a salir*?

Lluvia abre la boca con tanta decisión que me sorprende que de ella no salga ni un solo sonido. La vuelve a cerrar y se concentra en el sirope.

—Por nada.

Pero no es verdad. Mi pregunta continúa flotando en el aire, aunque Lluvia no añade nada más. Una leve incomodidad se asienta en mi estómago y me esfuerzo por ignorarla. Parece que tengo la necesidad de compensar algo, porque corto el trozo de *brownie* más empapado de nata y lo pongo en el plato de Lluvia.

Me tranquilizo cuando me guiña un ojo.

—Hola, rubia.

Esa voz... Es la misma.

Mentiría si dijera que, de vez en cuando, sobre todo si me pilla por sorpresa y mi cerebro no está en Modo Amiga, me invade un estremecimiento familiar. Nostálgico.

Lo miro por encima del hombro. Cooper ha llegado con él y está pidiendo prestada una silla a la mesa más cercana.

—Hola, *quarterback*.

Travis Watkins me sonrío desde su metro noventa y cinco de estatura, con una camiseta azul que hace que la frase «hecha a medida» cobre todo el sentido del mundo.

Y la maldita sonrisa canalla.

Esa sonrisa es capaz de...

Me planta su móvil en la cara.

—La cagada de esta mañana. Yo la veo bastante verde, pero Dwight y Coop no se ponen de acuerdo. Asher me ha amenazado con el cuchillo de cocina si me atrevía a enseñársela. ¿Tú qué opinas?

«Oh. Sí.»

Nada más efectivo para recordar que Travis y yo solo somos amigos (demasiado, creo yo) que ver las heces monstruosas que expulsa gracias a su dieta de deportista.

Por suerte para mi *brownie*, no soy escatológica. Tampoco es la primera foto de este estilo que veo. Ni siquiera la peor. El oro lo sigue teniendo el primer plano del bulto rojo que le salió en un testículo el año pasado y que lo hizo entrar en crisis hasta que un médico le confirmó que era un simple grano.

—¿Esto es como el debate sobre aquel vestido?

—Era blanco y dorado —interviene Lluvia al instante—. No hubo debate.

Travis agita el móvil hacia ella.

—¿Quieres tener el voto definitivo?

Lluvia se lleva las manos al pecho emocionada.

—No imagino mayor honor.

Sin pronunciar palabra, Asher abandona su sitio junto a ella y se desliza a mi lado, obligándome a apretujarme contra el costado macizo de Dwight. Travis se sumerge con Lluvia en una autopsia exhaustiva sobre su deposición, y Cooper se sitúa en un extremo de la mesa con la silla del revés y murmura un saludo colectivo. Todavía tiene aspecto de haber sobrevivido a un huracán y a un tsunami después de asistir a la boda de una de sus múltiples primas este fin de semana. Hasta sus rastas parecen estar de capa caída.

Tampoco esperaba un saludo más efusivo de su parte. Las cosas se volvieron incómodas entre nosotros después de que quedáramos y él me dejara plantada. A mi favor he de decir que acababa de llegar a UCLA, todavía no habíamos formado este grupito, y pensaba que Cooper era el deportista perfecto para estrenar el campus (en defecto de Travis).

Resultó que no.

Y como nunca se disculpó y fingió que ni siquiera había sucedido, así están las cosas.

—Es marrón verdoso —dictamina finalmente Lluvia.

—¡Lo sabía! —Travis da un puñetazo a la mesa y luego apunta a Asher con el dedo—. Se acabó tu reinado del terror con las espinacas, tío. Estás cambiando mi tránsito intestinal.

—Vale —acepta Asher con tranquilidad—. Entonces puedes encargarte tú del menú semanal.

—Eres cruel.

—Denúnciame.

Nuestras meriendas en el Mooncake siempre son caóticas. Por eso me encantan. Al cabo de un rato de conversaciones cruzadas, más amenazas entre Asher y Travis y de que Cooper deje caer la cabeza contra el borde de la mesa agotado, Travis me mira. Yo estoy atrapada entre sus amigos y él está en el otro extremo de la mesa, contra el ventanal.

—¿Hay noticias?

Noto algo cálido en mi pecho, pero disimulo la sonrisa.

—Todavía nada. ¿Y tu entrenador-dictador?

—Pues... —Se interrumpe para mirar el móvil—. Hostia. Lo has invocado.

—¿Sí?

Su expresión se transforma con rapidez, pero ya estoy acostumbrada. Travis es *otra* persona en todo lo relacionado con el equipo. Tiene todas las cualidades que normalmente no exhibe: seriedad, determinación, competitividad, incluso agresividad. Y cuando sale al campo, se transforma.

Eso siempre me ha parecido un poco sexi, la verdad. Desde mi punto de vista de amiga, claro.

Se pone en pie sin dejar de mirar el móvil.

—¿Qué pasa? —pregunta Asher.

—Pasa que o alguno de los cenutrios del equipo la ha cagado a lo grande este fin de semana, o al entrenador por fin se le ha ido la olla.

Se organizan tan rápido como una unidad de los SWAT. Antes de que nos demos cuenta, Asher le ha dado un beso a Lluvia, yo estoy sola en el banco y cuatro deportistas cachas atraviesan el Mooncake levantando miradas y sonrisitas. Es lo normal. Los jugadores de los UCLA Bruins son minidiosos paseándose entre mortales para el resto del campus.

—Fue bonito mientras duró —suspira Lluvia—. ¿Merienda de chicas, entonces?

—Merienda de chicas.

Una bandeja negra llena de vasos y platos vacíos se desliza en nuestra mesa. Un segundo después, Sierra se desploma a mi lado y hunde su cabeza de rizos pelirrojos en mi hombro. Huele a una mezcla de nata y mermelada.

—Hoy necesito una píldora de la motivación.

Lluvia inspira hondo.

—Eres una diosa irlandesa.

—Siempre llevas las camisetas más chulas —continúo yo.

—Tus capuchinos podrían resucitar a un muerto.

—Eres la única cuya voz se oye bien a través de un megáfono.

—Cuando llevas peto, podría convertirte en una muñeca de porcelana y coleccionarte.

Sierra se separa y le arruga la nariz a Lluvia.

—Eso ha dado mucho mal rollo.

Mi amiga se encoge de hombros.

—Pero es verdad.

Con delicadeza, le coloco un par de rizos tras la oreja para poder ver bien su perfil y su nariz llena de pecas. Tiene pinta de estar cansadísima, aunque no me extraña. Sierra es una de las personas más ocupadas y con mayor tesón que conozco. Nos conocimos hace dos años aquí mismo, en el Mooncake, cuando le pedí un café y ella deslizó hacia mí la carta especial para veganos y me preguntó si sabía que las vacas eran explotadas para sacarles la leche.

El señor Chiang estuvo a punto de despedirla. Al parecer, yo no era la primera clienta a la que intentaba adoctrinar o hacer sentir culpable por su filosofía de vida respecto a los animales y el medio ambiente. En lugar de indignarme, Sierra me hizo gracia. Era brusca y directa, sí, pero yo también lo soy. Y hubo algo en su forma de mirarme a los ojos sin pestañear con aquella mirada verde encendida que me encantó.

Intenté ligármela, no lo niego. Por desgracia, Sierra es tan cerrada y tajante con el veganismo como con el sexo. Solo le gustan los penes.

Al principio me pareció una lástima. A día de hoy, lo agradezco. Si nos hubiéramos acostado, habría perdido a una grandísima amiga.

Como con Travis.

Cuando Lluvia la conoció, hicieron tan buenas migas que solo fue cuestión de tiempo que se nos ocurriera alquilar un piso juntas. Aunque a favor de Lluvia he de decir que se lleva bien con todo el mundo. Es tan buena y odia tanto hacer sentir mal a los demás de cualquier forma que finge ser vegana para contentar a Sierra.

Sierra suspira con fuerza.

—Gracias, chicas. ¿Cuándo es el próximo aquelarre?

—Pues...

Consulto la agenda en mi iPad. Esta semana va a ser complicada, hay muchos detalles en el aire hasta que sepa algo sobre mi proyecto, por no

hablar del parcial que tengo el jueves de Personajes y Trasfondo. Además...

Mi móvil suena. Lo saco del bolso con el ceño fruncido. Tengo habilitados más de diez modos distintos para las notificaciones en función de la actividad que esté realizando. Puede sonar psicótico, pero a mí me ayuda a priorizar y a relajarme.

Y solo hay un par de contactos que tengan permitido interrumpir mi merienda de los lunes.

GRUPO CINE 1.º
LOS RESILIENTES

Profe: Personajes: Clodio y el vil y rastrero entrenador Despyroux. El poeta advierte que el siguiente acto puede herir sensibilidades.

Sí, mi profesor envía guiones teatrales en lugar de mensajes normales a sus estudiantes. Adoro su histrionismo.

Profe: Acto I: Brillante y colorido despacho de un profesor de universidad apasionado. Es un precioso día de otoño en California. Hay paz y silencio. Hasta que suena el despiadado teléfono.

Acto II: Todos los estudiantes del apasionado profesor se trasladan a las instalaciones deportivas para una trágica debacle. Raudos.

Cuando lo conocí el año pasado, me costaba descifrar sus mensajes. Ahora no me imagino a Clodio (insiste en que lo llamemos así, sin un «señor» delante o un apellido detrás) comunicándose de otra manera. Ni siquiera estoy segura de que sea su nombre real.

Así que, sí, pillo rápidamente que nos convoca a todos a las instalaciones deportivas de los Bruins. Mis compañeros están respondiendo con interrogantes, caritas asustadas y *gifs* de personas corriendo a toda velocidad. Yo envíé el emoticono del saludo militar.

Cuando alzo la vista, tanto Lluvia como Sierra están observándome con curiosidad.

—¿Es importante? —pregunta Lluvia.

—Eso parece —murmuro pensativa—. Me tengo que ir.

Un silbido potente atraviesa la cafetería y hace que Sierra se levante de un salto y recoja la bandeja. El señor Chiang la está fulminando con la mirada tras la barra.

—Yo también. Mi jefe pretende que trabaje dentro de mi horario laboral. ¿Dónde se ha visto eso?

—Inhumano —afirma Lluvia.

Me pongo en pie.

—Siento dejarte tirada.

Ella espera a que Sierra se aleje de la mesa para susurrarme:

—Lo único que yo siento es no poder beber a escondidas de tu café con leche de vaca explotada.

Suelto una risita.

—Sabes que Sierra te va a querer igual comas lo que comas, ¿no?

—Sí, pero de esta manera me ahorro su *newsletter* semanal con imágenes explícitas.

—*Touchée.*

Travis



Cuando entro con los chicos en la sala de prensa, la incertidumbre flota en el aire. El resto del equipo está tan perdido e inquieto como yo. Hago un recuento rápido. Estamos casi todos, pero envío mensajes rápidos a los que faltan. Siempre son los mismos. Marrazzo, Pedersen, Ramsey. Son buenos tíos, pero un poco desastres.

Echo un vistazo cauteloso al entrenador. Nos está ignorando deliberadamente, apoyado contra la mesa alargada llena de micrófonos. Me vienen un par de recuerdos de estar sentado ahí después de ganar la copa el año pasado tras la final contra Michigan. Los *flashes* cegándome, las mejillas doliéndome después de más de media hora sonriendo sin parar. Los periodistas me adoran porque soy el capitán perfecto y siempre contesto a sus preguntas con bromas relajadas.

El problema fue que muchas de esas preguntas se me han quedado atascadas desde entonces.

«¿Y ahora qué?»

«¿Cuál es el siguiente objetivo?»

«¿Vas a firmar con los Bruins el año que viene?»

Contesté con más risas y desvié la atención todo lo que pude. Pero, desde entonces, todas esas preguntas se han quedado implantadas en mi cabeza. Y después de tantos meses, empiezo a tener la sensación de que llevo un casco de titanio que tira de mí hacia abajo, fuerte, sin piedad.

Por suerte, soy un maestro fingiendo que todo va bien. Me acerco al entrenador con resolución y una gran sonrisa. Está hojeando unos papeles.

—Buenas tardes, entrenador. ¿Qué...?

—Sienta el culo, Watkins.

Me cago en la puta. Está cabreado. *Muy* cabreado.

—A sus órdenes.

En cuanto me siento junto a Asher, Cooper y Dwight se movilizan para acecharme por la espalda. No es poca cosa. Ambos son defensas y entre los dos pesan lo mismo que un tigre siberiano.

—Esto huele fatal —susurra el vozarrón de Dwight.

—¿Quién la habrá cagado? —especifica Cooper.

Kroix y JonJon también se cambian de asiento, pendientes de mis palabras.

—Sé lo mismo que vosotros. —Me giro para mirarlos con las cejas arqueadas y una sonrisa pasivo-agresiva—. A no ser que alguno me esté ocultando alguna mierda. En cuyo caso, van a llover hostias.

Cooper bufa.

—Sabes que me he pasado dos días con los pies en agua caliente y vinagre después de la boda. A no ser que comportarse como una abuela vaya contra el reglamento, he sido un santo.

Aunque confío en ambos, también lanzo una mirada a Dwight. Sacude su cabeza pelirroja.

—Lo más fuerte que he hecho este finde es empezar la quinta temporada de *Outlander*.

Emito un siseo.

—Vas a sufrir.

—¿Qué? ¿Alguien muere? No me digas que es Jamie. Jamie no.

Vuelvo a girarme con una sonrisa. Me encanta hacerle *spoilers* falsos a Dwight y contemplar cómo se hunde en la miseria.

—Prohibido hablar de *Outlander* —amenaza Asher.

Un jaleo creciente nos distrae. Todos, más de una veintena de jugadores universitarios de fútbol americano, giran sus cabezas al mismo tiempo hacia la puerta. Incluso el entrenador baja los papeles que tiene en la mano.

El umbral lo ocupa algo verde y brillante que creo que nos deslumbra a todos por un instante. Un taconeo decidido se acerca.

—¿Qué cojones...? —farfulla Asher, cubriéndose los ojos con una mano.

Un hombre se detiene en medio de la sala de prensa, a pocos metros del entrenador. Es alto, delgado, y lleva pantalones y chaleco de lentejuelas verde. Hasta que se mueve y los leds del techo dejan de incidir en él, no podemos ver el resto de su persona. La camisa negra está tan desabotonada que prácticamente se ven sus pectorales, y la lleva arremangada hasta los codos. El cabello castaño ondulado le llega a los hombros, y oculta los ojos tras unas gafas de cristal amarillo. Sus botas de cowboy rosas tienen tacón y espuelas.

Va..., joder, va hecho un pincel. Estoy prácticamente seguro de que su conjunto está hecho a medida y es de seda. ¿Tal vez satén? Con lentejuelas cosidas a mano.

—Hola, Tim —saluda con sorna. Incluso esboza una sonrisilla.

Por la forma en que el entrenador se separa de la mesa, irguiéndose, sé que se avecina tormenta.

Mis compañeros empiezan a chismorrear, preguntándose quién narices es ese tipo. Detrás del recién llegado hay un grupo ecléctico de estudiantes. La mayoría esperan en el pasillo, pero algunos asoman la cabeza sin pudor para observarnos.

El entrenador suelta los papeles sobre la mesa con tanta fuerza que resuena como un látigo. Nosotros, sus fieles jugadores, hacemos silencio al instante. Desde el pasillo llega alguna risita.

—Andrew —masculla el entrenador.

El otro aprieta los labios con fuerza un segundo antes de contestar:

—Es Clodio, como bien sabes.

—Eso parece un elemento de la tabla periódica, no un nombre.

—Bueno, me alegra saber que continúas siendo tan bruto y ordinario como siempre.

Muchos del equipo respingamos a la vez, lo que hace que la atención de Clodio caiga sobre nosotros. Arquea las cejas por encima de sus gafas amarillas.

—Tal y como supuse, aquí están tus adeptos. Como ves, he traído a los míos. —Señala al grupo de la puerta, que ha ido entrando a la sala poco a poco—. Solo para... ¿Cómo decirlo para que me entiendas? Oh, sí, para igualar un poco el marcador.

—Fiu, fiiuuuu —silba Dwight a mi espalda.

Sigo la línea de su mirada y mi corazón hace algo raro en el pecho al encontrarme con las piernas largas y la sonrisa sardónica de Trinity. Da igual que haya estado con ella hace media hora o los dos años de amistad pura y dura que hemos tenido. Cuando no estoy preparado o no espero verla, mi cuerpo reacciona como si...

Ella saluda con los dedos, agitando sus uñas rojas. Y, cuando los neandertales de mi equipo empiezan a emocionarse, les lanza un beso a todos. Como en el Mooncake solo la vi sentada, ahora me fijo en que lleva unos vaqueros ceñidos que deberían ser ilegales.

Vuelvo a mirar al tipo vestido de verde.

Claro. He oído hablar de Clodio. Trin lo adora, es su profesor favorito.

Lo que no entiendo es *qué cojones está pasando*.

Entonces, una voz de mujer exige que le abran paso.

La sensación de extrañeza se multiplica por mil cuando quien aparece es la mismísima rectora Testawich.

Aunque la mayoría no hemos tenido que pasar nunca por su despacho, todos la conocemos. Hay carteles con su cara en los tablones de anuncios, aparece bastante en los canales de televisión locales. Gracias a ella, UCLA es de las mejores universidades públicas del país.

Y en este momento se sitúa justo entre el entrenador y Clodio.

—Creía que treinta años en el mundo de los adultos habría hecho que os dejarais de tonterías —se queja la mujer. Es bajita y rechoncha, con un rostro redondo de enormes ojos verdes. Parece que te va a detener por la calle para pedirte que colabores con alguna asociación de gatitos, no que tenga el poder para acabar con el expediente académico de alguien.

—Yo me he mantenido en mi lugar, sin meter las narices donde no me corresponde —dice el entrenador. Se cruza de brazos e inclina un poco la cabeza, mirando a Clodio por encima de la rectora sin problemas—. Al contrario que otros.

El profesor se lleva las manos al pecho afectado.

—¿Meter las narices? ¿Yo? Pero si he seguido el procedimiento a rajatabla. —Pestañea hacia la rectora—. ¿No es así, Mimi?

El suspiro de la mujer es profundo y apesadumbrado. Se gira hacia el entrenador.

—Lo siento, Tim.

Juraría que de los ojos de mi entrenador sale verdadero fuego.

—No puedes estar hablando en serio.

Para ese momento, he recibido como cuatro codazos y una docena de miraditas insistentes de parte de mis compañeros. Lamentando más que nunca el hecho de ser el capitán, me pongo en pie y carraspeo.

Todas las miradas se concentran en mí. No pasa nada, me siento muy a gusto siendo el centro de atención.

—Lamento la interrupción, pero los chicos y yo nos estábamos preguntando...

—¿Queréis saber qué ocurre? —me corta el entrenador—. Os lo diré. En lugar de jugar en casa dentro de siete semanas contra Cal..., tendremos que hacerlo en su campo.

El estómago me da un vuelco.

JonJon salta como un resorte de su asiento.

—¡Entrenador! —chilla, casi con terror.

Muchos lo siguen. Se monta un follón en dos segundos. El único que se ha quedado sentado y tranquilo es Asher, cómo no. Aunque con un profundo ceño de disgusto, claro.

La rectora intenta calmarnos. Los demás alumnos, que supongo que serán de la Escuela de Teatro, Cine y Televisión, como Trin, nos están mirando como si nos hubiéramos vuelto locos. Trin tiene las cejas tan arqueadas que se pierden en su cabello rubio.

Porque no lo entienden. No saben que el año pasado, en el partido contra California, jugamos en *su* campo y perdimos 33-7. La rivalidad con los Golden Bears es legendaria. Y este año tenemos a favor (o teníamos) que el último partido de la temporada regular se disputaba en el Rose Bowl. *Nuestro* campo, *nuestra* afición, *nuestro* partido. Lo llevamos hablando desde agosto: arrasar en la temporada, aplastar a los Golden Bears, convertirnos en campeones de la Pac-12 y pasar a los *bowl*s.

¿Volver a jugar en el Memorial Stadium y soportar sus abucheos otra vez?

Por encima de mi cadáver. Aquí dan igual mis dudas. Hasta que me quite ese casco de titanio, sigo siendo un jugador de fútbol y el capitán del equipo.

Trinity nos observa, sonriendo.

—¿Tanto alboroto por un cambio de campo? ¿En serio?

«Un cambio de campo.» Lo dice como si nos estuviéramos quejando porque nos han servido Pepsi en lugar de Coca-Cola.

—Madre mía —gimotea Dwight.

Al final, la señora Testawich consigue meternos en vereda y que nos calmemos. Más o menos.

—Lo siento, muchachos, pero estoy segura de que esto no os supondrá ningún problema. Sois un equipo asombroso. Y el caso es que el profesor Clodio reservó el estadio hace semanas para unas grabaciones.

El aludido se estira, pasándose las manos por su brillante chaleco.

—Rellené toda la documentación necesaria. Es oficial.

Hay un breve silencio mientras esa información cala en mi cabeza y en las de mis compañeros. Con el rabillo del ojo veo cómo Trin da un respingo y se inclina hacia Kelcey, una chica con el cabello rapado casi al cero. Lleva trabajando con ella y con otros dos compañeros en su proyecto desde el año pasado. Parecen emocionadas.

Al final, no puedo evitar ser el primero en decir:

—Un momento, un momento. ¿Nos están quitando el campo... por unas grabaciones?

Clodio me mira con compasión.

—Ay, mi querido muchacho musculado, nadie le está quitando nada a nadie. Sabes que el estadio pertenece al Ayuntamiento de Pasadena, ¿verdad?

El entrenador Tim actúa como si nadie hubiera hablado.

—Sí, Watkins, se quedan nuestro campo para jugar con sus cámaras y luces.

Ahora es el turno del grupo de la ETCT para jadear, ofendido.

—Creía que la territorialidad era cosa de animales —murmura Clodio con evidente desprecio.

No necesito recibir más «empujoncitos» indiscretos (que seguro que van a dejarme marca) para acercarme al entrenador.

—Entrenador...

La voz de Trinity me distrae. También se ha acercado a su profesor.

—Es... ¿Es lo que creo que es? —Todo su rostro está iluminado, radiante. Se sostiene las manos delante del pecho casi como si estuviera rezando por algo—. ¿Mi...?

Clodio esboza una sonrisa complaciente y asiente a su alumna.

—En efecto, mi querida Trinity. Al departamento le ha encantado tu proyecto. Y como yo nunca tuve ninguna duda al respecto, me tomé la licencia de alquilar el equipo y el lugar perfecto para rodar las escenas finales. No quería esperar a que se dieran cuenta de tu grandísima idea y quedarnos sin el escenario adecuado.

Trinity jadea y recibe los abrazos y felicitaciones de sus compañeros.

Yo cierro los ojos con fuerza.

«Mieeeeeerda.»

Trinity. Su proyecto. El mismo que yo leí en sus borradores iniciales. Aquel del que lleva semanas esperando buenas noticias.

Otro empujón indiscreto. Me giro tan rápido que atrapo el brazo de Dwight antes de que se aparte.

—Para —mascullo. Deslizo la mirada por todo mi equipo, que para este momento ha abandonado sus asientos y me rodea como un abanico de testosterona—. Parad todos.

—Es que tú eres el portavoz —replica Cooper en voz baja.

«Ya, joder. Ya lo sé.»

Lanzo una mirada de reojo a Trinity. Kelcey le ha rodeado los hombros con el brazo y está murmurándole algo que la tiene sonriendo de oreja a oreja.

¿Por qué soy el capitán?

Ahora mismo no lo recuerdo.

Inspiro hondo.

—Entrenador, el equipo no está de acuerdo. —Un dedo se me hinca en las costillas y tengo que contener un gruñido—. Y... yo tampoco.

No me hace falta mirar para saber que Trinity ha clavado sus preciosos y afilados ojos azules en mí.

El entrenador se dirige a la rectora.

—Mi equipo está disgustado, Mimi. Esto no había pasado nunca. ¿Desde cuándo los Bruins no tenemos preferencia para usar el campo? ¿Acaso no traemos millones a la universidad? ¿No cumplimos las cuotas y los acuerdos?

La rectora tiene pinta de querer estar en cualquier parte menos aquí.

—En este caso no se trata de preferencia ni de lo bien que hacéis vuestro trabajo. La ETCT también tiene derechos, y se les ha concedido el permiso.

—El permiso, ya. —El entrenador habla como si estuviera masticando cristales. Se gira hacia Clodio de nuevo—. Podrías haber venido directamente a hablar conmigo, pero has optado por actuar por detrás. ¿Estás contento?

—Es que, aunque no te lo creas, ni tú ni tu equipo sois los dueños del Rose Bowl. ¿Para qué iba a acudir a ti, Tim? ¿Para que me gritaras, que es lo único que sabes hacer?

Madre mía, estos dos tienen historia. Mucha historia. Tanto mi equipo como el grupo de cine va alternando la mirada entre uno y otro, pendientes de su trifulca.

—Ahora no te gritaré yo, lo hará toda la afición de los Bruins. Espero que estés preparado.

Clodio suelta una risita condescendiente.

—Vaya, así que todavía crees que el mundo solo gira en torno a tu balón y tus yardas, ¿eh?

El entrenador ni siquiera pestañea.

—Eres un iluso si crees que la gente va a aceptar sin más que el campo quede inutilizado por unas grabaciones que podríais realizar en cualquier otra parte.

Clodio inclina la cabeza hacia un lado, sus ondas castañas rebotando contra su hombro.

—Es decir, que los estudiantes de la ETCT no son nadie. No tienen derechos.

—No tergiverses mis palabras.

—Ah, no, pero si solo estoy sintetizando tu barbarie. Según tú, los jugadores de fútbol americano están aquí —dice levantando el brazo por encima de la cabeza— y el resto, aquí —añade bajándolo hasta sus rodillas.

Tras morderse los labios con tanta fuerza que estoy seguro de que aquí va a saltar la sangre, el entrenador Tim asiente.

—¿Quieres que hablemos de números?

La rectora Testawich da una palmada con fuerza.

—¡Basta ya! Tim, he salido de mi despacho para comunicártelo en persona porque me veía venir las protestas. Y Clodio, no era necesario que vinieras tú también. ¡Y desde luego es absurdo que ambos hayáis traído a los estudiantes! ¡Esto no es *West Side Story*, por el amor de Dios!

Vaya, han conseguido que la pobre mujer perjure en público.

Hay un silencio que dura unos... cinco segundos.

Clodio da un paso al frente, casi como si hubiera un imán que lo impulsara.

—¿De verdad crees que todo UCLA os apoyaría?

El entrenador suelta un bufido, pero también da otro paso.

—Compruébalo tú mismo. Haz una votación. Con una hora me bastaría.

Se sostienen la mirada, y yo juraría que hay pequeños rayos deslizándose de unas pupilas a las otras. Busco los ojos de Trin, de pie junto a su profesor. Nuestras miradas también se encuentran y se enganchan.

—¿Piensas como él? —vocaliza.

La parte de mí que la considera una grandísima amiga quiere negar con la cabeza a toda prisa.

Pero ¿a quién voy a engañar? Ella misma tiene que saberlo. Quienes mueven el dinero y la reputación de UCLA son los equipos deportivos. Joder, no soy un elitista por pensar así. No lo creo porque yo sea el *quarterback* de los Bruins, se trata de sentido común.

Algo de mis pensamientos debe de traslucirse en mi expresión, porque Trinity entrecierra los ojos.

Hay desafío ahí.

Un reto.

Algo que hace que apriete el abdomen, como preparándome para un golpe invisible.

Tras unos cuantos segundos, aparta la mirada.

—Clodio —dice en voz alta—. Una hora no sería justo. ¿Por qué no les damos unas cuantas semanas?

Su profesor frunce el ceño y por fin se aparta con renuencia del entrenador, como si le supusiera un esfuerzo. Mira a su alumna con curiosidad.

—Ellos están seguros de que son los reyes del campus y de que pueden ponerse a hacer la croqueta por el suelo como niños pequeños —explica Trin—. Porque solo el equipo de fútbol tiene permitido tomarse las cosas en serio. Nosotros solo estamos *jugando* con nuestras luces y cámaras, ¿no?

La forma en que devuelve las palabras a mi entrenador y lo mira de frente, sin pestañear... Bueno, puede que en esta ocasión lo que se me ha tensado hayan sido los huevos.

—Para nosotros, esto es importante. Tanto como ese partido. El arte no está por debajo del deporte, me da igual lo que digan sus números. Si mi profesor y mis compañeros están de acuerdo, no tengo problemas en competir por el uso del campo. Vosotros queréis jugar allí dentro de siete semanas, y nosotros necesitamos el espacio en esa misma fecha para grabar, ¿no es así? —No espera a que nadie le responda—. Bien. Que decida el resto del alumnado.

Eso es...

Una puta locura.

Es tirarse piedras en su propio tejado.

Oigo alguna que otra risa a mi espalda, porque mis compañeros deben de estar dándose cuenta de lo mismo que yo. Si dejas la decisión en manos de los estudiantes, ya hemos ganado.

El entrenador Tim esboza una de sus raras sonrisas: apretada, reticente, formándole arrugas alrededor de los ojos en una mueca horripilante.

—Yo estoy de acuerdo. ¿Y vosotros, chicos?

Lanzo una mirada por encima de mi hombro. Recibo asentimientos, sonrisas relajadas.

—Sí, entrenador —murmuro.

Clodio no ha dejado de observar a Trinity en ningún momento, como si intentara ver más allá de sus primeras capas, descubrir sus intenciones ocultas. Finalmente, se gira hacia sus propios alumnos.

—Utilicemos los seis sombreros del pensamiento. Como siempre, yo soy el blanco.

—¡Yo el negro! —dice un chico, levantando la mano.

—Yo el rojo.

—Me pido el amarillo.

Clodio pone la mano en el hombro de Trin.

—En esta ocasión, te quedas fuera.

—Claro.

Sin tener ni la más mínima idea de qué cojones está pasando, el entrenador, el equipo y yo nos quedamos tiesos mientras todos ellos forman un corrillo apretado y empiezan a murmurar. Claramente, están debatiendo. No tienen un portavoz ni un capitán, son como una... pequeña democracia.

El entrenador aprovecha el momento para lanzar una mirada hastiada a la rectora Testawich.

—Mimi, por favor. —Pero lo que en realidad parece querer decir es: «Detén esta payasada».

—Ellos ya tienen el campo asignado —repite la mujer—. Y sinceramente, si yo fuera Clodio, no te daría esta oportunidad.

—¿Cuándo ha destacado por ser avisado?

La rectora alza la mano y la vuelve a bajar. No estoy seguro, pero creo que ha estado a punto de golpear a mi entrenador.

—Bien. —El debate ha finalizado y el corrillo se disuelve. Clodio asiente—. Pese a que tenemos la ley de nuestra parte, es más importante para este grupo demostrar el valor y el esfuerzo tras su trabajo. —Clava su mirada, amarilla por el cristal de las gafas, en el entrenador—. Y que el equipo de fútbol americano no deja flores tras de sí al pasar.

El entrenador no pierde el tiempo, claro. Avanza y le tiende la mano a Clodio.

—Trato hecho.

Clodio observa esa mano como si fuera un trozo de espinaca gigante.

—Hay detalles que pulir y queremos que la rectora haga las veces de árbitro imparcial, pero... —Acepta el apretón. Sus dedos largos, delgados y llenos de anillos contrastan mucho con la mano bronceada y gruesa del entrenador—. Trato hecho.



—¡Trin!

He tenido que deshacerme de las manazas de Dwight y hacerle una seña rápida al entrenador para salir detrás del grupo de la ETCT. Ya están al final del pasillo, pero la cabeza rubia de Trinity se detiene. Kelcey está a su lado.

—Guau —digo cuando me detengo frente a ellas. El resto del grupo sigue a Clodio, que está parloteando en voz alta—. Menuda locura, ¿no? Tu profesor y mi entrenador están como putas cabras.

Antes de que Trinity pueda responder, su amiga se adelanta.

—Ay, casi lo había olvidado. Tu amigo *jugador*.

Dice la última palabra como si estuviera saboreando algo asqueroso.

Trinity enarca una ceja.

—Te recuerdo que hemos salido de fiesta juntos.

—Ya, bueno... —La chica me examina de arriba abajo sin pudor, jugueteando con el *piercing* de su labio inferior. Cuando termina, no parece haber encontrado nada interesante—. En fin. Ahora es el enemigo, ¿sabes? Cuidadito con las cosas que le cuentas.

Se marcha y yo me quedo estupefacto, pero Trinity esboza una sonrisa.

—No le hagas caso. Kels se lo toma todo muy en serio.

—Pero tú no, ¿verdad? —digo a toda prisa. Cuando se limita a mirarme sin pestañear, sonrío. Las sonrisas son buenas herramientas para casi cualquier situación, lo decía mi padre—. No me refiero a tu proyecto, o a lo que coño acabe de pasar ahí dentro. Pero no va a afectarnos a nosotros... A nuestra amistad.

—Voy a serte sincera —replica al instante. Mis músculos se relajan, aunque ni siquiera sabía que estuviera en tensión. Da igual. Siempre que Trinity me diga lo que piensa, sin pelos en la lengua, todo saldrá bien—. No me gusta que creas que tu equipo está por encima de todo. No, no. —Levanta una mano cuando abro la boca—. No te molestes en negarlo, he visto tu cara. Pero no pasa nada, Trav, yo creo en mi proyecto y en mis compañeros tanto como tú en los tuyos. Pase lo que pase, siempre que me trates como a una igual en esta competición, no va a haber ningún problema entre nosotros.

Observo la determinación en su rostro. No me extraña que Kelcey y ella sean amigas, y es que Trin también se lo toma todo muy en serio. Siempre. Da todo de sí misma en aquello que le importa o interesa.

Le tiendo la mano, como ha hecho hace unos minutos mi entrenador.

—Pase lo que pase.

Justo antes de que sus dedos toquen los míos, se detiene.

—No se os ocurra sentir *pena* o dar por sentado que vais a ganar, ¿me has entendido? Los deportistas no son los únicos con vena competitiva. Sabes cuánto me juego con este proyecto, lo importante que es para mí. Voy a hacer lo que haga falta para tener el Rose Bowl dentro de siete semanas.

Sin esperararlo, algo electrizante se desliza por mi espalda, descendiendo hacia mis lumbares. Es una sensación muy parecida a la que tengo justo antes de entrar al campo de juego... o justo antes de correrme. La

expectación, la adrenalina, la euforia latente. Me pongo un poco más recto por inercia. Jamás me había sucedido con Trinity, y llevaba sin sentirlo desde el año pasado.

Pero, claro, hasta ahora jamás había sido un obstáculo en su camino.

¿Eso es bueno? ¿Malo?

Sea lo que sea, tengo claro que no pienso permitir que se cargue nuestra amistad.

—En todo lo relacionado con el Rose Bowl, vas a ser mi rival. Y ya sabes cómo los trato. —Esbozo una sonrisilla burlona—. Si de verdad estás dispuesta...

Su mano estrecha la mía con fuerza.

—No sabes la que se te viene encima, *quarterback*.

—Estoy deseándolo, rubia.

Trinity



El lunes, mis preocupaciones se reducían a que escogieran nuestro proyecto. Era una ilusa, vivía feliz e ignorante. Estreché la mano de Travis y creí que lo que tenía por delante era una pequeña reyerta para demostrar que el fútbol no lo es todo en Estados Unidos. Que solo tenía que darles en las narices a tíos como Cooper y Dwight, que no saben ni lo que es un plano americano.

El jueves, salgo del parcial de Personajes y Tránsito sintiéndome estafada. Estoy segura de que voy a aprobarlo, pero poco más. Esta semana no he tenido la cabeza en los estudios ni en nada más allá del nuevo chisme que corre por todo el campus.

Empezó como un rumor.

«¿Has visto lo del Rose Bowl?»

Por lo que sé, un chico de Arqueología fue el primero en verlo y se lo contó a sus amigos de Estudios Asiáticoamericanos, y creo que de ahí llegó a Astronomía y Astrofísica. Cuando la gente entraba a la web y comprobaba que era real, los invadía una especie de histeria colectiva. El enlace se repartió entre las redes sociales del alumnado, y en solo dos días el anuncio de la rectora Testawich se viralizó. Una chica de cuarto de Enfermería que tiene más de un millón de seguidores lo compartió en su Instagram y ahora me parece que lo sabe TODA CALIFORNIA. Su *reel* contando «el último salseo universitario» tiene más de cuarenta mil *likes*.

Salgo del edificio e inspiro hondo el fresco aire de finales de octubre. El verano todavía se resiste a irse, pero por las tardes ya va haciendo falta una chaqueta. Observo los edificios antiguos de ladrillo italiano iluminados por el sol de media mañana, la razón por la que el Campus Norte es mi favorito. Aquí puedes sentirte constantemente en una película.

Enfilo el sendero de cemento entre el césped, repleto de estudiantes, estatuas demasiado modernas para mi gusto y árboles que ya empiezan a secarse. He quedado con Kelcey, Monique y Jaspar, el grupo con el que voy a producir el cortometraje, en la cafetería de la biblioteca Charles E. Young. Al contrario que yo, no han hecho el examen porque prefieren ir con todo a los finales.

Admiro su capacidad para poner todas sus manzanas en la misma cesta.

Meto la mano en el bolso para comprobar que no tengo mensajes suyos cancelando, pero dudo. Llevo toda la mañana evitando mirar el móvil, diciéndome a mí misma que solo consigo cabrearme y frustrarme.

Pero no puedo evitarlo.

Abro el enlace del que todo el mundo está hablando, que ya está anclado entre mis visitas más frecuentes del buscador.

VOTACIÓN PARA TODO EL ALUMNADO DE UCLA

Motivo: Uso del estadio Rose Bowl el 10 de diciembre

De forma extraordinaria, tanto los jugadores de los UCLA Bruins, a cargo del entrenador Tim Despyroux, como el grupo de estudiantes de segundo de Producción, a cargo del profesor Clodio, ceden al alumnado la decisión de cuál de los dos ostentará el derecho de uso del Rose Bowl en la citada fecha.

Los UCLA Bruins requieren el campo para el Bear Bowl contra Cal. En caso contrario, el partido se celebrará en el Memorial Stadium.

Los estudiantes de Producción lo solicitan para las grabaciones de un corto, parte de su programa de estudios.

Podéis votar en la siguiente encuesta.

Mis ojos se clavan en la dichosa encuesta, compuesta por dos barras que van creciendo según los porcentajes de los votos. Azul para los Bruins, violeta para nosotros. Aunque el violeta... prácticamente no se ve.

Porque los Bruins han conseguido 5.873 votos en menos de tres días, y nosotros...

Sofoco un jadeo al ver esas dos minúsculas cifras. No sé por qué esperaba que hubiera cambiado desde anoche.

42.

Eso significa que ni siquiera todos los amigos y familiares de mis compañeros de clase se han dignado votar todavía. O, peor, han votado al enemigo.

Ni siquiera puedo pensar en que el odioso entrenador de Travis tenga razón y solo les habría hecho falta una hora para pasarnos por encima. Me niego. Todos esos votos son de estudiantes que han hecho clic por inercia. Porque les gusta el fútbol, o porque el maldito oso azul de los Bruins está por todas partes y lo tienen metido en el subconsciente; es como los mensajes subliminales del cine para que compres palomitas y refrescos.

Además, es normal que no nos voten si no nos conocen, si no les hemos enseñado lo que somos capaces de hacer.

Pero *encontraré* una solución para eso.

En la cola para pedir un café, hay dos chicas hablando *del tema*.

—Es tan *High School Musical* —comenta una de ellas, emocionada—. Yo creo que es una estrategia de marketing o algo así y que el equipo de fútbol acabará formando parte de un musical.

Me imagino a Dwight, Cooper o Asher sobre un escenario cantando *Breaking Free* y, a mi pesar, tengo que luchar contra una sonrisa. Además, estoy un poco perpleja. En mi preadolescencia, Troy Bolton (y, por tanto, Zac Efron) lo fue TODO. Su pelo, sus ojos, su sonrisa, su voz falsa. Quemé el DVD de tanto repetirla con Lluvia.

Y ni siquiera me había dado cuenta de las similitudes entre mi musical adolescente favorito y mi vida.

¿Esto es lo que la gente llama «proyectar»?

Doy unos toquitos en el hombro de la chica.

—Hola, perdonad, pero no he podido evitar escucharos. Soy Trinity Henderson, la directora del corto que se grabará en el Rose Bowl si ganamos a los Bruins —les digo, presentándome con una sonrisa depredadora—. Si os gusta *High School Musical*, votaréis a la ETCT, ¿verdad? Son los buenos de la peli.

Ambas fruncen el ceño.

—Pero ¿actuaréis juntos al final, o algo así?

—Chicas, al contrario que en la ficción, en la vida real los jugadores de fútbol americano no esconden un talento innato para la actuación o el canto. En mi corto solo participarán estudiantes de cine o teatro.

Eso hace que se desinflen. Literalmente. Dejo de parecerles interesante y se marchan, murmurando entre ellas.

No entiendo nada, ¿qué esperaban?

La dependienta hace sonar el timbre del mostrador y me entregan mi capuchino en un vaso de cartón con una calabaza sonriente. Encuentro a mis compañeros al fondo de la cafetería, apelotonados en torno a una mesa. Han traído los portátiles y toda la documentación que preparamos con ahínco el año pasado. La semana que viene empezamos a grabar en la primera localización, en mi propio edificio de apartamentos, y hay muchos detalles que pulir. Por suerte, de momento solo necesitamos a nuestra prota femenina, y ella ya está más que preparada.

Al acercarme a la mesa, solo podría calificar el ambiente reinante de sombrío. De manera automática, asumo el papel de líder porque, bueno, un poco lo soy. Si bien el corto es de todos, la iniciativa fue mía y el guion está escrito en un 80 por ciento por mí. Por no hablar de que ha sido mi fantástica boca la que nos ha metido en todo esto.

—¿A qué vienen esas caras largas? Todavía no hemos perdido. —Empujo a Monique contra Jaspas para hacer hueco y sentarme—. Esto no ha hecho más que empezar.

Kelcey tiene la cabeza apoyada contra la pared y los ojos cerrados.

—Para el caso, podríamos darlo por terminado. Necesitaríamos siete semanas y siete años más para igualar los votos de esos capullos.

—Me conmueve tu confianza en nuestro trabajo.

—Es que ya teníamos el estadio —se lamenta Monique—. ¿Por qué Clodio tuvo que ir a restregárselo por la cara a ese entrenador?

Jaspas resopla.

—Por favor, ¿no es evidente?

Nos mira a todas una por una, hasta que queda claro que no. Lo conocimos este año, viene de Berkeley. Y como el otro miembro original del grupo, Sean, abandonó la universidad durante el verano por problemas familiares, Jaspas ha ocupado su lugar. No ha vivido el proyecto desde sus inicios, cuando recluté voluntarios en mi clase de primero dispuestos a perder horas de valioso estudio durante el segundo semestre para presentar

una propuesta que lo más probable es que fuera desestimada (porque los proyectos escogidos suelen ser de alumnos de cursos superiores). Pero la verdad es que en estos dos meses Jaspas se ha integrado sin problemas. Y cuando vi lo que era capaz de hacer con un portátil y un programa de edición, casi que le supliqué yo que se nos uniera.

Además, su pelo rubio con la raya al medio me recuerda a una *boyband* de los noventa, y me encanta.

—Había tanta tensión sexual no resuelta entre esos dos que casi me quedo ciego —insiste.

Kelcey enarca una ceja.

—Hay muchas razones por las que te vas a quedar ciego, Jas, no eches balones fuera.

Él le enseña la lengua.

—No, estoy hablando en serio. Mi radar gay sonaba como una atracción de feria.

—Será por Clodio —digo—. Pero ¿por el entrenador? No sé, sería... —De pronto, inspiro hondo, la emoción invadiéndome—. ¿Un entrenador de fútbol americano universitario que oculta su homosexualidad por la homofobia radical del mundo deportivo? ¡Decidme si esa no sería una historia brutal!

Me apresuro a sacar mi iPad para anotar el aluvión de escenas, tomas, vestuarios y hasta banda sonora que se me han venido a la cabeza.

—Se te han adelantado. Hay un tío, creo que de los Jaguars, que salió del armario y armó un buen jaleo. Imaginaos, un entrenador y deportista gay suelto por Jacksonville. —Jaspas pone los ojos en blanco—. Donde no se puede ni hablar de orientación sexual en los colegios bajo el lema «No digas “gay”».

Kelcey, abiertamente bisexual como yo, abre la boca de par en par. Ella se crio en San Francisco, conocida como la capital gay del mundo. Oír esa clase de cosas debe de sonar como el rugido de un mamut en medio de la tundra.

—Estás de coña.

—Búscalo en Google, querida.

Jaspas y ella se ciernen entonces sobre el móvil buscando toda la info sobre las ciudades y estados menos amigables con la comunidad. Monique

me quita el lápiz táctil de los dedos justo cuando estoy perfilando el primer storyboard. Se lo coloca en la oreja, entre sus mechones negros y azules.

—Paso a paso, guion a guion, corto a corto. Primero tenemos que resolver el embrollo en el que nos hemos metido.

Le dedico una sonrisa apretada. En general, mis compañeros están siendo bastante amables y no me recuerdan constantemente que, si yo no hubiera abierto la boca, tal vez no tendríamos este problema. Puede que Clodio la hubiese liado al final, pero quién sabe. La realidad es que fui yo la que nos metió en esto. Ellos no lo ven así, se molestaron tanto como yo por la chulería del equipo de fútbol. Por su condescendencia hacia nosotros. Incluso el resto del curso y los otros grupos que no fueron escogidos apoyaron la decisión.

Una parte de mí se arrepiente, porque solo he conseguido que parte del proyecto quede en el aire hasta que se defina qué pasará con el estadio. De entre los más de treinta proyectos que se presentaron a finales del curso pasado, la ETCT solo elegiría uno para invertir recursos y dar la oportunidad de preparar desde cero un corto. No solo aportará créditos extras a todos los involucrados, sino que el corto se emitirá en un pequeño festival junto a otras universidades y escuelas en primavera, en Los Ángeles. Es algo a nivel local, pero, MADRE MÍA, ya es una gran oportunidad.

Cuando ese corto se emita en el festival y finalice, en los créditos aparecerá mi nombre.

DIRECCIÓN: TRINITY HENDERSON

Será algo tangible, un producto final que mis padres no podrán ignorar. No son ideas, ni palabras, ni promesas.

Será algo visible. Y tiene que ser excelente.

Que Clodio se tomara la molestia de reservar el Rose Bowl ha sido toda una sorpresa. Sí, en mi guion lo especifico como el escenario para las escenas finales (es donde mis protas se dan El Beso), pero eso se podría haber solucionado con un croma o en cualquier otro estadio menos famoso y solicitado.

Ahora me pregunto si lo ha hecho por mí, para respetar mi visión artística y que las tomas queden lo más realistas posibles, o por la

posibilidad de joder al entrenador de Travis. Si escogió el día en el que ellos necesitaban el estadio para jugar contra Cal a propósito o ha sido casualidad.

¿Me importa?

No.

Tenga nuestro profesor intenciones ocultas o no, esta sigue siendo mi oportunidad. Y aunque hasta el lunes me hubiera valido un cromá para grabar el final, ahora quiero el estadio a toda costa.

Jaspar suspira y gira la pantalla del móvil hacia nosotras.

—Ya van por más de seis mil votos.

Los gestos de Monique y Kelcey decaen todavía más. Mientras rasco la calabaza sonriente de mi vaso, exprimo mi cerebro en busca de algo. ¿Por qué tienen que ser tan malditamente populares?

—Y eso sin mover ni un dedo —musita Monique, jugueteando con uno de sus mechones azules—. Nosotros tendríamos que correr en pelotas por el campus para llamar un poco la atención.

—Cantando —añade Kelcey.

—Y haciendo girar *hula-hoops*.

Sus ideas se van volviendo más y más rocambolescas, resonando en mi mente mientras el naranja de la calabaza va desapareciendo por la insistencia de mi uña.

El timbre del mostrador suena y oigo a la dependienta decir alegremente:

—¡Y feliz Halloween, chicos!

Mi uña se detiene. Extiendo la mano para aferrarme al brazo de Monique, que me mira con curiosidad.

—¿Qué ocurre?

—Ay, no, tiene *esa* cara —farfulla Kelcey.

Jaspar, que no me conoce tanto como ellas, parece muy confundido.

—¿Qué cara?

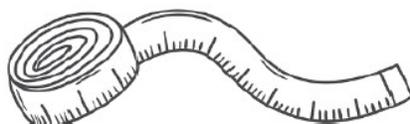
Monique suspira de felicidad y toma mi mano entre las suyas.

—La de los planes maestros.

Me limito a sonreírles como una loca.

—Kels, ¿tú no tuviste un lío superespecial con la *influencer* de Enfermería?

Travis



Suelto las combas en el suelo y respiro hondo.

—Quiero dejar el equipo.

Asher no reacciona exactamente como espero. Siendo muy sincero, no reacciona. Continúa haciendo *burpees*, moviendo ese cuerpo que parece un pistón engrasado. Hoy, según el estructurado programa que imprimí en un folio azul y él pegó en la nevera a principios de semana, nos tocan ejercicios anaeróbicos.

Mi corazón va al mismo ritmo que sus rodillas cuando salta. Sentadilla, suelo, salto. Sentadilla, suelo, salto. Como en un puto avión con turbulencias.

—¿Me has oído? He dicho que...

Se detiene lo justo para decir:

—No quieres dejar el equipo. —Y vuelta a tirarse al suelo. Ni siquiera pierde el ritmo. Así es Asher. Metódico, organizado, tranquilo. Un puto loco, en mi opinión.

Pero de los putos locos a los que les confiaría mi vida.

Me siento en uno de los bancos de cuero negro del gimnasio, importándome bien poco que el culo sudado de Dwight haya estado aquí hace un rato. Las rodillas me tiemblan ligeramente.

—¿No?

¿He sonado inseguro? Debería tenerlo claro.

El cronómetro de Asher pita, dando por finalizadas las repeticiones. Recoge su toalla del suelo, se seca el rostro y el cuello y, por fin, me encara. No hay ninguna clase de juicio en su mirada azul. Si he tardado tanto en expresarle mis dudas es por mi propia inseguridad, no porque no confiara en él. Es un tío con la cabeza bastante bien amueblada, de mente abierta.

Si les dijera lo mismo a Dwight o a Cooper, tendría que venir a recogerlos una ambulancia.

—Estás agobiado porque eres el capitán, has tocado la cima de la liga universitaria y este es el año en el que empieza la cuenta atrás para cerrar un contrato multimillonario.

Ya he oído comentarios de parte del entrenador al respecto. Por lo visto, mis posibilidades son buenas. Son más que buenas. Sin embargo...

Me dejo caer hacia delante y entierro la cabeza entre las manos. Pocos segundos más tarde, la manaza de Asher me revuelve el pelo. Increíble, teniendo en cuenta que está empapado después de más de media hora saltando con la cuerda y que Asher es la persona más escrupulosa que conozco.

—Lo sé, tío.

Pero no lo sabe. Por más que lo adore, hay cosas que no le he contado a nadie. Además, una parte de mí se resiste a abrirme en canal de esa manera, ni siquiera con Asher. Es buen deportista, rebosa tranquilidad y seguridad (joder, a veces me entran ganas de abrazarlo y fingir que él me va a proteger de todo), tiene sexo regular y *muy* satisfactorio con su novia (las paredes de nuestro piso son de papel) y es un estudiante aplicado.

¿Entendería mis dudas? ¿Pensaría que soy gilipollas por siquiera tenerlas?

A veces rozo la idea de tenerle envidia a Asher, hasta que recuerdo que su vida no es más perfecta que la mía ni la de nadie. Lamentarme porque yo no tengo las cosas claras y él sí es de capullos.

Pero en ocasiones soy un capullo lleno de inseguridades mal trabajadas.

—¿Cuánto hace que no tienes sexo?

Me quedo congelado. No puedo fingir que no he oído su pregunta ni mucho menos hacerme el tímido. A estas alturas nadie se creería que los temas sexuales me den vergüenza.

Me yergo poco a poco. Asher no me está mirando. Está recolocando la esterilla para empezar con su serie de flexiones. Por inercia, echo un vistazo

a nuestro alrededor. Nadie está lo bastante cerca como para oír nuestra conversación.

—¿Disculpa?

—Sé lo de aquella chica de primero. —Me dedica uno de sus pestaños tan estudiados. Parece indiferente, pero soy un tío listo y ya nos conocemos —. Pero fue hace, ¿cuánto? ¿Tres semanas?

—Más o menos —mascullo.

Es mentira. Hace más de mes y medio, justo después del primer partido de la temporada. Lo cual no es un problema, no pasa nada por no follar en unas cuantas semanas.

Solo que no es normal en mí. Entiendo que Ash se haya dado cuenta.

—A lo mejor también te hace falta *despejarte*. Ya sabes...

—Asher Stone, ¿me estás diciendo que necesito echar un polvo?

De rodillas en la esterilla, se encoge de hombros.

—No lo sé. ¿Lo necesitas?

No. En realidad, no. Por más que me guste todo lo que conlleva el sexo, no es una *necesidad*. En mi lista de prioridades, estaría en tercer o cuarto lugar a lo sumo.

Pero Asher está rascando en los motivos detrás de mi repentina confesión. ¿Es por la presión de los ojeadores? ¿Porque tengo los cataplines llenos de amor sin repartir? ¿O hay *algo* más?

Lo único que tengo claro es que de momento no me apetece. Me siento extraño en mi propia piel.

Debería abrir la boca y contarle todo, para que sus consejos puedan ser más acertados. Pero, guau, ese cajón lo cerré hace tantos años que ahora las bisagras están oxidadas y he perdido la llave.

Un silbido llega desde las pesas del fondo. Es Kroix. Significa que el entrenador está a punto de entrar. Todos los que estaban holgazaneando se tiran de cabeza a las esterillas o empiezan a contar sus repeticiones desde cincuenta. La música, que estaba sonando a todo volumen desde el altavoz portátil de JonJon, baja a unos decibelios normales. Ya no parece que Beyoncé esté aquí mismo cantándonos *Texas Hold'em*.

Tim Despyroux empuja la puerta del gimnasio como si fuera el defensa de un equipo rival. Aunque siempre parece que está con la cabeza en mil cosas, ya sea concentrado en nuestras estadísticas o con algún personaje

importante al teléfono, solo los novatos caen en esa trampa. El entrenador tiene ojos hasta en la nuca.

—Ramsey, empieza de nuevo esa serie —ladra por encima de su hombro—. No veo tu sudor.

Aaron Ramsey, uno de nuestros guardias ofensivos, se desploma sobre la bici estática. Ni siquiera está en el campo de visión del entrenador, y hace diez segundos estaba grabando un vídeo para TikTok con Cooper.

—Sí, señor.

Los huevos se me van convirtiendo en canicas cuando veo que el entrenador viene directo hacia mí. Tiene una tableta en la mano. Con dos toques finales de su dedo, las decenas de tabletas del gimnasio se iluminan. Es viernes y mañana es Halloween, así que no dudo que sea una de las circulares de psicología inversa que nos hacen llegar los endocrinos para que mantengamos el hígado lo más sano posible.

Y avisando de un control antidopaje para el lunes, claro. Aunque el tema del dopaje en los deportes estadounidenses es peliagudo, el entrenador y la dirección de los Bruins son una jurisdicción en sí mismos. Al contrario que la mayoría de los equipos universitarios, y que la NFL en sí misma, ganar no está por encima de todo. Hay reglas, hay moral, somos personas además de jugadores. Es una de las cosas que más admiro de mi equipo.

Lo mismo para cualquier tipo de violencia fuera del campo. Cuando el capitán todavía era Ryan Jackson, mi predecesor y una puta leyenda, se echó del equipo (y posteriormente de la universidad) a dos jugadores por participar en una agresión sexual. Y eran bestias en el campo, muy buenos. ¿En el baremo total? No merecían la pena, por supuesto. Eran dos trozos de mierda.

—Watkins —saluda el entrenador al detenerse frente a mí. Con una ceja arqueada, observa a Asher y sus flexiones—. Stone, tú puedes descansar. Creo que eres el único que no intenta tomarme el pelo.

Asher se pone en pie con una sonrisilla petulante.

—Gracias, entrenador.

—Ya. —Al clavar sus ojos en mí, contengo un poco la respiración.

Objetivamente, el entrenador es un hombre de lo más normal. No es tan alto como yo, lleva un corte de pelo bastante tradicional, y últimamente tiene que utilizar gafas para leer de cerca (aunque se esfuerza por ocultarlo). En su época universitaria, de hecho, jugó como *running back*, igual que

Asher, por no ser tan grande ni tan pesado como otros. En su última temporada se desgarró el menisco y, aunque su cirugía salió bien, no volvió a jugar. Pero su tesón, ingenio y capacidad de estrategia lo han convertido en uno de los entrenadores más respetados del panorama.

Eso, y la forma que tiene de plantarse delante de un defensa de ciento cincuenta kilos y hacer que se mee encima.

—¿Cuál es el plan de juego? —me pregunta de sopetón.

—Ah, eh... —Joder, me siento como en un examen sorpresa. Muevo archivos en mi cerebro rápidamente—. Jugamos contra Nebraska el sábado de la semana que viene, en su campo, así que...

—Conozco nuestro calendario, muchacho —me interrumpe impaciente—. Me refiero a la competición que tenemos entre manos a nivel interno. —Ante mi expresión de desconcierto absoluto, resopla—. La ETCT. El Rose Bowl.

—Ah —digo por fin.

¿Plan de juego? La verdad, esto sí que me ha cogido por sorpresa, porque no pensaba hacer nada en especial respecto a eso. No le mentí a Trinity cuando dije que iba a considerarlos auténticos rivales, pero, joder... No necesitamos planificar para ganar. Ya lo estamos haciendo.

Y una cosa es asegurarle a mi amiga que me la voy a tomar en serio, y otra machacarla. No me gusta hacer leña del árbol caído, mucho menos cuando ese proyecto es tan importante para ella.

—Hasta ayer, llevábamos una ventaja de más de seis mil votos.

—¿Y?

—Pues...

—Con eso no llenaríamos ni la mitad del estadio, y no supone ni una sexta parte de la totalidad del alumnado.

Me quedo tieso. ¿Este hombre pretende que nos vote *toda* UCLA? Por su expresión fiera, creo que sí.

—Si le soy sincero, entrenador, no creo que tengamos que esforzarnos mucho para ganarles, y tampoco esperaríamos que toda la universidad se involucrase en esta competición. —El hombre entrecierra los ojos y yo empiezo a sentir la imperiosa necesidad de explicarme *mejor*, de sonar *más* convincente—. Mucha gente se lo está tomando a risa, creen que es una coña. E incluso si ni un alumno más se tomara la molestia de votar, ya... Ya hemos ganado, vaya. Creo. Considero.

Después de mirarme fijamente durante cinco angustiantes segundos, el entrenador parpadea.

—Super Bowl del 40.

«Mierda.»

—Tres semanas antes, los Redskins habían ganado a los Bears 7-3. Se sentían superiores. Llamaron a los jugadores de los Bears «bebés llorones». Se confiaron, ¿y sabes qué ocurrió en la final? —No espera a que yo responda—. Que los Bears barrieron el suelo del estadio en Washington con los Redskins. Marcaron a los 56 segundos de salir al campo, y cuando el árbitro pitó el final del partido habían ganado 73-0. Fue tan humillante que parte de la afición de los Redskins ya había abandonado el estadio para entonces.

Miro al suelo y asiento. Joder, ¿quién habría pensado que se lo tomaría así? El otro día, en la sala de prensa, se había mostrado confiado y condescendiente con el profesor Clodio. Pensé que sería el primero en dar esto por ganado.

—Lo entiendo.

—Aquí respetamos a todos los rivales, da igual si llevan hombreras y protecciones o cámaras y micrófonos. ¿Me has entendido?

—Sí, entrenador.

—Mirad vuestras tabletas —exclama, dando media vuelta—. Tenéis una fiesta a la que asistir mañana.

Hasta que la puerta del gimnasio vuelve a cerrarse tras él, no corro hacia mi tableta. Los demás hacen lo mismo y, cuando ven lo que nos ha reenviado el entrenador Tim, las exclamaciones se multiplican por el gimnasio.

—Va a por todas —susurro. El calor y la adrenalina se propagan por mi estómago.

A mi lado, Asher suspira.

—No podía ser de otra manera, es la mejor amiga de Lluvia.

Trinity



—¡Estás Mojo Dojo Casa House! —exclama Monique en mi oído para hacerse oír por encima de la música.

—¡Creo que no se utiliza así!

Se encoge de hombros y me mira como si estuviera loca. Le sonrío y la achucho, frotando nuestras mejillas. Sí, estoy contenta. La sala ya está casi llena, y eso que todavía no son ni las doce. Desde la pequeña tarima del fondo, donde está el DJ, tengo una vista de pájaro perfecta de todo. Veo Jokers, Maléficas, vikingos, payasos, zombis, brujas y bastantes Oppenheimers. La mayoría de los que llegan hasta aquí vienen acompañados de risitas nerviosas y mejillas sonrosadas. Los hay que están claramente frustrados, pero supongo que es lo normal después de participar en un *escape room* organizado por Kelcey, que no les tiene ningún respeto a la vida ni a la dignidad humana.

Luego se les pasa cuando descubren que, si esperan entre treinta y cuarenta y cinco minutos disfrutando de nuestra música y barra libre, les entregamos un corto de terror protagonizado por ellos mismos en formato *reel*. Creo que la mayoría no leen el permiso que mis compañeros de la entrada les hacen firmar sobre ser grabados y el uso de sus imágenes, pero bueno.

El caso es que se quedan aquí, se codean con la Escuela de Teatro, Cine y Televisión (ETCT para los colegas) y prometen utilizar el *hashtag*

#rosebowlparatodos si suben el vídeo a sus redes sociales. No es el mejor del mundo, pero es que hemos organizado esto en cuarenta y ocho horas. Si hacen clic en el *hashtag*, acaban en un Instagram que creamos anoche, en el Mooncake, hasta las trancas de café y perdidos en la lluvia de ideas.

Saludo con la mano a varias de las chicas que conozco gracias a *Los Ángeles de Marlon* y ellas me levantan los pulgares. Reviso el móvil para comprobar que todo va bien y veo un mensaje de otra compañera, Sophie, que se encarga de que no nos pasemos con el aforo y que solo entren estudiantes de UCLA. Queremos votos válidos.

Sophie UCLA: ¡Están aquí!

No añada nada más, así que lo mismo son los miembros de BTS como una horda de espíritus resentidos por el poco respeto que tenemos a los muertos.

Jaspar aparece a mi lado, agitado. Va disfrazado de Steve de *Stranger Things* (bate incluido).

—¡Irina está en directo! Mira, hay más de diez mil personas viéndola ahora mismo. —En la pantalla de su móvil aparece la *influencer* de Enfermería, Irina, quien ha resultado ser un amor y guardar un recuerdo ciertamente especial de su rollo con Kelcey. Su pelo rubio es casi platino y va disfrazada de Campanilla. Está en la entrada de nuestro *escape room*, mostrándose muy emocionada. Veo a Kelcey justo detrás—. Cualquiera que esté cerca y la adore vendrá corriendo.

—Perfecto —digo, frotándome las manos y sintiéndome un poco como un genio del mal—. Sabía que el espíritu americano de conseguir alcohol gratis no me fallaría.

Alguien me toca el hombro, y me giro con una gran sonrisa.

Lo primero que veo es parte de un pecho desnudo y mucha tela roja. Los focos de esta sala van y vienen, mis compañeros de iluminación se lo están pasando en grande.

—Chicos —dice una voz suave, casi melódica—. Felicidades por elevar el nombre de los estudiantes de la ETCT.

Me quedo sin aliento.

Marlon Giordano.

No... No puede ser. A ver, una parte de mí esperaba que viniera, más que nada porque he puesto el reclamo perfecto para cualquier estudiante sin

mucho dinero que quiere pasárselo bien en Halloween. Hay chicos de Biología Molecular aquí, por el amor de Dios. Bueno, y de todas las carreras de ciencias. Suelen estar sin un centavo en el bolsillo, porque solo los locos estudian ciencias.

—Oh, vaya, hola. —Jaspar se me adelanta y le tiende la mano a Marlon—. ¡Qué guay que estés aquí! Eres la mayor eminencia de nuestra escuela.

Marlon se ríe, todo humildad y vergüenza. Aprovecho el breve lapsus para echar un vistazo a su disfraz, una toga roja que cruza su pecho y está sujeta con un cinturón dorado. Lleva una diadema de laurel sobre la cabeza y se ha peinado el pelo oscuro hacia delante, como si llevara flequillo. El resto de su delgado y esbelto cuerpo está al aire. Hasta lleva unas sandalias marrones.

Por si fuera poco, me parece adorable que siga llevando sus gafas de pasta.

Carraspeo para encontrar mi voz. Siempre he sido una campeona del disimulo con mis *crushes*. Además, aunque yo esté en segundo y él en cuarto, somos de la misma edad. Si yo no hubiera perdido un año en Reno y otro meditando mis opciones, podríamos haber sido compañeros de clase. Podría haberme sentado a su lado día tras día. Hacer trabajos y proyectos juntos. Tener su número de teléfono.

I Want to Know What Love Is quiere empezar a sonar en mi cabeza junto con el videoclip que me estoy montando. Intento centrarme.

—No me lo digas, vas de Marlon Brando en *Julio César*.

Me hace una pequeña reverencia.

—En efecto. Mis compañeros insistieron, les parece muy gracioso que haya otro Marlon vestido de Marco Antonio.

A mí también me lo parece, por no hablar de lo bien que le sienta la ropa a su rostro, tan clásico y cincelado.

Marlon me examina de arriba abajo y contengo una sonrisa. Sé que estoy guapa. Lo siento, ya padezco de ansiedad por perfeccionismo y otros traumitas inculcados por la familia Henderson; no tengo tiempo para sentirme insegura sobre mi físico.

—Y tú eres una Barbie patinadora espectacular —asegura. Aunque no veo nada claramente sexual en su gesto ni en su mirada, porque es todo un caballero, me hincho como un pavo. He depilado zonas innombrables de mi

cuerpo para exhibir este disfraz, merezco halagos—. Yo me mataría con esos patines.

Monique, que sabe perfectamente de mi encaprichamiento con Marlon, me rodea los hombros con el brazo. Sus mechaz azules se pierden en las dos trenzas que se ha hecho para disfrazarse de Miércoles Addams.

—La mayor parte de todo lo que ves se le ocurrió a Trinity, así que felicítala a ella.

Marlon me dirige una sonrisa suave.

—Ah, mi Ofelia. Cómo no. Clodio me contó que vuestro proyecto había sido escogido, lo del Rose Bowl, y todo el lío con el equipo de fútbol. Por eso habéis montado esto, ¿verdad? —Asiento con la cabeza entusiasmada. Entonces, ¿Clodio ya ha hablado con él? ¿Le habrá dicho que lo propuse como protagonista?—. Sobre eso...

Las voces de la multitud suben de volumen. Hay gritos mezclados con risas. Todos nos damos la vuelta hacia el batiburrillo de telas negras que hace las veces de salida del *escape room* y entrada a la sala de fiesta.

Veoz figuras altas y hombros anchos. Hombreras y cascos. Camisetas azules con números y apretadas mallas amarillas.

La mandíbula se me cae al suelo.

Se han atrevido a venir... y, encima, con los uniformes del equipo.

La excitación recorre toda la sala. Veoz cabezas girando de un lado a otro, de la entrada a la tarima donde nos encontramos. Especulando emocionados.

—Chicos, ayudadme a bajar —mascullo. Luego le hago una seña al DJ, Roger, para que no corte la música ni muerto.

Jaspar y Monique me tienen que coger de las axilas para salvar el escalón. Joder, parezco una *vedette*.

No me cuesta patinar a través de la sala, todos se van apartando para dejarme paso. Las conversaciones pasan de lo genial que es nuestra idea y lo bien que editamos vídeos a por qué están aquí los Bruins si ellos tenían su propia fiesta en una de las hermandades.

Al menos, eso me había dicho Travis a principios de semana.

Cuando los chicos me ven llegar, a algunos están a punto de salirse los ojos de las órbitas con mis minimallas rosas y mi bañador estampado. JonJon se lleva la mano a la boca.

Travis, Asher, Cooper y Dwight están en el centro, cuadrados, de brazos cruzados. ¿Quiénes se creen? ¿Los Vengadores?

Freno a escasos centímetros de Travis, el pelo balanceándose sobre mi hombro. Hasta me he puesto extensiones rubias para poder hacerme la cola de caballo y ponerme la visera a juego.

Pillo a Travis con la vista clavada en mis piernas, probablemente alucinando con mis patines *vintage*. Chasqueo los dedos frente a él.

—¿Qué hacéis aquí? —le espeto sin rodeos.

Los ojos castaños de Travis tardan un poquito más de lo normal en subir a mi rostro. Pestañea varias veces. Si no tuviera más que comprobado que no bebe, pensaría que está un poco borracho.

Asher choca el hombro contra el de su amigo.

—¿Qué hay de ese discursito que tenías preparado?

Al fin, Travis parece salir de su ensoñación. Observa a su alrededor y una sonrisa de medio lado cruza su rostro. Joder, hasta se ha pintado rayas azules y amarillas en las mejillas. Con todas las protecciones puestas, parece gigante. Sin hacer mucho más que estar ahí de pie, con las piernas bien separadas, es como si absorbiera la luz y el espacio, llamando toda la atención. Tengo que hacer esfuerzos titánicos para que mi mirada no vaya hacia sus mallas amarillas. ¿Lleva el suspensorio? ¿O el bulto que me pareció ver de lejos...?

Su voz dispersa mis pensamientos. Menos mal.

—La invitación era para todo el alumnado de UCLA, ¿verdad? —Señala hacia la entrada—. Hasta hemos enseñado nuestro carnet. A una amiga tuya. Sophie, creo.

Aprieto los dientes. Voy a tener que enseñar a Sophie a ser más concreta en sus mensajes.

—Me dijiste que ibais a Sigma Chi —le recuerdo—. Tus palabras textuales fueron: «No puedo faltar, decepcionaría a las chicas».

Dwight suelta una risita, pero Cooper lo golpea en el costado.

Travis se encoge de hombros, toda una proeza con lo que lleva puesto.

—Cambiamos de opinión. Hasta las Sigma Chi estaban planteándose venir aquí, así que, felicidades. —Se inclina un poco hacia mí y me guiña el ojo. Juro que cuando se muestra así de arrogante podría envolverle un cable alrededor del cuello y tirar con todas mis fuerzas. ¿Alguna vez me pareció

sexi? Ya ni lo recuerdo—. Sois la fiesta de Halloween más top ahora mismo.

Alzo el mentón, alineando mi nariz con la suya. Con los patines, no hay tanta diferencia de altura entre nosotros.

—Ya lo sabíamos.

Aunque Roger me ha hecho caso y la música no ha parado, es innegable que todo el mundo está pendiente de nuestras palabras. Se ha formado un corrillo alrededor. Hay móviles apuntándonos con el *flash* y gente murmurando, y lo último que querría ahora mismo es que la atención vaya hacia donde no debe y todo este esfuerzo sea para nada.

Nunca se me pasó por la cabeza que ellos aparecerían por aquí. Invité a Lluvia y a Sierra anoche a través de un mensaje desde el Mooncake, porque no llegué a nuestro piso hasta bien entrada la madrugada. No quería que se enteraran por las *stories* de Irina como el resto, y di por sentado que, cuando Travis y los demás lo descubrieran, se lo tomarían a risa y se quedarían en su fiesta.

Pero no lo han hecho.

¿Por qué...?

Oh.

Sin dejar de mirar a Travis, una lenta sonrisa empieza a surcar mis labios pintados de rosa. Sus ojos castaños caen un segundo, tan rápido que seguro que me lo he imaginado. A lo mejor solo ha parpadeado.

—Tenéis miedo —murmuro.

Travis frunce el ceño.

—¿Cómo dices?

—Os han temblado las piernas, ¿a que sí? Habéis visto lo bien que nos estaba yendo, os habéis puesto vuestras pinturitas de guerra y habéis venido corriendo.

Una expresión extraña atraviesa su rostro.

—Yo...

En un impulso, me acerco mucho más para susurrarle al oído:

—Me encanta. Ese era el trato.

Antes de que pueda responderme, varios pares de brazos me rodean la cintura y me alejan de él.

—¡Eh, eh, eh! —grita Monique—. ¿Qué haces, Trinity? ¡Es el *enemigo*!

—Sí, tía, no mola. —Kelcey también está aquí, terrorífica en su disfraz de *Saw*—. Además, se han saltado el *escape room*. Le han dado un susto de muerte a *Russell* al colarse.

Jaspar jadea. *Russell* es el gato-mascota no oficial de la ETCT. Está y no está. Lo mismo se pasa seis horas sobre el escritorio de un profesor como merodea por los sets de grabación. Hay quienes afirman que en realidad no existe y que es el fantasma del gato de Gilbert Gates, el decano fundador de la escuela.

Yo sé que *Russell* es real. He limpiado sus caquitas *muy* reales y una vez lo encontré dormido dentro de mi mochila.

—¿Cómo? Nadie tiene derecho a disfrutar de la fiesta si no supera la locura transitoria de Kelcey. —Jaspar se gira hacia la multitud y alza la voz —: ¡Estos tíos son unos gallinas y no quieren hacer el *escape room*!

Para mi sorpresa, se eleva una sarta de abucheos y gritos de: «¡Volved ahí!», «¿Tenéis miedo?», y «¡Nadie asusta a *Russell*!».

Asher da un paso al frente.

—Lo haremos.

—Tío. —Dwight lo mira con unos ojos como platos. Normal. Es un cobardica. Tuvimos que ver *La cabaña en el bosque* con las luces encendidas porque le daba taquicardia.

—Que firmen los permisos —digo sonriente.

Se monta un revuelo mientras mis compañeros traen los papeles, los jugadores se quejan, nosotros insistimos y el resto de los estudiantes se emocionan.

—Si queráis nuestros autógrafos solo tenáis que pedirlos —bromea Travis.

Y entonces, alguien grita por encima de la música:

—¡Participad vosotros también!

Después de eso, no hay manera de detener los acontecimientos. A todo el mundo le parece muy gracioso y muy apropiado que los Bruins y los estudiantes de cine compitamos a ver quién termina primero el *escape room*. Como la sala que hemos habilitado para eso no es muy grande (estamos empleando una sección de la ETCT para toda la fiesta, todo cedido por el bueno de Clodio), se decide que irán dos grupos de cuatro. Travis, Asher, Dwight y Cooper, cómo no, irán en representación de los Bruins. En nuestro caso, no podemos contar con Kelcey porque es quien

ideó los acertijos y las pistas, y a Monique le dan dolor de cabeza hasta los sudokus.

Entonces, llega un héroe de capa roja a salvarnos.

—Si me permitís —dice Marlon, acercándose. Esboza una mueca de disculpa—. No puedo prometer que se me dé genial, pero quiero aportar mi granito de arena.

—Fantástico —suspiro. ¿Puede ser más mono? Ahora, la perspectiva de pasar un rato encerrada en la cámara de los horrores de Kelcey se me antoja un sueño.

Travis carraspea.

—Os sigue faltando uno.

Una voz llena de alegría se cuele entre los corpachones del equipo de fútbol.

—No, no les falta.

Un cuerpo pequeño y delgado se abre paso entre la marea de uniformes. Lluvia aparece con una sonrisa de oreja a oreja. Lleva el disfraz de *Cazafantasmas* que su abuela, Joyce, siempre utilizaba en Halloween. Ahora que su abuela ya no está, la tradición ha pasado a Lluvia. Solo tuvimos que arreglarle un poco el bajo y las mangas, porque Joyce era incluso más diminuta que su nieta. Le sienta perfecto.

Asher exhala un largo suspiro.

—Lluvia.

—Lo siento, querido, esta noche soy más amiga que novia. —Me abraza con fuerza, moviéndome unos centímetros por culpa de los patines—. ¿Cómo es que estás tan buena? —se queja.

—Tú haces que un mono marrón parezca morboso, chica.

Monique se interpone entre nosotras y examina a Lluvia con ojo crítico. Las presenté el año pasado, pero rara vez coinciden. No es que quiera mantener a mis compañeros de clase separados del resto de mi vida, es que, literalmente, a veces no tengo tiempo ni yo misma de dividirme para todos.

—¿Eres buena encontrando pistas?

Suelto una risita. Lluvia es la tía más competitiva que he conocido en la vida. Ha participado en juegos o deportes que ni le gustaban solo por el placer de ganar. Sobre todo si...

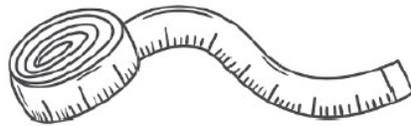
—Soy una Clearwater —responde Lluvia con aplomo—. Ganar a un Stone está escrito en mi ADN.

Monique asiente con firmeza.

—Me vale. Y estás monísima.

—¡A mí me encantan tus trenzas!

Travis



Me cago en el entrenador, solo que muy por dentro. Jamás se me ocurriría decirlo en voz alta. Pero me cago en él. Mucho.

Hasta la semana pasada, mi propósito para Halloween era muy sencillo. No habría ido a la fiesta de las Sigma Chi, eso solo lo dije para fastidiar a Trin. Hay una chica en esa hermandad que me tiene anotado en su agenda (y en su cabecero) desde el año pasado, y la cosa ha evolucionado de parecerme divertida a darme un poco de repelús. Sí, me encantan las chicas que toman la iniciativa, pero hasta cierto punto. Como que prefiero que tengan en cuenta mi consentimiento y esas tonterías.

Así que me las habría ingeniado para salir de fiesta todos juntos, los chicos, Trin, Lluvia y quien quisiera unirse. Disfraces, música, un poco de desmadre. Lo normal.

No imaginé acabar encerrado en una habitación de nueve metros por cuatro repleta de elementos destinados a matarnos de un susto. La verdad, estoy asombrado de que hayan montado esto en tan poco tiempo. El lugar está en penumbra, se oye una tormenta lejana (o alguien lamentándose, no estoy seguro) y hay neblina reptando por el suelo. Varias cámaras lo graban todo desde distintos ángulos.

«Hay un botón del pánico en la mesa, junto a los dedos cortados —nos explicó la tal Kelcey—. Pulsadlo solo si no lo soportáis más porque sois unos cobardes de mierda y reconocéis que no sois capaces de resolver un

acertijo al nivel de *¿Dónde está Wally?*» Luego nos cerró la puerta en las narices y el clic de la cerradura sonó como el disparo de una pistola.

Ahora Dwight está sentado en una esquina, hiperventilando después de encontrarse de frente con el retrato de una monja en avanzado estado de descomposición. Total, que somos tres contra cuatro.

Sin necesidad de comentarlo, cada grupo está en un lado de la sala. Echo un vistazo rápido a Trinity, pero, claro, es imposible que mis ojos no se queden enganchados en esas mallas rosas fluorescentes. Cuando la vi antes avanzar hacia mí vestida así, pensé que había recibido un balonazo en la cabeza y estaba fuera de juego.

Es mi amiga, sí, y hace tiempo que enterré con fuerza mis recuerdos sobre nuestro primer encuentro. Con mucha fuerza. La suficiente para que *casi* no me acuerde de cómo se sintieron sus dedos dentro de mis pantalones.

Pero, joder, Trinity es guapísima. A niveles estratosféricos, diría yo. Ni a Margot Robbie le quedaba tan bien ese conjunto.

Y me parece que el tío que se unió a su grupo de últimas, el que va vestido de romano, opina lo mismo. Está diciéndole algo a Trin, y esta agita toda esa cantidad de pelo rubio que no sé de dónde ha sacado y se ríe de una forma que nunca antes le había oído. Tiene el cuerpo tan inclinado hacia él que no sé cómo no se cae de los patines.

«Solo se comporta así con esos *crushes* que va coleccionando —pienso—. ¿Cómo se llamaba el último...? ¿Mario? ¿Marco?»

Unos dedos fuertes atrapan mi mandíbula y giran mi rostro hacia el lado contrario. Me encuentro con el ceño fruncido de Asher.

—Céntrate.

—Estoy centrado.

—No en el culo de Trinity, me refiero.

Le doy un manotazo para librarme de él.

—Cállate. —Luego llevo las manos a las caderas, como justo antes de salir al campo—. Bien, ¿qué tenemos? Aparte de a Dwight infartado.

Cooper señala la pared llena de sangre falsa en la que parece que han descuartizado a varias personas. O son imaginaciones mías, o le tiembla un poco el dedo.

—Creo que hay que meter la mano ahí.

A lo largo de la pared hay distintos objetos colgados, como los cuadros terroríficos, y también algunos que sobresalen. Parecen cajas. Cooper se refiere a un rectángulo negro con el agujero justo para introducir una mano. Encima está escrito con pintura roja: *BAJO TU CUENTA Y RIESGO*. Maravilloso. Dudo muchísimo que sea un *glory hole*.

Nos llegan chillidos de alegría del otro lado. Han encontrado una pista. Tenemos que espabilar.

Asher me mira impertérrito.

—Si meto los dedos y es alguna guarrada, vomitaré. Preferiría evitarlo.

Le sonrío. No pasa nada. Quiero a este tío y tenemos telepatía en el campo.

—Vale, tú busca pistas que no activen tu sentido arácnido para la suciedad. Yo me encargo.

Justo cuando estoy introduciendo los dedos, la sala se queda de pronto a oscuras al mismo tiempo que un trueno retumba por todas partes. El chillido de una niña poseída está a punto de reventar los altavoces.

Del sobresalto, meto el brazo casi hasta el codo y me golpeo los nudillos con el fondo.

—Joder —farfullo.

Cuando la luz regresa, descubro que ya no tengo a Cooper a mi lado. Debe de haber retrocedido por el susto, ha tropezado con una tumba falsa y ahora descansa entre dos esqueletos vestidos de músicos asesinados. Sus rastas están cubiertas de telaraña falsa y, por la posición de sus brazos, parece que intenta tocar el violín.

Asher le está dando una patadita a Dwight, que está desmadejado en el rincón y tiene los ojos cerrados.

—Creo que se ha desmayado —proclama.

Exhalo un largo largo suspiro.

Ya solo somos dos.

Al intentar sacar el brazo, descubro que no puedo. La caja tiene uno de esos mecanismos en los que, al ir en dirección contraria, la abertura se bloquea. No me agobio porque es una sencilla caja de cartón o madera y estoy dispuesto a romperla de un cabezazo si hace falta.

—¿Todo bien, *quarterback*? —pregunta Trinity en voz alta con retintín.

Me giro a medias con una sonrisa y levanto el pulgar libre.

—De lujo. Preocupaos por vosotros mismos, chicos.

Nos miramos. Por su sonrisilla, no parece convencida. Entonces recuerdo lo que me susurró al oído antes de entrar: «Me encanta. Ese era el trato». Me sentí un poco culpable porque fue el entrenador quien nos impulsó a venir aquí, no fue exactamente *motu proprio*. Sin embargo, estoy seguro de que, en cuanto hubiera visto lo que estaban organizando, esta manera ingeniosa de atraer a la gente e invitarlos a votar por ellos, habría venido igualmente.

No llegaría al extremo de asegurar que nos temblaron las piernas por esto, pero ¿qué puedo decir? Me gustan los retos. A partir de hoy, los Bruins se esforzarán activamente por recuperar el uso del Rose Bowl.

Bueno, a partir de mañana. En especial, si consigo sacar el brazo de aquí.

Lo intento de varias maneras, investigando si hay alguna clase de botón o palanca secretos para liberarme. Hasta que veo que Lluvia atraviesa líneas enemigas y se acerca a Asher, que está absorto intentando descifrar el *cryptex* que ha encontrado. Se cuela bajo uno de sus brazos y le pestaña, y el imbécil de Asher enarca una ceja.

—¡Eh! —exclamo llamando su atención—. Regresa con tu grupo, Lluvia Clearwater de Santa Jacinta. Has dicho que hoy eras más amiga que novia, ¿recuerdas?

Me observa con expresión inocente.

—¿No hay descanso para arrumacos?

Asher asiente.

—Claro que s...

—¡No! —ladro—. ¡Atrás, Satanás!

Se marcha con un puchero y mi amigo me frunce el ceño.

—Tráeme esa palanca cubierta de sesos —le ordeno, señalando el paragüero lleno de objetos truculentos.

Con su ayuda y la palanca, rompo el agujero de madera y consigo, por fin, sacar el brazo. Y entre mis dedos se viene el trocito de papel que había en el interior. Es un galimatías de letras y números.

El crujido de la madera llama la atención del otro grupo. El chico rubio que va disfrazado de *Stranger Things* abre la boca de par en par.

—¡Eso es trampa!

—Lo siento..., ¿cómo te llamas, tío?

—Jaspar.

—Lo siento, Jaspár, creo que este *escape room* no está hecho a prueba de jugadores cachas. —Le enseñé mis músculos—. ¿No es así, Ash?

—Mmm.

Asher rara vez participa de mis bromas. Creo que de pequeño se golpeó con algún objeto gracioso y se le creó un trauma, o algo así. Ni siquiera entiendo del todo su relación con Lluvia, no pueden ser más opuestos. Ella casi siempre va sucia, ya sea de pintura o de comida, y a él le dan arcadas los pelos en la ducha.

El cronómetro de la pared pita y suena otro grito terrorífico. Una voz de ultratumba nos avisa de que quedan cinco minutos o soltarán un gas mortífero en la sala. Lo normal sería que la experiencia durara una hora o más, pero imagino que no es viable si lo que quieres es que la gente llegue rápido a la fiesta y vote.

Desde el suelo, Cooper da un respingo y se despierta de golpe.

—¿Qué...? ¿Qué ha pasado?

En los últimos minutos nos volvemos locos reuniendo pistas o, en su defecto, robando o sabotando las del contrario. Ya ni siquiera intentamos interpretar lo que encontramos para ver si tiene sentido y podemos abrir la puerta.

Acabo peleándome con Trinity por la última pieza de un rompecabezas que compone una ouija. Sus patines resbalan y yo procuro no ser demasiado bruto, pero, joder, la tía tiene fuerza. Creo que es la primera vez desde que nos conocemos que luchamos por algo, aunque sea una broma.

Bueno, medio broma.

—Suelta —farfallo.

La visera le oculta la mitad del rostro, pero veo su boca fruncida por el esfuerzo.

—Suelta tú.

El chico vestido de romano levanta las manos en son de paz.

—No creo que...

—Chiss, calla —le ordena Lluvia.

Al final, gana la fuerza bruta y el hecho de que estoy seguro de que no quiere romperse una uña. No es un comentario sexista, me consta que Trinity ama hacerse la manicura y la pedicura. Me consta tanto como que una vez le pinté las uñas de los pies a cambio de que viera conmigo *Solo en casa*.

Del tirón, y por culpa de (o gracias a) los patines, Trin se desliza directa hacia mí. Lanzo el rompecabezas al aire sin pensarlo y abro los brazos para recibirla. Su cuerpo se estampa contra el mío, pero sus piernas siguen hacia delante y se cuelan debajo de las mías. Total, que acabo inclinándome hacia delante, con mis manos en su espalda, y estoy cien por cien seguro de que esto es una pirueta de patinaje artístico.

Entierro la mano en su pelo con rapidez, evitando que se golpee la cabeza. Hincó las rodillas en el suelo, a cada lado de sus caderas y con ella tumbada como un muerto entre mis piernas y expresión de: «¿Qué acaba de pasar?».

—Mierda —suspiro con el corazón agitado—. ¿Estás bien? ¿Te he hecho daño?

Pestañea incrédula.

—Qué va, siento que me acabas de mandar a dormir.

Resoplo una risa.

—Sí, algo así.

Un *flash* nos deslumbra.

—¡Eso sí que es una atrapada! —vitorea Jaspar.

Alguien me da unas palmaditas en la espalda.

—Ya sé por qué eres el *quarterback*, Trav —me felicita Lluvia. Luego agita la pieza del rompecabezas frente a mi cara—. Pero esto es nuestro.

Trinity



Halloween fue un éxito rotundo.

¿Salió exactamente como esperaba?

No.

¿Eso pone a prueba mi necesidad de perfeccionismo?

Un poco.

Bueno, vale, bastante. Cuando planifico cosas y estas no se desarrollan como tenía previsto, me cuesta ver el lado bueno. Siempre hay una parte de mí que habría preferido que todo ocurriera como me lo había imaginado. Incluso si el resultado es peor. Ya lo sé, es horrible, una profesora en secundaria me dijo una vez que debía intentar «fluir» con la vida.

«Fluir» suena al agua que se derrama por el borde de una mesa cuando un vaso se ha caído. No, gracias.

Pero toda mi obsesión se desvanece cuando, el lunes por la mañana, me despierto y lo primero que hago es encender el móvil, que ha aparecido mágicamente en mi mesilla de noche. El domingo no salí de la cama hasta bien pasado el mediodía, y para ese momento Lluvia y Sierra me habían confiscado el móvil y el iPad. Me dijeron que debía centrarme en las emociones que me había producido la fiesta de Halloween. En plan, que me enfocara en lo bien que lo habíamos pasado y el increíble *feedback* que habíamos recibido de la gente que asistió.

Les agradecí el gesto y nos pasamos el día haciéndonos *skincare* y viendo (por enésima vez) *Modern Family*, pero acabé con el pelo lleno de trenzas.

Tengo las notificaciones a tope. De hecho, creo que a Jaspár le ha dado algo porque me ha enviado más de treinta mensajes. Sin embargo, las prioridades son las prioridades. Hago clic en el emoticono con el emblema de UCLA y abro la página de la encuesta.

Al verlo...

«JODER.»

Suelto un chillido y salgo corriendo de mi habitación. Las otras tres puertas, incluido el baño, están abiertas, por lo que las chicas deben de estar en la planta baja. Al pasar frente al cuarto de Sierra, oigo un «Tía buena a la vista» graznado.

—Buenos días, *Loki* —contesto.

El periquito rescatado de Sierra empieza a silbar feliz.

Bajo la escalera de caracol casi volando. Soy la única de las tres a la que no le marea esta —y cito textualmente— «trampa arquitectónica en espiral diseñada para matar inquilinos». Nuestra casera, la señora Pérez, remodeló dos pisos, convirtiéndolos en uno solo, para alquilarlo a estudiantes. Dice que escogió la escalera porque era muy «juvenil». Supongo que porque alguien con vértigo, cataratas o que no tenga menos de veinticinco años no puede afrontar esa escalera con dignidad.

Una vez abajo, esquivo el caballete de Lluvia y el set fotográfico que Sierra ha montado en un rincón y ocupa medio salón. En la otra mitad hemos apiñado como hemos podido el sofá amarillo que encontramos en una tienda *vintage* de Chinatown, el mueble con la televisión, una estantería a rebosar de libros sobre esoterismo y ecología y la mesa baja en la que hacemos casi todas las comidas.

A Sierra le tocan los desayunos esta semana, así que la pillo con la sartén en la mano y el seitán en la otra. Recién levantada, su melena rizada me recuerda a la de la princesa Mérida. Lleva su pijama rosa de algodón orgánico que consiguió en Etsy. En la camiseta pone: ¿HASTA QUÉ ANIMAL LLEGA TU EMPATÍA? Sí, es activista incluso durmiendo.

Lluvia está medio dormida sobre la barra americana, con una mano aferrada a su taza de cacao como si le fuera la vida en ello. Sus pijamas

consisten en camisetas viejas de Asher, calzoncillos que le roba y poco más. Y eso cuando no le da por dormir o pasearse por el piso en pelotas.

Doy un manotazo en la barra que la sobresalta, espabilándola.

—¡Madre mía, Trin!

—¡Mirad las votaciones! —grito a mi vez.

Ambas me rodean, una por cada lado. Lluvia siempre huele a coco, y ya me he acostumbrado al aroma intenso que desprende Sierra. No es que sea un olor malo exactamente, es como creo que olería la vieja de los gatos de *Los Simpson*. Supongo que se adhiere a la piel cuando pasas mucho tiempo con animales y tu dieta consiste en avena y soja.

Orgullosa, les muestro la web. Sí, los Bruins siguen encabezando la encuesta y el azul es mucho más prominente, pero en apenas unos días hemos pasado de 42 votos a...

Lluvia inspira con fuerza.

—¡2.373!

Sierra asiente orgullosa.

—Guau, eso sí que es una remontada. Enhorabuena, supermodelo.

Me pego el móvil al pecho. Siento cosquillitas en el estómago.

—Gracias.

Lluvia me pasa la mano por la espalda, observándome con una sonrisa. Y es genuina. Hasta Sierra, que es una persona mucho más seria y comedida, ha empequeñecido sus preciosos ojos verdes. Supongo que así es como funciona la amistad verdadera, la desinteresada. Da igual cómo vaya tu vida, siempre te alegras cuando a un amigo le sale algo bien.

—Sé que no vas a parar aquí, pero quiero que sepas que, solo con lo de anoche, ya habéis demostrado a mucha gente que la ETCT es increíble. — Se inclina hacia mí y baja el tono de voz, como si me fuera a contar algo confidencial—. Me consta que tu bañador y tus mallas ayudaron bastante.

Sí, eso creo yo también. La última vez que miré el móvil el sábado por la noche tenía tropecientos solicitudes de amistad nuevas. Eso tampoco me viene mal, para qué negarlo. Cuando solo te acuestas con las personas una o dos veces, es bueno tener más opciones.

Me llega un nuevo mensaje. Es Jaspar de nuevo.

Jas-Jas: ES QUE NO QUIERO QUE ME MATES NI NADA.

A ver, estoy casi seguro
de que te va a parecer bien.

Pero como Monique dice
que tienes un conflicto
de intereses...

Subo en la conversación para leer sus anteriores mensajes y poner contexto, porque no entiendo nada. El primero es de ayer domingo, bastante temprano para haberse ido a su piso a la misma hora que yo. Cuando conseguimos desalojar la sala y cerrar todo con llave, casi estaba amaneciendo. Y hoy hemos quedado después de clases para limpiar todo y que no quede ni rastro de la fiesta, como le prometimos a Clodio.

Jas-Jas: He tenido una idea BRUTAL. A lo mejor es el alcohol, pero, mírame, te estoy escribiendo sin faltas de ortografía. Creo que paso el alcoholímetro de las buenas ideas.

Me pongo a ello.

Ya está. Es una genialidad.

A continuación, me envió un vídeo. En la miniatura no veo nada, solo un borrón de colores y lo que me parece que es la forma de un hombro. Mientras se descarga, porque el archivo pesa bastante, reviso el resto de los mensajes.

Jas-Jas: Monique y Kelcey han dado el visto bueno.

Lo voy a subir.

MADRE MÍA, LO VOY A SUBIR.

Está hecho.

¿HOLA? Supongo que esto es lo que sintió aquel tío que se viralizó por animar a una baguette.

Cuando por fin puedo ver el vídeo, la curiosidad ya roza la inquietud. Confío en mis compañeros de clase, pero deberían darle un Óscar a Jaspar por su manera de crear suspense. Menos mal que le interesa la edición y no la actuación.

Pulso el vídeo. La imagen enseguida se mueve y me sitúo. Es la sala del *escape room*... y somos nosotros. Jaspas ha editado el vídeo, igual que con muchos otros estudiantes, pero en este caso es obvio que el foco está en Travis, Asher, Cooper y Dwight. El tono es humorístico, enfocando a Dwight cuando se asusta y posteriormente se desmaya, a Cooper cayéndose, a Asher teniendo una miniarcada cuando su mano rozó telarañas falsas, y a Travis y a mí peleándonos por el rompecabezas. Con la música, los efectos de sonido y los subtítulos, me encuentro a mí misma sonriendo. Las palabras de Travis, «De lujo», se repiten una y otra vez de fondo, sobre todo en los momentos menos oportunos.

Lluvia espía por encima de mi hombro.

—Eh, esa soy yo.

Sí, sale Lluvia cuando la envié como distracción romántica y falló. La última escena es Travis sosteniéndome para no caer, a cámara lenta y con una melodía ñoña.

El vídeo dura menos de un minuto, pero es fantástico. No muestra a los dioses deportivos del campus, sino a los cuatro tíos tontos que yo tan bien conozco.

Contenta, me siento en la butaca junto a Lluvia y respondo a Jaspas.

Yo: Te comería a besos ahora mismo. ¡ES LA LECHE!

Jas-Jas: Ay, madre mía, ya pensaba que ibas a aparecerte en mi piso con un cuchillo.

Yo: ¿Por ser alucinante? Qué poca fe...

Jas-Jas: Vale, pero, por si acaso, entra aquí.

Me envía un *link* y hago clic. Resulta que el vídeo está subido a la cuenta de Instagram que hicimos el otro día y tiene...

Joder, tiene más de cincuenta mil *likes*. En veinticuatro horas. Me deslizo a través de los comentarios, boquiabierta. Como siempre en redes sociales, hay de todo, pero el tono predominante es de guasa. Algunos son claramente estudiantes de UCLA a los que les ha encantado conocer el lado menos «heroico» de los jugadores de fútbol americano.

—Chicas, os estoy enviando un *link* —murmuro.

De pronto, la pantalla se oscurece y aparece un nombre: MISS ILLINOIS. Es como guardé a Travis cuando me escribió hace más de dos años, después de conseguir mi número a través de Asher. Nunca lo he cambiado, no sé muy bien por qué.

Atiendo la llamada.

—Hola, rubia —dice sin darme tiempo a decir nada. Su tono de voz es serio, ronco, pero sé sin lugar a dudas que está sonriendo. Oigo jaleo detrás, así que lo más probable es que haya ido temprano a las instalaciones deportivas. Le encanta hacerlo después de un fin de semana de fiesta—. No quiero darme por aludido, sabes que soy el tío menos narcisista de este mundo (excepto cuando me es imposible evitarlo), pero voy a tener que preguntar: ¿te has quedado satisfecha?

Me muerdo el labio inferior en un intento absurdo por contener mi propia sonrisa. Lluvia me observa con atención, como la buena cotilla que es. Camino hacia el salón y me digo a mí misma que lo hago para alejarme del ruido del seitán chisporroteando en la sartén.

—Uy, interesante elección de palabras.

—Culpa mía. Reformulo: ¿se te han mojado las bragas después de dejarnos en ridículo de esa manera?

Me dejo caer en el sofá sorprendida. Aunque a veces se nos escapa alguna broma, no solemos salirnos de la famosísima *friendzone*. Nunca. Es como si hubiéramos llegado a un acuerdo tácito. Yo nunca le pregunto por las chicas con las que a veces sale y se acuesta, y viceversa. Sabemos que existen, somos conscientes de que cada uno tiene una vida sexual activa y sana.

Bueno, al menos yo lo soy.

Es imposible que no me lleguen rumores, no oír los comentarios de Cooper o Dwight. Una vez hasta pillé a Travis en la playa, en Santa Mónica, con una chica muy mona. Casualmente, yo estaba con Lluvia y en un principio recuerdo que acordamos sentarnos todos juntos, pero cuando quise darme cuenta Travis había hecho una filigrana y desaparecido con la chica. No creo que lo hiciera por mí ni nada parecido, pero fue un poco raro.

En otras ocasiones, he sido testigo directo de sus ligues y..., bueno, no me he portado del todo bien. Pero eso es secreto de sumario.

El caso es que su pregunta no me incomoda. Es solo que... no me la esperaba. Porque la última vez que nos hablamos así fue durante aquellos meses que estuvimos en contacto antes de conocernos en persona, cuando teníamos clarísimo que nos gustábamos y nos queríamos empujar el uno al otro.

Los viejos tiempos.

—Ay, Watkins, hace falta algo más que eso para humedecer a esta chica —replico, siguiéndole el juego. Porque no pasa nada. Ha transcurrido tanto tiempo que ha quedado claro para toda la humanidad que no hay nada entre nosotros. Solo amistad. Respeto. Gustos en común. Y, ahora, el Rose Bowl —. Hemos pensado que estaría bien que más de cincuenta mil personas os humanizaran y se dieran cuenta de que no sois dioses.

—¡Ash sale monísimo! ¡Se lo voy a enviar a Atlanta! —grita Lluvia en la cocina.

—Ah, muchas gracias. —La voz de Travis está repleta de sarcasmo—. Te aseguro que mis compañeros de equipo están que saltan de la emoción, sobre todo los que solo ligan gracias al uniforme.

—Tal vez deberían pulir sus técnicas de seducción.

—Tal vez.

Nos quedamos en silencio unos segundos. Oigo a Sierra parlotando sobre una documentación muy importante que tiene que entregar antes de las vacaciones de invierno. Está en su último año de Biología y pendiente de una importantísima beca por la que lleva luchando desde que empezó la carrera. De ahí que últimamente no parezca descansada nunca.

Travis carraspea. El ruido de fondo baja de volumen, como si él también se hubiera movido en busca de un lugar más tranquilo.

—El vídeo mola mucho. Felicidades.

Jugueteo con los cordones del pantalón del pijama.

—La verdad es que en esta ocasión tengo que ceder el mérito a mis compis. Estaba profundamente dormida mientras maquinaban esto.

—Bueno, incluso así no dudo que seas la mente maestra en la sombra.

—Me lo voy a tomar como un cumplido.

Suelta una risa baja que hace que mi pecho se sienta cálido. Me doy cuenta de que he hecho un nudo marinero con los cordones y mi dedo índice ha quedado atrapado. Tironeo para liberarlo, pero solo consigo apretarlo más. «¿Qué diablos...?»

—Por cierto, ¿el miércoles a quién le toca recoger a quién? —pregunta.

Ah, nuestra infalible quedada mensual. El primer miércoles de cada mes aparcamos todo a un lado y vamos al Bruin Theater, en Westwood Village. Es el cine más cercano a la universidad y encima lleva el nombre de la mascota de los equipos deportivos, Joe Bruin. Se construyó en los años treinta y es precioso, me dan ganas de ponerme una falda larga y hacerme ondas en el pelo. Además, solo tiene una pantalla y fue construido por el legendario arquitecto de teatros S. Charles Lee.

No sé, me siento muy elitista yendo a ese cine, y me encanta.

—A ver, dame un segundo.

Correteo de nuevo hacia mi habitación, sacrificando la salud de mi dedo al tirar con fuerza para liberarlo. Subir la escalera de caracol es mucho más fácil que bajarla. *Loki* me canturrea algo al verme pasar.

Travis suspira.

—Estás yendo a por tu iPad, ¿no?

—No respondo preguntas capciosas.

La busco con la mirada. ¿Dónde la habrán puesto estas dos locas? Mesilla de noche, escritorio...

—Me encantaría saber qué ocurriría si un día la pierdes o, Dios no lo quiera, muere en extrañas circunstancias. ¿Sabrías ir a clase? ¿Comer? ¿Ducharte?

Lo ignoro. Travis, como mucha gente, va por la vida sin ninguna clase de agenda. Ni física, ni digital, ni mental. No sé cómo funciona ese sistema, a veces me da la sensación de que llega a los sitios por inercia. Aun así, y para mi absoluta sorpresa, es un tío puntual. Misterios de la vida.

—No me malinterpretes, estás muy mona cuando apuntas incluso las borracheras y las resacas. Como si fueras a olvidarte de que te has vomitado en las rodillas si no lo dejaras plasmado en algún lado.

—Eso solo pasó una vez.

Encuentro el iPad asomando de uno de los bolsillos de mi parka, que está colgada detrás de la puerta. Seguro que ha sido cosa de Lluvia. Tiene un post-it que dice: «Dame un iDescanso, por favor».

—Pero fue épico. Sobre todo cuando te quedaste dormida y...

—Este miércoles me toca a mí recogerte —lo interrumpo.

No me hace falta recordar la vez que acabé con la nariz enterrada en mi propio vómito. Me duché como cuatro veces seguidas porque seguía

detectando esa peste que solo dan las borracheras de cerveza.

—Genial, entonces llevo el casco.

Abro la boca para replicar, porque estoy bastante harta de que todo el mundo vaya por ahí diciendo que conduzco mal. Aprendí al mismo tiempo que Lluvia, en Santa Jacinta, con el bueno del señor Tucker. Muchas malas lenguas afirmaron que solo nos dio el carnet para no volver a vernos más y que fuéramos un problema del mundo y no solo suyo.

Bah. Solo tengo que mantener el coche entre dos líneas blancas y frenar si se me atraviesa un ser vivo, por el amor de Dios. No es tan difícil.

—Y, Trin...

El cambio en su tono de voz me distrae. Es más bajo, más... ¿íntimo?

—¿Sí?

—Creo que me va a encantar competir contra ti.

Ah...

Ya.

Bueno.

¿Y qué se supone que contesto a eso?

Me llevo la mano al pecho. ¿Me ha dado un vuelco el corazón? ¿Por qué? ¿Cómo? Quiero decir...

No, no, seguro que es un efecto secundario por el hambre. Todavía no he desayunado.

Trago saliva, buscando a toda prisa una respuesta decente.

—A mí me va a encantar saludarte con la manita desde el Rose Bowl el 10 de diciembre.

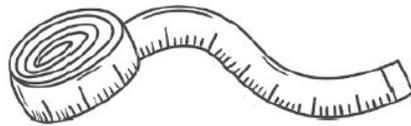
Se echa a reír. Jo, de verdad, creo que cuando los padres de Travis lo concibieron estaban colocados y no paraban de reírse.

—¿Qué canción sonaría?

—*Troublemaker*, por supuesto.

—Ya.

Travis



El miércoles por la mañana, al salir de Microeconomía, tengo una llamada perdida de mi tío. James, de Napa, el señor más circunspecto y sobrio de todo Estados Unidos.

No me extraña que me llame en plena semana, o en horario de clases. Mi tío nunca ha tenido un concepto del sistema educativo muy rígido. Todo le da un poco igual. Como él apenas terminó primaria y luego montó su propio negocio, considera que la necesidad de conseguir un título es relativa. Por ejemplo: cree que los médicos y los abogados sí deberían estar graduados y tener un diploma bien gordo colgado en las paredes de sus consultas (he estado presente cuando preguntaba por ellos a algún pobre médico). Pero ¿estudiar Económicas? ¿Para qué? Según él, a vender y a tratar con el cliente se aprende en la calle, no en las aulas.

No puedo quitarle toda la razón ni tomármelo como algo personal, porque no hay ni pizca de maldad en él. Al fin y al cabo, me ha criado. No hay mayor muestra de cariño que esa.

Le devuelvo la llamada mientras busco una máquina expendedora. La clase ha durado tres horas y la profesora McGarry no nos deja ni beber agua. Le dan hasta tics en los párpados si ve a alguien mínimamente distraído.

—Hola, chaval —saluda mi tío en cuanto descuelga.

—Hola, tío James. —Esbozo una sonrisa para mí mismo y meto unas cuantas monedas en la máquina. Siempre nos saludamos igual—. ¿Qué?, ¿me echas de menos?

—Sí, bueno...

Me lo imagino sin problemas rascándose el mentón y con los ojos divagando, pensando, siempre con la mente en mil cosas. Sigue en su casa de madera blanca en el valle de Napa a la que se mudó con solo dieciocho años. La casa de dos habitaciones que hace muchos muchos años contuvo muchos muchos sueños. Ahora la mayoría de ellos están guardados en el desván, en su memoria y en algunos de mis recuerdos más agridulces.

Al mismo tiempo que la botella de agua cae en la cesta metálica con un fuerte golpe, mi tío barbot:

—Cumple veintiuno dentro de tres semanas, ¿eh?

No estoy seguro de si me quedo paralizado por el ruido o por su pregunta.

Aunque...

Joder, debo ser sincero al menos hacia mí mismo.

Siento presión en el pecho y un revoltijo de nervios se instala en mi estómago. Me dejo caer en el banco que hay al otro lado de la máquina expendedora, casi sentándome sobre mi propia mochila.

Respiro hondo.

—Sí... Justo tres semanas.

Fijo la vista en la pared de enfrente. Es de un tono crema homogéneo y está llena de anuncios sobre clases, charlas, tutorías privadas y alguna que otra fiesta. Los estudiantes van y vienen. Sin embargo, a mí me parece que estoy en la cocina de la casa en Napa, con vistas al porche trasero, a nuestra barbacoa y, más allá, el ondulante verde, marrón y dorado del valle.

Al otro lado del teléfono, el tío James está trasteando con algo, probablemente con la máquina de coser. Dudo que sepa poner el altavoz, así que estará utilizando una sola mano. No me preocupa. Es uno de los mejores sastres de toda California.

Los segundos pasan sin que ninguno de los dos hable. Pero ¿él espera que sea yo quien diga algo más? No se me ocurre ni una sola cosa. Tengo la mente tan saturada ahora mismo, van y vienen tantas imágenes, palabras y momentos, que mi garganta está obstruida.

Sabía que esta conversación con mi tío llegaría, solo que tal vez tenía la esperanza de que sucediera uno o dos días antes de mi cumpleaños. Llevo obsesionado y al mismo tiempo ignorando este hecho desde el curso pasado. Empezar el último año sabiendo que se avecinaban tantas decisiones...

Seguramente es la razón detrás de que quiera dejar el equipo. Para, al menos, no tener que tomar otra decisión sobre eso más adelante. Para no tener que sentarme en el despacho del entrenador si me llegan ofertas de algunos equipos y quedar como un idiota que no sabe qué quiere hacer con su propia vida.

Que..., bueno, es lo que soy.

La máquina de coser se detiene un momento.

—Sabes lo que pasará entonces, ¿no?

Vaya, está claro que él tampoco se muere de ganas de hablar del tema. Está forzando la conversación de una manera casi dolorosa.

Cierro los ojos.

—Sí, me hago una idea.

—Será mejor que organices tu cabeza para ese momento. Caerán encima de ti como buitres. Créeme..., lo sé por experiencia.

Algo me toca la rodilla. Sobresaltado, me giro hacia un chico que sostiene una botella de agua frente a mí. Me mira como si pensara que estoy zumbado.

—Perdona. ¿Esto es tuyo?

—Ah, sí. —Sintiéndome imbécil perdido, cojo la botella. Ya no tengo sed, ni hambre, ni nada—. Gracias.

Trinity



—Y... ¡corten! —exclamo.

Kelcey empieza a ladrar órdenes justo después. Monique corretea por todas partes, asegurándose de que todo está correcto. Jaspár está inclinado sobre el monitor, comprobando las escenas que acabamos de grabar.

Me acerco a nuestra actriz y protagonista, Blanca. Es carismática, tiene dos perfiles buenos, da una entonación perfecta a sus frases, y sus ojos oscuros de espesas pestañas negras quedan genial en cámara. Una parte de mí no se puede creer que una estudiante de último año aceptara tan alegremente colaborar con nosotros en el corto. Aunque, claro, también ganará créditos extras y, como ella misma me dijo, todas las experiencias son buenas.

Al principio no supe si tomarme eso como un: «Incluso tú, una chica que todavía tiene mucho que aprender y que está dirigiendo algo por primera vez, me sirves para el currículum». Luego conocí a Blanca y me di cuenta de lo absurdo que había sido. La chica es un sol.

Le tiendo su chaqueta. Esta mañana ha amanecido especialmente fría, noviembre está entrando con fuerza en Los Ángeles. Lamentablemente, mi cortometraje tiene unas vibras muy veraniegas y los actores deben utilizar ropa fresquita.

—¿Qué tal todo? —le pregunto—. ¿Has estado cómoda? ¿Has notado algo que...? En fin, cualquier sugerencia es buena.

Blanca se saca el cabello que se le ha quedado atascado en la chaqueta y sonríe.

—Para mí, ha habido cero diferencias entre esto y cuando rodé el anuncio para Blossom's.

Nos dirigimos hacia la parte techada de la azotea de mi edificio de apartamentos. La primera escena tenía que rodarse al aire libre, preferiblemente al amanecer, mientras la prota, Misty, tiende su ropa. Una escena cotidiana pero que será el inicio de su intensa (aunque corta, porque no podemos pasarnos de los diez minutos) historia de amor.

Todavía me pregunto cómo mis ensoñaciones de tonta obsesionada con las comedias románticas han podido convencer al departamento de la ETCT. Al profesor Clodio, que es conocido por encantarle el drama.

Aunque ya había repasado el currículum de Blanca antes de proponerle participar, no puedo evitar asombrarme de nuevo.

—Debió de ser un sueño hecho realidad.

Suelta una risa.

—Bueno, en parte sí. Mi yo adolescente chillaba por dentro de emoción al saber que iba a salir en la televisión nacional llevando la ropa de la temporada primavera-verano de Polly Blossom. Pero ¿sabes qué? —Se inclina un poco hacia mí y baja el tono de voz—. Fue todo muy frío. Incluso tuve que llamar por teléfono para encargarme un café y algo de desayunar.

Pestañeo.

—¿En serio?

Blossom's son unos grandes almacenes que al principio de los años 2000 lo eran todo para los adolescentes estadounidenses. Su ropa se popularizó con rapidez porque salía en varios programas y series de televisión de la época. Los actores y modelos que desfilaban o actuaban para ellos eran como deidades para el resto, porque se rumoreaba que escogían a chicos y chicas de la calle y cambiaban sus vidas.

Incluso se creó todo un universo de *merchan* alrededor. Yo misma estaba suscrita a su revista mensual, y todavía guardo algún que otro accesorio de plástico rosa como recuerdo. En mis años de secundaria, llevar algo con el símbolo de la P y la B entrelazadas era lo más. Ni Forever 21 ni Nordstrom... Blossom's.

Conforme crecí, mi gusto cambió y Blossom's dejó de ser para mí. Y, ahora que lo pienso, ya no veo carteles suyos por todas partes como antes.

—Hace años la dirección cambió de manos y el encanto se perdió. — Blanca suspira feliz, cuando Monique le tiende un café de Starbucks y le señala las cajas llenas de dulces para elegir—. ¿Ves? Le dais mil vueltas a una gran multinacional. Vais por el buen camino.

Sonrío.

—Muchas gracias. A ver si me dices lo mismo cuando tengamos que rodar junto a la playa en otoño.

Pero Blanca, que es fantástica, se pone a dar saltitos.

—¡Estoy deseándolo! Todo es más emotivo y trágico junto al mar.

Acabo dando saltitos con ella, feliz de que alguien esté tan emocionado como yo. Para cuando terminamos de recoger todo el equipo y montarlo en la furgoneta cedida por la ETCT, Blanca ya se ha ido, para no llegar tarde a clase, y mis compañeros y yo desayunamos con los restos del pedido a Starbucks.

Tengo una sensación muy agradable en el cuerpo, y tardo unos instantes en darme cuenta de lo que es: realización. El bienestar absoluto al saber que he hecho algo que me encanta, creo que ha salido genial, y todavía quedan más momentos así por venir.

Satisfacción. Orgullo.

Puedo vivir sintiéndome así. Quiero hacerlo. Mi padre me recitó una extensa lista de contras cuando le dije que quería ser directora de cine. No soy idiota, la mayoría son puntos bastante realistas. Sé el porcentaje de éxito de esta profesión.

Como es un Henderson de pura cepa, él no entiende que mi elección no está basada en las probabilidades, sino en la pasión. Algo que late dentro de mí y que no he podido ignorar por más que lo he intentado. Algo que hace que me dé igual que esto pueda salir mal, porque incluso si es así y acabo trabajando de cualquier otra cosa para ganarme la vida, seré feliz porque lo he intentado.

Estoy segura.

Monique, de pie frente al maletero de la furgoneta, nos mira con los ojos muy abiertos, lo cual le da un aspecto teatral. Le encanta delineárselos con mucho lápiz negro, cosa que creo que solo le queda genial a ella.

—Este ha sido nuestro primer día oficial en un rodaje. ¿Sensaciones?

Kelcey, Jaspár y yo estamos sentados al borde del maletero, entre las puertas abiertas.

—Cosquillitas —balbucea Kels, con la boca llena de donut.

—No voy a preguntar dónde. —Jaspár da un largo sorbo a su café solo y traga ruidosamente—. Tengo la cabeza llena de ideas y estoy reproduciendo en bucle el plano de Blanca con los rayos de sol asomándose entre la ropa tendida. Es brutal.

Asiento.

—Creo que es mi favorito. —Cuando todos se me quedan mirando, inspiro profundamente—. Mi sensación es... que estoy justo donde debo estar.

Me contestan tres sonrisas deslumbrantes. Brindamos con los cafés y saludamos a uno de mis vecinos más polémicos, el señor Nguyen. De origen vietnamita y temperamento volátil, nos grita que ni se nos ocurra grabarlo en su intimidad o nos denunciará por violar la Quinta Enmienda.

Sus refunfuños se oyen incluso cuando se encierra de un portazo en su piso, en la primera planta.

—¿Deberíamos regalarle una copia de la Carta de Derechos? —murmura Jaspár.

—No te molestes, ya lo hizo Lluvia poco después de mudarnos aquí. Nos la devolvió hecha trizas.

—A eso se lo llama convivencia vecinal.

—*Sip*. ¿Nos hacemos un selfi para conmemorar este día?

Su respuesta es apelotonarse a mi alrededor, aunque Kelcey se queja un poco. No le gusta sacarse fotos. Ni siquiera tiene redes sociales, por lo que es un misterio para todos cómo llegó a la vida y también a la cama de Irina.

Por un efímero, insustancial y maravilloso instante, pienso en enviarle el selfi a mi madre. Lo descarto enseguida, claro, y me enfado un poco conmigo misma.

Es como si tantos años de frialdad paternal todavía no hubiesen hecho suficiente mella. Como si hubiera una programación insertada en mi cerebro que hace que intente una y otra vez un acercamiento.

Sí, mi dinámica familiar me ha moldeado, y me obligó a decidir por mí misma después de una pequeña crisis existencial, pero muchas veces pienso

que no habría sido necesario. Más comprensión e interés habrían ayudado mucho.

Tampoco es que yo estuviera completamente sola, siempre he tenido a Lluvia. De hecho, fue el cambio que vi en ella gracias a su viaje de seis semanas lo que me inspiró a hablar con mis padres. Pensé: «Si Lluvia puede afrontar todos sus sentimientos y la enfermedad de su abuela, ¿cómo no voy a poder ser sincera con mis padres?».

Es cierto que esa conversación salió incluso peor de lo que esperaba. En lugar de unos padres conmovidos por mi determinación, me encontré con el muro emocional de mi padre. Mi madre ni siquiera se dignó salir de su habitación. No solo no pude convencerla de que no era una niña caprichosa, sino que acabamos gritándonos cosas horribles.

No era nada que no hubiera oído con anterioridad, por otro lado.

Esa es la razón por la que estoy utilizando la herencia de mi tío abuelo Aurelius para pagarme la universidad. Se suponía que ese dinero iba a estar destinado a la entrada de mi primera casa, era lo que él deseaba. Pero, después de que mi padre insultara mi inteligencia y buen juicio, yo terminé por gritarle que no le necesitaba para nada.

Después de aquello, me pasé todo mi primer año en UCLA sin saber de mis padres.

El ciclo de silencio se rompió la primavera pasada, durante las vacaciones. Lluvia y yo regresamos al pueblo porque se cumplía un año del fallecimiento de su abuela. Si bien Lluvia no es religiosa en el sentido estricto de la palabra (y yo muchísimo menos), cree en las energías y en los espíritus. Además, quería ver a Atlanta, la abuela de Asher y la que siempre fue la mejor amiga de Joyce. Le llevamos un ramo de flores precioso al cementerio y Asher cargó con el tocadiscos portátil de su abuela para poner *I Have a Dream*, de ABBA.

Algo de todo aquello tocó mi fibra sensible y pensé en pasar por casa. Lluvia me había animado, deseosa de que me reconciliara con mis padres. Yo... no lo estaba tanto. Fui, y todo fue horrible. Al marcharme, solo me preguntaba a mí misma por qué había ido.

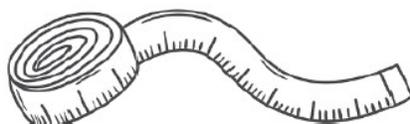
Aquella noche dormí en casa de Lluvia y poco después regresamos a Los Ángeles, para disfrutar del final de las vacaciones con nuestros amigos. Sin embargo, a partir de entonces he recibido mensajes esporádicos de mis padres. Como un fascinante artículo sobre un director canadiense que

afirmó que el arte es inútil y dedicarse al cine es una pérdida de tiempo, o continuas recetas para fiestas informales. Estoy segura de que mi madre está utilizando nuestro chat como carpeta de cocina.

Increíble, teniendo en cuenta que no me prepara ni un sándwich desde que tenía seis o siete años.

Observo de nuevo el selfi y mi enorme sonrisa. No, no creo que le importara esta foto. De hecho, estoy segura de que sentiría rabia por verme feliz.

Travis



Trinity derrapa frente a mi bloque de apartamentos como un gánster en una peli de mafiosos. Hasta deja huellas de neumáticos en el asfalto. Por un momento me la imagino bajando la ventanilla con el coche en marcha y apuntándome con una pistola.

Joder, no me he subido y ya tengo los huevos en la garganta. ¿Cómo le dieron el carnet? ¿Cuál es el baremo en Santa Jacinta para dictaminar que alguien está capacitado para andar por carretera sin causar accidentes?

Según Asher, ninguno. Y procedió a contarme la terrible historia de la estatua de Wood Stone, un antepasado suyo que solía haber frente al ayuntamiento de su pueblo.

Ha tardado exactamente seis minutos en recorrer los quince kilómetros entre Brentwood y Culver City, donde vivo yo con los chicos. Es imposible. O se ha saltado semáforos en rojo o al Cadillac de segunda mano que comparte con Lluvia le han salido alas.

—Por favor, dime que estabas escondida en la esquina esperando a que te mandara el mensaje —le suplico.

—Sube, llorica.

Nos incorporamos a Overland Avenue no sin antes pasar justo frente a los estudios de Sony Picture y cotillear, como siempre, por si vemos a alguien famoso. En realidad, vivir en Los Ángeles no te asegura cruzarte

con ninguna celebridad. Yo llevo aquí casi cuatro años y solo vi una vez (y de lejos) a una de las Kardashian.

Hay un poco de tráfico a esta hora, así que a Trinity le da tiempo a contarme todo sobre su primer día grabando el corto. Con pelos y señales. Me bebo cada una de sus palabras, tanto porque se nota de lejos su entusiasmo como porque adoro escucharla hablar de sus estudios.

«Adoras escucharla hablar de lo que sea, hasta de aquella vez que probó la copa menstrual», piensa una parte insidiosa de mi mente.

La ignoro.

Es mi mejor amiga y la chica con la que paso más tiempo con diferencia. ¿Qué sentido tendría que no me gustara hablar con ella?

La observo de reojo. Su perfil suave, de cejas rubias, naricilla pequeña y labios rosas; el superior un poco más grande que el inferior. Hoy lleva el pelo, que apenas le llega a los hombros, medio recogido en un moñito en lo alto de la cabeza. Deja a la vista dos aretes dorados y los múltiples *piercings* de su oreja. Con una blusa blanca con los botones superiores abiertos y unos vaqueros a medida...

Trago saliva y aparto la mirada, observando mi propia ventanilla.

Está muy guapa, aunque eso no es una novedad. Trinity podría salir de su casa con un puto pijama roñoso y medio Pasadena detendría sus quehaceres para mirarla pasar.

Alguna que otra vez me he preguntado por qué se inclinó por la dirección y no por la actuación. Sonará superficial e injusto, pero creo que su cara y su cuerpo le abrirían muchísimas puertas. Seamos sinceros, Hollywood funciona así. Luego recuerdo ese fuego que vive dentro de ella, esa necesidad de ser quien mueve los hilos, de que todo salga perfecto. Me la imagino en una silla plegable en cuyo respaldo ponga DIRECTORA, y todo cuadra.

Trinity Henderson ha nacido para dominar el mundo, pero se contenta con trasladar las pelis de su mente a la realidad.

De pronto, da un frenazo que hace que me estire hacia delante. No ha calculado bien el tiempo y el semáforo se ha puesto rojo justo cuando iba a pasar. Lo único que evita que acabe con la cara plana contra el salpicadero es el cinturón. Me aferro a él con fuerza.

Trinity me lanza una mirada que dice a las claras que cualquier comentario por mi parte será castigado severamente.

Carraspeo.

—¿Podré ver algunas escenas en primicia?

Ella va metiendo y quitando la primera, su pie subiendo y bajando sobre el embrague. Es impaciente hasta para eso.

—No sé, es una propiedad intelectual delicada. Y eres algo así como mi enemigo. En ficción juvenil, esto sería un *friends to enemies to...* —Se queda callada, me echa un vistazo y luego clava sus bonitos ojos azules en el semáforo. Su pie se queda quieto—. Ahora debería desconfiar de ti, y eso.

No puedo evitar que una sonrisilla surja. A veces es graciosísima. Más de lo que ella cree, siempre proyectando seriedad y responsabilidad.

—Pero si me lo acabas de contar todo. Hasta sé dónde guardáis el equipo.

Para mi sorpresa, me da la razón.

—Bueno, vale. Algo te enseñaré.

—Guardaré el secreto con mi vida.

—Juegas a fútbol americano y recibes una media de tres golpes fuertes en la cabeza al mes. Tu vida no es el mejor aval, que digamos.

Me llevo la mano al pecho, jadeando.

—Siento que eso debería ofenderme. —Me encojo de hombros—. Pero es una realidad.

El semáforo se pone en verde y avanzamos. Y entonces Trinity me sorprende tocando mi muslo un instante. Toda mi pierna se endurece bajo su contacto, casi como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Coño, si solo es la punta de sus dedos.

—¿Cuándo fue la última vez que te hiciste un chequeo? ¿En agosto?

Me dejo de tonterías y me concentro en su pregunta. En su voz hay una preocupación clara. Solo ella podría burlarse sobre un tema y un instante después mostrarse intranquila.

Para nadie es un secreto que el fútbol americano es uno de los deportes más físicos y peligrosos del mundo. Ya hace años que se implementó un protocolo solo para el tema de las conmociones cerebrales. Hubo varias estadísticas que hicieron evidente que los golpes importantes no son solo aquellos que causan lesiones inmediatas; los más leves deben tener un seguimiento. Está comprobado que pequeños golpes pueden ir

acumulándose y derivar en problemas graves a largo plazo, como una ETC¹ o incluso una muerte prematura.

En los Bruins están bastante implicados al respecto y tenemos varias charlas al año sobre el tema. El equipo médico no pasa ni una. Y la verdad es que eso nos da tranquilidad a los jugadores. Este deporte está incrustado en nuestra alma, en nuestro ADN, pero ninguno quiere acabar como Brett Favre o, peor, como Junior Seau.

Fueron puñeteras leyendas hasta que, una vez retirados, todos esos años de contusiones les pasaron factura.

—Creo que te había comentado lo de la equipación nueva que llegó el año pasado, ¿verdad? —Espero a que Trin asienta—. Nuestros cascos ahora vienen con un software incorporado que mide el impacto de los golpes. La información se transmite en tiempo real al equipo médico. Algo raro y estoy fuera del campo.

—Es verdad. Bien. —Hace una pausa—. Si ya eres así de tonto, imagínate con una conmoción.

Solo para fastidiarla, y jugándome la vida más que cuando me pongo delante de un defensa contrario, me chupo el dedo y se lo meto en la oreja.

—¡Travis! —berrea—. ¿No se te ocurre nada mejor que hacer con...?

De nuevo, se queda callada.

Ya van dos veces, y es raro.

Intento seguir el hilo de lo que iba a decir. Como nos conocemos tan bien, no me cuesta mucho.

—¿... con los dedos? —termino por ella. No me contesta. Me inclino hacia delante para ver bien su rostro, sonriendo. ¿Está sonrojada o es por el sol de la tarde, que le está dando de frente?—. A ver, se me ocurren unas cuantas cosas más divertidas que hago cuando me chupo un dedo, pero...

De pronto, da un volantazo que me lanza contra mi puerta. Entra en el parking más cercano al cine, a pocos pasos de Barney's Beanery, que es donde cenamos siempre después.

—Au —me quejo, frotándome el hombro.

Aparca comiéndose las rayas blancas y apropiándose de dos sitios para ella sola. Una vez se me ocurrió ofrecerme a aparcarlo bien en su lugar, pero aprendí la lección. Para cuando recoge su bolso, su chaqueta y sale del

coche, mi sonrisa ha ido borrándose y algo extraño, algo que hace que me sienta un poco incómodo, se remueve en mi estómago.

Mi mente quiere pensar en ello, pero yo no.

No, mejor no.

De nada sirve preguntarme por qué Trinity se ha ruborizado solo por algo tan estúpido como mencionar mis dedos. Puede haber miles de respuestas a eso y seguro que ninguna es la que me estoy imaginando.

Seguro.

En la taquilla nos encontramos con Cooper, tremendamente feliz (nótese la ironía) en su uniforme clásico azul y amarillo, sombrerito incluido. Apenas puede ponérselo con las rastas, se ve obligado a hacerse un moño bajo y sujetárselo con horquillas. Yo creo que está monísimo, pero la primera vez que se lo dije me tiró la grapadora a la cabeza.

Cuando me ve llegar con Trinity, exhala un suspiro poco disimulado. En esa cabina apenas hay sitio para su corpachón, me hace pensar en un oso encerrado en la jaula de un circo.

Además, viniendo de la familia que viene, no trabaja por necesidad. Su padre, el temible señor Koch, se cansó hace unos meses de financiar sus juergas y caprichos. Y como, repito, viene de la familia que viene, los caprichos de Cooper no son baratos. Los chicos y yo hemos intentado enseñarle la vida mundana, que los pobres no cenamos todos los días en Bonefish Grill y que no es tan normal tener varios abrigos de Armani. De momento no podemos decir que haya funcionado mucho.

Así que decidió buscar trabajo para pagarse sus «necesidades básicas». La cosa es que, aparte de placar a los contrarios como si le fuera la vida en ello, Cooper no tiene ninguna otra habilidad. Lo han echado de todos los trabajos y estamos convencidos de que el cine lo mantiene solo porque se extendió el rumor de que un jugador de los UCLA Bruins trabajaba aquí y es un gran reclamo.

Apoyo un codo en el mostrador y me inclino sobre la pequeña ventanita.

—Hola, guapo. ¿A qué hora sales?

—Vete a tomar por culo.

Trinity enarca las cejas.

—Dulce y servicial, como siempre.

Cooper le lanza una pequeña miradita, tan breve que es como si lo hubiera hecho por inercia y automáticamente hubiera recordado que no

debe. Luego me mira a mí y no dice nada. Nada de nada.

Yo permanezco estoico, mi sonrisa inamovible.

—Dos para la sesión guarra, por favor. —Trinity me da un porrazo—. Dos para *Godzilla y Kong: El nuevo imperio*, por favor.

Mientras nos preparan las palomitas y los refrescos, Trinity repasa la cartelera de los próximos estrenos. Paseo la mirada por el pequeño vestíbulo circular y la alfombra, que siempre me ha parecido psicodélica y setentera. Un grupo de unas diez personas está entrando en fila, como si fuera la excursión de un colegio, solo que todos son adultos. La señora que los dirige capta mi atención, porque se parece a...

No, no se parece.

Lo es.

El aire se me escapa de los pulmones. Me giro de golpe hacia el mostrador. Trinity me está comentando algo, pero no soy capaz de descifrar las palabras.

Dos refrescos grandes se deslizan en mi dirección. Levanto la vista hacia el dependiente, pero como mi cabeza ahora mismo es un caos de pensamientos, simplemente le tiendo el billete más grande.

Como en piloto automático, sigo a Trinity hasta nuestros asientos. Me paso las manos sudorosas por los pantalones. Poco a poco, el corazón deja de latirme con tanta fuerza y es como si me ubicara de nuevo dentro de mi propio cuerpo. Joder, he tenido una reacción fuertísima y ni siquiera la he visto. Puede que no esté siquiera con ese grupo, pero solo pensarlo...

Solo considerar que vayamos a estar en la misma sala viendo la misma película durante un par de horas...

La peli empieza y, como siempre, esparce su maravilloso efecto. Es casi como un narcótico. Para mí, el cine es mi droga. Fue lo que me salvó en mi preadolescencia y posteriormente. No había nada que una buena peli no pudiera solucionar. Poco después entró el deporte en mi vida, y es cierto que correr, sudar y golpear a otros hace que mi cuerpo se agote. Pero ¿mi mente? Ella nunca descansaba, ni dejaba que yo lo hiciera.

Fue mi tío James el que se tumbó a mi lado una noche y puso *Panorama para matar*, una de las pelis viejas de su tocayo, James Bond. Poco a poco, el ruido de fondo en mi cabeza se aplacó. La ansiedad dio paso a la curiosidad, y al menos durante lo que duraba la historia de aquel espía perfecto e infalible no había pensamientos intrusivos.

Mi tío no es un gran cinéfilo, solo buscaba con desesperación la manera de sacar a un niño de once años de un pozo profundo. Y lo consiguió.

A mitad de película, como me pasa siempre, ya me he ventilado mi refresco y parte del de Trin y tengo la vejiga a reventar. Voy al baño, hago mis necesidades, y cuando estoy a punto de entrar a la sala me topo con alguien de frente.

Nuestros ojos se encuentran. Me reconoce al instante. No he cambiado tanto desde la última vez que la vi, y ella está igual.

Sus rasgos se iluminan. Parece genuinamente contenta de verme.

—Travis. —Entonces se gira hacia la mujer que la acompaña, que nos observa con curiosidad—. Adelántate, Audrey, enseguida voy.

En cuanto nos quedamos solos, me toca el antebrazo y hago un esfuerzo para no retirarme. No puedo decir que el contacto me genere rechazo, es solo que... no la asocio con cosas buenas.

—Travis, no sabes cuánto me alegro de verte. Siempre le pregunto a tu tío cómo te va, y alguna vez he visto tus partidos por la televisión.

Su mirada es amable. Sus palabras, aún más.

Pero yo...

—Yo también me alegro de verla, señora Scott.

—Ay, ¿cuántas veces te habré dicho que puedes llamarme Lorna?

—No sé, ¿cientos?

Se echa a reír. Es una mujer de cincuenta y tantos años, no muy alta, pero con la columna vertebral hecha de acero. La necesita para su trabajo.

Tras unos cuantos segundos, la señora Scott baja la mirada al suelo. Parece que busca allí las palabras adecuadas. Y yo sé lo que va a decir.

—Ella también pregunta mucho por ti, ¿sabes? Y está muy orgullosa de todo lo que estás consiguiendo.

Tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para tragar por encima del nudo que se me ha creado en la garganta.

—Ya.

Me observa con cautela, sus ojos castaños velados por la indecisión. Hasta que dice:

—No está aquí. Hoy no se encontraba bien para salir.

La relajación automática de mis músculos debe de ser obvia. Siento que he encogido unos cuantos centímetros y todo. Sin embargo, digo lo que tengo que decir, como he hecho siempre.

—Espero que se mejore. Y usted siga así de bien. Si me disculpa...

Parece que va a decir algo más, pero lo deja estar. Se despide de mí con una suave sonrisa y me escabullo dentro de la sala.

—Te has perdido la mejor escena de la película —me susurra Trinity. Me dice lo mismo cada vez que vuelvo del baño.

—Te tengo a ti para contármelo —replico, como siempre.

Me mira un instante antes de continuar viendo la peli. Dos segundos más tarde, se gira hacia mí. Frunce el ceño.

—¿Estás bien?

Joder, qué observadora es.

—No estoy seguro... —Le acerco la mano al rostro, frotándome la palma como si me doliera—. Creo que me he meado los dedos.

Me da un capón y tengo que resistir el impulso de rodearla con el brazo y atraerla hacia mí. En general, soy una persona sobona. Me gusta abrazar y besar, da igual si es un amigo o un ligue. Pero con Trin..., esa es una de las normas no escritas de nuestra amistad: sin pasarse de la raya con el contacto físico.

Así que me guardo las manos (no meadas, lo juro) para mí mismo y disfrutamos del resto de la película. Me da la sensación de que hasta el aire de la sala es más respirable.

Cenamos en Barney's, un pub que en una de sus ventanas tiene a nuestra mascota, Joe Bruin. Decir que soy bien recibido aquí es quedarme corto. Además, el ambiente siempre es la leche. En el pub original, que está en West Hollywood, se rumorea que Tarantino escribió la mayor parte del guion de *Pulp Fiction*. Era normal que se convirtiera en un sitio habitual para Trin y para mí.

Por si todo lo anterior fuera poco, tienen el mejor puto chili de Pasadena.

La camarera y Trin se tiran los trastos (como siempre), aunque ninguna da nunca el paso para darse el número (como siempre), y yo me pongo como un cerdo y pienso que ya veré cómo se lo justificaré al endocrino (como... siempre). Y a Asher, que es mucho peor.

Cuando nos acercamos a la barra a pagar, Trinity emite un jadeo. Señala dos tarros de cristal junto a la máquina registradora.

—¿En serio?

La camarera se pone de puntillas para ver a qué se refiere y luego sonrío.

—Pues claro. Somos fieles admiradores de UCLA, ¿cómo no íbamos a participar?

Me asomo por encima del hombro de Trin para leer las etiquetas de los tarros. En el de la izquierda pone CAMARITAS y en el de la derecha, MUSCULITOS. Es este último el que tiene más papelitos doblados en su interior.

Esbozo una gran sonrisa justo cuando Trin me mira, su expresión mortalmente en blanco.

—¿Te hace gracia?

—Ninguna. Es que estaba recordando una escena de la peli.

Cuando Trinity me deja frente al piso, estoy listo para una partidita rápida al *Fortnite* con los chicos y luego unirme en santo matrimonio a mi cama. Antes de que me apee, me señala con el dedo.

—He mirado mi agenda y tu cumpleaños cae también en miércoles. ¿Qué hacemos? —Se pone a parlotear, contenta de tener algo que planear —. Como cumple veintiuno, tiene que ser algo especial, pero al ser entre semana... ¿Y si lo trasladamos al finde? Aunque Lluvia dice que da mala suerte no soplar las velas en tu día. Y estarás insoportable si te hacemos dos fiestas.

—No... no lo he pensado todavía.

Solo que sí lo he hecho. Y una fiesta era lo último que pasaba por mi mente.

Trin pone los ojos en blanco.

—Qué raro. Bueno, ya se nos ocurrirá algo. Descansa, *quarterback*.

Me bajo del coche.

—Lo mismo digo, rubia. Mándame un mensaje cuando... —con un acelerón, el Cadillac se aleja y lo único que alcanzo a ver son las luces rojas traseras— llegues a casa.

Trinity



Al llegar al piso, tengo varios mensajes de Travis preocupado por mi seguridad y la de los transeúntes de la ciudad. Pongo los ojos en blanco. Es más exagerado que el CGI de *El rey Escorpión*.

Como siempre pongo el móvil en silencio cuando estoy con amigos, tengo más notificaciones. Me llama la atención una de un número desconocido.

Número desconocido: ¡Hola, Trinity! Soy Marlon Giordano. Nos vimos en la increíble fiesta de Halloween, ¿recuerdas?

Le he pedido a Clodio tu número porque quería ser yo quien se comunicara contigo.

Si os parece bien, estaría encantado de participar en vuestro corto. La idea me parece muy bonita. Ya me diréis.

Me tapo la boca con la mano para no chillar, porque cuando las luces de la planta baja están apagadas es que las chicas se han ido a dormir. Salto sobre el sofá y doy brinquitos de felicidad, tirando los cojines al suelo.

Está saliendo bien.

Todas las piezas están encajando.



Todas las piezas menos una.

Conforme avanza noviembre, el cielo nos envía señales claras de que el verano se ha ido para siempre. Y lo de «claras» es una absoluta ironía, por supuesto. Densos nubarrones color pizarra llegan para quedarse y, aunque parece que nunca arranca a llover, yo me veo obligada a ir con el paraguas a todas partes. Como si cargara con pocas cosas a diario. El portátil, el iPad, libros, fichas para apuntes importantes...

Refunfuño desde la ventana de nuestro salón cuando veo que, una vez más, el sol ha decidido que no le apetece asomarse por aquí. Que la fama de Los Ángeles de tener un tiempo ideal la mayor parte del año es solo un mito, sobre todo cuando yo lo necesito.

En la televisión, el meteorólogo de turno señala el área de Los Ángeles con expresión de sorpresa, soltando cosas como «aglomeración», «inesperado» y «cirrostratos». Nada de lo que yo quiero oír, que suena más a: «Hacia las cuatro de la tarde, justo cuando la señorita Henderson se libere de sus obligaciones estudiantiles, las nubes desaparecerán y el sol pegará tan fuerte que se derretirá el asfalto».

En mi cabeza suena *Come Clean*, de Hilary Duff. Obviamente.

Refunfuño mientras me preparo mi capuchino de máquina, para lo cual tuve que hacer tratos humillantes con Sierra. Además de soportar su discurso y aprender cosas que no me interesaban, como que mi carísima cafetera está fabricada con polipropileno y que genera un 90 por ciento de impacto de no sé qué hacia no sé cuántos.

Refunfuño cuando descubro que mi crema hidratante se quedó un poco abierta anoche y la mitad está más seca que el valle de la Muerte.

Ya en el coche con Sierra y Lluvia, refunfuño porque he pisado un charco y mis botas beige son ahora marrones. Y no un marrón chic.

—Alguien está de superbuén humor —musita Sierra desde el asiento del acompañante.

La fulmino con la mirada.

—¿Y tú por qué estás aquí? ¿Y tu bici? ¿No sabes que este coche viejo emite más CO₂ que un submarino nuclear?

—Se me ha roto la cadena, pero voy a pasar por alto tu indirecta porque me congratula que, en el fondo, escuches lo que os cuento.

Las manos de Lluvia tamborilean sobre el volante. Llevamos un buen rato atascadas en el puente de Sunset Boulevard que lleva a la universidad. No es la primera vez. Algunos días Sierra nos ha adelantado con la bici y una sonrisa ufana, pero Lluvia y yo no renunciamos a ser unas vagas asquerosas y hacer todo el trayecto posible en coche.

—Es por las grabaciones con Marlon Giordano, ¿verdad, querida?

Suspiro, sintiendo que parte de mi desgracia mañanera se disipa. Soy una gruñona, pero he comprobado que solo necesito validación por parte de una persona para que se me pase. Además, me hace gracia que Lluvia lo llame exactamente como yo, con nombre y apellido. Como si solo Marlon no fuera suficiente.

Y no lo es. Zac no es nadie sin el Efron justo detrás.

—Con una hora de cielos despejados me sobra. Una.

—¿Has pensado en grabar así? —Los preciosos ojos almendrados de Lluvia me observan desde el espejo retrovisor—. Sé que tu idea era otra, pero si fueras un poco más flexible...

Gruño. Odio esa palabra tanto como «fluir». Odio que la gente piense que es una cualidad, cuando para mí es un imposible, además de una absurdez. No sé ser flexible, ni entiendo por qué debería serlo cuando mis ideas normalmente son fruto de muchas horas de meditación. Hay tanto trabajo detrás que, si las cambiara ante cualquier obstáculo, ¿qué validez tendrían? Sé qué atmósfera quiero que tenga el corto.

Luego pienso en el huracán de nivel cinco al que tuvo que hacer frente Spielberg durante las grabaciones de *Jurassic Park*. Destrozó los decorados, acojonó a los actores y retrasó la producción. ¿Qué hizo él? Se puso a grabar y utilizó las escenas para la película.

Suspiro. Tampoco es que haya estado perdiendo el tiempo. Hemos grabado otras tomas de interiores con Blanca y planos generales de exteriores que nos van a servir como transiciones. En edición, Jaspas quiere probar los cortes básicos, pero yo prefiero que el espectador se sitúe siempre. Ya veremos.

—Puede que tengas razón. Hablaré con los chicos. Pero Marlon estaría tan guapo con el sol del atardecer, en contraposición con la escena de Blanca...

Sierra despliega la visera con espejo para, probablemente, comprobar que no tiene legañas todavía.

—Os va a salir genial, Trin —me dice—. Entiendo que te estreses, la mitad de mi cara es grano en lugar de piel por los nervios que tengo encima por mis propios proyectos. —¿Granos? ¿Dónde?—. Pero ya sabes que desde fuera las cosas se ven mejor, y yo solo veo a una directora en ciernes queriendo que todo salga perfecto.

Lluvia levanta la mano con rapidez.

—Secundo eso.

Jo, las adoro.

—Gracias, chicas. Perdón por estar insoportable. Sierra, eres bienvenida a transportarte con CO₂ siempre que quieras.

—Lo sé.



Para esa misma tarde, he tenido mucho tiempo para reflexionar. Creo que voy a tener que regalar muchos dulces a Lluvia y a Sierra (la mitad veganos, claro). Tienen razón. La flexibilidad tal vez no sea una completa tontería. Es más, creo que debería empezar a practicarla para sobrevivir en este mundillo. Está bien agobiarse, es síntoma de que lo que estoy haciendo es importante para mí, pero esa emoción no puede ensombrecer todo lo demás.

Mi nuevo mantra va a ser: «Las cosas no siempre salen como tú quieres, Trin, y eso no tiene que ser necesariamente algo malo».

Creo que es muy largo para ser un mantra. Mejor un eslogan: «Trinity Henderson: resiliente profesional».

Me gusta. Además, la resiliencia está de moda.

Mientras observo a Marlon decir sus frases a través del monitor, con Jaspár a mi lado, me siento absolutamente viva. No, no hace sol. Del famoso atardecer californiano no hay ni rastro, pero la toma es muy buena. La luz es bonita a pesar de todo, y con solo dos o tres directrices Marlon lo está bordando.

Me fijo mucho en las expresiones de mis compañeros, por si acaso mi romance platónico me está cegando. Sin embargo, todos parecen contentos. Concentrados, preparados para solventar el más mínimo fallo, pero contentos.

Terminamos mucho antes de lo previsto, que es lo que supongo que ocurre cuando trabajas con gente profesional y entusiasta. Me pone tan nerviosa estar cerca de Marlon que dejo que sea Monique quien lo atienda y le dé su café y su dulce. Yo estoy deseando repasar sus tomas en casa, en el ordenador. Reproducir las en bucle. Hacerme un MV¹ privado que vaya contra todas las leyes de intimidad y protección de imagen de todos los estados.

Estoy guardando el trípode de la cámara cuando siento que alguien se me acerca.

—Oye, Trinity. —Es Marlon—. ¿Podemos hablar un momento?

Automáticamente entro en tensión. Mientras lo acompaño, separándonos del resto, repaso todo lo sucedido en las últimas horas. ¿He sido muy brusca en algún momento? ¿La hemos cagado en algo sin darnos cuenta?

—Claro. ¿Qué ocurre?

Al ver mi expresión, sus ojos se abren un poco más.

—Ah, no, no es nada relacionado con el rodaje. Ha salido todo genial, tranquila.

Se me escapa el aire que estaba conteniendo. Sonrío.

—¿Seguro? ¿Has estado cómodo?

—Mucho. De verdad, no se trata de eso.

—Vale. Tú dirás.

Lo observo con mi expresión más competente, aunque por dentro esté pensando en el mensaje que voy a enviar a través de *Los Ángeles de Marlon* sobre lo atractivo que está cuando utiliza lentillas. Se aprecia mucho mejor lo profundos que son sus párpados.

—Bueno... Estoy seguro de que no es el mejor momento ni el mejor lugar, pero al final, ¿cuándo lo es? ¿No? —¿Marlon Giordano está... balbuceando? Parece nervioso incluso—. Hasta hace unos días no se me habría ocurrido que fuéramos a coincidir de esta manera, así que...

Me mira como si yo tuviera que responder algo a eso.

—Lo siento, pero no acabo de entenderte.

Cierra los ojos con fuerza un instante, como si estuviera armándose de valor.

—Me llamaste la atención desde el año pasado, pero eras una chica de primero y me pareció como... raro, ¿sabes? —Para mi completa sorpresa, las mejillas de Marlon Giordano empiezan a colorearse. Su pálida piel enrojece hasta que parece que se ha ido a hacer *trekking* y se ha olvidado el protector solar—. Pero... sí. Llevo un tiempo queriendo invitarte a salir, y que tú me eligieras para actuar en tu corto me ha venido de perlas, la verdad.

Me quedo... sin respiración.

¿Marlon Giordano... quiere invitarme a salir?

¿A mí?

Pero... ¿por qué?

A ver, no estoy diciéndolo por mí. En este vasto universo, puedo gustarle a cualquier persona y a mí puede gustarme cualquiera, es una cuestión totalmente subjetiva. La posibilidad está ahí. Es que...

Solo interpretamos una escena juntos, no habíamos vuelto a conversar hasta la fiesta de Halloween. Se me pasa una idea loca por la cabeza, y es que exista un canal de difusión sobre mí al que Marlon esté suscrito. Enseguida la rechazo. Eso sería como admitir que existe el Mundo del Revés.

No sé cómo interpreta él mi silencio, aunque no se aleja. Me observa como si estuviera preocupado de que me vaya a desplomar, lo cual no descarto. Se suponía que algo así no pasaría nunca. Los *crushes* no se fijan en ti. Son *crushes* precisamente porque son... inalcanzables.

Y si dejan de serlo, ¿en qué se convierten?

—Uf, estas cosas me dan mucha vergüenza —murmura Marlon, frotándose la nuca. Al estirar el brazo, su jersey se sube un poco y veo una porción de vientre pálido y delgado. Pestañeo—. Puedes pensarlo, ¿vale?

Y ninguna respuesta condicionará nuestra relación profesional respecto al corto, te lo prometo.

Mi mente está embotada, pero soy consciente de que me está dando una salida temporal, un bucle en el espacio-tiempo en el que puedo esconderme. Asiento con lentitud.

—Vale.

Marlon da un paso atrás.

—Genial. Pues nos vemos para la siguiente toma. —Levanta una mano para despedirse, pero luego parece que se arrepiente y la baja a toda prisa —. En fin. Cuídate.

Sigo asintiendo.

Lo hago incluso cuando Monique cae sobre mí, chillándome al oído, y Jaspár me pone una botella de agua en la mano como si creyera que vengo de un maratón. Kelcey rompe la pompa de su chicle antes de musitar:

—¿Estás haciendo un Samantha Taylor-Wood?

Trinity



La bola rosa se desliza a toda velocidad por el carril, directa al centro de los bolos... Hasta que se desvía y acaba en el canal de la derecha.

He conseguido cero puntos, que, sumados a los cero puntos anteriores, hacen... cero puntos.

Mi admirador de siempre grita:

—¡Hoy estás que te sales, Trinity!

Pensaría que es una ironía de no ser porque tiene doce años y sé que lo dice en serio. Levanto el pulgar en dirección al pequeño Fedro y vuelvo junto a Lluvia, que ya está preparándose para su turno. La familiar bolera Makris, en Echo Park, es nuestro sitio en Los Ángeles. Tiene techos bajos, luces verdes tan fluorescentes que podrían dañar nuestros ojos permanentemente y las paredes forradas con un papel que imita el *skyline* de Nueva York de noche.

Aquí solo venimos ella y yo, sin compañeras de piso o clase, novios ni nadie más.

Ambas descubrimos que, de vez en cuando, lo necesitábamos. Ser solo Lluvia y Trin, las dos niñas insoportablemente vivarachas de Santa Jacinta que se habían metido en más líos de los que podían recordar. Tal vez son las consecuencias de venir de un pueblo pequeño y metomentodo. Nos encontramos cómodas en la gran ciudad, pero hay algo en nuestro interior que siempre siente nostalgia.

Además, hay cosas que solo nos contamos la una a la otra. Lluvia tiene una confianza preciosa con Asher, pero no siempre quiere descargar todas sus dudas o tristezas sobre él. Hay cosas que solo se comparten con amigas, y punto.

¿Y yo? Bueno, Lluvia estuvo presente el día en el que descubrimos a mis padres encerrados en el despacho de mi casa... Con un abogado. Teníamos siete años. Ese día me di cuenta de que las dos personas que yo más quería en el mundo no se querían entre sí. Ni una pizca. Y fue determinante, por decirlo de un modo suave. Me destruyó de esa forma en la que solo se puede romper a los niños pequeños, porque no entendía nada y al mismo tiempo no me atrevía a preguntar.

Y creo que podría haber superado su divorcio si las cosas hubieran sido de otra manera. Muchos niños pasan por lo mismo y siguen adelante. Más de la mitad de los matrimonios de Estados Unidos no salen bien.

¿Elegir si me quedaba con uno u otro? ¿Hacer las maletas cada semana o cada mes? ¿Fingir que me caían bien sus nuevas parejas? Sí, podría haberlo hecho todo.

Solo que mis padres no optaron por el camino sensato y normal.

A veces pienso que, aquel día que los espiamos desde las puertas entreabiertas del despacho, mi corazón se cayó al suelo y se partió en dos. Pero los años siguientes lo machacaron como si fuera perejil dentro de un mortero.

Después de que Lluvia haga pleno (por supuesto), regresa a mi lado.

—¿Sabes que mi madre pasará la semana que viene por aquí?

Lo dice sin más, como si estuviera comentando que van a empezar obras en la calle de al lado. El tema de la madre de Lluvia es... delicado. Es el único familiar vivo que le queda (a excepción de un padre misterioso que nunca apareció y que bien podría estar muerto). Pero, para todo lo que importa, es como si su madre no existiera.

—¿Por Makris? —me burlo.

Esboza una pequeña sonrisa mientras arrastra los horrorosos zapatos de la bolera por el suelo de madera sintética. El chirrido me hace querer empujarla.

—¿Te imaginas? El señor Makris caería a sus pies, sin duda. No, irá a un pub de actuaciones en vivo de Venice Beach. He visto el cartel —dice rápidamente antes de que pueda preguntarle—. Está superguapa.

Sí, Savannah Clearwater es bellísima y tiene una de esas voces rotas perfectas para el country. Lo que no tiene es instinto familiar de ninguna clase, ni filial ni maternal. Ni siquiera asistió al entierro de su propia madre, y es imposible que no se enterara.

Lluvia heredó su espesa melena castaña y, por fortuna, nada más.

Como nos conocemos desde hace tanto tiempo, sé leer entre líneas. Sé a qué se deben sus labios fruncidos.

—¿Quieres ir a verla?

Su pie se detiene.

—Si así fuera, ¿qué pensarías de mí?

Conteniendo un suspiro de pura frustración (o las ganas locas de achucharla), estiro el brazo para tomar su mano. Como siempre, sus dedos están ásperos por los restos de pintura que nunca se retira del todo bien.

—Que sientes una curiosidad lógica por la mujer que te dio a luz y a la que no ves desde hace más de diez años —afirmo con aplomo—. ¿Qué opina Asher?

Lluvia sacude la cabeza.

—No se lo he dicho. No sé, me siento muy rara al respecto. Es como si estuviera traicionando a la abuela por querer acercarme a ella.

Abro la boca de par en par.

—¿Qué? ¡Por supuesto que no! ¿Cómo se te ha ocurrido eso siquiera? — Ahora sí que no me puedo contener y tiro de ella hasta que se sienta a mi lado. La rodeo con los brazos. Como soy bastante más alta, consigo acurrucarla contra mí—. Mira, ya me he hecho a la idea de que eres la persona más tonta del mundo y siempre te vas a sentir un pelín culpable por tus sentimientos y emociones. No pasa nada, Asher y yo lo hemos hablado y tenemos un plan de contención a cincuenta años vista para cualquier escenario. —Intenta separarse y replicar, pero la aplasto contra mí—. Pero ¿pensar que Joyce alguna vez te recriminaría algo así? ¿Que Asher o yo te juzgaríamos por ello? Te lo prohíbo. Eso es insultarnos a todos.

Se queda callada unos cuantos segundos, pero sus brazos me envuelven y me sostienen a mí también.

—Sé que no me quiere y que no le interesa verme lo más mínimo. Asumí que es como es hace muchos años, y que su falta de amor no tiene nada que ver conmigo o con la abuela. —Toma una gran bocanada de aire—. Pero ha sido ver ese cartel y removerse todo en mi interior.

—Es normal, Lluvia. No deja de ser tu madre. Creo que los hijos amamos por instinto de manera incondicional a los padres, es un método de supervivencia.

—¿Y por qué ellos no nos aman a nosotros incondicionalmente? —dice, con la voz pequeñita.

Su pregunta... Uf, me deja un poco sin respiración.

Ella lo nota al instante y se separa. Sus grandes ojos oscuros están algo húmedos.

—Lo siento, Trin, no estaba pensando en...

Le pongo la mano en la boca.

—Lo sé. No pasa nada.

Tras unos instantes de mirarme compungida, suspira.

—¿Has sabido algo de ellos últimamente?

«Pues no, claro que no», quiere contestar mi parte gruñona. Esa que siempre está a la defensiva porque es la única forma de protección que conozco.

—No me apetece hablar del tema —digo con suavidad.

Porque ¿qué le cuento? ¿Que mi madre sigue enviándome recetas y el último mensaje de mi padre fue en agosto? ¿Que ni siquiera parece preocuparles si estoy bien, estresada o enferma? Ya lo sabe.

Lluvia asiente al instante.

—Vale.

Por supuesto, me siento una amiga de mierda porque ella me está hablando de algo superdelicado y ahora yo actúo con reservas. Como si necesitara compensarlo, suelto algo que no estaba en mis planes revelar:

—Marlon Giordano me ha invitado a salir.

La mandíbula se le cae tanto que es probable que tenga que recogerla del suelo. En ese momento aparece Fedro, el más pequeño de todos los hijos del señor Makro (porque tiene diez), con una bandeja repleta de chucherías.

—La mejor selección de nuestro *snack bar* para las *kyrís*¹ más guapas de la bolera más molona.

Acepto la bandeja con una sonrisa. Como siempre, Fedro nos besa los nudillos con reverencias exageradas. Sale él más perjudicado que nosotras, la verdad, porque siempre acaba rojo como un tomate y las orejas a punto

de explotarle por el sofoco. Luego se aleja corriendo y gritando unas cuantas cosas en griego a su madre, que es la que atiende en el *snack bar*.

La mujer le da un suave coscorrón y, por sus gestos, está claro que lo está reprendiendo.

Mordisqueo una galleta de orégano y feta mientras observo a Lluvia boquear. Por suerte, ya llevo tiempo comiendo aperitivos griegos. La primera vez pensé que las galletas serían dulces, no saladas, y obviamente jamás imaginé que supieran a queso industrial.

Meto en la boca abierta de Lluvia una *krasokúlura*, una galleta con sabor a vino. Suena raro, sí, pero están buenísimas.

La mastica a toda prisa.

—Jura que es verdad.

—Lo juro.

—Pero, pero... —Está en blanco, como si le acabara de pedir que resolviera una conjetura matemática—. ¿Cuándo?

—Ayer.

—¿Ayer? —repite con voz aguda—. ¿Y me lo dices ahora?

Sí, he infringido las reglas del *mejoramiguismo*. Pero cuando llegué a casa y descubrí que Lluvia y Sierra estaban viendo *Pasión de gavilanes* en V. O. y traduciendo ellas mismas los diálogos, no me sentí con fuerzas para sacar el tema. Ni fuerzas ni ganas. Porque sabía lo que me iban a preguntar, cuál sería la cuestión más evidente, y yo...

No tenía ni idea de qué responder.

Así que me pedí el papel de Dinora Rosales, la mala malísima y sobreactuada, y fingí que no había sucedido nada.

Para compensar, el karma me envió pesadillas en las que llevaba a Marlon a cenar a mi casa, en Santa Jacinta. Hacía buenas migas con mis padres y se encerraban los tres en el despacho y a mí me dejaban sola en el comedor. Con el horroroso tictac del reloj en forma de león del vestíbulo sonando sin parar.

El subconsciente es muy cabrón.

—Puede que necesitara asimilarlo —me justifico.

—Sí, sí, desde luego. —Lluvia me mira con los ojos muy abiertos. Cuando no digo nada, mueve las manos como el señalero de un aeropuerto—. ¿Y? ¿Cuándo es la cita?

Me meto dos galletas de feta en la boca, intentando ahogarme.

—*Fofavía do le he gondesdado.*

Lluvia me planta las manos en la mandíbula y empieza a moverla arriba y abajo.

—Traga, maldita seas. No entiendo nada.

Después de pasar una bola de galleta descomunal a través de mi esófago, observo a mi mejor amiga con mi mejor expresión de pena.

—No... no hay cita. No le he dado una respuesta.

Lluvia asiente.

—Vaaale. —Asiente otra vez—. Vale. ¿Hizo algo raro? ¿Fue brusco, demasiado directo, tenía los zapatos muy sucios...?

Me muerdo el labio inferior. Típico de Lluvia. Busca las razones en algún fallo de Marlon.

—En realidad fue muy mono —admito.

Le cuento todo lo que me dijo, que hacía tiempo que se había fijado en mí y que le daba vergüenza la situación. Marlon no solo no hizo nada raro, sino que me dio todo lo que cualquiera desearía en un momento así. Lo vi implicado, esperanzado y respetuoso. De hecho, no he recibido ningún mensaje suyo insistiendo.

«Y si fue perfecto, ¿por qué no le has contestado aún?» Eso es lo que espero que me pregunte Lluvia. Básicamente porque es lo que me he estado preguntando a mí misma desde ayer.

En cambio, mi amiga frunce ligeramente el ceño.

—¿Recuerdas lo que hablamos en la última merienda en el Mooncake? —«Mierda»—. Te pregunté por qué no le pedías tú misma salir, porque siempre estás hablando de él y parece que te gusta de verdad, y tú me miraste como si hubiera dicho una locura. Así que... ¿es una locura? ¿Te he malinterpretado y en realidad no te gusta?

—No, no... Yo...

«Sí que me gusta.

»Pero no para salir con él.

»Porque...»

Me quedo atascada. Me da vergüenza decirle lo que pienso. Sí, me da vergüenza contarle algo a mi mejor amiga, que me ha visto en pelota picada y sabe muchas otras cosas de mi vida.

Pero hay temas... temas que me gustaría proteger. Como el hecho de que mi corazón machacado por el mortero es incapaz de gestionar emociones

como el amor. Que todo lo que se le parezca o huela similar me hace tener escalofríos cuando amenaza mi estabilidad emocional. Que estoy convencida de que las relaciones de pareja no son para mí, la eterna romántica que ama las comedias románticas, porque he visto lo que te hace el amor cuando no sale bien.

Los *crushes* son aceptables.

El sexo sin compromiso es increíble.

Todo lo demás lo empujo hacia zonas seguras.

«Como a Travis», dice una vocecilla susurrante.

Lluvia me sostiene la mano de la misma forma que yo hice con ella hace unos minutos. Mis dedos no están ásperos nunca, uso muchas cremas hidratantes, y no sabría ni dibujar la típica casita sobre la colina. Pero encajamos. Siempre.

—Me preocupas un poco, Trin —murmura en voz baja.

Y eso... eso me rompe. Porque Lluvia ya es la abanderada de las causas perdidas y tiene mucho sobre sí misma como para tener que gastar energías en mis idioteces. En los temas que no supero porque ni siquiera admito que existen.

Suspiro.

—¿Por qué? Estoy bien.

Pero ella, por supuesto, no ceja.

—Es que... te encantan las historias de amor, fuiste mi animadora cuando por fin me atreví a dar el paso con Asher. No sé ni cuántas veces hemos visto *27 vestidos* y *Crazy, Stupid, Love*. Pero luego idealizas a personas que *no son* reales, porque no las conoces en absoluto. Y al resto solo te acercas para tener sexo. ¿No ves algo raro ahí? ¿De verdad? —Ante mi cara de absoluto pasmo, Lluvia cierra los ojos. La veo tragar saliva—. Trin, no te estoy juzgando. Dios, sería la última persona en hacerlo. Eres libre de hacer lo que quieras, siempre, y no pienses ni por un segundo que hay algo malo con tu vida sexual. Es... No sé. Tal vez tengo la sensación de que estás... ¿huyendo de algo?

Ocurre una cosa muy curiosa cuando alguien te acusa de huir: que sientes la necesidad de hacer eso mismo. El subconsciente me lleva a alejarme de Lluvia, de su mirada compasiva, de la forma en que sus labios se han curvado hacia abajo. Echo el cuerpo hacia atrás unos centímetros,

aunque siento como si creara un abismo entre nosotras. Porque ella se da cuenta, yo me doy cuenta, y todo se vuelve más raro.

—Lo siento, lo siento —dice a toda prisa, levantándose de un salto—. No lo... Bueno, sí lo decía en serio, pero eso no quiere decir que tenga razón. No quiero que...

—Lluvia. —Con el corazón en un puño, me levanto yo también y la tomo de los hombros. Le tiemblan un poco y solo puedo pensar en todo el valor que ha tenido que reunir para decirme esto, teniendo en cuenta su forma de ser—. Eres mi mejor amiga. Si entre nosotras no pudiera haber sinceridad, ¿qué sentido tendría? Nunca me voy a enfadar contigo, y menos aún cuando todo viene del cariño.

Sus hombros caen relajados.

Estoy un poco conmocionada por esta situación con Lluvia, y al mismo tiempo es como si algo dentro de mí se recostara a descansar. Porque lo esperaba. Porque también yo me preocupo de mí misma y de mis contradicciones.

No soy idiota, solo que prefiero no mirar hacia mi interior muy a menudo. Cuando lo he hecho, no me ha gustado lo que he encontrado.

—Te quiero muchísimo —susurra Lluvia.

—Y yo a ti. Pensaré en lo que me has dicho, ¿vale?

Eso puedo prometérselo, y no es ni una mentira ni una excusa para escabullirme de este momento. Sé que las palabras de Lluvia van a estar dando vueltas en mi cabeza.

Fredo patina hasta detenerse a nuestro lado. Lleva unos tíquets en la mano.

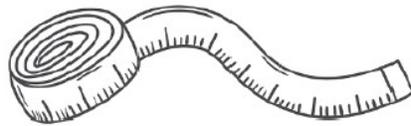
—Oferta especial de tres partidas por el precio de dos para las *kyríes* más guapas de la bolera más molona.

—*Fredo Makro!* —gritan desde el *snack bar*—. *Timoreíte!*

El niño pega un respingo. No necesitamos hablar griego para saber que el joven Fredo acaba de ser castigado.

Lluvia y yo nos miramos y sonreímos.

Travis



Los Nebraska Cornhuskers están siendo duros de cojones.

Asher captura todos mis pases, pero la línea defensiva no está haciendo bien su trabajo y lo están linchando. No es capaz de dar dos pasos antes de que alguien se interponga en su camino. Si lo veo caer una vez más bajo todo ese peso, juro que destrozo el puto *goalpost* a patadas.

Tengo la voz del entrenador taladrándome los oídos y, para cuando hago mi decimotercer saque de la jornada, el sudor me ha entrado en los ojos y juro que voy a matar a Kroix. ¿De verdad es tan jodidamente difícil proteger a nuestro *running back*?

Quedan menos de veinte minutos para que acabe el partido y pido tiempo muerto. El público de Lincoln, Nebraska, nos grita obscenidades que ya estoy acostumbrado a escuchar, abucheándonos cuando nos reunimos en torno al entrenador. Hoy es de esos días en los que me muero por quitarme el casco y hundir la cabeza en un cubo con hielo. Teniendo en cuenta el puto frío que hace, cualquier charco del suelo me bastaría.

He tenido un mal presentimiento sobre este encuentro desde que nos subimos al avión. Repasé las jugadas como un loco, fui asiento por asiento asegurándome de que todo el equipo tenía claro el plan. Llegó un punto en que hasta el entrenador me ordenó que volviera a mi sitio e intentara dormir.

Ya, no. No es una posibilidad para mí en la previa a los partidos. Todos lo saben. Es de los pocos momentos de mi vida en los que mis nervios están de punta.

Al desembarcar en Nebraska nos recibió una ventisca de aguanieve cojonuda y unos deliciosos cuatro grados bajo cero que nos hicieron sacar a toda prisa la ropa térmica, las bufandas y los guantes. Y supe que el campo iba a estar resbaladizo y duro, y que la cosa se iba a complicar aún más.

El entrenador no está contento y sé por qué. Esto no se trata de que los Cornhuskers estén siendo más astutos y hayan venido mejor preparados. Estamos distraídos. Podríamos hacerlo mucho mejor. Me encantaría decírselo así a mis compañeros, pero tengo los testículos solidificados dentro del suspensorio y se me acabaron las palabras amables hace rato.

Volvemos al campo con nuevas directrices. Hago mi mejor esfuerzo para hacer pases largos y ganar todas las yardas posibles de una sola jugada, pero solo conseguimos hacer un *touchdown* en lo que resta de partido. Gracias a la carrera de pantera de Asher, por supuesto.

Cuando el árbitro pita el final, no me hace falta levantar la vista hacia el marcador para saber exactamente por cuánto hemos perdido. Las cuentas se hacen solas en mi cabeza minuto a minuto.

El capitán de los Cornhuskers, Nate Benning, trota hacia mí mientras su equipo hace el bailecito de la victoria. Me lo suponía, y he ralentizado el paso para esperarlo. Por fin, me quito el casco y dejo que las temperaturas congelantes se estrellen contra mi cabello húmedo y mi piel sonrojada.

Nos estrechamos la mano. Hay una cámara apuntándonos de cerca porque este partido ha sido retransmitido en directo. Bueno, tal vez muchos ojeadores me tachen de su lista después de esta penosa actuación.

Nate me palmea el hombro por encima de las protecciones.

—Te diría que lo habéis hecho genial, pero... —Su sonrisa lobuna no me molesta. Es un buen tío, siempre legal, y habría que ser imbécil para no reconocer que lo hemos hecho como el culo.

—Ya.

—Mira, nos pasó lo mismo hace dos semanas contra Colorado. Era como si a todos se nos hubiera olvidado de repente cómo se juega.

Bufo.

—Eso debió de doler.

Hay una histórica rivalidad entre los equipos de Nebraska y Colorado, pero es que encima estos últimos tienen a Elliot Brix en sus filas. El tío más insoportable que me he cruzado en la NCAA. Una vez se tiró a la novia del capitán de un equipo contrario, se grabó haciéndolo y se lo pasó al novio la noche antes del partido. Solo para desequilibrarlo y poder reírse de él en el campo.

Estaría fuera de la liga si el vídeo no hubiera desaparecido y la chica no hubiera estado demasiado avergonzada para denunciarlo.

Nate hace una mueca de lástima.

—Tanto como a ti perder contra un tío tan guapo como yo.

Le doy un puñetazo en el estómago que lo deja doblado y ahogando una risa.

—Merecido —jadea—. Pasaos esta noche por el Starlite. Estáis todos invitados a una ronda.

Le doy la espalda, aunque no puedo evitar esbozar una ligera sonrisa.

—Te gusta buscarte problemas, ¿eh?

Me reúno con los chicos en el vestuario. El ambiente está tan decaído que, una vez más, me planteo por qué soy el capitán y por qué tengo que levantar el ánimo cuando yo mismo estoy que arrastro los pies. Aun así, lo intento.

No tengo mucho éxito hasta que menciono la invitación de Nate. Es sugerir la idea de una fiesta y las orejas caídas se levantan, como perros a los que han prometido ir al parque.

Entrecierro los ojos, de pie frente a las taquillas con las manos en las caderas.

—Pase lo que pase esta noche, el lunes os vais a cagar. El entrenador nos va a asignar el ejercicio que menos nos gusta y nos va a hacer repetirlo hasta que echemos nuestra primera papilla por la boca. Así que... —Hago una pausa—. ¿A las diez en el vestíbulo?

Me responde una explosión de gritos y puños alzados que resuena por todo el vestuario.

—¡Pero disimulad, joder!

Esta noche nos quedaremos en un hotel y regresaremos a Los Ángeles a primera hora de la mañana. En algunas ocasiones hemos ido directos al avión después de los partidos, pero cuando son varias horas de vuelo el

entrenador se apiada de nosotros para que podamos descansar bien. Obviamente, nos prohíbe salir del hotel.

Obviamente, no solemos hacer caso.

Asher y yo damos un paseo corto por los alrededores del hotel antes de relajarnos en la sauna un buen rato. Él compra detalles para Lluvia, como siempre, y yo veo algo en una tienda de cachivaches (se llama así, Cachivaches Rus) que me hace pensar en Trin. Al final, intentando no darle demasiadas vueltas, me lo llevo.

Al volver a la habitación que compartimos, sin embargo, mis hombros siguen tensos. El regusto por la derrota es amargo, lo siento en la lengua y sé que, coma lo que coma, no me sabrá a nada. Tardaré unos días y mucho ejercicio en superarlo y volver a creer que valemos para algo y todo eso. Siempre me pasa lo mismo.

Para colmo, mi tío me ha enviado una foto del partido. Se la ha hecho al televisor en su casa, hasta veo sus pies asomando por el borde inferior. Estoy tirado en el suelo como una estrella de mar en la línea de veinte y el subtexto es: «Pierden por quince y el capitán se echa una siesta». ¡Joder, que me acababan de placar!

Poco después, Lluvia hace una videollamada a Asher y yo finjo estar muy concentrado en mi propio móvil y no oír sus arrumacos/guarradas.

Al menos hasta que oigo:

—Bueno, ¿y mi *quarterback* favorito?

Salto hacia la cama de Asher, sonriente, y presiono mis hombros contra los de mi amigo para salir juntos en la pantalla.

—Aquí. Pensaba que no preguntarías nunca.

—¿Estás triste por perder?

—Los jugadores de fútbol americano machos machotes no nos ponemos tristes. Somos rabiosos como bestias. Gritamos. Nos damos golpes en el pecho.

—Ay, perdona. Lo había olvidado.

Hay un destello de colores a espaldas de Lluvia y oigo la voz de Trinity, aunque no entiendo lo que dice. Lluvia se mueve y enfoca el salón de su piso. Trin está de pie junto a la escalera de caracol que maldigo siempre, con montones de ropa entre sus brazos.

—Con cualquiera estarás espectacular —le está diciendo Lluvia.

Trinity la fulmina con la mirada.

—Eso no me ayuda en lo más mínimo. —Luego sus ojos se enfocan en la cámara un instante y mi estómago hace algo raro. Joder, si ni siquiera me está mirando de verdad, estamos a más de mil quinientos kilómetros de distancia—. Hola, chicos. ¿Tristes por perder?

En fin. Tías.

—Travis es un alma en pena, aunque se esfuerce por ocultarlo — responde Asher con parsimonia.

—Sí, me pega, se hunde en la miseria hasta que... ¡Ah, ya sé! —Trinity da un grito que hace que Lluvia esté a punto de soltar el móvil—. Puedo combinar el vestido amarillo con las botas nuevas que me compré la semana pasada. ¡Esperad aquí!

—Me va a costar, pero no me moveré ni un milímetro —murmura con desidia la voz de Sierra desde algún lugar que no vemos.

Trinity desaparece en la planta de arriba a toda velocidad. Arqueo las cejas.

—¿Qué le pasa? ¿Vais a salir?

Lluvia sacude la cabeza, haciendo que más mechones castaños se salgan de su precario moño.

—*Nah*, hoy es noche de aquelarre. Es que está nerviosa por su cita de mañana.

Me quedo mirando la pantalla del móvil, porque me cuesta comprender el significado tras sus palabras. En un principio, podría parecer que Lluvia me está diciendo que Trin va a salir con alguien. Pero Trinity no tiene citas. Nunca.

—¿Va al médico?

Lluvia pone los ojos en blanco.

—¿Un domingo? No, va a tener una cita superromántica con el maravilloso Marlon Giordano. —Luego se acerca tanto al móvil que le vemos un poco los pelos de la nariz, poniendo a prueba el amor que Asher siente por ella—. Debo decir que ha sido gracias a mí.

—Aléjate el móvil, Lluvia —suspira Asher.

Ella le hace caso con una risita.

El nombre hace clic en mi cerebro. Claro. Marlon. Ese es el nombre de su último *crush*. Es un tío que estudia su misma carrera y al que ella y otros estudiantes acosan en secreto. El que va a protagonizar su corto. El que iba disfrazado de romano en Halloween.

Joder, sabía que la miraba con interés. Sin embargo, eso no explica que él y Trin vayan a ir a algún lado en plan...

Una energía sube por mis piernas, haciendo que me remueva inquieto.

—¿Estás segura de que la has entendido bien? A lo mejor ha dicho «visita» en lugar de «cita». O «suscrita». O...

—¡La pizza! —grita de pronto Sierra—. ¿Quién la estaba vigilando?

—Mierda —susurra Lluvia.

La videollamada termina bruscamente.

Asher estira los brazos por encima de la cabeza, haciendo crujir varios huesos.

—Mi antiguo yo creería que eso puede terminar con los bomberos implicados y estaría sufriendo una crisis. ¿Después de dos años con Lluvia Clearwater? —Esboza una sonrisa relajada—. Todo genial.

Se levanta de la cama mientras que yo me quedo mirando a la nada. Lo primero que me digo a mí mismo es que no estoy molesto por la posibilidad de que Trinity Henderson vaya a una cita. Es que me ha pillado por sorpresa. Es una tía la hostia de inteligente, guapísima y con un carácter afilado que ha atraído a muchas personas desde que la conozco. Compañeros de clase, gente de fiesta, hasta la camarera del Barney's. Pero nunca ha salido con nadie. Lo único que me consta son encuentros aquí y allá para follar, y solo lo sé de rebote porque no es un tema del que hablemos. Y lo respeto, es su intimidad.

Solo hubo una ocasión en la que supe que no iba a poder soportarlo e hice lo que tenía que hacer. No me arrepiento, pero me alegro de que Trinity nunca lo averiguara. Además, fue hace prácticamente dos años, cuando apenas empezábamos a conocernos. En aquel entonces mis emociones todavía estaban revueltas. No había aprendido a mirarla como a una amiga.

Así que, sí, no tengo ningún problema con la vida sexual de Trin porque he asumido que ella es así. Eso es lo que le viene bien, por las razones que sean. Necesita ese desahogo y el resto lo obtiene de sus amistades. Como yo.

Así que ¿a qué cojones viene de repente una cita con ese tío?

No es su primer *crush* en la universidad. Antes de él suspiraba por una chica de Ingeniería Civil con la que coincidía en la biblioteca. Y eso era todo lo que hacía. Suspirar.

Asher saca un par de prendas de su maleta y las coloca sobre la cama, teniendo cuidado de no arrugarlas.

—Deberías ir vistiéndote.

No me muevo.

—¿Ha dicho «cita»?

—*Sip*.

Empiezo a negar con la cabeza lentamente.

—Tiene que ser otra cosa. Seguro que mañana me lo cuenta. Algún experimento para su corto, o algo así.

De reojo, veo cómo Asher se queda quieto. Mirándome.

—¿Y si no lo es? ¿Y si es una cita de verdad con un tío que le interesa?

No le contesto. Después de unos segundos, Asher se mete en el baño y yo tardo un buen rato en calmar mi corazón.

Trinity



Marlon Giordano come con la boca abierta.

Muy abierta.

En plan: «Ahora soy consciente de todo el esfuerzo psicomotriz que se lleva a cabo cuando una persona mastica un *calzone*». Me maravilla cómo la lengua esquivo todo para sobrevivir ahí dentro. También puede ser que ver cómo la carne y las verduras giran entre sus dientes igual que la ropa en la lavadora esté creando un trauma en mí.

«Me preocupas un poco, Trin»: la voz de Lluvia cae de sopetón, justo cuando estaba empezando a disociar y pensar en que teníamos que llamar a la señora Pérez porque la lavadora nos deja manchas transparentes y viscosas en los sujetadores.

«No le des tanta importancia —pienso—. Come con la boca abierta, ¿y qué? Su nariz es perfecta, un escultor griego la habría utilizado como modelo sin ninguna duda. Es fina pero recta. Sublime.»

Mientras él narra una divertida anécdota con un técnico de sonido en un anuncio que grabó en verano, yo intento con todas mis fuerzas no fijarme en el trozo de orégano que se ha atascado en una de sus muelas. Abajo, a la izquierda. Su derecha. ¿No lo nota? ¿Por qué no se pone la mano frente a la boca para hablar, como todo el maldito mundo? O, mejor aún, hacer una auténtica locura y esperar a tragar para continuar con su fascinante historia.

Picoteo mi ensalada de ventresca con desgana. Está buenísima, y el restaurante italiano es precioso, pero cada pocos minutos me imagino a mí misma tirada en el sofá amarillo con Sierra acariciándome el pelo. Miro con disimulo a los comensales de al lado. Son dos chicos que evidentemente también están en una cita, y de las primeras, diría yo, por cómo se echan miradas fugaces por encima de las copas de vino. Están un poco sonrojados. Uno se ha puesto una camiseta de botones negra; otro lleva un blazer blanco muy mono.

¿Cómo se habrán conocido? ¿Irán a mi universidad?

De pronto, Marlon estira las piernas bajo la mesa y me aplasta un pie, obligándome a encogerme. Y no las retira. Ocupa todo el espacio para él y se queda tan ancho. Y yo mido casi un metro ochenta. Estas piernas de rubia californiana necesitan moverse.

Entrecierro los ojos. ¿Eso que tiene entre las cejas es un grano? ¿O un vello enquistado? ¿Lo ha tenido desde que empezó la cita?

¿Es posible que lo tenga desde hace *más* y por algún extraño motivo yo no se lo haya visto?

Me doy cuenta de que hay silencio cuando este se alarga demasiado. Para entonces, ya es imposible disimular.

Pestañeo para dejar de enfocar su grano/vello y observar su expresión de desconcierto.

—¿Trin?

«Solo mis amigos me llaman así», estoy a punto de soltar. Me contengo justo a tiempo. Eso solo se lo diría a una persona con quien no tengo mucha confianza, pero él... Bueno, es Marlon. Apenas lo conozco (esta es, con toda probabilidad, la ocasión que más rato hemos pasado juntos e interactuando), pero *ha estado ahí*. En mis fantasías platónicas. En *Los Ángeles de Marlon*. He hablado de él y sus *outfits* hasta hartarme. Es el prota de mi primer cortometraje. Es imposible que me sienta incómoda en su compañía... ¿No?

—Perdona, me he distraído por un momento. —Sonrío ligeramente, aferrada al tenedor—. Todo esto del proyecto y la competición me tiene en el aire.

—Te entiendo. Yo también participé en algo similar en mi primer año.

Y procede a contarme, con el mismo nivel de detalles que con el anuncio, todo lo relacionado con aquel proyecto. Que él tuvo la idea

original, que un compañero se la robó, que entonces aprendió por la fuerza lo que era la propiedad intelectual...

Es entonces cuando caigo en la cuenta de que lo que realmente me está no-molestando de Marlon Giordano no es que coma con la boca abierta. Es que monopoliza la conversación de una manera poco empática.

Para cuando termina, he tenido que contenerme a mí misma para no seguir buscándole fallos tontos a su físico, ropa, forma de moverse y expresiones extrañas que usa. No he tenido mucho éxito, vaya.

Esta vez estoy preparada y utilizo el silencio para meter baza.

—¿Cuál ha sido la última película que has visto?

Una ligera sonrisa surca los labios de Marlon, casi parece una mueca de incomodidad. No tiene hoyuelo ni lo hace parecer un poco canalla. Solo resalta sus pómulos marcados.

«¿Y eso qué más da?», me regaño a mí misma.

—Que quiera ser actor no significa que lo único de lo que podamos hablar sea de cine, ¿sabes?

Automáticamente mis brazos se tensan. ¿No lleva cuarenta y cinco minutos hablándome de sus trabajillos como actor?

—No lo he preguntado por eso. Es que es un tema que me encanta.

Asiente, observándome de una manera... No sé. Que me hace sentir como una niña pequeña.

—Sí, lo he deducido por tus estudios y demás.

No puedo afirmar que se esté burlando de mí; de hecho, lo dudo mucho, teniendo en cuenta lo educado que suele ser siempre. ¿Tal vez sea por esa timidez que no sabía que tenía? Las personas así a veces suenan más bruscas de lo que son. Le pasa a mi amiga Sierra.

Sin embargo, ¿qué le cuesta decirme cuál ha sido la última peli que ha visto? ¿No es evidente que trato de tener una conversación amena?

La expresión apenada de Lluvia cruza de nuevo por mi mente, recordándome qué hago aquí.

Inspiro hondo, resolutiva.

—Vale, empiezo yo. El otro día fui a ver la última del MonsterVerse. ¿Sabes cuál es?

Echa la cabeza un poco hacia atrás.

—¿En serio? ¿Una franquicia sobre bichos hormonados?

Me quedo tiesa por el indicio de censura en su voz. No puede ser. Marlon Giordano... ¿es un elitista? ¿De esas personas que se meten en Twitter a criticar los gustos ajenos y besarse a sí mismos por ser más inteligentes, cultos y refinados?

Dios, por esto mismo debería estar prohibido interactuar con los amores platónicos. El castillo de naipes se desmorona.

Apretando un poco la mandíbula, sonrío con los labios sellados. Me echo el pelo por encima del hombro, lo cual es un mero gesto porque de ninguna manera se va a quedar ahí; volverá a caer hacia delante.

—Me encantan los bichos hormonados. ¿A ti no?

Hay desafío en mi voz. Voy a darle una oportunidad. Travis y yo no siempre estamos de acuerdo sobre las películas que vemos (vaya, casi nunca), pero el debate es lo que me encanta. Conocer sus puntos de vista, que él escuche los míos. Aunque Trav decidió estudiar Económicas, sabe muchísimo del tema y siempre le estoy insistiendo en que podría abrirse un canal de YouTube para hacer reseñas y críticas.

No hace falta que Marlon opine como yo. Con que no crea que su opinión es la única válida en este restaurante es suficiente.

—No es en lo que gastaré mi dinero, eso desde luego. Lo único destacable son las escenas de peleas, por lo demás no hay trama.

—Le dan al público lo que quiere. Las escenas con humanos o las tramas más complejas no interesan. Quieren acción, aventura y monstruos dándose de leches. —Me encojo de hombros—. Y han sido taquillazos.

Me parece que se retrae un poco por mi respuesta, no sé si porque no está acostumbrado a que le argumenten o porque no lo esperaba en este momento. O de mí.

—Ya, inexplicable —murmura.

—¿Inexplicable? —repito. Para este momento estoy inclinada hacia delante, hacia él, mirándolo fijamente, y sé que estoy en modo Henderson. No me gusta y, sin embargo, hay veces que no lo puedo evitar—. Eso tendría sentido si, de los diez millones de personas que han ido al cine a ver una película, nueve millones salieran diciendo que es una soberana bazofia. Si a pesar de ello continuaran sacando secuelas, y las críticas fueran cada vez peores, sí podríamos decir que es inexplicable. Pero ¿una franquicia con esos números? ¿Que llena las salas en sus estrenos? Puede parecerme mejor

o peor, y puedes decidir que no es el tipo de historia que te encanta, y sería tan válido como quien dice que es la mejor peli que ha visto en su vida.

Al terminar, ya estoy medio arrepentida. También soy consciente de que es el mayor número de palabras que he conseguido decir desde que empezó la cita.

Me reclino y me siento incómoda. Parece que le he echado la bronca como una loca defensora de los titanes. Esto no me pasaría con alguien que me conociera bien, sabría que es mi forma de expresarme, se reiría o me lo refutaría con gusto. Lluvia me ignoraría alegremente. Dwight asentiría con firmeza y diría: «Claro que sí, tronca». Sierra preguntaría cuántos titanes fueron lastimados durante la realización de las grabaciones (a veces tiene sentido del humor y todo).

Y Travis...

Un plato de macarrones a tope de queso se desliza en nuestra mesa. Levanto la vista para decirle al camarero que se ha equivocado, pero mis palabras mueren en los labios al ver a Travis. Ahí. Tan alto como una montaña. Junto a nuestra mesa.

Pestañeo con fuerza, por si acaso me lo estoy imaginando.

Pero no, ahí está. Es él. Con una de esas camisetas que se ciñen a sus hombros y al contorno de sus bíceps como si fueran ellas las que encajaran en Travis y no al revés. Lleva vaqueros desgastados y unas botas negras, y me llega ese aroma a playa que siempre arrastra consigo.

Es bastante posible que lo haya invocado de tantas veces que me he acordado de él sin querer.

—Hola, chicos —saluda. La sonrisa canalla se desliza en su lugar—. ¿Os importa que me una?

Marlon tiene los ojos un poco más abiertos de lo normal y una expresión aturdida. No sé si por la aparición de Travis o por mi discurso.

—Eh...

Tampoco es que Travis esté esperando una respuesta. Se deja caer a mi lado y me arrincona. Aparecen otro vaso, cubiertos y una cesta de panecillos. ¿Llevaba todo eso en las manos?

Lo coloca todo con calma. Ahora él está sentado frente a Marlon y yo parezco la sujetavelas.

—Dwight me ha dejado tirado porque está a punto de acabar la quinta temporada de *Outlander* y ya no puede parar. Y yo tenía antojo de

macarrones. Y entonces os he visto. Una casualidad de la leche, ¿no creéis?
—Ante nuestro silencio, le tiende la mano a Marlon por encima de la mesa
—. Creo que no nos hemos presentado nunca. Travis Watkins, de Napa. Soy amigo de Trin.

Marlon, por supuesto, se la estrecha. Es educado incluso cuando la situación es claramente bizarra.

—Sí, te conozco, el *quarterback* de los UCLA Bruins siempre es una leyenda. Yo soy Marlon Giordano. Participo en el corto de Trinity.

—Genial.

Travis acomoda su corpachón en el asiento, estirando también las piernas, y de pronto hay como una especie de batalla campal bajo la mesa. Yo me quedo en mi rincón, sin atreverme a agacharme para averiguar qué ocurre. Me llega algún que otro roce colateral.

Unos segundos más tarde, Travis está cómodamente repantingado y sonriente, y Marlon ha girado el cuerpo hacia el pasillo para sacar las piernas.

«¿Qué?»

El *quarterback*-leyenda estira el brazo en el respaldo. Es tan largo que pasa por detrás de mi cuello y noto a la perfección el calor que desprende. Mi piel a lo largo de la espalda y los brazos se eriza.

—¿Tú no estabas anoche en Nebraska?

Sueno como si estuviera acusándolo de saltarse la condicional.

—Hemos aterrizado hace un par de horas. Te he mandado mensajes. — Sus ojos castaños se clavan en mí. Con la luz de las farolas que entra de la ventana a mi espalda, veo las motas oliváceas que se esconden ahí y que solo ves si te fijas mucho—. No me has contestado.

Frunzo el ceño. Está observándome... muy intensamente. Como si hubiera un doble sentido en sus palabras que no logro captar.

—¿Y?

Después de mantener mi mirada unos cuatro segundos larguísimos, sonrío.

—Nada. —Y vuelve a girarse hacia Marlon—. No pretendía interrumpir, así que ¿de qué estabais hablando?

Marlon busca mi mirada, boqueando como un pez.

Suspiro con resignación.

—Del MonsterVerse.

—¡Hostia, mi actual tema favorito!



—Te he salvado, y lo sabes. Estabas incómoda de narices.

Travis se pavonea hacia su coche, en la parte trasera del restaurante. Cuando Marlon me recogió en mi piso y me trajo aquí, pensé que la cita no podía empezar de mejor manera. Siempre está bien que se lo curren y hayan reservado, te hacen sentir que están poniendo todo su interés.

Para lo que me ha valido.

Mientras pagábamos, Travis le ha preguntado a Marlon dónde vive. Cuando este ha dicho que su apartamento está en Inglewood, lo ha convencido de que era más lógico que me llevara él a casa porque lo pillaba de camino. No conozco cada barrio de Los Ángeles y no tengo ni pajolera idea de hacia dónde está Inglewood, pero a Marlon le ha parecido bien y, agitando la mano, se ha marchado.

Y así ha acabado este momento que tan taquicárdica me había puesto.

Sigo a Travis con un taconeo impaciente. Estoy estrenando unas botas preciosas hoy. Se supone que eso da muy buena suerte. Lo he visto en internet. Significa que puedo iniciar un nuevo camino, algo inesperado.

—Eso no... no es... —Me rindo. Ahora mismo no se me ocurre ninguna mentira ingeniosa—. ¿Cómo lo sabes?

Me mira por encima del hombro y sonrío ufano.

—Estaba por toda tu cara. Estabas a punto de ponerte a gritar, ¿a que sí?

—*Jamás* le gritaría a Marlon Giordano.

Se detiene al llegar a su coche, un Jeep amarillo que no puede ir más acorde con su personalidad. Grande y llamativo.

—¿Por qué? ¿Crees que desaparecerá si le muestras tu carácter? Es una persona, no un dibujo animado.

—Oye, estás rarísimo. ¿Se puede saber qué te pasa?

En lugar de contestarme, me abre la puerta del acompañante. En respuesta, apoyo la bota en ella y la vuelvo a cerrar.

Travis aprieta la mandíbula. ¿Está... irritado? Si es así, doy por sentado que debe de ser por la derrota contra Nebraska. El deporte es lo único que hace que este chico salga de Yupilandia.

—Podría hacerte la misma pregunta. Creía que no salías con tus *crushes*.

—Y no lo hago. —Yo misma me doy cuenta de la incoherencia y hago una mueca—. No lo hacía.

Apoya una mano en el techo del coche, cerniéndose sobre mí.

—¿Y qué ha cambiado? ¿Qué tiene él de especial para que rompas tus estrictas normas?

Muevo la cabeza, un poco perdida, buscando las palabras.

«Nada, en realidad», pienso. Pero no quiero decírselo a Travis, porque eso es justo lo que parece que quiere oír, y ahora mismo no me apetece darle lo que quiere.

Como cualquier otra persona en el mundo, el aura de perfección que rodea a Marlon Giordano empieza y termina donde personas como yo y *Los Ángeles de Marlon* queremos. Así funciona el fanatismo. Tomas actitudes irreales y comportamientos idílicos y se los adjudicas a personas a las que no conoces de nada. De las que solo ves las primeras capas de su persona; que, en general, son las mejores capas de todo el mundo.

Es probable que sea por eso por lo que he trastabillado a lo largo de toda esta cita. Porque Marlon ha empezado a deshojarse frente a mí, como el capullo de una flor que se abre, y no me ha gustado nada.

Es bastante majo en líneas generales, quitando ciertas actitudes que se pueden pulir, pero yo...

«No quería conocerlo», admito.

Siempre he sabido que Marlon no me gustaba de verdad y que todo era una ilusión. Por eso me sentía cómoda.

También sé que la cita ha sido un desastre por mi culpa. No es que Marlon monopolizara la conversación, es que yo no he querido participar demasiado. Si hubiera ido con otra actitud, no habría sido tan raro.

Echo la cabeza hacia atrás y observo el cielo negro y plagado de estrellas.

—Me pidió salir, y luego tuve una conversación con Lluvia en la que...

—Aprieto los labios—. Bueno, al final le dije que sí y ya está. No hay más.

Cuando vuelvo a mirar a Travis, él me está observando de nuevo con esa extraña energía. Se cruza de brazos, poniendo de manifiesto todos esos

músculos que hacen que sea capaz de lanzar un balón a través de casi setenta yardas. Se apoya en el coche.

—Como resumen, fatal —me dice—. Sería una sinopsis de lo más chapuzas.

Imito su postura, teniendo cuidado de que el vestido amarillo no roce sus llantas.

—La verdad es que ha sido mi primera cita en veinte años y estoy un poco desinflada ahora mismo. Perdona si no me salen las palabras.

El cuerpo de Travis se queda inmóvil frente a mí.

—¿La primera?

Está sorprendido. Claro. Hoy en día, ¿qué universitario no ha salido con alguien?

—En el instituto tuve algún que otro roce, obviamente, pero creo que ir con alguien hasta el lago para darnos el lote no se puede considerar cita. Sabía a lo que íbamos. De hecho, Parker sugirió ir primero a por un helado —digo, recordándolo—. Intentó hacerlo bien, supongo. A mí no me interesaba.

Eso fue a mis catorce años. Parker Harrison fue mi primer beso y casi acabamos haciéndolo ese mismo día. Él fue quien echó el freno, intimidado. Si hubiera sido por mí, habríamos quemado todas las bases sin más. Tenía esa *impaciencia* en mi interior. Todavía está ahí.

Después de un breve silencio, Travis dice:

—*El diario de Noah* es tu película favorita.

Parece un cambio de tema..., pero siento que se trata de algo más.

—Lo es.

—Ellos tienen citas y comen helado.

El aliento se me atasca en la garganta. Clavo la vista en su parabrisas.

—No significa que quiera eso para mí misma. También me gusta *Líbranos del mal* y la verdad es que no me apetece que me posea un demonio.

—Vale. —Travis se aparta del coche y descruza los brazos—. Te he traído un regalo.

Ah, esto sí que me ha cogido por sorpresa. Me lleva unos cuantos segundos procesar sus palabras.

—¿A mí? ¿De Nebraska?

—A ti. De Nebraska.

Mientras él abre la puerta trasera y se inclina para recoger algo del suelo tras los asientos, me balanceo sobre mis botas. Me encantan los regalos, pero hasta ahora él nunca me había traído nada de sus viajes por los partidos. Tampoco lo esperaba.

La bolsa que saca es un poco más grande de lo que suponía. Me estaba imaginando un llavero con forma de mazorca de maíz y lo habría aceptado con mucha ilusión; cualquier cosa que deshaga el extraño momento que estábamos teniendo me viene bien.

En el exterior no hay un nombre que me dé pistas, y el paquete está envuelto con papel lila. Empiezo a rasgarlo, emocionada.

—Lo vi en una de esas típicas tiendas que tienen un poco de todo, y, bueno... —Repentinamente incómodo, Travis carraspea mientras intenta justificarse—. Como ahora estás haciendo justo eso...

Termino de romper el papel.

Abro la boca de par en par al descubrir una claqueta de tamaño real. Una *de verdad*. Es manual, no digital, acompañada de un rotulador blanco y una pequeña esponja para limpiarla. Tiene todos los datos comunes para rellenar: escena, toma, fecha...

—A tu corto le hacía falta algo oficial, ¿no? —Luego señala la parte donde pone «Director»—. Aquí va tu nombre.

La emoción que me invade ahora mismo es poderosa. Me siento... comprendida. Acunada, de algún modo. Todo lo que me había envuelto desde que acepté la cita con Marlon, ese torbellino de inseguridad, de no saber qué diablos estoy haciendo, de sentirme estúpida por algo que para el resto del mundo es normal..., se desvanece.

Miro a Travis, muda.

Él traga saliva.

—Sé que eres dura como una piedra, pero si pudieras darme una pista sobre...

Me lanzo sobre él y le rodeo el cuello con los brazos, con cuidado de no abofetearlo con la claqueta. Como es grande y sólido y está acostumbrado a que tíos que pesan el triple que yo intenten derribarlo, no se mueve ni un poco. Entierro la nariz en su cuello calentito y susurro:

—Gracias.

Tras un instante de indecisión, sus brazos me rodean. Una de sus manos aprieta la parte alta de mi espalda, estrechándome contra él. La otra acaricia

mi cintura con suavidad, apenas rozando la fina tela del vestido. Gracias a mis tacones, él apenas tiene que agachar la cabeza para encontrarse conmigo.

Cuando habla, su aliento se estrella contra la piel expuesta entre mi cuello y el hombro.

—Oye, si reaccionas así, te traeré regalos cada vez que juegue fuera de casa.

Lo achucho con más fuerza, enterrando los dedos en los rizos castaños que se le forman en la nuca. Joder, se siente genial. Por un momento, olvido por qué Travis y yo no somos de esos amigos que se abrazan más a menudo. Creo que la última vez fue cuando ganó la copa el año pasado, pero estaba todo sudado y llevaba las protecciones, y enseguida fue arrastrado por sus compañeros.

Entonces, él mueve el rostro unos centímetros y su nariz me roza un punto sensible bajo la oreja. Una cascada de escalofríos desciende por mi espalda. Mis músculos entran en tensión, y estoy segura de que él ha tenido que darse cuenta. Estamos tan pegados que hasta nuestros pechos chocan el uno contra el otro al respirar. A través de su camiseta y mi vestido, noto la fuerza latente de su cuerpo, su calidez.

Ahora mismo todo lo que siento es a él, y todo lo que percibo es su aroma. Su aliento. La forma en que su pulgar está trazando la curva de mi cintura con tanta delicadeza que es casi imperceptible.

Muevo la mano libre hacia su hombro y me inclino hacia atrás. Él apenas cede, apenas permite que me aleje lo suficiente para que nuestros rostros queden frente a frente.

Sus párpados están a media asta, y hay algo ahí... Algo vivo, denso. Pesado.

Mi respiración se acelera.

Su mirada cae a mis labios y esta vez estoy segura, de ninguna manera me lo estoy imaginando.

«Esto —pienso—. Esta es la razón por la que nunca nos abrazamos.»

Una música rompe el silencio como el dedo de un niño rompería una pompa de jabón. Es la maldita banda sonora de *Star Wars*. Travis y yo nos sobresaltamos a la vez. Libero su cuello a toda prisa, pero sus brazos aún tardan un par de segundos más en deslizarse lejos.

Mascullando algo en voz baja que no puedo entender, Travis se saca el móvil del bolsillo trasero del pantalón. Yo presto de repente mucha mucha atención al mecanismo que hace que la barra articulada de la claqueta se mueva.

—¿Qué pasa, Dwight? —Lo observo de reojo. Tiene una mano en la cadera y mira hacia el cartel del restaurante como si le hubiera hecho algo grave—. ¿Estás...? Madre mía, ¿estás llorando? Ah, es eso. Sí, tío, es duro. Mira, dile a Asher que te prepare un té, enseguida voy.

Al colgar se queda mirando el móvil, sus nudillos blancos.

Meto la claqueta y el papel rasgado en la bolsa.

—¿Ha terminado la temporada?

Pasan tantos segundos que creo que no me va a contestar.

—Sí. Dice que va a escribirle un e-mail a Diana Gabaldon.

—Uf.

—Exacto. Será mejor que vuelva cuanto antes.

Entonces nuestros ojos se encuentran y, en ese breve momento, todo sigue ahí. Esa mezcla de emociones tan intensa, la sensación de que algo se ha llevado el oxígeno a nuestro alrededor.

Luego paso junto a él y abro yo misma la puerta del acompañante.

Mientras Travis rodea el coche, miro mis botas nuevas con un punto de frustración.

«¿Qué habéis hecho?»

Travis



La comba pasa por delante de mí tan rápido que no soy capaz de verla. Solo siento el aire que agita a mi alrededor, el latigazo contra el suelo. Al ritmo de Eminem, sudo y sudo, salto una y otra vez. Me concentro en el golpeteo de la cuerda, observando mi imagen en los espejos del fondo del gimnasio.

Tengo que cortarme el pelo. Se me escapa por debajo de la gorra y acaba empapado en cada entrenamiento. De manera inevitable, ese pensamiento me lleva a un parking, en la trasera de un restaurante italiano, y a una chica que se sentía jodidamente bien entre mis brazos. En cómo sus uñas rascaron mi cuero cabelludo justo ahí, en la nuca. O cómo su cuerpo parecía encajar de todas las maneras correctas contra el mío.

Apretando los dientes, redoblo el ritmo. Todavía no he sudado lo suficiente si tengo tiempo para rumiar sobre eso. Han pasado *días*. Y fue la cosa más inocente del mundo, coño.

Tal vez Asher tiene razón. Tal vez necesito echar un polvo y ya está. Algo que relaje todo el cúmulo de mierda que está creciendo en mi interior y que hizo que, en cuanto bajara del avión el domingo, comenzara una investigación para averiguar dónde era la cita de Trinity con ese tío. Parecía un detective privado desesperado por una misión, joder.

Menos mal que Sierra no tiene escrúpulos y, después de donar una más que decente cantidad de pasta a The Best Friend (una organización que

rescata a animales a punto de ser sacrificados en albergues), me dio el chivatazo.

Fue una mala idea.

Una idea terrible. La proximidad de mi cumpleaños y la derrota aplastante en Lincoln ya tenían mi mente jodida. Estaba con los nervios a flor de piel y no pude dejar de pensar en las palabras de Lluvia desde el sábado por la noche.

«Está nerviosa por su cita de mañana.

»Una cita superromántica con el maravilloso Marlon Giordano.»

Superromántica mis cojones. ¿Ir a un restaurante italiano? Pfff. De principiantes.

Una parte fiera y muy estúpida de mí continúa sintiéndose orgullosa de haberlos interrumpido y haber conseguido que Trinity se montara en mi coche. Una parte a la que muy rara vez doy de comer, pero que sigue existiendo a pesar de todo. Se ve que, junto con los cromosomas XY, viene un pack de cosas prehistóricas difíciles de refrenar.

Además, ¿qué tío está en una cita y no insiste en llevar a la chica a casa? Yo habría sospechado de mí. Y si una chica como Trinity me hubiera dado la oportunidad de pasar un rato con ella, te aseguro que ningún amigo raro se habría interpuesto entre...

«PARA», le grito a mi cerebro.

Cuando acaba la canción, hago una pausa para quitarme la camiseta empapada. Si la estrujara ahora mismo, se formaría una puta ciénaga sobre el suelo del gimnasio. Da igual, todavía necesito sudar más. Hasta que mi cerebro esté extenuado.

Oigo varios susurros frenéticos desde la zona de las elípticas.

—Eso es.

—Quítatelo todo, papi.

—Oh, sí.

Después de beberme media botella de Gatorade de una sentada, señalo con un dedo las tres cabezas que se asoman tras la columna en la que están pegadas las normas de higiene. Si pretendían ocultarse o ser discretos, han fracasado estrepitosamente.

—Borrad ese vídeo.

Los tres salen en tropel y corretean hacia mí. Tanto como unos jugadores masivos pueden «corretear», claro. Ramsey viene en cabeza, con el móvil

del delito en las manos. Todos sabemos que le espera una carrera muy prolífica en la NFL, pero fuera del campo tiene quince años mentales.

—Primero tienes que escucharnos.

—No voy a abrirme un OnlyFans.

—Tronco, tendrías que saltar con la pirula al aire para que esa fuera mi oferta.

—Si el entrenador os pilla vagueando de nuevo, no os vais a poder sentar en una semana. —Como no se mueven y continúan expectantes, gruño—: Venga, rápido.

Ramsey, Cooper y Kroix me muestran lo que han grabado, y no me sorprende verme saltando. Lo han hecho desde Instagram y han añadido la misma música que yo estaba escuchando. Se me ve doble: un poco de espaldas y de frente en el espejo. Y aunque me miro a mí mismo siempre que salto, es raro observarme así. Llevo practicando con las cuerdas desde que empecé con el fútbol americano. Mi primer entrenador, en el instituto de Napa, me dijo que era el ejercicio más completo que podía realizar para aumentar mi capacidad pulmonar y correr lo necesario en el campo.

No se equivocó. Además, me encanta. No me limito a saltar, siempre estoy practicando nuevas acrobacias. Alterno las piernas, suelto la cuerda en medio de un salto, la enredo y luego la recupero...

Al terminar, Kroix parece determinado. Ah, esto significa que va a decir algo «serio».

—Déjame grabarte desnudo.

—No.

—¡Me refiero a sin camiseta!

—No.

—Travis, estás buenísimo...

—Eso ya lo sé.

—... y puedo hacer que este vídeo lo pete y nos lleguen más votos para recuperar el Rose Bowl.

Eso hace que me detenga antes de soltar la siguiente negativa. Mi silencio los anima.

—Hay una comunidad gigantesca a la que les encantan los vídeos de gente saltando a la comba —explica Ramsey—. ¿Y con tu técnica? Van a flipar. Sobre todo si haces caso al maestro y quitamos las camisetas de la ecuación.

—Y sería la respuesta perfecta al vídeo de Halloween —apostilla Cooper. Ese tema todavía le escuece, sobre todo teniendo en cuenta que hicieron un gran zoom a su cara de espanto antes de quedar inconsciente sobre los violinistas muertos.

Lo medito mientras me paso la lengua por el labio inferior. No soy tonto, sé lo que llamaría la atención de mucha gente en un vídeo de un chico saltando sin camiseta. No me molesta. Que el sexo y el físico venden es un hecho.

Pienso en la cara de Trin cuando vea el vídeo y...

Sonrío.

—Vamos allá.

Kroix se abalanza sobre mí para besarme la mejilla con fuerza.

—¡Joder, capi, eres el mejor!

—Buscad el mejor ángulo para resaltar este culito.

Trinity



Las escenas entre Blanca y Marlon están siendo fáciles, bonitas. Más de lo que pensé en un principio. Aunque eso no es raro, ya que siempre me pongo en lo peor. Tienen auténtica química en cámara. Se conocían de oídas, pero yo he hecho las presentaciones oficiales antes de ponernos en camino.

La verdad, creo que lo más complicado de este proyecto no va a ser esta parte, sino la postproducción. Al fin y al cabo, es cuando un metraje se convierte en película. Todos nos pondremos quisquillosos para que quede perfecto y podamos presentar el mejor producto tanto frente al profesorado como en el festival.

Me emociona la perspectiva. Estoy deseándolo.

La sexta vez que doy un paso adelante para recolocar el pañuelo que lleva Blanca en la cabeza, porque estoy segura de que unos centímetros más a la derecha quedaría mucho más estético, Monique me detiene.

—No es necesario —susurra.

—Pero...

—Tienes que encontrar el equilibrio entre dar directrices necesarias y ser una pesada que no los deja fluir con la interpretación. Además, piensa en el récord.

Argh, otra vez esa palabra maldita. «Fluir.»

—Mierda, la pasma —masculla Jaspar.

Me giro hacia la carretera y compruebo que es verdad. Un coche patrulla se ha detenido detrás de nuestra furgoneta y del Honda de Marlon. Los dos policías que se bajan del vehículo parecen enfadados, pero supongo que es deformación profesional.

Me encamino hacia ellos.

—Lo tengo controlado.

Hace apenas una hora que hemos llegado y montado el miniset de grabación, así que o alguien les ha dado un chivatazo o la playa estaba en su ruta. Hoy nos tocan unas escenas preciosas con Abalone Cove Beach de fondo, y Clodio ya me avisó de que cuando se graba en exteriores podemos encontrarnos con toda clase de incidencias.

Los policías nos piden los permisos y nuestros carnets de estudiantes. Entrego toda la documentación, que tengo bien ordenada en una carpeta aparte.

El más alto de los dos policías exhala sin disimulo, aliviado, al comprobar que no mentimos.

—Este verano hubo varios intentos de grabar en esta playa películas no aptas para todos los públicos —nos explica, removiéndose con inquietud y bien aferrado a su cinturón—. ¿Me entendéis?

Kelcey apenas pestañea.

—¿Porno?

El policía se pone a toser mientras Jaspas clava el codo en las costillas de Kelcey.

—Sí, bueno, *esa clase* de cintas ilegales.

El policía más bajo se inclina para soltar un escupitajo del tamaño de Rhode Island.

—Ahí se bañaban mis abuelos, por el amor de Dios.

Tengo ganas de preguntarles por qué es ilegal el sexo y no verter sin pudor residuos como acaba de hacer él, pero tengo prioridades. Quiero finalizar mi corto sin problemas, no terminar en comisaría por contestona.

Se quedan un buen rato merodeando, asegurándose de que nadie empiece a quitarse la ropa (y creo que figoneando también por mera curiosidad), pero al final sus emisoras se ponen a carraspear y tienen que marcharse. No sin antes hacernos ese típico gesto señalando sus ojos y luego todo el lugar, dejando patente que son unos vigilantes de la ley ejemplares.

Revoloteo detrás de cámaras, comprobando todo. Incluso lo que no me corresponde. Mis compañeros no emiten ni una sola queja, sabiendo que es la única manera en la que me siento tranquila.

Al final, después de que Marlon salga de escena y justo antes de empezar a grabar en solitario con Blanca, no puedo contenerme más y me acerco a ella. Por supuesto, oigo el suspiro de exasperación de Monique detrás de mí.

—Tu pañuelo —digo cuando Blanca me mira con curiosidad—. ¿Puedo recolocararlo? Mmm, ¿de nuevo?

Cualquiera que me conozca sabría que estoy siendo tan diplomática como el presidente de la ONU. De normal le habría ordenado que se quedara quieta.

Blanca esboza una sonrisa suave y asiente. Como es más bajita que yo, no tengo problemas en deslizar los dedos entre el pañuelo naranja y su bonito cabello oscuro.

—Monique me está mirando como si no tuviera remedio, ¿verdad? —pregunto en voz baja.

—Qué va. Ella y Jaspár están riéndose. ¿Sois amigos desde hace tiempo?

—Pues no. A Monique y a Kelcey las conocí el año pasado, al empezar la carrera, aunque no hicimos migas hasta el segundo semestre. Todavía me pregunto cómo se inscribieron para esto tan rápido, confiando en mi idea. Y Jaspár se unió hace unos meses. —Cuando me paro a pensar en ello, hasta yo misma me sorprendo—. Parece que llevamos más tiempo juntos, ¿no?

—Pues sí. —Con las manos a la espalda, Blanca espera pacientemente mientras meto y saco mechones para conseguir el efecto que quiero. Como ahora cambiamos de toma y contamos con la brisa que llega desde la ensenada, necesito que algunas hebras oscuras se balanceen mientras ella contempla cómo Marlon se marcha—. He trabajado con varios grupos así y tengo una teoría.

Me alejo unos pasos para contemplarla.

—¿Cuál?

—Todos tienen a alguien como tú.

Aparto la mirada del pañuelo.

—¿Qué?

—Un pegamento. Una líder. Alguien que cree tanto en lo que está haciendo que los demás lo siguen con los ojos vendados si es necesario. — Se encoge ligeramente de hombros—. No sé, tienes esa confianza. Es fácil estar a tus órdenes por eso mismo. Supongo que a ellos les pasa igual.

Ah... Madre mía.

No tengo ni idea de qué contestar, solo que parte de mi inherente impaciencia se apacigua con sus palabras.

Trago saliva.

—Muchas gracias, Blanca.

Me guiña un ojo.

—De nada, directora. Espero que te acuerdes de mí cuando cierres un contrato multimillonario con alguna productora y necesitéis a una actriz no muy alta y con rasgos latinoamericanos para un papel.

Entrecerrando los ojos, la señalo.

—Jamás permitas que te encasillen por tu ascendencia. O permítelo, pero solo porque tú quieres.

—Oh, sí. Sofía Vergara es mi referente.

Cuarenta minutos después, digo por última vez «¡Corten!» con mi claqueta nueva, que causó sensación cuando la mostré, y empezamos a recoger. Estamos listos para irnos a casa. Ya está anocheciendo y no me queda mucho tiempo para terminar un trabajo de Cinematografía Intermedia. Además, debería repasar para el examen de la semana que viene de Diseño de Vestuario. Repasar *mucho*, porque es la asignatura que peor llevo este año. Lo más probable es que me encierre en el Mooncake y me atiborre a cafeína.

Siempre me he imaginado sin problemas cómo quería que fueran vestidos mis protagonistas, secundarios y demás, y ha quedado claro que sé cómo quiero que eso se vea en cámara. Ahora bien, ¿hacer un *mood board*? ¿Distinguir entre seda y satén?

Es como mi peor pesadilla. Mi parte racional sabe que es imposible que en una carrera de tantas asignaturas sea sobresaliente en todas, pero no me siento muy racional cuando la profesora Kim me pregunta cuál es la diferencia entre el proceso de teñido y el de envejecimiento de una prenda.

Marlon se me acerca antes de marcharse. Blanca ya lo está esperando en el coche. Hoy se van juntos porque resulta que viven bastante cerca.

—Otro día genial, felicidades —me dice.

Me giro hacia él y siento...

Nada.

Ni una sola pizca de los nervios tontos y la excitación (no en el sentido guarro) que siempre sentía cuando él estaba cerca o simplemente al ver sus fotos en *Los Ángeles de Marlon*. Ahora lo miro y no veo perfección, sino a un chico... normal.

«Muchas gracias, Lluvia», refunfuño para mí misma. Aunque mi mejor amiga se vería poco afectada por mi trágica pérdida. El domingo, cuando regresé, prácticamente estaba detrás de la puerta esperándome.

—¿Qué tal ha ido la cita? —me preguntó.

—Horrible.

Lluvia había juntado las manos bajo el rostro, sonriente.

—¿De verdad?

—Me encantaría saber por qué pareces tan feliz.

—¡Ay, jolín! Me habría encantado que hubiera sido un éxito, pero es que esa es la cuestión con las citas. Que unas veces salen bien y otras no. ¡Y no pasa nada! ¿No te sientes mejor por haberlo intentado?

—No —gruñí.

Pero ¿es verdad?

Sinceramente, no sé qué siento. Sobre todo, porque cuando pienso en ello lo primero que me viene a la mente es ese plato de macarrones apareciendo de la nada, Travis molesto, la claqueta y nuestro abrazo.

Marlon cayendo de su pedestal está en un segundo plano muy poco relevante. Pero eso no pienso decírselo a Lluvia, claro.

Ni al propio Marlon.

—Muchas gracias. Vosotros también habéis estado increíbles, como siempre. Creo que me estáis malcriando y que me llevaré un batacazo cuando trabaje con otras personas.

Él saca una de sus sonrisas educadas.

—Lo dudo. Estás hecha para dirigir.

Le palmeo el hombro agradecida y continúo guardando cosas en la furgoneta. Al regresar a por los focos, sigue en el mismo sitio.

—¿Ocurre algo? —pregunto al ver su expresión.

Abre la boca y se queda unos segundos en silencio.

—Lo siento —acaba soltando. Me detengo frente a él asombrada. Monique y Jaspár, que también venían hacia aquí, giran sobre sus talones y

empiezan a admirar las vistas de la ensenada—. He estado pensando en escribirte, pero sí o sí nos íbamos a ver en persona, así que... quería pedirte disculpas. He repasado nuestra cita y siento que la cagué.

—No, para nada. Yo no...

—No hace falta que seas amable, créeme, le he estado dando muchas vueltas. Puede que tenga cierta *fama*, o lo que sea, pero no suelo salir con nadie. Estaba muy nervioso y no fui yo al cien por cien. —A estas alturas, su piel ha vuelto a ruborizarse. Siento una punzada de ternura—. Sé que te aburríste como una ostra conmigo. Eso cuando no te cabréé por ser un idiota.

Quiero mentir. Sé que la mejor opción ahora mismo es mentir.

Pero ¿cómo voy a pagar su sinceridad con cualquier otra cosa?

—Marlon, fuiste mi primera cita —admito, y sé que acabo de desmontar muchos de sus prejuicios hacia mí en un instante—. Lo que notaste no fue aburrimiento, sino una chica boicoteándose a sí misma porque no quería estar ahí. Y no tenía nada que ver contigo, créeme.

Marlon cierra los ojos y sacude la cabeza.

—Guau. —Vuelve a sacudirla, los mechones de su flequillo bailoteando de un lado a otro—. En serio, guau.

—Si hay alguien que debería pedir disculpas soy yo. Me comporté fatal. Te prometo que normalmente no soy tan susceptible acerca del MonsterVerse.

Le sale un bufido-risa de lo más adorable.

—Pensé que me ibas a tirar el salero a la cabeza.

Nos quedamos mirándonos unos segundos, ambos mucho más tranquilos. Él parece estar viendo a otra persona totalmente distinta, y lo entiendo.

—¿Y si te pido una segunda oportunidad?

Me muerdo los labios para no sonreír.

—Será mejor que no. Tengo mucho que pulir antes de hacer que otro chico tan genial como tú pierda el tiempo.

—Ah, no, te puedo asegurar que no fue una pérdida de tiempo. No pienso volver a hablar de mis fascinantes trabajos como actor en una cita nunca más.

Sonriente, le tiendo la mano.

—¿Lo dejamos como unas prácticas que salieron regular?

Me la estrecha. Recuerdo este mismo gesto hace semanas, en las instalaciones deportivas. Sentí la mano de Travis de un modo muy diferente, fue como...

«Ya, bueno, mejor no pensar en eso ahora.»

—Nada acerca de ti es regular, Trinity —responde Marlon en voz baja—. Espero que tu próxima cita sea todo lo que mereces y más.

—Lo mismo digo.



En casa, solo me encuentro a Sierra. Si no me equivoco, hoy Lluvia saldrá tarde de un seminario e irá directa a dar con Asher.

—Hola, mi preciosa *selkie* del mar de Irlanda —canturreo, soltando todo lo que llevo encima de la barra de la cocina.

Después de cerrar el capítulo de Marlon Giordano, me siento de mucho mejor humor. He abandonado el grupo de *Los Ángeles de Marlon*, porque ya no tiene ningún sentido que esté ahí. Nunca lo tuvo, pero bueno.

—Mmm —murmura Sierra, concentrada en su teléfono. Está acurrucada en el sofá, con la tele apagada y varias revistas desplegadas a su alrededor.

—¿Has cenado?

—Mmm.

Sierra nunca es el alma de la fiesta (de hecho, las detesta y se siente muy incómoda rodeada de mucha gente), pero tampoco suele ignorarme de esta manera. Abro la nevera para comprobar si quedó algo del sushi de anoche.

—¿Qué es lo que te tiene tan ensimismada?

—Travis ha subido un vídeo bailando con una cuerda y sin camiseta.

—¿Qué?

Me lanzo junto a ella al sofá, arrugando algunas revistas, y compruebo que tiene razón. Al ritmo de *Without Me*, un Travis que solo lleva puesto un pantalón de chándal gris está saltando a la cuerda haciendo toda clase de piruetas. Está en el gimnasio de la universidad, e incluso se ve a Dwight de fondo haciendo dominadas (a propósito o no, no lo sé).

Travis está sudado y la mitad de su rostro está cubierto por una gorra roja, pero...

Joder.

—Madre mía —susurro.

—Estás mirando cómo le salta la salchicha, ¿verdad?

—Madre mía —repito.

¿Lleva calzoncillos bajo esos pantalones? Yo apuesto a que no. Me fijo en que el vídeo ya tiene más de cinco mil *likes* y como dos mil comentarios. ¿En menos de cuatro horas?

Estoy... patidifusa. Anonadada. Y todos los adjetivos similares que puedan poner en palabras el hecho de que mi cerebro haya sufrido un cortocircuito.

No es la primera vez que veo a Travis semidesnudo, obviamente. Este verano fuimos mucho juntos a la playa. Nunca íbamos solos, eso sí. Arrastraba conmigo a la pálida Sierra con su sombrilla y su factor 50, y él siempre venía acompañado de alguien del equipo.

Pero me he hartado de ver sus abdominales en todas las posiciones posibles. Secos, mojados, con crema, sin crema, quemados, llenos de arena...

A ver, esto no quiere decir que yo estuviera constantemente mirándolo. Es que estaban ahí, visibles, para mí y para todo Venice Beach. Un deportista altísimo en bañador es bastante imposible de ignorar. Y yo solo soy una chica en plena juventud con ojos en la cara.

—Esto se llama cosificar —comenta Sierra la tercera vez que el vídeo acaba y empieza de nuevo.

Por un momento pienso que me ha leído la mente.

—No lo es cuando el listillo lo está haciendo a propósito —mascullo—. ¿Qué pone debajo?

Sierra despliega la descripción del vídeo y mi mandíbula se abre de par en par.

«Nuestro querido *quarterback* no tiene MIEDO de arremangarse para hacer el trabajo SUCIO. #unvotounsalto.»

—¿Un voto, un salto? —repito—. No pueden ser más tontos.

—Tontos, pero eficaces. —Al fin, levanta la vista de la pantalla para mirarme. Sus ojos verdes lucen divertidos—. Tienes que ponerte las pilas, Spielberg.

Mientras ceno, reviso el móvil. Quienquiera que haya subido el vídeo de Travis (y apostaría por Cooper o Ramsey) ha etiquetado nuestra cuenta. Un claro desafío, aunque todo lo es a estas alturas. Repaso la encuesta y compruebo que los números siguen sin estar a nuestro favor.

BRUINS: 7.890

PRODUCCIÓN: 4.675

El cambio respecto al principio es obvio, pero sigue sin ser suficiente. No quiero ni imaginarme cómo estarán ahora mismo los botes de Barney's. Me queda menos de un mes para pelear por el Rose Bowl y necesito encontrar tiempo, entre el corto y los estudios, para pensar en más ideas. Algo que nos haga llegar a más gente y más votos. Hay muchísimos estudiantes que todavía no han votado.

E incluso aunque lo hayan hecho...

Pueden cambiar su voto.

La idea de *robar* números al equipo de fútbol me anima mucho más.

El teléfono vibra.

Miss Illinois: Hay mucho silencio en el *paddock*...

¿Sorprendida, rubia?

Mis dedos aletean sobre el teclado, dudosos.

«¿Qué ha cambiado? ¿Qué tiene él de especial para que rompas tus estrictas normas?»

Dios, ¿por qué recuerdo eso justo ahora?

Yo: No hay nada en ese vídeo que no haya visto antes.

Miss Illinois: ¿Segura?

Yo puedo nombrar una cosa o dos...

Joder, estoy a punto de atragantarme con el *maki* de salmón y aguacate. Me doy golpecitos en el esternón mientras contesto.

Yo: En cualquier caso, buena jugada. Pero los mayores estamos ocupados con cosas de adultos.

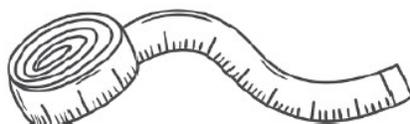
Miss Illinois: ¿Estás libre ahora? Quiero que me cuentes sobre esas cosas de adultos.

Devuelvo el *nigiri* al plato. Vale, mejor termino de chatear con Travis antes de seguir comiendo.

Yo: Voy al Mooncake, me toca trasnochar estudiando.

Miss Illinois: Nos vemos allí en 30.

Travis



Trinity ya está en la mesa de siempre en el Mooncake cuando llego. Se ha puesto esas gafas que sirven para filtrar las luces azules de los aparatos electrónicos, y lleva un moño un poco torcido y una sudadera gris de la universidad que le regalé durante su año sabático, cuando abandonó Reno para venir a estudiar aquí.

El señor Chiang ya está sirviéndole su capuchino con extra de canela.

—Mucha canela, hígado *puf* —la regaña el hombre, que, de pie junto a ella, apenas la sobrepasa en altura. Y eso que Trinity está sentada.

Trin arrastra la taza hacia sí como si temiera que se la fueran a quitar.

—De algo hay que morir.

Él se limita a resoplar. Al verme, ladra:

—¿Menú grande?

—Es usted la razón por la que me levanto todas las mañanas. El único motivo para...

Ni se inmuta.

—¿Más menús grandes?

—Ah, no, hoy he venido solo. Pero si quiere...

El señor Chiang ya ha dado media vuelta y está desapareciendo tras la barra. De noche no acepta más empleados que él, su mujer y sus dos hijas; el turno de noche es el más difícil en el Mooncake porque es cuando más estudiantes abarrotan las mesas, y él solo confía en su familia. Nunca se ha

molestado en aprender mejor el idioma, a pesar de llevar aquí más de cuarenta años, pero conoce a todos y cada uno de sus clientes como la palma de su mano.

A su manera, es muy atento.

Zarandeo el moño de Trin antes de sentarme frente a ella. Me echa una mirada que promete muerte.

—Vienes de entrenar, ¿no?

Esbozo una sonrisilla. De entrenar y de grabar un vídeo que sé que la habrá puesto un poco histérica.

—Sabes que sí.

—¿Y por qué narices pareces tan fresco?

—Creía que ya te lo había dicho, mi madre fue miss Illinois.

—Ya —replica con sequedad.

No sé de qué se queja, está guapísima en su *outfit* de estudiante desahuciada.

Paseo la mirada por la cantidad de apuntes, libros y tarjetitas que tiene alrededor. El capuchino lo está apoyando sobre uno bastante grueso que reconozco al instante: *Moda. Historia desde el siglo xviii hasta el xx*. Lo leí con nueve años. Me gustó mucho cómo hacía hincapié en que la moda la imponía la cultura, y a su vez se convertía en algo clave para definir a sus individuos. Dependen la una de la otra.

Para cuando el señor Chiang me trae mi «menú grande», ya he sacado mis propios apuntes. No son tantos como los de Trin, jamás entenderé su manera de sintetizar la información hasta reducirla a esas tarjetas minúsculas. Yo leo y leo las notas que tomo en clase, una y otra vez, hasta que me entran en la cabezota. No hay más.

Doy un sorbo a mi taza gigantesca y casi se me escapa un gemido. Joder, esta familia tiene el secreto del café perfecto. Mi preferido lleva jarabe de caramelo, leche entera, frijoles rojos dulces y lichi. En la vida habría imaginado que los frijoles pudieran incluirse en un café, y llegó el señor Chiang y lo cambió todo. Una pena que él no me crea.

Estoy acostumbrado a los gruñidos, murmullos e insultos en voz baja de Trin cuando estudia, pero la cuarta vez que se golpea la frente contra el libro de moda me veo en la obligación de intervenir. Ya casi no le quedan mechones dentro del moño.

—¿Agobiada?

—Deberían darte el premio a la perspicacia.

Escondo una sonrisa tras mi taza. Trinity tiene dientes y garras, y quien no la conozca bien podría salir corriendo por sus cambios de humor.

A mí siempre me ha hecho gracia.

—¿Puedo ayudarte en algo?

Al levantar la cabeza, tiene un círculo rojo en el medio de la frente que *me juro a mí mismo* que no voy a señalarle en ningún momento. Y al que no voy a sacarle fotos a escondidas.

—No, a no ser que te sepas la teoría del color y qué diferencia hay entre el matiz, el valor y... —echa un vistazo a los apuntes— la saturación.

—Pues la verdad es que sí lo sé.

Suspira.

—Claro.

Doy un toquecito en una de las palabras que ha subrayado tantas veces que casi traspasa la página.

—El matiz es lo que hace que distingamos un color de otro. El valor mide el matiz en una escala de grises para saber si se acerca más al blanco o al negro. Y la saturación es la intensidad y pureza del matiz. Cuanto más puro sea un color, más saturado estará.

Cuando levanto la vista de su letra rápida y casi ilegible, me está observando como si acabara de soltar un discurso en ruso sobre las leyes de comercio durante el colonialismo inglés.

—Me tomas el pelo.

—¿Necesitas ayuda o no?

Asiente muy despacio con la cabeza, pero parece que lo hace por inercia. Me levanto, rodeo la mesa y la empujo suavemente.

—Hazme sitio, daltónica.

Pillar por sorpresa a Trin hasta el punto de dejarla callada es algo que rara vez ocurre, así que lo disfruto un rato. Repaso todo lo que tiene. Ha tomado buenos apuntes, pero está claro que no se ha implicado tanto como otras veces porque apenas hay anotaciones personales. Solo ha calcado las palabras del profesor.

—Vale, solo estás un poco atascada. Mira...

Le explico toda la teoría del color, las dimensiones de este, y luego buscamos ejemplos en películas que hayamos visto para que lo entienda mejor.

Poco a poco, nuestros hombros acaban pegados, su muslo presionando contra el mío, las cabezas bien juntas para observar la misma página. A pesar de sus pintas, huele tan bien como siempre. Si fuera mucho más idiota de lo que ya soy, enterraría de nuevo la cabeza en su cuello para aspirarlo como un drogadicto.

—Entonces... —Trin tiene un profundo ceño de concentración que, por un instante, me hace desear pasar el pulgar por la zona para alisarlo. Se ha puesto las gafas en la cabeza y parece una lunática—. En *Tacones lejanos*, por ejemplo, la paleta cromática se basa en generar un contraste. Por eso hay tanto rojo intenso en toda la película.

Sonrío satisfecho.

—Exacto.

—Y hay matices que se parecen mucho, como el carmesí, bermejo y rosa, pero son distintos.

—Correcto.

—Vaya. —Se frota los ojos con fuerza—. Ahora parece una chorrada.

—Es lo que pasa cuando te lo explica un maestro. Para.

La agarro de las muñecas para que no siga haciéndose un destrozo y el movimiento hace que, sin querer, la atraiga hacia mí. Nuestros rostros quedan aún más cerca. Sus grandes ojos azules están sin maquillar y enrojecidos por el cansancio, y a mí no me pueden parecer más puto bonitos.

Cuando la tuve así de cerca la otra noche...

Trin inspira hondo y se aleja. La suelto de inmediato. Organiza un par de apuntes mientras yo intento dar un sorbo bien gordo a mi café. Trago aire porque ya no queda nada. El señor Chiang, que está en todo, brama desde la barra:

—¡Más menú grande para mesa ocho!

—Bueno, tengo que preguntártelo —acaba diciendo Trin, con un tono exageradamente jovial—. ¿Cómo es que sabes todas estas cosas?

Aprieto un instante la taza antes de relajar los dedos.

—Mi tío es sastre. Bueno, lo era. Ahora solo hace trabajos privados de vez en cuando.

—¿En serio? No tenía ni idea. Como vive en Napa, pensaba que trabajaba en algo relacionado con los vinos. —Me dedica una mirada de disculpa—. Lo siento por el estereotipo.

—*Nah*, es normal. Tampoco te lo había contado nunca.

—No... —Deja la frase un poco en el aire—. ¿Él te enseñó todo eso?

«Él y mi madre», pienso. Esas mañanas en las que me despertaba y los veía en el salón, mesa con mesa, las máquinas de coser muy juntas, y me miraban y me hacían gestos para que me uniera a ellos.

Hace mucho de eso y, aun así, hay días que parece que hubiera sido ayer.

—Casi todo.

—Nunca he visto una foto suya. ¿Te pareces a él?

Pienso en el tío James, que jamás ha pasado del metro setenta, tiene el cabello de un tono de rubio muy oscuro, siempre muy recortado, una perilla que ya empieza a estar canosa y los ojos más severos de toda la Costa Oeste.

—No. Todo el mundo decía que era la copia exacta de mi padre.

Lo normal cuando tocas el tema del padre muerto es que generes incomodidad. Trinity solo sabe la información básica acerca de mi familia: sin padres a la vista, criado por mi tío en Napa. Nada más profundo, tal y como me gusta.

Sin embargo, a veces olvido que Trin no entra dentro de «lo normal».

—Guau, entonces debía de estar buenísimo.

Me saca una risa casi involuntaria.

—Pues sí. —Y como si el hecho de que la cosa no se haya vuelto embarazosa me hubiera soltado la lengua, añado—: Era un buen hombre, ¿sabes? Mis recuerdos son un poco difusos, y a veces me tocaba mucho las pelotas con el tema de los estudios, pero era genial. Siempre veía el lado bueno de las cosas y tenía una sonrisa para todo el mundo.

Choca su hombro con el mío.

—Pues como tú. ¿Y tu madre...?

—Tampoco está.

Mi respuesta cortante es suavizada por la llegada de Mei Mei, con más cafeína para mantenernos despiertos. Esta vez viene acompañada de seis pasteles de luna, los dulces chinos que dan nombre al establecimiento. Sé que los caracteres del relieve significan armonía y longevidad, y que se comen tradicionalmente en una fiesta muy importante en China llamada Festival del Medio Otoño. La leyenda sobre la diosa Chang'e y el origen de la fiesta aparece en el reverso de la carta del *snack bar*.

Es casi medianoche y la atmósfera en el Mooncake es reverencial, todos apurando los segundos y los minutos que pueden suponer la diferencia entre un suspenso y un aprobado justito.

—Vale, ahora tengo que hacerte LA pregunta. —Trin gira el cuerpo hacia mí, subiendo una pierna al asiento—. ¿Todo eso está relacionado con que las camisetas y los pantalones siempre te queden *tan* bien?

Tan observadora como siempre.

—Vaya, vaya, señorita Henderson, no sabía que me miraras tan de cerca.

—Conteste a la pregunta, señor Watkins.

Tras exhalar con dramatismo, asiento.

—Me crio un sastre. Antes muerto que salir con ropa que no me quede perfecta.

—¡Lo sabía! —Me acusa. Acto seguido, empieza a darme golpes por la espalda y el brazo—. ¡Lo sabía!

—¡Au!

—Y yo sufriendo cuando los pantalones me quedan bien de muslos y me sobran tres tallas de cintura. ¡Desalmado!

—Si ese es el problema, puedo hacerte los arreglos.

Se detiene inmediatamente.

—Júralo por la final de la Super Bowl de este año.

—Lo juro.

Eso la calma. Damos buena cuenta de los pasteles de luna mientras regresamos al estudio. Si soy sincero, en realidad hoy no tengo por qué estudiar ni mucho menos trasnochar. Solo me apetecía...

«Estar con Trin.»

Sí. Tal vez comprobar de primera mano que seguíamos bien a pesar de que interviniera su cita el otro día.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, descubro que son casi las tres de la mañana y no tengo ni idea de en qué momento me dejé dormir. Tengo la cabeza apoyada en los brazos, sobre la mesa, y Trin sigue a mi lado. No regresé a mi asiento ni ella me lo pidió, así que nos quedamos uno junto al otro. Tendría que haber saltado sobre la mesa para salir, así que ni siquiera debe de haber ido al baño. Continúa mirando los apuntes, anotando cosas aquí y allá, concentrada más de lo humanamente posible.

La observo desde mi cómoda posición.

—Deberíamos irnos.

Me contesta sin despegar la vista del libro.

—Vete si quieres. Yo me quedo.

—Tienes que dormir.

—Cuando acabe la carrera.

Empiezo a molestarla pasando la mano por delante de su cara, cerrando sus libros, revolviendo las hojas. Me agarra la oreja y la retuerce, haciéndome aullar.

—Para.

—Pararé cuando aceptes que es hora de descansar.

No me hace caso, por supuesto. Y no estoy seguro de qué es lo que más me molesta de verla tan volcada, si el hecho de que no se cuide a sí misma en el proceso o saber qué hay detrás.

Porque lo sé. Lo descubrí el mismo día que nos conocimos.

—¿Qué has sabido de tus padres?

El bolígrafo se detiene en el aire.

—Nada. Lo de siempre. Un e-mail ofensivo por aquí, una receta de cocina por allá. Me colman de amor, no sé si podré soportarlo.

El sarcasmo es una de las armaduras preferidas de Trinity.

—Entonces, puedes permitirte dormir unas horas. Les va a dar igual, ¿no?

Sé que he dado en el punto justo por cómo toma aire y luego se pasa la lengua por los labios. Si no tuviéramos tanta confianza, este sería el momento en el que me manda a la mierda y me saca de una patada del banco para ayudarme a llegar más rápido.

—No me esfuerzo tanto por ellos. Y lo sabes.

—No lo haces *solo* por ellos, eso te lo concedo. Pero es una gran parte de que te comportes como una burra.

—Tú sigue, Travis, solo te recuerdo que tengo un objeto punzante en la mano.

Con calma, palmeo la torre de apuntes.

—Ven. Si te recuestas un rato conmigo, te dejo en paz.

Me mira como si fuera el ser más molesto que ha conocido en su existencia, pero acaba haciéndome caso. Porque sabe que soy capaz de sacarla de aquí como un saco de patatas si no cede.

Trin imita mi postura, con el rostro girado hacia mí. El moño ahora solo es un concepto y ya ni sé dónde tiene las gafas.

—¿Contento?

—Esa pregunta es más difícil de responder de lo que crees —murmuro, sabiendo que eso la va a molestar—. Venga, finge que soy tu almohada y cuéntame tus penas.

—No hablo con mi almohada.

—Vale, entonces la almohada hablará contigo. ¿Sabes tus padres que tu proyecto va a exhibirse en un festival en primavera?

Veo cómo sus hombros suben y bajan, señal de que ha respirado hondo. Sus ojos azules se clavan en el puño de la sudadera y empieza a tironear de un hilo suelto.

—Sí. Les mandé un mensaje cuando Clodio me lo dijo, justo después de que hiciéramos la apuesta. —Tras una pausa de unos segundos, arranca el hilo—. No contestaron.

Mierda, de eso hace semanas. Me dan ganas de conducir hasta Santa Jacinta y estrangularlos para que entren en razón. ¿De verdad todo esto es por un cambio de carrera? ¿Porque su única hija no está siguiendo a pies juntillas el plan que ellos idearon? Aunque, por lo que sé, el cabecilla de todo es el padre, el señor Henderson. Cuando Trin menciona a su madre, es como si fuera una figurante en su propia familia.

Mi silencio reflexivo (con reflexiones agresivas, pero bueno) la anima a continuar.

—No paro de pensar que solo hay dos opciones: que vengan y pueda demostrarles de lo que soy capaz, o que no vengan y... y... ya. —Se queda un poco estancada, como si nunca hubiera pensado demasiado en esa posibilidad—. Supongo que eso significaría que pierdo.

Mueve una de las manos y creo que se está tocando el esternón. Como si le doliera.

Aprieto tanto los dientes que noto una punzada en las sienes. Para disimular, me yergo sobre un codo y apoyo la cabeza en la mano.

—Creo que hay una tercera posibilidad que no has contemplado.

Frunce el ceño y, una vez más, imita mi postura. Hay más de treinta centímetros entre nosotros, además de varios pastelitos mordisqueados, unas cinco tazas de café y una patada de apuntes.

—Ilumíname.

—Que, vengan o no vengan, y te entiendan o no..., tú sigas adelante.

Su ceño fruncido se transforma en una expresión de completa confusión.

—Mira, lo capto. Los Henderson buscan la excelencia. Tú eres el vivo ejemplo de ello. Cuando pienso en alguien que siempre tiene los mejores consejos o que va a ser brutalmente sincera conmigo sobre cualquier tema, quien viene a mi mente eres tú. Tengo cero dudas de que vas a sacar adelante este proyecto, incluso si eso me da por culo a mí, al equipo y al entrenador. —Sus ojos se han ido abriendo más y más, y creo que su respiración se ha vuelto superficial—. Eres tenaz, creativa y brillante, y en el fondo lo sabes. Entiendo que quieras que tus padres vean eso y lo aprecien, y tienes mi ayuda incondicional para conseguirlo. Pero ¿sería tan grave que no pasara?

Contemplo la opción de que no me responda. Tal vez he sido demasiado brusco, y entiendo que todo es mucho más simple cuando no estás en el ojo del huracán. Por eso es mucho más fácil dar consejos que seguirlos uno mismo.

Y no, no creo que sea sencillo para una chica de veinte años llegar a la conclusión de que no puedes hacer cambiar de opinión a tus padres y debes darte por vencida. Ni siquiera para la todopoderosa Trinity. Todos tenemos un talón de Aquiles y casi siempre está relacionado con la familia y los traumas infantiles que arrastramos, sean más o menos graves.

Sé que Trinity permite de sus padres lo que jamás dejaría pasar a cualquier otro. Joder, la entiendo.

Pero es puto magnífica y no me entra en la cabeza que alguien no lo vea.

—Me... Creo que me dolería —susurra finalmente. Su voz es apenas un hilo, y tira de mi corazón como si estuvieran unidos—. Creo que no... Que significaría que no me conocen, o que no quieren conocerme del todo. Que, si no encajo en lo que creen que debo ser, no les intereso.

Sus ojos..., ¿están un poco más húmedos? Mierda, mierda, mierda.

No puede llorar.

Si llora ella, yo también lo haré. Soy un llorica empático.

Deseoso de hacerla sentir mejor, acerco la mano a su rostro. No lo puedo evitar, de verdad que no. Ella se queda muy quieta, ni acercándose ni retirándose, y yo me lo tomo como un permiso. Acuno la curva de su mejilla, suave y cálida, y arrastro finalmente el pulgar por su entrecejo.

Sus labios se abren un poco.

—Tus padres te quieren —afirmo con aplomo—. Pero a veces las tornas cambian y somos nosotros los que tenemos que educarlos a ellos. Enséñales

quién eres y cuáles son tus sueños y ambiciones, Trin. Si toda tu inteligencia ha salido de ahí, es *imposible* que no caigan rendidos a tus pies.

Se sorbe la nariz de una forma sospechosa, pero no hay lágrimas a la vista.

—¿Quieres decir que, si no me apoyan, son idiotas?

—Profundamente gilipollas.

Antes de que pueda detenerla clava un dedo en mis costillas.

—Ojito, que son mis padres.

Sonrío y nos miramos. Hay una pesadumbre familiar en sus ojos, pero también algo de aceptación. Tal vez tranquilidad al saber que no está sola, de ninguna manera. Nunca lo estará.

Sé que debería decir algo más, algo mucho más gracioso, pero no se me ocurre nada. Todo lo que me gustaría hacer es...

—¿Sabes? —murmura ella—. Este momento me ha recordado a aquella fiesta hace dos años. Y es *tan* injusto.

¿Qué? ¿Qué parte de todo esto la ha hecho pensar en eso?

¿Y a qué se refiere con «injusto»?

Me llegan un tropel de imágenes que apenas puedo contener: verla llegar con aquellas botas altas que me provocaron una erección instantánea; su sonrisa al verme, como si yo fuera todo lo que ella había imaginado y más. Cómo la sentí en mis brazos, su gemido en mi oído...

Trin se inclina hacia mí.

—Yo...

—¡Pillados! —exclama una voz familiar.

Levantamos las cabezas a la vez y casi chocamos como los dados de un salpicadero. Lluvia y Asher se están acercando a nuestra mesa, esquivando las plantas con la pericia que da la experiencia. Él le rodea los hombros con el brazo, lo cual siempre hace que me pregunte cómo aguanta Lluvia todo ese peso y parece tan feliz al mismo tiempo.

Asher carga con dos mochilas.

—Te dije que estarían aquí —le dice Lluvia—. ¡Hola, Mei Mei! Dios santo, Jing, ¿cuándo piensas dar a luz?

La hija mayor del señor Chiang se frota la enorme barriga con una sonrisa de oreja a oreja. Ahora que lo pienso, llevo bastante tiempo viéndola embarazada. Juraría que a principios de verano ya estaba así. No me salen las cuentas.

Detrás de ella, su padre me dedica una mirada funesta.

—¡Más menú grande!

—¡No sabía que iban a venir, señor Chiang!

Poco después, aparece Cooper listo para ensayar con nosotros un trabajo sobre los procesos de cognición social y metacognición que tiene que exponer mañana (es decir, hoy). Y media hora más tarde, Dwight cruza la puerta como una exhalación y está a punto de volcar el menú portátil. Choca con una de las macetas, enreda los pies en una silla y le hace reverencias al señor Chiang hasta que este le golpea la coronilla con el datáfono. Parece un Ruggats gigante que ha bebido demasiada leche.

Siempre me digo a mí mismo que no puedo ponerme en modo capitán cuando esto es claramente un momento de colegueo, pero no puedo evitar mirar con suspicacia los pobres intentos de Dwight por arrastrar una silla hasta nuestra mesa y luego sentarse en ella. Es como si hubiera olvidado dónde tiene el culo en relación con el espacio que lo rodea.

—Te ibas a la biblioteca justo después del entreno —le digo; intento no sonar acusatorio.

Dwight se rinde y se pone de rodillas, aferrándose al borde de la mesa para no balancearse. Es tan grande que es como si estuviera en una silla, la verdad.

—¿Sabes ese bar nuevo del que nos hablaron en Sunset Strip?

—Ajá.

—¿Y donde para la inauguración regalaban chupitos a los que entraban?

—Mmm.

—Pues es verdad. Te regalan un chupito *cada vez* que entras.

Lluvia y Trin se echan a reír, pero los chicos y yo nos quedamos en sombrío silencio. Es entre semana y va a tener una resaca de las buenas mañana (es decir, hoy). El entrenador lo va a matar.

Le acaricio el pelo rojo con lástima.

—Ha sido un placer, D. Intentaré que repatrien tus restos a Escocia.

Para cuando todos nos acomodamos y Dwight se enrosca para dormir la mona, ese momento entre Trin y yo ha pasado de largo como un tren de alta velocidad.

La busco un par de veces entre el jaleo, pero sus ojos azules no vuelven a encontrarse con los míos en toda la noche.

Trinity



Acción de Gracias está a la vuelta de la esquina y eso se nota en... Bueno, en todas partes. Esto es Estados Unidos, al fin y al cabo. Hay carteles y anuncios avisando del Black Friday y sus ofertas infinitas en cada escaparate, parabrisas y farola. Te invitan a disfrutar la fiesta en familia y, acto seguido, a correr para empezar tus compras navideñas. A veces literalmente.

En Santa Jacinta, el ayuntamiento hace años que organizó un autobús que sale antes de medianoche y va directo a San Francisco, para estar al pie de las tiendas cuando estas abran sus puertas a las 00.00 horas. Y como Santa Jacinta es un pueblo con mucha tercera edad con poco que hacer, ese autobús suele ir lleno todos los años y regresar hasta los topes de bolsas.

No he avisado a mis padres de si pienso pasar por el pueblo. Ellos tampoco han preguntado. Lluvia ya me ha sugerido viajar con ella y Asher para cenar con Atlanta, y es probable que acepte la invitación. No sería el primer año que paso esa y otras festividades con mi amiga, en lugar de estar en mi casa. Con el horroroso tictac del horripilante reloj con forma de león de fondo.

Voy sorteando a los alumnos de la ETCT que se acercan para felicitarme por la pelea pública con el equipo de fútbol americano. Los que me miran de lejos a veces están riéndose o solo me señalan al pasar. No pasa nada. Pensaba ganar notoriedad en algún momento de mi vida cuando me subiera

a un escenario a recoger el Óscar a mejor directora, o película, o diseño de producción, o todo a la vez.

Una chica se interpone en mi camino. Bueno, básicamente la han empujado sus amigas, que nos observan expectantes.

—Hola, disculpa. —Avergonzada, se mete el cabello tras la oreja. Me suena de haberme cruzado con ella anteriormente. No es nada raro, somos algo más de seiscientos estudiantes en total—. Quería decirte que me parecéis muy guais por la iniciativa que habéis tenido. No sé, intentar quitarles el estadio a los Bruins... Uf.

—Bueno, para empezar, el estadio no les pertenece —le digo con una sonrisa—. Y les viene bien bajar de vez en cuando del podio en el que están.

Suelta una risita.

—Sí. Y, bueno, mmm...

Está tan nerviosa que no puedo evitar compadecerme de ella, a pesar de que llevo prisa. Tal vez quiera preguntarme algo relacionado con el proyecto, o pedirme consejo.

—¿Qué pasa?

Toma una gran bocanada de aire y mira de reojo a sus amigas.

—Nos ha llegado el rumor de que eres muy amiga de algunos jugadores del equipo, como... el *quarterback*. Travis Watkins. Y nos preguntábamos si podrías decirle que acepte nuestra solicitud de amistad o...

Una de las amigas da un paso adelante, apresurada.

—Su número de teléfono sería mucho mejor.

Mi sonrisa ha desaparecido. Me siento la tía más tonta sobre la faz de la Tierra. No, no se han acercado porque admiren de algún modo lo que estoy haciendo. Lo que admiran son mis contactos.

Me cierno sobre la chica, aprovechando la diferencia de altura. Hoy me he hecho una trenza de boxeadora y me siento poderosa.

—¿Tú darías el número de una amiga tuya a un desconocido sin su consentimiento?

La chica retrocede un paso. La boca de su amiga se abre de par en par.

—Ah, eh... ¿No?

—¿O le exigirías a una amiga que agregara a desconocidos a sus redes sociales privadas?

—Bueno...

—Si queréis un acercamiento con jugadores por el mero hecho de serlo, pensáoslo mejor. Son seres humanos como vosotras, con sentimientos, no estereotipos andantes.

Luego, sin esperar respuesta, la rodeo y me marchó. Me hierve la sangre. ¿Qué se han creído? ¿Me dicen que les mola lo que estamos haciendo y luego dejan claro que quieren bajarse las bragas para esos zánganos?

«Vaya, y lo dice la que llegó aquí dispuesta a comerse a toda la plantilla de fútbol americano, baloncesto, *soccer* y lo que se le pusiera por delante», me recuerdo a mí misma.

Da igual. Eso fue hace siglos. He madurado. Sería una amiga de mierda si enviara chicas interesadas a los brazos de Dwight, Ramsey, Kroix... Incluso el idiota de Cooper se merece que lo vean por algo más que el número en su camiseta. Aunque ellos lo nieguen.

«¿Y Travis?»

Y Travis... es muy confiado. Alguien tiene que protegerlo si no sabe lo que es mejor para sí mismo.

Para cuando me detengo ante la puerta del despacho de Clodio, ya me he arrepentido de todas y cada una de mis palabras y me he planteado dar media vuelta varias veces para disculparme con las chicas. Seguramente eran de primero, deslumbradas por la brillante luz del fútbol americano y todos esos abdominales. Habrán visto el vídeo de Travis saltando a la comba, me conocían de vista y han visto una posibilidad.

Joder, yo habría hecho lo mismo en su lugar si me interesara alguien.

Me detengo junto a unos pórticos de ladrillo rojizo que rodean un patio interior. Hay alumnos sentados alrededor de la fuente del centro, aprovechando los rayos de sol que se cuelan entre el cielo nublado.

Me abrazo a una de las delgadas columnas y me golpeo la frente contra ella, fustigándome a mí misma y a mi mala lengua. ¿Por qué no pienso las cosas antes de decirlas? ¿Por qué no se me ha contagiado la superlativa bondad de Lluvia a lo largo de los años? Estoy segura de que ella habría dado el número de Asher a esas chicas solo por no decepcionarlas, y luego le habría ordenado a su novio que fuera amable con ellas al rechazarlas.

Me dan un toquecito en el hombro.

—¿Trinity?

Me giro de un salto.

—Pro-profesor Clodio.

El hombre me está observando con una ligera sonrisa y las cejas arqueadas. Hoy lleva una camisa de estampado de leopardo abierta hasta los pectorales, metida dentro de unos pantalones pitillo negros. Las botas de tacón son de cuero rojo. Su cabello está recogido en un moño en la nuca, y las gafas de cristal amarillo están, como siempre, un poco caídas sobre el puente de la nariz. Es como si quisiera vernos en dos tonos a la vez.

Es su *look* más conservador desde que lo conozco.

—¿Te encuentras bien, querida? Sabes que no soy partidario de los castigos físicos a los alumnos, ¿no?

—No, no, no es por usted. Es que yo... —Señalo hacia el pasillo en el que estaban las chicas, pero ¿cómo le explico a mi profesor favorito que me he comportado como una niña?—. No suelo golpearme contra las estructuras del campus, lo prometo.

Su sonrisa se ensancha.

—Te creo. ¿Pasamos? —dice señalando la puerta del despacho.

—Claro.

Hoy teníamos programada una sesión de tutoría en la que le enseñamos el trabajo que hemos realizado hasta ahora. Al menos una pequeña muestra, para que vea el concepto que estamos siguiendo y él pueda valorarlo y darnos su opinión. Deberíamos haber venido todos, pero Kels se resfrió durante las grabaciones en Abalone Cove; Monique colabora con la radio de la universidad y le coincidía con una entrevista en directo, y Jaspas no solo es alumno de la ETCT, sino que también cursa algunas asignaturas de Estudios de Género.

Como soy una maniática absoluta, no me ha importado venir sola a la tutoría. Lo que me habría puesto histérica habría sido no poder acudir yo y que la responsabilidad recayera en alguno de mis compañeros. Confío en ellos, pero todo lo que pueda hacer yo misma siempre me dejará más tranquila.

Sí, tengo que trabajar en eso.

Hemos recopilado tres minutos de las escenas principales. Los cortes no son definitivos, es solo para que Clodio se haga una idea. Obviamente hemos incluido el plano de Blanca en la azotea con el atardecer. Hay un muestrario de canciones para la banda sonora, así como varias páginas impresas en las que explicamos todo el concepto que vamos a seguir. Esto

él ya lo había visto cuando presentamos el proyecto el año pasado, pero ha habido algunas modificaciones.

Clodio examina las imágenes sin expresión alguna. Apoya la barbilla en sus nudillos y, con las piernas cruzadas, apenas parpadea.

Yo, sentada frente a él, tengo que hacer presión en mi pierna derecha para que esta no salte como loca.

Al terminar el vídeo, revisa la documentación que he dejado junto a su teclado. Se baja las gafas hasta la punta de la nariz y lee aquí y allá. No está frunciendo el ceño, pero tampoco está sonriendo.

Me planteo levantarme y quitarle las pilas al reloj de pared que hay sobre el archivador. Por suerte, su voz detiene mis pensamientos de asesina de relojes.

—¿Te había comentado que me encantan los nombres que escogiste para los protagonistas? —Menos mal que no me está mirando, porque he pestañado como si me hubiera entrado un pajar entero en los ojos—. Misty y Levi. Muy pegadizos, parecen una pareja real.

—Gracias.

Apenas un minuto más tarde, se recoloca las gafas y, por fin, me mira. Y esboza una sonrisa.

—Vais muy bien. Haz el favor de respirar.

Le hago caso, llenando mis pulmones de este particular olor que hay siempre en el despacho de Clodio y a su alrededor. Como a incienso.

—Tengo un par de anotaciones que hacer, unos detalles aquí y allá, así que tal vez querrías... Oh. —Se interrumpe cuando ve que ya estoy abriendo mi iPad, lista para apuntar todo lo que diga—. A veces olvido tu eficiencia.

Los puntos de Clodio son todos muy válidos, es el ojo de un experto viendo los errores de novato que para él son más que evidentes. Hace un par de correcciones en las tomas que aún nos quedan por grabar, que son pocas. La idea es que las últimas grabaciones sean las escenas finales en el estadio, el momento de El Beso. Después de eso llegarán las vacaciones de invierno, y tendremos la primera mitad del segundo semestre para trabajar la postproducción. Justo después, el festival y la proyección.

Cuando lo pienso así, me parece que se me viene el tiempo encima.

Al acabar la tutoría, estoy un poco abrumada. No solo no ha ido mal, sino que Clodio está muy contento. Tal vez estoy poniendo toda la credibilidad del proyecto en el juicio de una sola persona, pero este hombre

ha estado en la industria del cine y el teatro durante más de veinte años. Y, según él, tenemos potencial.

No puedo esperar para contárselo a los chicos.

Quiero hacerme una camiseta que ponga justo eso: TENEMOS POTENCIAL. Se lo diré a Sierra.

Clodio me acompaña al pasillo, junto al patio rodeado por el pórtico y las columnas de ladrillo. Cierra con llave el despacho, así que imagino que solo tenía nuestra tutoría programada para hoy.

—¿Más tranquila? —me pregunta, muy sagaz.

Asiento con vehemencia, abrazada a mi iPad.

—Sí, yo... Creo que ya se lo he dicho, pero continúo muy agradecida por la oportunidad que nos ha dado. Por animarme el año pasado a desarrollar mi idea y presentarnos.

Me contempla con algo parecido a la curiosidad.

—Mi querida Trinity, ¿sabes por qué vuestro proyecto fue escogido entre los demás? ¿Incluso por encima de alumnos más aventajados? —Niego, muy atenta—. Porque tenía un final feliz. No me preguntes por qué, pero tendemos a pensar que las historias trágicas y que deshacen a los espectadores en lágrimas son las que más llegan, las que más matices albergan. Yo opino que sí... y, al mismo tiempo, no. Cuando vimos vuestra propuesta, cuando leí tu guion, pensé: «Ah, por fin, una persona optimista, una soñadora». Fue un soplo de aire fresco, sinceramente.

Pienso en sus palabras. Entiendo que una idea que sobresalía de entre las demás pudo llamar la atención. También me pregunto qué diría si supiera que la historia original de Levi y Misty sí tenía, de hecho, un final trágico. Pero la cambié en el último momento en un arrebato que ni yo misma entiendo, porque no suelo actuar por impulsividad.

—En realidad, no soy optimista —reconozco—. Si preguntara a cualquiera de mis amigos, le dirían que soy más bien obsesiva y gruñona. Una realista, porque prefiero imaginar el escenario más probable en lugar del que a mí más me gustaría.

Clodio me guiña un ojo.

—Tal vez exteriormente. Pero lo que plasmas en tu arte dice otra cosa. —Pasa por mi lado, apoyando la mano en mi hombro con suavidad—. Estás llena de sueños, señorita Henderson.

Permanezco junto a los pórticos, que desprenden el calorcito acumulado durante el día, mucho rato después de que Clodio se haya marchado.

Trinity



Yo: Feliz cumpleaños, *quarterback*.

¿Qué se siente al tener veintiuno y poder beber legalmente sin tener que enseñar documentación falsa? Ya podemos jubilar a Johnny K. Cavazos.

Es imposible que estés dormido, y hoy entrenabas por la tarde...

MÁS TE VALE QUE NO HAYAS SALIDO DE FIESTA SIN MÍ Y ESTÉS DURMIENDO LA MONA.

¿Llamo a los servicios de emergencia? No me temblará la mano.

Trav, te he llamado ya varias veces, y sabes que nunca he sido una amiga tóxica, pero estoy un poco preocupada.

Bien, vale, desplegaré mis recursos.



Mis recursos no me llevan muy lejos, porque consisten en llamar a Asher. Dwight nunca sabe nada, es el amigo que en medio de un huracán preguntaría qué ha pasado con el tejado de la casa. Y con Cooper no hablo directamente si no es indispensable.

—Ey, Trinity, ¿qué tal?

—Perdona que te moleste —digo a toda prisa. Sé que está encerrado empollando para un parcial—. He sido advertida por Lluvia, pero es que llevo todo el día intentando localizar a Travis. ¿Está ahí? ¿Está bien?

Hay una pausa de unos segundos.

—¿No te lo ha dicho?

—¿Decirme qué?

Murmura algo en voz baja que me suena mucho a «Lo voy a matar».

—Ayer hizo las maletas y se marchó a Napa, a pasar el cumpleaños con su tío. No regresará hasta el lunes.

—Pero...

Me quedo a cuadros. No solo no lo sabía, sino que *no lo entiendo*. Hace semanas que le dije que había que hacer algo especial por su cumpleaños y él estuvo de acuerdo.

Bueno... Ahora que lo pienso, ni aceptó ni rechazó mi idea. Se mostró bastante indiferente. Pero ¿por qué no decírmelo? He reservado su tarta favorita en su pastelería favorita, tengo ya cuatro mensajes de la dueña pidiéndome que vaya a buscarla.

—¿Se está perdiendo entrenos y clases? —pregunto en voz baja, aunque ya sé la respuesta.

—Eso parece. A mí también me pilló por sorpresa, pero no parecía una decisión de último momento. Ya tenía los billetes y había avisado al entrenador.

Inspiro hondo, pero no sé ni qué decir. Me siento bastante idiota y no sé muy bien por qué. Es decir, no es el fin del mundo que Travis quiera pasar su cumpleaños con su familia. De hecho, me parece normal. Y por supuesto que puede tomar decisiones sin consultármelas, faltaría más.

Es solo que había dado por sentado que hoy yo estaría con él cuando soplara las velas. Y él ha cogido un avión y no se ha acordado de mí en ningún momento.

Me toco el estómago. Creo que los *nuggets* de tofu de Sierra me han sentado mal.

—Debería haberte avisado —dice Asher con calma—. Tienes derecho a darle una patada en los huevos cuando lo veas.

Trago saliva y fuerzo una alegría en la voz que no siento.

—Gracias por la sugerencia. Te dejo seguir con el estudio.

Más tarde, cuando les cuento a las chicas que hoy no hay fiesta, las dos se muestran tan perplejas como yo. Lluvia, de hecho, le envía un mensaje a Travis expresándole lo traicionada que se siente. Obviamente, ella tampoco recibe respuesta. Y eso tampoco tiene sentido, porque hasta donde yo sé hay cobertura e internet en el valle de Napa.

Me acompañan a la pastelería a por la tarta, pero a ninguna nos apetece tocarla (en el caso de Sierra, porque la pastelera no puede asegurarle que no se hayan utilizado huevos de gallinas en cautividad).

Continuamos con el maratón de *Pasión de gavilanes* y más tarde, antes de irme a dormir, abro de nuevo el chat con Travis. A solas en mi dormitorio, con la luz de la pantalla como única compañía, siento que no puedo mentirme a mí misma.

No son los *nuggets* de tofu los que hacen que sienta una presión en la boca del estómago.

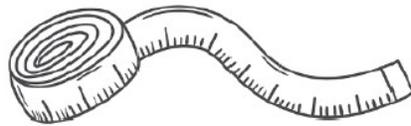
Es la desilusión, corrosiva y sinuosa como un veneno.

Hay una parte de mí que piensa que esto ha venido en buen momento. La conexión que tuvimos la otra noche en el Mooncake... Pensé que se me iba a salir el corazón por la boca cuando Travis dijo todas aquellas cosas tan bonitas sobre mí.

Fue aterrador y me transportó a aquel día en el que me di cuenta de que Travis Watkins era material de novio, un chico de diez que de ninguna manera se merecía a una persona con el corazón machacado como el mío.

Yo: Espero que esté todo bien. Felicidades de nuevo.

Travis



Entrenador: Feliz cumpleaños, Watkins. No hagas locuras.

Coop: Pues me he quedado vestido y sin novia cuando he entrado a tu habitación con el gorro y el pito y estaba vacía. La próxima vez avisa, leches.

Dwight: Lloro, tío, te has ido sin despedirte.

Ash: Feliz cumpleaños. Avisa si hay que ir a recogerte al aeropuerto el lunes.

Lluvia: ¿Es en serio? ¿Cumpleañero a la fuga? ¡Eso no se hace! Las fiestas de cumpleaños no son para el homenajeador, sino para los amigos. Que sepas que tu tarta tenía tus frases favoritas de películas, hicimos un bote entre todos para pagarla. Espero estar haciéndote sentir muy mal.

Directora Trin: (8 mensajes nuevos)



Napa es una ciudad preciosa al borde del río con el mismo nombre. Hay varios puentes que cruzan de un lado a otro, edificios de pocas plantas de finales del siglo XIX y muchos restaurantes. Como el día está despejado y falta tan poco para Acción de Gracias, la gente va de un lado para otro comprando centros de mesa, pavos y patatas a granel. El ambiente es muy agradable.

Pero mientras camino por Clay Street junto a mi tío, sin embargo, todo eso me da igual. No quiero estar aquí. Anoche llegué a casa bien entrada la noche, el taxi me dejó en la entrada de la pequeña propiedad de mi tío. Todo está igual. Y no me refiero a igual que este último verano, o que el invierno pasado, sino a igual que hace diez años. Tal vez por eso los recuerdos se aferran con más fuerza a todos los rincones, como el moho.

Hoy hemos venido en su coche a la ciudad. Es un trayecto de menos de veinte minutos atravesando el valle y los viñedos que hicimos en completo silencio.

Sé que mi tío quiere decir mucho más de lo que dice. Sin embargo, siempre ha respetado mis decisiones, le parecieran mejores o peores. Porque me entiende, o porque no quiere tocar la tecla equivocada. A lo mejor agoté su paciencia de pequeño, por llorar y demandar atención constantemente.

En el fondo, sé que no es así. Y puede que haya una parte de mí que esté deseosa de que se plante aquí, en medio de la calle, y me diga exactamente lo que piensa. Aunque no lo quiera oír.

Eso no ocurre, y acabamos deteniéndonos frente a un edificio blanco de dos plantas. Junto a la puerta hay una placa dorada que dice: LUGAY & BEEKMAN ABOGADOS.

Mi tío no toca el timbre, dejando que sea yo quien dé el paso.

Lo miro y sus ojos firmes, inquebrantables, me sostienen la mirada. ¿Está decepcionado? ¿Querría que las cosas, aparte de lo evidente, hubieran sido de otra forma? ¿Si pudiera volver atrás...?

«Ya no es momento de hacerte esas preguntas —pienso—. Ni de hacérselas a él.»

Me adelanto y presiono el botón negro.

—Acabemos con esto —murmuro.

Trinity



Es sábado por la noche y he rechazado el plan con Monique, Jaspar y Kelcey para ir a cenar y luego «morir en tacones y muy dignas» en Sunset Strip. Al parecer, ese bar nuevo que Dwight inauguró a lo grande lo está petando. En cualquier otra ocasión, me habría puesto una minifalda con unas buenas medias sin pensarlo.

Pero no me apetece.

Y sé por qué.

Y me cabrea *muchísimo*.

Para colmo, hoy Lluvia se ha ido a pasar la noche con Asher, y Sierra ha salido escopetada hace un rato, después de recibir un e-mail urgente de una de las asociaciones de animales de las que forma parte. Al parecer, este año la migración de las ballenas grises se ha adelantado un poco. Ella y su compañera de clase, Cece, están de camino al puerto de San Pedro. Sé que mañana me espera un rato muy largo viendo todas las fotos y vídeos que hayan sacado, pero Sierra está monísima cuando se emociona por algo. Si tengo que fingir que veo ballenas en imágenes oscuras y borrosas, lo haré.

Así que estoy sola en el piso. Triste. Cabreada por estar triste. Triste por estar cabreada. Y todo eso me ha llevado a sacar un paquete de caramelo de maíz de mi alijo secreto de chuches no-veganos. A la mierda. Me da igual que la barbilla se me vaya a llenar de granos.

Llevo casi una hora escarbando en la cartelera de Netflix (porque buscar contenido y visualizarlo son dos actividades completamente distintas) cuando tocan al timbre. Miro el reloj. Son casi las once. Solo se me ocurren dos personas que vendrían sin avisar antes: nuestra casera o el señor Nguyen. Pero ni estamos de fiesta con música alta ni Lluvia se ha vuelto a dejar el grifo del baño abierto.

Creo.

Por si acaso, espío por la mirilla primero. Los apliques del pasillo alumbran de pena, y la persona al otro lado está inclinada hacia delante, como si hubiera dejado caer la cabeza. Solo veo una coronilla de cabello oscuro y revuelto.

Pero esa coronilla me es familiar.

Apretando los dientes, abro de un tirón.

El corpachón de Travis está a punto de caer sobre el mío, como si hubiera estado apoyado contra la puerta. Coloco las manos en su pecho como acto reflejo, empujándolo hacia atrás. Se balancea de nuevo hacia el pasillo como un muñeco de goma.

«¿Qué...?»

Con la respiración agitada, me llevo las manos a las caderas.

—¿Qué se supone que haces? ¿Aquí? —añado—. ¿A estas horas?

Como no me contesta de inmediato, voy fijándome en más y más detalles. Como la forma en que su camiseta está torcida, enseñando parte de un hombro. Su postura inestable. De pronto se pasa la mano por el cabello, retirándolo hacia atrás, y veo que tiene las mejillas completamente ruborizadas. Y sus ojos...

Apenas puede abrirlos, tienen un brillo extraño.

Como si estuviera...

Abre la boca y su aliento se estrella contra mí como un camión de mercancías.

—Hola, rubia.

Uf, un camión de mercancías que iba a repartir a los bares y discotecas de Sunset Strip y ha volcado en medio de la carretera. No sé si lo que huelo es cerveza, whisky o una mezcla de ambos.

Lo miro de arriba abajo otra vez.

—¿Estás... borracho?

Apenas me lo creo. Travis no consume alcohol. Nunca. Es la *rara avis* de los deportistas universitarios heterosexuales. Nunca le he preguntado la razón, solo es un detalle sobre su persona que me llamó la atención al principio. Después, me parecía de lo más normal que en las fiestas se pidiera cerveza sin alcohol o agua.

Con una mano apoyada en la jamba de la puerta, sonrío.

No es su sonrisa canalla.

—*Sip*. Deberían darte el premio a la... ¿Cómo era? Ah, sí, la perspicacia.

Vocaliza bastante bien para el aspecto que presenta. Creo que si soplara un alcoholímetro ahora mismo el aparato se sobrecalentaría y explotaría.

—¿Eso es lo que has hecho para celebrar tus veintiuno? ¿Beber como Al Capone durante la ley seca?

Algo cruza por su rostro, fugaz. No me da tiempo a interpretarlo.

—¿No es lo normal? ¿Cogerse un pedal cuando cumples la mayoría de edad? —Se da palmaditas en el pecho y luego abre los brazos de par en par—. Pues ya está. Estoy oficialmente desvirgado.

Lo miro fijamente. Había pensado en mi reencuentro con Travis e imaginado dos posibles escenarios: que apareciera suplicándome perdón por ser un mejor amigo de mierda, o darme el gusto de darle esa patada en la entrepierna que Asher me sugirió.

Pero esto... jamás se me habría ocurrido. No puedo pegar a una persona que es probable que luego no pueda levantarse del suelo, y de momento no parece que vaya a pedirme disculpas.

—Regresa con los chicos a donde sea que hayas conseguido tu primera borrachera —murmuro.

Cuando intento cerrar la puerta, su mano se interpone. Para tener un equilibrio de mierda ahora mismo, es rápido. Se ayuda de la jamba para mantenerse en pie.

—No hay chicos —dice—. No...

Niega con la cabeza, incapaz de terminar la frase. Una idea inquietante se me ocurre.

—¿No has salido con ellos? ¿Quién te ha traído?

Se limita a mirarme.

—Travis, no puedes haber conducido hasta aquí en este estado. —Entonces recuerdo mi conversación con Asher—. Además, ¿tú no regresabas el lunes?

Exhalando un suspiro gigante, apoya la cabeza contra su brazo. Oigo cómo una puerta se abre y se cierra en esta misma planta, y no quiero que ninguno de mis vecinos sea testigo de esta situación. Aunque ni yo misma tenga claro qué está sucediendo.

Me hago a un lado.

—Pasa. Si me vomitas encima, eres hombre muerto.

Travis se tambalea hacia el interior. Aunque hace solo unos días que lo vi por última vez, no puedo evitar pensar que hay algo diferente en él, y no es solo el hecho de que haya decidido atracar una destilería. Hay un sentimiento colgando de él, de sus hombros, de la comisura de sus labios. Algo que le pesa más que el alcohol.

Cuando veo que se detiene a mitad del pasillo para descansar, sé que necesita ayuda. Y sé que no voy a negársela.

Subirlo por la escalera de caracol con el nivel de coordinación que tiene ahora mismo debería convalidarme varias asignaturas de Anatomía y Fisioterapia. Lo guío hacia el baño de la planta alta y lo siento en el retrete. Al momento, se inclina hacia delante, metiendo la cabeza entre las piernas.

—No pude —gimotea. Y suena... triste. Tan tan triste que siento un vuelco en el estómago.

—¿Qué no pudiste?

Masculla algo más, pero no lo entiendo. Empiezo a tironear del bajo de su camiseta.

—Me vas a odiar —le aseguro—. Pero mañana me darás las gracias. O te mataré lentamente, claro.

Quitarle la camiseta, las zapatillas y los calcetines es fácil. Conseguir que levante el trasero para poder hacer lo mismo con los vaqueros, no tanto. Acabo arrodillada frente a él, con la tela acumulada en sus muslos y resoplando.

Oigo un ruidito y, al levantar la vista, me lo encuentro observándome con una media sonrisa. Mi corazón da un salto. Por un breve instante, parece el Travis de siempre. Quitando la manera en que sus párpados están bajos, pesados, y el rubor.

Sus dedos se deslizan por mi codo. Torpes, pero suaves.

—Habría bebido mucho antes si hubiera sabido que... —Se detiene.

En contra de todo mi buen juicio, que puede que haya salido volando en el momento que lo dejé entrar, pregunto:

—¿Si hubieras sabido qué?

Su mano sube, acariciando toda la piel expuesta por el pijama, y luego vuelve a bajar. Siento retortijones en el estómago.

—El alcohol provoca alucinaciones —susurra.

Enarco una ceja.

—Yo no soy una alucinación, Travis.

—Sí lo eres. No hay ninguna razón para que Trinity Henderson se arrodille frente a un tío como yo. Que me cuide, que me... No tengo tanta suerte.

Intento respirar con normalidad, a pesar de sentirme bastante sofocada a estas alturas. No voy a darle ningún sentido extraño a lo que dice. Son palabras de borracho.

—No dirías lo mismo si supieras lo que tengo pensado.

No dice nada más, se limita a mirarme como si cargara con una pena profunda y yo solo lo empeorara.

Después de varios tirones más, consigo quitarle todo excepto la ropa interior. Cuando lo pongo en pie y se apoya en mí, no hay ni rastro de la Trinity que se quedó boquiabierta viendo su vídeo saltando. Este no es el momento.

Entramos juntos a la ducha y consigo que se quede de pie, con ambos brazos extendidos para aferrarse a los azulejos.

Dirijo la alcachofa hacia él y, justo antes de abrir la llave del agua fría, suspiro.

—Lo siento.

Mientras él suelta una exclamación de sorpresa, me pregunto qué es lo que ha pasado para que un chico que no ha tomado una sola gota de alcohol en los dos años que lo conozco (y probablemente mucho más) haya acabado en este estado y con la mirada de un cachorro abandonado.

Lo que prefiero no plantearme es por qué ha venido a mi piso, de entre todas las opciones.

Travis



Cuando bebes, la conciencia es algo que va y viene. Como en esa peli en la que al tío se le sale el espíritu del cuerpo y ve lo que está haciendo, pero no puede controlarlo. Algo así. Una parte de mí se había preguntado durante años qué tenía el alcohol para que tanta gente lo buscara de forma activa, ya sea más o menos sana. Pensaba que al probarlo todo se iría a la mierda, que activaría algo escondido en mí.

No es así. Puedo vivir sin esta sensación perfectamente.

Sobre todo, porque eso que me ha llevado a beber sigue ahí, en el fondo de mi mente. Entrar a un cine me habría servido mucho más que meterme en ese bar.

Pero es que está claro que solo tomo malas decisiones.

Cuando soy consciente de que estoy en el piso de Trin, no veo nada. Están pasando algo suave por mi rostro. Aparto la toalla de un manotazo y me chistan.

Enfoco su preciosa cara. Está enfadada. Lo noto en la forma en que está apretando los labios. Lleva un pijama que deja muy poco a la vista, pero me recreo en ella como si hiciera meses que no la veo. Como si nunca hubiera visto a una chica, para el caso. Reconozco la alfombra lila a sus pies. Estamos en su habitación. Me ha sentado en su cama, con una toalla alrededor de las caderas, y está secándome el cabello con tanta fuerza como si quisiera afeitarme en el proceso.

Siento el cuerpo pesado, como después de los partidos. Mover los brazos o las piernas parece una tarea titánica ahora mismo. Joder, ¿mis compañeros pasan por esto cada dos por tres? ¿Y siguen con sus vidas? No sé si admirarlos o considerarlos todavía más gilipollas.

No quiero decir nada para no cagarla más de lo que probablemente ya lo he hecho, pero tampoco puedo quedarme callado.

—Estás muy guapa.

Sus manos se detienen un instante.

—Eso ya lo sé.

Intento morderme la lengua, pero...

—He regresado de Napa.

—No me digas.

—¿He vomitado algo? Puedo limpiarlo.

De pronto, suelta la toalla y esta cae sobre mi rostro. Sacudo la cabeza para que se escurra y me encuentro con Trinity observándome de una forma...

Colérica.

Inquieta.

—¿A qué viene ese tono de pena ahora? —suelta—. ¿Ya estás en tus cabales?

Después de estos últimos días y, sobre todo, de estas últimas horas, dudo que pueda decir que estoy en mis cabales y quedarme tan ancho.

Además, sé que sigo borracho. Mis pensamientos son nubes que se deshacen antes de que llegue a tocarlos, y parece que Trinity está en la cubierta de un barco pesquero.

—Si digo que no, ¿seguirás secándome el pelo?

Está claro que no sabe qué hacer conmigo. Cuando pienso que se va a largar y me va a dejar aquí solo, recupera la toalla de mi regazo y vuelve a plantarla en mi cabeza. Esta vez, frota con más suavidad.

—¿Vas a contarme qué ha pasado? —pregunta al cabo de unos segundos, con voz más tranquila. Sé que está tragándose los gritos y las exigencias.

Cierro los ojos con fuerza. Si me planteara hacer eso, tendría que remontarme mucho tiempo atrás. Contar cosas que nadie quiere saber, estoy seguro. A nadie le gusta hurgar en las miserias de los demás, no importa cómo de amigos sean. Por eso ni siquiera me he sincerado con Asher. Él

conoce a un determinado Travis, y me gusta así. Me gusta cómo me mira, la persona que ha conocido aquí.

Me gusta el Travis del que Trinity puede burlarse y con quien se ríe como una loca.

No quiero que su opinión sobre mí cambie ni un ápice, y eso que no estoy haciéndolo lo mejor posible. Pero un universitario borracho no es nada. Lo olvidará. Total, no pienso volver a beber.

—Los tíos que se aparecen de esta guisa son banderas rojas, ¿sabes? —me dice—. Y tú nunca has sido una bandera roja, Travis Watkins.

Lo sé. Y tiene razón.

Pero yo...

—Ahora mismo no puedo hablar de ello —digo en voz baja.

Es medio verdad y medio mentira. Estoy dejando en el aire una posibilidad futura que en realidad no existe.

Para mi sorpresa, Trinity no insiste. ¿Cómo de jodido tiene que estar viéndome para tener todas estas consideraciones?

Con delicadeza, utiliza la toalla para inclinarme la cabeza hacia atrás, para que la mire. Está de pie entre mis piernas abiertas con el ceño fruncido, lo más parecido a una diosa de la guerra y la misericordia que se me ocurre ahora mismo.

—Solo dime que estás bien.

Rodeo una de sus muñecas con los dedos. Noto su pulso acelerado.

—Ahora mismo lo estoy.

«Mañana... ya se verá.»

Ayudo como puedo a Trinity a ponerme una de las camisetas de Lluvia, que a su vez era de Asher. Tengo que quedarme con la toalla puesta, sin embargo, porque los calzoncillos están empapados. Me vienen *flashes* aquí y allá de conducir hasta aquí, ella abriéndome la puerta, el primer chorro de agua fría estrellándose contra mi pecho.

—¿Quieres que me vaya?

No puedo deducir qué está pensando por su expresión.

—¿Tú quieres irte?

Sacudo la cabeza al instante. Ella asiente.

—Estaba buscando algo que ver en Netflix antes de que llegaras. ¿Ponemos una peli?

Eso suena... Joder, suena a paraíso.

Acabamos sentándonos en su cama, apoyados contra el cabecero y con el portátil de Trinity entre los dos. La dejo escoger y aprovecha para encasquetarme *Van Helsing*, pero ni se me ocurre rechistar. He sido un completo imbécil, me ha recibido, me ha cuidado y ahora me deja estar hombro con hombro con ella. Por mí como si quiere que veamos toda la trilogía de *La rebelión de Atlas*.

Van Helsing apenas acaba de llegar a Transilvania y mis ojos ya se están cerrando. Percibo la respiración pausada de Trinity entre los gritos de las vampiresas y los pobres pueblerinos, inspiro su aroma, y el ruido blanco que lleva días de fondo en mi cerebro se amortigua por fin.

Me parece que siento una caricia en la frente, dedos retirándose el cabello, pero tal vez me lo haya imaginado.

Trinity



—¡Asher ya está aquí! —grita Lluvia desde la planta baja.

Compruebo el corrector una última vez en el espejo y salgo del baño. Hago el chequeo habitual cada vez que viajamos, porque prefiero no darme cuenta a mitad de camino de que Lluvia ha vuelto a dejarse el cargador del móvil enchufado o que nos hemos olvidado la plancha.

Regresamos a nuestro pueblo, pero llevamos años haciendo vida aquí. Y yo, particularmente, no tengo planeado pasar por mi casa, así que debo hacer la maleta como si viajara a cualquier otro lugar.

Sierra se marchó anoche a pasar todo el puente con sus padres, en Irvine. Después de casarse, los O'Brien, madre y padre irlandeses, decidieron venir a Estados Unidos en busca de una nueva vida. Visitan a su hija muy a menudo y me caen genial. Han resistido el acoso y derribo de su hija acerca de hacerse veganos, pero se nota que la adoran. Escuchan todas sus historietas sobre las clases, los compañeros, la inalcanzable beca, y siempre la apoyan en todo.

Vaya, lo normal.

Envío un mensaje a la señora Pérez para que sepa que ya nos vamos y pueda cerrar la llave del agua y cortar la luz hasta que volvamos.

Lluvia ya está en el pasillo exterior que da al parking, con medio cuerpo asomado sobre la barandilla y enviándole besos a su novio. Como apenas son las seis de la mañana, todavía es de noche y entra una brisa helada. Ella

solo lleva una mochila con cuatro cosas, porque tiene de todo en su casa. Yo me peleo con mis dos maletas, por las que pagué una pasta solo porque eran de marca y rosas. Sí, soy así. A veces no lo puedo evitar.

Un par de manos grandes y bronceadas aparecen para agarrar las maletas. El olor a playa lo invade todo.

Con el bolso abierto colgando, las llaves en la mano y el gorro de lana mal puesto, levanto la vista hacia Travis. Su mirada castaña examina la mía con diversión.

—Hola, rubia.

—Hola..., *quarterback*.

¿He sonado sin aliento? He sentido una opresión de lo más rara en el pecho al verlo así, cuando no lo esperaba para nada. Es como si me hubieran inyectado una dosis de adrenalina de repente. Por supuesto que lo he visto después de lo sucedido el otro día, pero como que lo sabía de antemano y...

«Un momento, ¿desde cuándo necesito mentalizarme para ver a Travis?»

Lluvia recoge su mochila del suelo.

—¡Sorpresa! Travis se viene a pasar Acción de Gracias con nosotros.

Solo cuando noto tirones en el brazo me doy cuenta de que sigo aferrada a las maletas y Travis está intentando quitármelas. Las suelto y él solo sonrío. Es *casi* su sonrisa canalla, pero no del todo. Lleva un gorro parecido al mío, una sudadera de los Bruins y sus habituales vaqueros y botas.

Alguien toca el claxon. Lluvia pone los ojos en blanco.

—Uf, el gen Stone. Vamos, antes de que suba a por nosotros.

Lluvia se nos adelanta. Verifico que he cerrado con llave antes de alcanzar a Travis, que me está esperando.

—Bueno, está claro que últimamente te ha dado por hacer cosas imprevistas.

Me mira de reojo. Aunque yo me estaba refiriendo a cuando me trajo un regalo de Nebraska, me doy cuenta de que se puede malinterpretar. A ver, no pasa nada. No pretendo fingir que lo del otro día no ocurrió. Que no lo hayamos mencionado más no quiere decir que sea un tema tabú. Sin embargo, lo he dejado en el aire porque está claro que había un trasfondo complicado y él no estaba preparado para contarlo.

Y yo mejor que nadie puedo comprender eso.

—¿Te parece bien que vaya con vosotros?

—¡Claro que sí! —le aseguro—. A ver, creo que en Santa Jacinta tal vez te mueras del aburrimiento, pero no probarás un pudín de patatas mejor que el de la abuela de Asher.

Y no le estoy mintiendo, aunque hay una parte de mí que, al asociar la imagen de Travis y la del pueblo, siente desazón.

Pero no pasa nada. Iremos directos a casa de Asher.

—Estoy seguro de que me gustará vuestro pueblo. Y tengo ganas de ver el famoso bastón de la señora Stone.

—Eso lo dices ahora.

Él parece que quiere decir algo más, pero cierra la boca. Llegamos al coche en silencio, y yo no puedo dejar de pensar en que me gustaría retroceder en el tiempo un par de semanas y que las cosas volvieran a su lugar. A la dinámica tan genial que habíamos construido durante estos años.

Porque no sé qué es, pero hay *algo* distinto en el ambiente. Y tengo la sensación de que no soy la única que lo nota.

Siempre que pienso en mi relación con Travis, imagino líneas por todas partes. Líneas que he dibujado yo. Y ahora mismo muchas de ellas son imprecisas, o están descolocadas. Algunas se han alejado, pero otras están demasiado cerca para mi gusto.

Supongo que así funciona el cerebro de una perfeccionista. Cuando las cosas se salen de su sitio, tenemos la imperiosa necesidad de ordenarlas. En este caso, me cuesta porque no depende solo de mí.

Cuando ya estamos de camino, atascados en el tráfico de Los Ángeles con Lluvia peleándose para poner la música, me dejo de tonterías y le pregunto algo que en cualquier otro momento no habría necesitado pensar.

—¿Qué hay de tu tío? ¿Cenará solo?

Estoy observando su perfil, y por eso soy consciente del leve movimiento de su mandíbula.

—No sé cuáles son sus planes. Estamos... enfadados.

Y solo con esa frase, sé que eso está relacionado con su primera y única borrachera. ¿Tío y sobrino discutieron y debido a ello Travis regresó antes a Los Ángeles y luego le dio por beber? Si es así, ¿cómo de gorda sería la pelea? ¿Qué pudo hacer que un tío con el estado de ánimo de un Teletubby acabara así?

Me encojo de hombros, intentando quitarle hierro al asunto.

—Yo tampoco ceno con mis padres, así que seremos los dos gatos callejeros que rascan la puerta de Atlanta.

Me mira y, tras unos segundos, esboza una pequeña sonrisa.

—Me mola.



Como los billetes de avión en estas fechas tienen precio de oro y solo somos cuatro universitarios no graduados, nos espera un viajecito de unas nueve horas hasta el pueblo. Asher y Travis se han organizado para hacer tres paradas e ir intercambiándose, ignorándonos a Lluvia y a mí cuando nos hemos ofrecido para hacer parte del trayecto.

—Este Chevrolet ha sobrevivido precisamente evitando que caiga en manos de conductores como tú —le dice Asher a su novia.

La veo apretar los dientes con fuerza.

—Ha sobrevivido porque es una carraca de la postguerra y esos coches estaban diseñados para soportar bombas atómicas.

—No habías nacido para ese entonces.

—¿Qué intentas decir?

Por suerte, Travis y yo estamos más que acostumbrados a los piques de esos dos. Acabamos abriendo mi iPad, colocándonos los auriculares y sumergiéndonos en nuestro mundo en dos dimensiones favorito. Pero, por alguna razón que escapa a mi comprensión, hoy me cuesta centrarme en la trama y en lo que sucede en la pantalla. Es como si la presencia de Travis tuviera un aura diferente hoy. Como si emitiera más calor, o alguna chorrada así.

Cada vez que mueve las piernas, lo miro. Cuando cambia la mano y la pone entre ambos, cerca del iPad, mi corazón se acelera pensando que está a tres centímetros de mi muslo. Cuando su cabeza se inclina más cerca por inercia, tengo que hacer un esfuerzo consciente por no contener el aliento.

Me viene a la mente su mirada en el Mooncake, aquella intensidad escondida allí, la seguridad con la que aplastó mis miedos, lo sólido que me

pareció en ese momento y las ganas terribles que tuve de volver a abrazarlo. Lo mucho que tuve que contenerme la otra noche para no achucharlo y decirle que todo iba a estar bien, que si me contaba lo que le ocurría yo lo solucionaría en su lugar.

«Eres tenaz, creativa y brillante, y en el fondo lo sabes.»

«No hay ninguna razón para que Trinity Henderson se arrodille frente a un tío como yo.»

Su dedo índice se desliza por mis nudillos y doy tal brinco que me golpeo la cabeza contra el techo del coche. ¡Malditos vehículos antiguos! ¿Por qué narices tienen que ser tan pequeños?

—¡Ay!

Lluvia se gira en el asiento.

—¿Trin?

Las manos de Travis rodean las mías, sobre la cabeza, y me acaricia por encima del gorro.

—¿Estás bien? Tenías un bicho.

¿Un bicho?

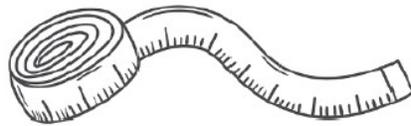
Un puto bicho.

Y noto los nudillos como si me hubieran pasado una tenacilla ardiente por la zona.

—Sí, es que estaba... concentrada en la serie.

Me observa de una forma extraña y no puedo deducir nada de su expresión. Pero el caso es que un par de horas más tarde, cuando le toca hacerle el relevo a Asher, suspiro aliviada. Lluvia se pasa a la parte de atrás conmigo y le hago la envoltente de tal manera, seleccionando cuidadosamente las series que más le gustan, que no vuelve a cambiarse de asiento en lo que queda de viaje.

Travis



Todavía no estoy seguro de si he tomado una buena decisión uniéndome al viaje.

No puedo decir que Trinity esté molesta por mi incorporación de último momento. Ella misma me dijo que le parecía bien, y la creo. Solo me miró como si una nave alienígena acabara de abducirme delante de ella para acto seguido escupirme, y luego se comportó como si mi cercanía fuera tan peligrosa como un cable pelado.

Y yo, que he estado buscando señales de que está todo bien después de la pifiada de mi cumpleaños, no sé qué pensar.

A ratos parece la Trinity de siempre, y de pronto sale corriendo al baño de la gasolinera con Lluvia cuando le sugiero que compartamos un sándwich de pavo.

—¿No notas a Trin rara? —le pregunto a Asher mientras las esperamos junto al coche.

Pero Asher, por supuesto, solo se encoge de hombros.

—Es amiga de Lluvia. Muy normal no ha sido nunca.

Le doy un codazo.

—Hablo en serio.

—No la conozco tan bien como tú, a pesar de habernos criado en el mismo pueblo. Siempre me ha parecido una tía con las cosas claras, legal y directa. Si tuviera algún problema contigo, ten por seguro que te lo diría.

Me limito a asentir, pensativo, y no me doy cuenta de que me está examinando hasta que dice:

—Ten cuidado, Trav. ¿Tengo que recordarte lo que me dijiste hace dos años?

Contengo la respiración. Sí, no tiene que ser más preciso para que yo sepa exactamente a qué se refiere.

Fue durante ese instante de debilidad, cuando Trinity nos visitó por tercera o cuarta vez durante su año sabático. Ya había quedado más que claro que entre ella y yo no volvería a haber nada más que una amistad, y eso si yo mantenía las manos quietas y fingía que mi atracción hacia ella había desaparecido sin más, como si fuera un interruptor que uno controla a voluntad. Como parecía haberle sucedido a ella. Entonces, en una reunión en un pub en la que nos juntamos con varios chicos del equipo, algo sucedió entre Trinity y Cooper. Hicieron clic. Conectaron.

En mi puta cara.

Y no pude soportarlo. Cuando pensé que...

No.

Así que usé una carta que jamás había empleado, y Cooper se comportó como un amigo de diez y lo respetó. Asher, sin embargo, me increpó y me dijo que lo que había hecho no estaba bien.

—Ella ha echado el freno, y la respeto —le dije—. Pero tengo límites, tío. No puedo... Eso no, ¿vale? No podría.

—No estamos en la era de las cavernas. Que no puedas tener nada con ella no significa que no sea libre de estar con cualquier otra persona.

Sus palabras me habían afectado, las había sentido como golpes físicos. Porque tenía toda la razón.

—Lo sé, no lo volveré a hacer. Somos amigos. Solo amigos.

Cumplí mi palabra. Nunca he vuelto a torcer el gesto ante las decisiones de Trinity, y por alguna clase de milagro cósmico ella ha puesto sus miras lejos de mis compañeros de equipo.

Y no soy idiota, sé por qué Asher me está recordando todo esto.

—Está todo controlado —le aseguro.

—Más te vale. —Se coloca las gafas sobre los ojos, ocultando su mirada de rayos láser azules—. Lluvia y yo acordamos no meternos nunca en lo que fuera que pasara entre vosotros, y que en cualquier caso no afectaría a

nuestra relación. Pero preferiría no tener que consolar a un amigo a escondidas.

Bufo.

—¿Consolarme? ¿Por qué tienes tan claro que sería yo el que saldría perjudicado?

Las cejas de Asher se disparan por encima de las gafas.

—*Hachiko*.

—¿Qué? No me jodas, tío, ¿quién no llora con *Hachiko*?

—Trinity. Y yo.

—Porque vosotros no tenéis alma, estáis hechos de placas y microprocesadores.

La conversación se corta por el regreso de las chicas, pero con una mirada le hago saber que esto no ha acabado aquí. Encontraré la película que haga llorar a Asher Stone, lo juro por Terry Bradshaw.



Santa Jacinta es un pueblo muy parecido a otros del norte de California. Amparado por las montañas llenas de pinos y abetos, los primeros que llegaron debieron de ver aquella planicie junto a un lago y pensar que era un buen lugar para asentarse.

Hay algo en los pueblos pequeños, en esas casas achaparradas y los pequeños negocios, que hace que uno respire más profundamente. Como hemos salido pronto de Los Ángeles y no hemos pillado tráfico en la I-5, apenas son las tres cuando pasamos un bonito cartel rojo que anuncia que estamos entrando en «El pueblo de los pinos y la hospitalidad». Las decoraciones de Navidad están listas para encenderse mañana, y hay muérdago y bastoncillos de caramelo por todas partes.

Cuando desfilamos por la calle principal y bajo la ventanilla, las chicas se quejan porque el aire de las montañas no tiene nada que ver con el de la costa. Yo sacó la cabeza y sonrío.

—¡Feliz Acción de Gracias, Santa Jacinta! —grito.

Casi todas las personas que están paseando se giran para saludar, sonreír y contestarme a gritos.

Me tiran de la capucha de la sudadera para meterme en el coche.

—Me gusta este pueblo —dictamino.

Lluvia y Asher viven casa con casa en la calle Hazard. Un anexo de la casa de Lluvia es una floristería que tiene el cartel de CERRADO colgado. Imagino que es el negocio que regentaba su abuela antes de fallecer.

En el espacio entre las dos casas hay una flamante autocaravana. Joder, es la primera vez que la veo, y la verdad es que me la imaginaba más pequeña. Cuando Asher nos contó que se iba de viaje obligado, daba la impresión de que todo era una penitencia. Pero eso es un puto hotel de cinco estrellas sobre ruedas.

—Supongo que esta es *Little Hazard*.

—La infame —corroborra Asher.

Lluvia se detiene a mi lado y contempla la caravana con ojos grandes, nostálgicos.

—La única e irremplazable.

Aunque yo no era íntimo de Lluvia cuando su abuela falleció, y tampoco asistí a su funeral, le envié sus chocolates preferidos durante dos semanas cuando regresó a la universidad. Sé lo que es la pérdida de alguien cercano, conozco el vacío permanente que deja y cómo a veces la respiración se atasca y parece que no va a ninguna parte.

Le rodeo los hombros con el brazo y la estrecho contra mi costado.

—Seguro que volverá a rodar y a vivir nuevas aventuras.

Lluvia me acaricia la espalda.

—Sí. Asher y yo queremos hacer otro viaje así en un futuro.

—Si necesitáis a alguien que toque un violín de fondo u os sujete las velas, contad conmigo.

Trin levanta la mano.

—Yo la mantendría limpiísima.

Asher la señala.

—Contratada.

La señora Atlanta Stone nos está esperando en la puerta cuando avanzamos por el sendero del jardín. Y es..., joder, sí. Es tan imponente como la describen. Alta y delgada, el único signo de debilidad visible es el bastón que sostiene delante de ella. Veo la famosa cabeza de gallina del

pomo e intento por todos los medios no sonreír. Como que siento que esta mujer no tendría ningún problema en dejarme moribundo en su jardín si se me ocurriera reírme de su bastón.

Tiene los mismos ojos que Asher, y un pelo rubio perfectamente peinado en el que no asoma ni una sola cana. Lleva los labios pintados de un escandaloso rojo.

Asher se inclina para besarla en la mejilla y abrazarla, y por la postura erguida de la mujer cualquiera pensaría que no se alegra de ver a su nieto. Sin embargo, yo noto perfectamente cómo sus ojos se suavizan y las comisuras de sus labios se rizan un pelín.

—Llegáis tarde —le recrimina.

—He salido a la hora que te prometí y he llegado antes de lo previsto. No sé cómo...

El bastón se mueve tan rápido que nadie lo ve. Lo único que sabemos es que Asher jadea y se toca las costillas.

—Llegamos tarde.

—Hola, Ati —murmura Lluvia, también abrazando a la mujer.

Entonces, esos afilados ojos azules nos examinan a mí y a Trinity.

—La pequeña Henderson. Supongo que los idiotas de tus padres no han tenido la decencia de invitarte a cenar.

Jooooder. Si creía que ya me caía bien, ahora podría besarle los pies.

Trinity solo parpadea una vez.

—Pues no.

—Bah. En mi mesa siempre hay sillas de sobra.

—Gracias, señora Stone.

—Llámame Atlanta. ¿Y este zángano con cara de vendedor de seguros quién es? ¿Novio?

Trinity da un respingo y se apresura a corregirla, y algo en mí siente una pequeña molestia. A ver, es normal que la mujer piense que somos pareja. Dos chicos, dos chicas, ella nació en los años, ¿qué? ¿Cincuenta? Habrá sumado dos y dos.

Asher suspira.

—Abuela, sabes perfectamente quién es. Te avisé de que vendría.

—Sí, ya. —Me sostiene la mirada unos cuantos segundos aterradores en los que me esfuerzo por ser mi versión más encantadora—. Watkins, ¿no?

Conocí a un Watkins hace años, pasó por aquí más perdido que una trucha en alta mar. Era de Wisconsin.

Sin que ella lo vea, Asher pone los ojos en blanco.

—No hay relación. Mi familia paterna viene de Arkansas.

—Mmm. Asher me ha contado que haces un buen flan de huevo y que lo ayudas con sus manías higiénicas.

—Se hace lo que se puede.

—Pues necesitamos huevos.

Estoy... un poco perplejo.

—¿Quiere que... que haga flan?

—¿Puedes, o no?

—Sí, claro.

—Bien.

Por fin, se mueve y pasa al interior de la casa. Por encima del hombro, exclama:

—¿A qué estáis esperando? ¡Pasad!

Como solo hay dos dormitorios en la casa, decidimos que yo me quedo con Asher y las chicas dormirán en casa de Lluvia. Después de acomodarnos, Atlanta prácticamente nos echa y le ordena a Asher que me muestren el pueblo. Y que traigamos huevos y estemos de vuelta antes de la cena o rodarán cabezas.

—Me gusta tu abuela, tío —le digo cuando salimos por la puerta.

Él, en lugar de soltar alguno de sus sarcasmos, sonrío.

—Es la mejor.

Santa Jacinta no es mucho más de lo que vi cuando entramos. En el centro están apiñados todos los comercios, y las calles exteriores son todas residenciales. Me enseñan el instituto en el que los tres estudiaron, contándome las anécdotas sobre la rencilla familiar entre los Stone y los Clearwater, y la heladería a la que todos los adolescentes van. Asher se desvía para mostrarme el lago, Golden Lake, que se llama así porque una antepasada de Lluvia la lio afirmando que había oro en sus orillas.

—Gertrude se hizo un collar con las pepitas que encontró —me cuenta Lluvia, ignorando los bufidos de Asher—. Ha pasado de generación en generación. Existe. Es una prueba patente.

—Te creo.

—No lo hagas —me aconseja Asher.

—Vale, ¿quieres que te cuente un hecho real e innegable sobre este lago? Allí, justo donde están esas piedras grandes con forma de judía, nos conocimos Ash y yo.

No veo ningunas piedras con forma de judía, pero asiento, metido en la historia.

—¿En serio?

—Sí, cuando teníamos ocho años. ¿Eso también lo vas a refutar, señorito Stone?

Con una mano sobre el volante, Asher se gira para sonreír a su novia. Y es de esas sonrisas secretas que mi compañero solo dedica a esta chica.

—No, señorita Clearwater. Lo corroboro.

Cuando se inclinan para besarse, Trinity y yo nos movemos a la vez en el asiento trasero, huyendo, y acabamos frente a frente. Apartamos la mirada al instante.

—Si habéis venido aquí para liaros, lo entiendo, pero esta sería mi parada —digo.

—Y la mía —gruñe Trin.

—¡Ya está, ya está! Ha sido un pequeño desliz.

Por fin, acabamos en el mercado del centro del pueblo, junto al ayuntamiento, el centro de salud, la farmacia y una pequeña boutique. Al otro lado de la calle está la famosa heladería, Frosty's.

El mercado, lleno de puestos de toda clase y protegido por un techo de vigas verdes, está lleno de gente comprando como si les fuera la vida en ello. Nos cruzamos con tres señoras disputándose el último pavo con bastante agresividad. Una ha sacado el móvil y está gritando:

—¡Llamaré al sheriff si es necesario! ¡Que revisen las cámaras! ¡Este pavo estaba en mi carro!

Lluvia se tapa la boca con las manos, sorprendida.

—¿Señora Webber?

La mujer abandona durante unos segundos su expresión asesina.

—¡Lluvia, querida, has vuelto! Oh, Asher. Y Trinity Henderson. ¿Y quién es ese mozo tan guapo? No me digáis que... ¡Alto ahí, Charlotte, o juro que te corto las manos!

En un puesto de charcutería, Asher comenta que su tío Gideon, que es el sheriff, se ha pedido la noche libre para ahorrarse precisamente estos espectáculos.

—Me compadezco del que esté de guardia —murmuro.

—Yo le cuidaba los rosales —le está diciendo Lluvia a Trinity.

—Siempre te he dicho que estaba loca, pero tú nunca...

—¿Trinity?

Una mujer ha girado junto al puesto de frutas con una bolsa de tela en las manos y se ha detenido de golpe delante de las chicas. Es alta y lleva un bonito vestido azul, tan elegante que está claro que ya se ha vestido para la cena. Porque dudo mucho que se esfuerce tanto solo para ir a hacer la compra.

Al observar su rostro, me quedo paralizado. Joder, es la viva imagen de Trin, solo que con veinte años más. Tienen hasta un corte de cabello parecido, aunque la mujer lo lleva un poco más largo y con flequillo.

El cuerpo de Trinity está como en el aire, como si se hubiera quedado a medio camino tomando aliento. Muy quieta, lo único que se mueve son sus ojos.

—Mamá —susurra.

Un silencio se extiende por el pasillo..., un silencio muy incómodo. Lluvia hace ademán de moverse y no se me escapa cómo la mano de Trin sale despedida para agarrarla y que no se separe de ella.

La mujer es la primera en recobrase.

—No sabía que habías regresado al pueblo.

—He llegado hace poco.

Su madre asiente con lentitud, y esa forma de apretar un poco los labios... Es todo Trin.

—Para Acción de Gracias, supongo.

—Sí, cenaré con los Stone.

La mujer parece caer en la cuenta por primera vez de que su hija no es la única persona presente, porque arquea las cejas y nos mira.

—Oh, disculpadme, menudos modales. Lluvia, Asher, me alegro mucho de veros. Feliz Acción de Gracias.

—Igualmente —murmuran ellos.

Cuando me mira, me resulta raro de cojones. Es familiar, y al mismo tiempo no. No solo hay muchos años de diferencia entre madre e hija. Falta algo en esos ojos que sí está en los de Trinity. No sé si la palabra correcta para definirlo es «calidez».

—¿Estudias con mi hija?

—Estoy en UCLA, sí. —Me acerco para tenderle la mano—. Travis Watkins.

—Es un placer, Travis. Soy Misty Henderson, la madre de Trinity.

«Misty.»

El nombre resuena por mi mente.

«¿Ese no es el nombre de...?»

Miro de golpe a Trinity, pero esta tiene la vista fija en el suelo de cemento del mercado.

«¿Qué mierda...?»

—Encantado —consigo decir.

Misty se gira hacia su hija.

—Tu padre va a querer verte cuando sepa que estás aquí.

La forma en la que Trinity traga saliva hace que sienta un nudo en el estómago.

—Pues no se lo digas. Tampoco es que habléis mucho.

La mujer se yergue como si alguien la hubiera golpeado.

—Trinity. —Su voz suena como un látigo, y eso que ni siquiera ha elevado el tono.

De pronto, Lluvia da un paso al frente con una sonrisa enorme que no alcanza sus ojos.

—Lo lamento, señora Henderson, pero tengo que robarle a su hija. La abuela de Asher nos está esperando para terminar la cena y...

—Tranquila, Lluvia. —Trinity le da un apretón a su amiga en el hombro—. Iré un momento a saludar a mi padre.

Ella pestañea varias veces.

—¿Sí?

—Volveré a tiempo. Pero, si no, empezad sin mí.

—Te esperaremos —le dice Asher.

Trinity se está marchando con su madre antes de que pueda procesar lo que acaba de suceder. No me dedica ni una sola mirada, pero observo su espalda tensa alejarse. Tiene las manos apretadas en puños.

Un poco alterado, me giro hacia Lluvia y Asher.

—Solo voy a hacer una pregunta: ¿ha sido maltratada por sus padres?

Lluvia abre unos ojos como platos.

—¿Qué? ¡No! Nunca le han... —Mira a su alrededor, precavida, y se acerca a mí para murmurar en voz baja—: No se trata de eso.

—Hay muchos tipos de maltrato, Lluvia —insisto.

Trinity es la tía más fuerte que he conocido, y sé que su único punto débil, los únicos instantes en los que la he visto a punto de derrumbarse, ha sido por temas relacionados con sus padres. Pero lo que acabo de ver ahora no es una relación complicada por una hija que ha escogido «los estudios equivocados».

Es algo peor. Algo que ha robado la energía de Trinity en segundos.

Aunque Lluvia abre la boca, no sale ningún sonido. Intercambia una mirada con Asher antes de suspirar.

—No es mi historia, Travis. Lo siento.

Afirmo con la cabeza, porque lo entiendo.

—Vale. Bien. La cena es a las seis, ¿verdad?

—Sí, ¿por...?

He echado a correr antes de que termine la pregunta. El guardia de seguridad me mira con los ojos entrecerrados. Pillo a Trinity y a su madre cruzando hacia la acera de enfrente.

—Travis, ¿qué haces?

Pero yo me dirijo a su madre.

—Señora Henderson, ¿le importa que las acompañe?

No doy ningún tipo de explicación o excusa, no he tenido tiempo de pensar ninguna. La mujer me examina, un claro tanteo intentando descubrir mis intenciones, mira a su hija y regresa a mí.

—Por supuesto. Trinity no suele traer amigos a casa.

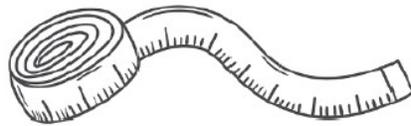
Vuelve a echar a andar, con una parsimonia y una elegancia patentes, y Trinity me mira como si me hubiera vuelto loco.

—¿Qué haces? —vocaliza.

Me limito a sonreír. Sí, me va a caer una buena bronca por esto, y lo más probable es que sea de las peores ideas que he tenido. Y eso que el listón está alto después del tatuaje de *Dory*.

Me da igual. No había ni un solo átomo en mi interior que me hubiera permitido quedarme quieto mientras Trinity se marchaba de esa manera. Si luego quiere gritarme por haberme metido donde no me llaman, adelante.

Travis



En el coche de la señora Henderson, un impoluto Lexus, madre e hija guardan silencio. Así que yo me lanzo a una explicación detallada de cómo acabé siendo el *quarterback* del equipo, lo acojonante que es el entrenador Despyroux y la paliza que dimos a los de Iowa el sábado pasado.

La señora Henderson me escucha con atención, educada, aunque sé que no puede interesarle menos y que le encantaría que cerrara la boca. Es una sensación que me da cuando todos sus comentarios son: «Oh», «Ajá» y «Ya veo». Por las miraditas de reojo que me lanza Trinity, sé que me cosería los labios si pudiera. Mejor aún, me echaría de una patada del coche en marcha.

Poco después descubro que una de las calles residenciales de Santa Jacinta está dedicada a los casoplones más grandes. Es decir, es el barrio de las familias pudientes. Lo hay hasta en los pueblos pequeños.

No me sorprende que Trinity venga de una familia de dinero. Hay algo en ella que evoca esa sensación, y sé de la herencia de su tío abuelo que le está permitiendo estudiar y vivir holgadamente. No todo el mundo tiene parientes que te dejan cientos de miles de dólares.

El coche se detiene en la entrada de una casa de estilo victoriano. Con sus múltiples tejados inclinados, su torreón a la izquierda, su chimenea, una puerta principal con paneles de cristal y un porche que rodea toda la planta baja. El combo completo, vaya. Creo que sería mucho más bonita si no

estuviera pintada de gris y tuviera alguna luz o decoración navideña. Ni siquiera está la típica corona de flores en la puerta.

Al bajarnos, oigo el barullo procedente de las demás casas de la calle. Hay coches llegando, gente saludándose en las entradas, niños correteando por los jardines. De la de Trinity solo sale... más silencio.

Y es obvio que a mí en los silencios me da por hablar, así que estamos jodidos.

Subimos los escalones del porche y caigo en la cuenta de que Trinity y su madre no se han abrazado o besado en ningún momento.

—La casa es preciosa —comento.

Trinity me abofetea la espalda, pero no hago ni una mueca.

—Gracias, Travis —musita su madre.

Cuando llegamos frente a la puerta, la mujer hace algo... raro. Alarga el brazo para tocar el timbre, pero acto seguido saca unas llaves del bolso.

Trinity da un paso atrás.

—Igual puedo venir mañana. Voy a quedarme todo el finde, así que...

Su madre la ignora. Abre la pesada puerta, y aparece ante nosotros un vestíbulo muy amplio y poco iluminado. La antigüedad y magnificencia del lugar están en las líneas elegantes de los muebles, todos oscuros, en lo alto que cuelgan las lámparas y en la alfombra roja que decora la escalera del fondo. Una puta alfombra roja. Hay hasta un reloj con una forma muy rara. ¿Es un león?

No me sorprende para nada, ya que hubo una época en la que viví en una casa así.

Apenas acabamos de pasar al interior cuando se oyen varios pasos acercándose. Un hombre aparece desde la izquierda, de lo que probablemente sea un salón. Viene con el ceño fruncido.

—¿Por qué has tocado...? Oh. —Se detiene en seco al vernos a todos—. Traes compañía.

«Compañía», así define a su propia hija. Porque no me cabe ninguna duda de que este hombre vestido de traje y corbata, con una incipiente barriga, una barba oscura bien recortada y mirada ofuscada es el padre de Trin.

De lo que no tengo ni pajolera idea es de quién es la mujer que ha aparecido a su lado. Es visiblemente más joven, pero de ninguna manera

pensaría que es su hija. Sé que Trinity es hija única. ¿Una hermana o cuñada?

Tiene un rostro en forma de corazón muy bonito y va tan elegante como los demás, aunque su vestido es rojo. Nos observa a todos con calma, sin sorpresa ni molestia. Como si le diera exactamente igual la situación o tuviera el receptor de incomodidad roto y no fuera capaz de percibir lo raro que es todo.

Me da la sensación de que se trata de lo primero.

—Ah, Trinity —comenta esa mujer. Una ligera sonrisa curva sus voluptuosos labios—. No te esperábamos.

El gesto de Trin no varía ni un ápice. Ha entrelazado las manos por delante y tiene la barbilla alzada, como si no tuviera problemas con estar de pie en el vestíbulo de su propia casa.

—Feliz Acción de Gracias a ti también, Faith.

La sonrisa de la tal Faith solo se ensancha, pero no devuelve las felicitaciones.

Vale. Si respiro un poco más todo este aire lleno de palabras no dichas y sentimientos soterrados, puede que pote.

—Encantado de conocerlos, soy Travis Watkins. —Levanto una mano en el aire, dándome exactamente igual estar quedando como un idiota—. Estudio en la misma universidad que Trinity.

El padre de Trin me observa con el labio superior un poco torcido.

—Sí, lo he deducido por la sudadera. —Y como si fuera lo que menos le apetece en el mundo, da un paso a un lado y señala hacia las puertas del salón—. Pasad. Misty puede ir a prepararnos un té a todos, ¿verdad?

La madre de Trinity tiene más pinta de querer coger el paraguero de hierro negro y hacer un lanzamiento de peso olímpico, pero no dice nada.

—Solo he venido a desearos una feliz fiesta, me están esperando —dice Trinity—. Así que...

—Así que no tienes ni quince minutos para saludar como es debido, ¿no? —la interrumpe su padre—. Ya.

Me acerco un poco más a Trin con disimulo, cambiando el peso de una pierna a otra. Coloco los dedos en la parte baja de su espalda, un gesto mudo. Prácticamente noto cómo los músculos allí se tensan un segundo antes de relajarse.

—Bien. Quince minutos —masculla con los dientes apretados.

El salón tampoco tiene mucha luz, apenas una lámpara en una esquina y otra sobre una mesa junto a los sofás de cuero viejo. Si esperaba ver a más gente aquí reunida para la cena, estaba equivocado. De hecho, no parece que vaya a haber ninguna cena. Ni siquiera huele como en casa de la señora Stone, donde estaba claro que alguien llevaba todo el día cocinando.

Trin y yo nos sentamos juntos en un sofá de dos plazas. El señor Henderson opta por un sillón para él solo, junto a la licorería, y Faith se sienta frente a nosotros. Por la forma de cruzar las piernas y apoyar el codo en el brazo del sofá, está claro que se siente muy cómoda. Está casi a la espera, como si supiera que está a punto de suceder algo interesante.

Muevo las piernas y sin querer doy una patada a la mesita baja. Tiro la tapa de un jarrón con forma extraña y me apresuro a colocarla de nuevo. El tintineo de la porcelana es lo único que se oye. ¿Ni siquiera tienen una tele encendida? Hoy se juega el tradicional partido entre los Detroit Lions y los Dallas Cowboys, joder. No conozco a nadie en este país que no vea el partido o, al menos, lo escuche de fondo.

Observo con disimulo la postura tiesa del señor Henderson. *Nop*, no tiene pinta de sentarse a ver partidos con una cerveza en la mano.

Él se lo pierde.

—¿Dónde vas a cenar? —pregunta el hombre a bocajarro.

Es obvio que no se dirige a mí.

—Con los Stone.

—Y la chica Clearwater, imagino.

La forma en la que se refiere a Lluvia... ¿es desdén? ¿Por qué? Que yo sepa, es la mejor amiga de Trin *desde siempre*. Debió de estar en esta casa cientos de veces cuando eran pequeñas.

—Lluvia, papá. Se llama Lluvia.

—Sí, ese nombre extraño que eligió su madre. Savannah Clearwater —bufa—. Bueno, ¿qué se podía esperar de ella y de esa infame familia?

—Hazme el favor de no nombrarlas. —Aunque está controlando el tono de voz, Trinity está sentada al borde del sofá y tiene los dedos clavados en la tela. Si estos muebles tienen tantos años como parece, no me extrañaría que le arrancara la espuma en cualquier momento—. No sabes nada de ellas.

—Niña, sé más de las Clearwater que tú misma. Sé lo que son.

—No, no tienes ni idea —insiste Trin.

Estoy abriendo la boca para intervenir cuando, de pronto, Faith descruza las piernas.

—Bueno, y tú... Travis, ¿verdad? Danos una alegría y dinos que eres el novio de Trinity.

Por alguna razón, no consigo que mis labios sonrían. No en este contexto. No con Trinity a mi lado luciendo frágil y vulnerable.

—No soy tan afortunado. Somos amigos.

—Oh, vaya. —Arqueando las cejas de forma exagerada, desplaza la mirada hacia Trin—. ¿Estás con una chica, entonces?

—Faith —gruñe el señor Henderson.

—Ay, Levi, tienes que modernizarte. Tener una hija bisexual no es el fin del mundo, y menos en el siglo XXI.

Podría parecer que Faith la está defendiendo o apoyando, pero no es así. Su expresión es ladina, está disfrutando al sacar un tema que claramente no es bienvenido.

Y si las miradas matasen, ahora mismo caería fulminada sobre la alfombra bajo el peso de la de Trinity.

Yo me quedo un instante rumiando el nombre del padre de Trinity.

Levi.

Misty y Levi.

«Mierda.» Entonces no es una casualidad.

—Hasta donde yo sé, mi vida privada, mi vida en general, no es asunto tuyo.

—Vaya, ¿después de tanto tiempo? Creía que ya habíamos superado esa fase.

—¿Cuál? ¿La fase en la que eres una zorra y la personificación de la manzana de la discordia?

El señor Henderson se pone en pie de golpe al mismo tiempo que Faith se recuesta sonriente.

—¡Trinity!

Ella, por fin, salta del sofá. La sigo como si estuviéramos unidos por unos hilos, con los brazos un poco separados del cuerpo, preparado para lo que sea. Si tengo que placar a ese imbécil y tirarlo sobre el aparador que hay junto a la pared, lo haré. Como dé un solo paso más hacia Trin, va a tener que ir a que le revisen las costillas.

Me da igual que el entrenador pueda descubrirlo y acabar pagando una multa o enfrentando un castigo disciplinario.

—Sí, será mejor que dejemos el té para otro día. —Trin clava una mirada furiosa en su padre—. Y te recuerdo que mamá no trabaja como servicio doméstico en esta casa, aunque ella misma lo olvide la mayor parte del tiempo.

El rostro del señor Henderson está enrojeciendo a pasos agigantados, pero dudo que sea por vergüenza. Mantengo sus manos a la vista.

—¿Para esto has venido? ¿Para comportarte como una maldita maleducada?

—Mejor suéltale ese discurso a la serpiente que te llevas a la cama todas las noches. Se ve que cuando llegó aquí todavía no estaba terminada de criar y cree que puede hablarme como quiera.

Entonces, sí, la mano del señor Henderson sale disparada. Creo que va a agarrarla del brazo, pero solo necesito un segundo para tirar de Trinity a mi espalda e interponerme entre ambos. Los nudillos del hombre chocan contra mi pecho antes de que caiga en la cuenta de lo que ha pasado. Desubicado, se tambalea hacia atrás.

Me cuadro igual que cuando estoy en el terreno de juego, proyectando toda mi envergadura. No suelo utilizar mi cuerpo para intimidar, de adolescente tuvieron que corregirme la postura porque tendía a encogerme para pasar desapercibido.

Hoy, sin embargo, disfruto de todos y cada uno de los centímetros que le saco al padre de Trinity.

Ahora sí, sonrío.

—En mi presencia le aconsejo que solo use sus palabras, señor Henderson.

Esto se ha salido de madre y ni siquiera han pasado diez minutos. Lo sé por la vena que se está hinchando en el cuello de este hombre, por la forma en que Faith se está tapando la sonrisa con los dedos, y por la respiración agitada de Trinity a mi espalda.

Sus dedos, temblorosos, agarran los míos.

—Vámonos, Trav.

Aferro su mano con fuerza.

—Sí, será lo mejor. Todavía tengo un flan de huevo que preparar.

Tiro de ella hacia la salida, aunque creo que estamos los dos igual de deseosos de salir de aquí. En el vestíbulo nos cruzamos con su madre y una bandeja bien repleta de tazas y pastas.

—¿Ya os marcháis? —pregunta con calma, ignorando con mucha clase nuestras expresiones. No parece muy sorprendida.

—Gracias por invitarme a venir, mamá —le espeta Trin con acritud—. Tú siempre tan considerada.

Cuando la mujer parpadea con lentitud, creo (de verdad lo creo) que va a preguntarle a su hija qué ha ocurrido. Preocuparse, intervenir. Asegurarse de que Trin está bien antes de que se marche.

En cambio, dice:

—Llevas mucho tiempo fuera, ¿acaso habías olvidado de dónde vienes?

La respiración de Trinity se entrecorta, y esta es la primera vez en mi vida que tengo ganas de golpear a una mujer.

Trinity



Voy un poco a ciegas al salir de casa. Sé que no tenemos coche para volver, pero ahora mismo tampoco podría meterme en uno. Voy concentrándome en respirar, en deshacer ese peso horrible que se me ha instalado en el pecho y me oprime los pulmones. El aire frío del exterior ayuda poco, la verdad. Hilachas negras empiezan a oscurecer el borde de mi visión.

No es hasta que tropiezo cuando me doy cuenta de que Travis sigue sujetándome la mano y estamos al final de mi calle, donde se une con Sawyer Road.

Se gira hacia mí exaltado.

—¿Qué cojones acaba de pasar ahí dentro, Trin?

Me suelto y me inclino hacia delante, agarrándome las rodillas.

«No, no... Mierda.»

Debería haberme negado en redondo a que Travis me acompañara. Debería haber puesto pies en polvorosa en cuanto mi madre ha tocado el timbre, su señal para avisar a mi padre de que llega alguien y hay que guardar las apariencias. Debería haber ignorado la provocación de mi padre y haber rechazado el puto té.

Debería, debería, debería...

Ya da igual. Cada vez que entro en esa casa o estoy en presencia de mis padres es como si todos mis esfuerzos, todas las protecciones que he

levantado con mucho esfuerzo estos últimos años, desaparecieran. No me siento fuerte, ni madura, ni segura de mí misma.

Soy la misma Trinity de siete años y estoy tan rota que cualquiera puede pasarme por encima, porque estoy hecha pedacitos.

Y Travis ha visto eso. Hoy mis padres no se han molestado en disimular ni un poco lo grotesca que es nuestra familia. Puedo imaginarme perfectamente lo rabioso que se ha sentido mi padre al verme con un chico de la universidad que él detesta porque no tiene su aprobación. Y si ha deducido que es deportista, peor. Cree que todos tienen la cabeza hueca.

Habrà pensado que pegamos, porque no considera que yo tenga mucho dentro de la mía.

Algo cálido me envuelve las mejillas, haciéndome parpadear. Travis está arrodillado frente a mí, sus manos en mi rostro.

—No me hagas esto —está diciendo—. No me asustes. Mírame.

Lo hago. Cuando nuestros ojos se encuentran, consigo por fin que una bocanada de aire entre por completo. Los pulmones me arden.

—Eso es —me anima—. Respira con calma. No hay absolutamente nada que te impida respirar. Lo estás haciendo genial.

«Pero no es verdad», quiero decirle. No hago nada bien. ¿Cómo podría, con este lastre? ¿Cómo he podido pensar que mis padres van a venir al festival, o que nada de lo que haga va a cambiar en algo nuestra situación?

¿Por qué soy la única tonta que lo sigue intentando?

¿Qué está mal en mí?

«Creo que los hijos amamos por instinto de manera incondicional a los padres, es un método de supervivencia.

»¿Y por qué ellos no nos aman a nosotros incondicionalmente?»

El bucle de oscuridad empieza a girar más rápido. Cierro los ojos. Creo que me voy a caer. Creo que...

Siento una presión en los labios. Es delicado, huele a mar. Brazos fuertes y gentiles me rodean e impiden que acabe en el suelo, y me aferro por inercia a sus hombros.

Dos segundos más tarde se separa y susurra contra mi boca:

—Respira.

Lo hago. Vuelve a besarme, gruñendo de aprobación, y sé que hay una vocecita en el fondo de mi mente gritándome que esto no debería estar

ocurriendo y que me separe inmediatamente. Pero es muy pequeña, y suena tan lejana...

Los besos no son más que meros roces, intercalados con órdenes suaves para que siga respirando. Mi corazón pasa de bombear con fuerza intentando que sobreviva a agitarse como si le hubieran salido alas. Al cabo de lo que pueden haber sido segundos o minutos, Travis deposita un último beso en una de mis comisuras y aleja el rostro para observarme con mucha mucha atención.

—¿Estás conmigo? —me pregunta en voz baja.

Tardo un poco en procesarlo, en darme cuenta de que se refiere a si he vuelto a la realidad y no voy a dejarme llevar de nuevo por la ansiedad.

Asiento. Ahora mismo no tengo voz.

Travis Watkins me ha besado. No un accidente, no un choque tonto como cuando quedo con alguien para acostarnos y todavía no sabe mis límites. Y aunque no lo ha profundizado de ninguna manera, ha sido...

Sí.

Ha sido mi primer beso intencionado.

Mis primeros besos.

Y por algún absurdo motivo, pienso en Josie Geller, la protagonista de *Nunca me han besado*.

«Ese momento en el que besas a alguien y desaparece todo lo que tienes alrededor, y lo único que existe eres tú y esa persona. Y te das cuenta de que esa persona es el único hombre al que debes besar el resto de tu vida, y quieres reír y también llorar.»

Esa es la sensación exacta, sí.

Solo que él es Travis, no el profesor de inglés Sam Coulson, y yo soy Trinity, y de ninguna manera soy la prota de la comedia romántica.

Travis debe de ver algo en mi expresión que no le gusta, porque aprieta la mandíbula.

—Será mejor que te vea un médico. Vamos.

—No. —Lo detengo agarrando su brazo—. No, de verdad. Ya estoy mejor. No es... no es la primera vez que me pasa.

Solo que hacía bastante de la última, después de aquella pelea gorda con mi padre y que se negara a financiar mis estudios. Aunque da igual cuánto tiempo pase, uno no olvida cómo es un ataque de ansiedad. La sensación de

ahogo, el pánico absoluto que invade tu cuerpo como si este estuviera convencido de que ha llegado el final.

—Eso no me tranquiliza —masculla Travis.

—Te lo prometo. Solo necesito tomar un poco más el aire.

Está claro que preferiría cogermelo en brazos y correr hasta el centro de salud.

—¿Sabes llegar a casa de Asher desde aquí? ¿Está lejos?

—En Santa Jacinta nada está lejos. Son unos veinte minutos.

Hace un movimiento seco con la cabeza.

—Entonces vamos. A la mínima señal de que te encuentras mal...

—Trato hecho —digo a toda prisa.

Solo me faltaba acabar en manos del doctor Schuster, que nos conoce a todos y ha traído al mundo a la mayoría de los de aquí desde los años noventa. Yo incluida.

Me esfuerzo por mantener un ritmo en mis inspiraciones y seguir los pasos de Travis. Está yendo más despacio y ha reducido sus zancadas a propósito, pero no me quejo. No estoy para correr un maratón ahora mismo, eso es evidente.

Si pensaba que mi pequeña crisis iba a amilanar a Travis, estaba equivocada. Y no puedo culparlo, porque yo en su lugar estaría alucinando, queriendo cometer un asesinato y acribillándolo a preguntas. Todo a la vez.

—Lo que te he preguntado antes iba en serio. ¿Qué ha pasado ahí dentro?

No hay forma de mentirle ahora mismo. Ni resultaría creíble ni se lo merece.

—Ha sido justo lo que crees: una madre pusilánime llena de rencor, un padre misógino y arcaico, y la amante a la que le encanta ver el mundo arder.

Travis suelta el aire con fuerza.

—Tenía la esperanza de que fuera tu tía hasta que has dicho lo de la serpiente que se mete en su cama.

Me muerdo el labio inferior avergonzada. No me arrepiento ni de una sola de mis palabras allí dentro, no cuando solo he expresado un diez por ciento de todo lo que estaba en mi cabeza. Pero ¿que Travis haya sido testigo? *Sip*. Pagaría lo que fuera para cambiar eso.

—Pensarás que mi padre tiene razón y soy una malcriada.

—¿Qué? —Se gira hacia mí tan de golpe que un hombre que estaba pasando por su lado se sobresalta. Lo reconozco: es el señor Dishington, el dueño del herbolario—. ¿Por qué cojones crees eso?

Me encojo un poco ante su mirada inquisitiva.

—¿Porque soy conocida por mi mala leche y he tratado a mis padres como si fueran trapos?

Frustrado, se pasa las manos por el pelo, revolviendo esos bucles castaños.

—Ostras, Trin, si fueras cualquier otra persona... Si no te conociera de nada y eso fuera lo primero que veo de ti, sí, puede que pensara que se te ha ido la pinza. Pero ese no es el caso. Cuando te digo que eres directa y sincera, siempre me refiero a algo *bueno*. Jamás te he visto menospreciar a nadie sin que hubiera una razón de peso detrás.

Pienso en las chicas del otro día, en el pasillo de la ETCT, o en mi cita con Marlon, y no puedo estar muy de acuerdo. Tengo el gen Henderson en mí, me guste o no.

Cierro los ojos un instante. Sé que estoy entrando en el modo autodestructivo donde solo veo lo peor de mi persona. Y lo odio. Odio que ellos consigan eso.

—Las cosas no pintaban bien desde que os encontrasteis en el mercado. ¿Qué madre ve a su hija después de tantos meses y no la abraza? Y tu padre... —De pronto, se interrumpe—. Lo estoy empeorando. Lo siento.

Lo miro.

—Nada de eso es mentira.

—Pero no es lo que necesitas oír ahora mismo.

No.

O sí.

Quién sabe.

Dejamos atrás Sawyer Road y giramos a la izquierda en Arwel Street. Vamos a pasar por delante del instituto de nuevo, este pueblo es un pañuelo enmarañado. Es raro pasear por aquí con Travis. Y desde que Lluvia y yo nos sacamos el carnet cogíamos mi coche para movernos, aunque solo fueran cien metros, así que hace bastante que no recorro estas calles a pie.

Me pregunto dónde estará aquel coche. Era un Corolla azul cielo precioso que me regalaron al cumplir los dieciséis. La última vez que lo conduje fue cuando regresé a casa desde Reno para contarles a mis padres

mi decisión. Mi padre me quitó las llaves ese mismo día y evidentemente no pude rechistar, porque lo había pagado él.

Conociéndolo, habrá acabado en algún desguace. Nadie es más vengativo que Levi Henderson. La prueba de ello es mi madre.

«Esto era lo que querías, ¿no? Bien, chica, pues lo has conseguido. Nos encontrarán muertos juntos en esta casa.» Esa era una de las muchas maravillas que había oído a través de la puerta del despacho, junto a Lluvia. No había sido una amenaza, sino una promesa.

—Mis padres están divorciados desde que yo tenía siete años, pero han continuado viviendo juntos para mantener la farsa —le cuento a Travis de sopetón.

Su única reacción es abrir un poco la boca. Y al darme cuenta de que estoy fijándome en sus labios, aparto la mirada con rapidez.

—Se conocieron poco después de acabar el instituto. Mi padre viajó a Chicago con sus amigos, unas pequeñas vacaciones antes de marcharse a Reno a la universidad y empezar a trabajar de becario en la empresa de mis abuelos, Hensen.

—¿Hensen es de tu familia?

No me extraña que lo asombre. Es una empresa de telecomunicaciones gorda. Casi cualquier estadounidense de a pie la conoce. Mucha gente tiene contratos con Hensen para sus casas y sus móviles.

—Algo así. La fundaron mi abuelo paterno y su hermano, mi tío abuelo Aurelius. Ya sabes, el que me dejó esa herencia. Pero luego entraron en juego socios y accionistas, y ya no sé muy bien quién es dueño de qué. Tampoco me interesa, no entra en mis planes heredar nada de ahí.

—Sí... Lo entiendo.

Hay algo en su voz que me llama la atención, pero su expresión no me dice nada.

—El caso es que mi padre conoció a mi madre en Chicago. En... en una azotea. —Joder, esto sería mucho más fácil de contar si yo no me hubiera inspirado en mis padres para mi corto, o si Travis nunca hubiera leído el guion para darme su opinión—. Ella estaba tendiendo la ropa, él y sus amigos estaban en la azotea de enfrente, se vieron... Y hubo una chispa. Fugaz, pero la hubo. Pasaron juntos todas las vacaciones de mi padre, y luego él se marchó muy feliz a empezar su vida universitaria. Hasta que mi

madre se puso en contacto tres meses más tarde... y le dijo que estaba embarazada.

El gesto de Travis se tuerce.

—No me digas que él no quiso hacerse cargo.

—Ni él ni mi abuelo. La... *invitaron* no muy amablemente a abortar. Le ofrecieron dinero, mucho dinero. Justo como en las películas, ¿sabes? No les venía bien una chica de una familia humilde, ni un bebé que iba a robar tiempo, ni perder la oportunidad de emparentarse con otras fortunas. —Al pasar junto a la entrada de mi instituto, acaricio los muros exteriores de ladrillo. Los salté muchas veces para hacer pellas con Lluvia, o para pasar un rato divertido con algún chico—. Mi madre se negó una y otra vez, así que la amenazaron con que no harían nada por ella hasta que el bebé naciera y se pudiera hacer una prueba de paternidad. Ella se mantuvo en sus trece y seis meses más tarde nació yo. Hicieron la dichosa prueba, y nadie podía negar que era un cincuenta por ciento Henderson. ¿Sabes lo que dijo mi padre al verme por primera vez?

Travis niega con la cabeza. Tiene expresión de querer saberlo y, al mismo tiempo, no.

—Que, ya que le iba a arruinar la vida, al menos podría haber sido varón. Algo superbonito que decir de un recién nacido, ¿no crees?

—¿Recuerdas lo que te dije en el Mooncake? —gruñe—. Lo retiro. Tu padre es completamente gilipollas, ese cincuenta por ciento no te ha aportado una mierda.

«No te creas», pienso.

—Se casaron sin dar mucho bombo ni platillo al asunto, y mi abuelo les regaló esta casa en Santa Jacinta. El resto de mi familia paterna vive en San Francisco, en el centro del ojo público y todas las fiestas. Para mi padre fue un castigo ser enviado aquí con una esposa que no quería y un bebé que no le interesaba para nada. Viajaba constantemente, lo sigue haciendo, pero no era lo mismo. Lo pintaron de regalo, pero fue un exilio en toda regla.

—¿Por qué se divorciaron si no pensaban separarse?

Tomó aire, el pecho todavía un poco dolorido por el episodio anterior. Esa es la pregunta más obvia para hacer. Y la más difícil de explicar.

—Eso es... Mi conclusión es que mis padres han decidido pagar el uno con el otro toda su frustración. Si mi padre en algún momento consideró que divorciarse, aunque solo fuera un mero trámite, haría daño a mi madre,

no dudó en llamar al abogado. Si lo piensas, es un desprecio brutal. Te dejo clarísimo que no te quiero, que ni siquiera soporto la idea de seguir casado contigo, y eso solo lo sabes tú. El resto sigue creyendo que sois un matrimonio estable.

—Joder —masculla Travis—. ¿Y tu madre? ¿Por qué no se ha ido y ha aceptado esta situación?

—Tal vez te haya parecido que mi madre ha sido una víctima en todo esto, pero no lo es. Mira, no apruebo lo que hicieron ni mi padre ni mi abuelo, pero yo jamás habría traído al mundo a un bebé donde no va a ser querido. Habría tomado otra decisión, o lo habría criado yo sola. —Esto lo tengo clarísimo, lo he pensado tantas veces que no hay un resquicio de duda en mi interior—. Sé que mi madre solo tenía dieciocho años y al principio fue manipulada por los Henderson, pero luego... se quedó en ese círculo vicioso; no solo eso, forma parte activa de él. Es como si se hubiera obsesionado con mi padre y, como las cosas no salieron como ella había imaginado, esté decidida a hacerle lo más infeliz posible. Porque, sí, ella podría haber cogido sus maletas y haberse largado en cualquier momento. Todavía puede hacerlo, y ya la has visto. Haciendo el té para mi padre y su amante.

Tal vez no esté siendo del todo justa con mis palabras. Sé que hay todo un entramado de emociones y aversiones, traumas y malas decisiones que envuelve la relación de mis padres. Puede que exigirle a alguien que salga de un lugar sea sencillo, pero es probable que esa persona sienta que es el fin del mundo.

Lo entiendo, pero... me es muy difícil empatizar con ella a estas alturas. Creo que está donde quiere estar, y que le da rabia la posibilidad de que yo haya podido escapar de sus garras. Y eso no es lo que se supone que una madre desearía para su hija.

«Llevas mucho tiempo fuera, ¿acaso te habías olvidado de dónde vienes?»

Se supone que los padres desean vidas mejores para sus hijos, no que experimenten el mismo dolor.

Ni siquiera se planteó irse y llevarme con ella cuando Faith llegó a casa y fue evidente que iba a quedarse. No. Decidió que todos viviríamos así.

—¿Y esa mujer? —dice, refiriéndose claramente a Faith.

—Mi padre trajo a casa a muchas mujeres, siendo siempre muy poco discreto. Pero cuando yo tenía trece años apareció con ella. Faith Jones, hija de unos socios comerciales. Solo tiene cinco años más que yo. —Ante esto, las cejas de Travis se disparan hacia arriba, y sé que ha hecho los cálculos. Sí, Faith tenía dieciocho cuando empezó con mi padre (prefiero no pensar que fue antes)—. Y cuando cualquier otra chica habría visto aquella espiral tóxica y habría salido corriendo, ella se amoldó. No sé cómo es su familia, pero está claro que tiene algún traumita, porque enseguida empezó a comportarse como la señora de la casa. No me hagas hablar de su relación con mi madre, porque es terrible. Es como si se pelearan por él y, al mismo tiempo, se lo pasaran la una a la otra.

—¿Y contigo? —Travis me está observando con intensidad, y mi parte más vulnerable me exige que deje de hablar. Pero me siento tan... bien. Hasta ahora solo había podido desahogarme con Lluvia—. ¿Cómo te trataba a ti?

—No me soporta. Siempre le he dado razones, pero creo que no habría necesitado ninguna.

Tras una pausa de unos cuantos segundos, Travis habla con voz tensa.

—He sido testigo de cómo tu padre lo permite. Entiendo la situación en conjunto y lo que le sucedió a cada uno, pero ¿qué culpa tienes tú? No lo comprendo. Viniste al mundo, es un hecho, y eres suya. Que su relación no saliera bien no quiere decir que no pudieran, que no *debieran*, quer... tratarte bien.

—No, di lo que pensabas —insisto, como la masoquista que soy—. Ibas a decir quererme, ¿verdad?

—Yo...

Sé que está pensando una vez más en nuestra conversación en el Mooncake y cómo afirmó con toda la serenidad del mundo que mis padres me querían.

Me detengo.

—Tranquilo, Travis, no me ofende. He tenido veinte años de situaciones como la que has visto hoy y mucho peores. Sé cómo debería tratarse la familia porque afortunadamente he tenido buenos ejemplos a mi alrededor. También sé cómo *no* debería ser, y tienes toda la razón.

Por fin, enfilamos Hazard Street, una tranquila calle llena de casas muy distintas entre sí. El jolgorio y las risas salen de todos los interiores, algunas

familias ya deben de haber empezado a cenar y otras estarán ultimando detalles. Justo como la mía, vaya.

—Ya fuera porque no fui un bebé deseado o por otra cosa, tampoco he cumplido nunca las expectativas. Sobre todo, las de mi padre. Como es evidente, no soy varón. Pero, además, soy bisexual. Mi mejor amiga es de una familia que él considera inapropiada, y fui...

Me detengo. Eso no hace falta que lo sepa. La razón de que me apresurara a perder la virginidad poco después de la aparición de Faith en nuestras vidas, o cómo llegué rápido a la conclusión de que podía tener todo el sexo que quisiera siempre que no involucrara sentimientos. Porque yo puedo ser el error de Misty y Levi, pero no pienso repetirlo.

Hay amor del bueno por ahí, Lluvia y Asher llevan años demostrándomelo. Pero ¿para mí? ¿Sentir ese vacío en el estómago, esa incertidumbre? ¿Poner los pocos pedazos medianamente enteros que quedan de mi corazón en manos de otra persona?

No, gracias.

—Esto de la carrera ha sido el remate final para él. Pero no me arrepiento. UCLA ha sido la mejor decisión de mi vida por muchas razones.

Balancea un pie hacia mí y lo choca contra el mío.

—¿Puedo anotarme un minipunto por eso?

—Claro. Tú me acompañaste a hacer la solicitud de admisión, ¿recuerdas?

—Sí. Estabas nerviosa que te cagas. —Me lanza una mirada inescrutable, aunque hay algo de lástima en sus ojos—. Ahora entiendo por qué.

—Sí... Así que, ya ves. —Me encojo de hombros, procurando mantener el mismo tono distendido que he estado utilizando. No algo que demuestre que estoy abriéndome en canal—. Soy el resultado de la máxima expresión de desamor.

Da un paso hacia mí.

—Joder, Trin...

—¡Era broma! —Sonrío, pero, si ni yo misma me lo creo, dudo que pueda engañarlo a él.

Asiente un par de veces, un poco ensimismado, y de pronto frunce el ceño.

—¿Quién te contó toda la historia? Lo de la azotea y lo que dijo tu padre cuando naciste.

—Mi madre, en uno de los momentos nostálgicos de sus múltiples depresiones.

A día de hoy sé que son cosas que un hijo no debería saber, pero era pequeña y atesoraba cualquier momento junto a ella. Incluso si era horrible, incluso si me utilizaba como paño de lágrimas y no tenía en cuenta las repercusiones de su sufrimiento.

Por la expresión de Travis, se ha dado cuenta de que no hay un solo aspecto positivo en mi historia familiar. Si me preguntara cuál es mi recuerdo más feliz con mis padres, no sabría decirle. Incluso cuando me hacían regalos o teníamos un día algo normal, había un sabor raro de fondo. Una sensación de irrealidad y de pesimismo, esperando a que las cosas volvieran a torcerse.

Tal vez por eso siempre me pongo primero en lo peor. Es más fácil.

Cuando pienso en familia, pienso en Lluvia. En Joyce. Y más recientemente, en Travis, Asher, Sierra, Monique, Kels, incluso Jaspár, Dwight... Hasta el tonto de Cooper, maldita sea. Todos ellos me conocen y me valoran más que quienes me trajeron al mundo.

Hay días que me parece el sentimiento más triste del mundo, pero otros doy gracias por tener los amigos que tengo. Mi vida ni siquiera es la más desgraciada, jamás me ha faltado comida ni aspectos básicos.

Ojalá algún día logre enfocarme solo en lo positivo, en el presente y lo que está al alcance de mi mano.

«Estás llena de sueños, señorita Henderson.»

Caminamos los últimos metros hasta la casa de los Stone. Hay muchos más coches aparcados enfrente y salen multitud de voces del interior.

Antes de que pueda llamar al timbre, Travis me toca el codo. Me observa con un poco de cautela.

—Oye, en cuanto a lo de antes...

Sé al instante a qué se refiere. Mi sangre se acelera al recordarlo, pero hago todo lo posible por fingir que no están explotando fuegos artificiales en mi interior. Le sonrío con suavidad y rezo para que no parezca una mueca.

—No te preocupes, sé que solo me besaste para ayudarme.

Me mira fijamente y en silencio durante unos cuantos segundos, como si dudara sobre lo que va a decir a continuación. La luz del porche de la señora Stone arranca destellos cobrizos a su pelo, y siento hasta un poco de rabia porque esté tan guapo a pesar del madrugón y tantas horas de viaje.

Al final, mueve un poco la cabeza, como si se estuviera convenciendo a sí mismo, y suelta:

—No te besé solo por eso, Trinity.

Que no me...

«¿Qué?»

Abro la boca, pero ¿qué narices se supone que debo contestar?

¿Por qué otra razón me besaría sino para hacerme reaccionar?

«¿De verdad no se te ocurre ninguna otra?», susurra mi mente traicionera.

La mano de Travis, que sigue en mi codo, se desplaza hacia arriba.

—Hay algo que...

La puerta a mi espalda se abre de pronto, y una algarabía de voces y música cae sobre nosotros.

Asher, ya vestido con una camisa blanca y unos pantalones de pinzas negros, nos mira con el ceño fruncido.

—Ah, mira, el de los flanes ha decidido aparecer.

Travis hace una mueca.

—Lo siento, tío.

—Mi abuela te está esperando en la cocina. Le gusta la gente de palabra.

—Sí, sí, ya mismo me pongo a ello. —Sin embargo, me lanza una mirada.

Como si...

La urgencia de huir me golpea.

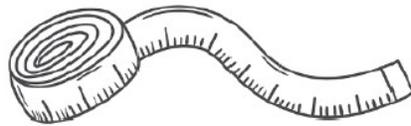
—¿Dónde está Lluvia?

—En su casa, preparándose.

—Bien, yo también tengo que cambiarme. —Giro sobre los talones y corro por el sendero—. ¡No cortéis el pavo sin nosotras!

No debería ser posible, pero noto la mirada de Travis en mi espalda hasta que desaparezco de su vista.

Travis



La familia de Asher es una puta locura. El contraste tras lo sucedido con Trinity en su casa y lo que me desveló es abrumador.

La frialdad y la falta de sentimientos de los Henderson son más que suplidas por los Stone. Están aquí todos. Y cuando digo todos me refiero a casi veinte personas y sus mascotas. Hay un gato y tres perros que no se llevan nada bien y están complicando mucho la tarea de montar la mesa e ir trayendo comida. La gente los va esquivando como si estuvieran más que acostumbrados, pero yo ya me he dado de bruces contra una pared dos veces por culpa del San Bernardo.

Las primas gemelas de Travis de doce años, Esmé e Imogen, son las dueñas del gato. Que se llama *Mango*, porque es naranja. *Mango* odia a *Goofy*, el diminuto teckel de Judy, la esposa de uno de los tíos de Asher. Tío segundo, claro, porque son hijos de su tío abuelo Pete, el alcalde.

Creo.

Todos se han presentado en cuanto he puesto un pie en el salón, amables y muy ordenados, indicándome sus nombres y quiénes son respecto a Asher. Y aunque los Stone tienen fama de ser de las familias más honestas y perfectas del pueblo, no dejan de ser una familia numerosa que, cuando se reúne, desata el caos. Por las cosas que me había contado Lluvia creía que la fiesta sería tranquila, incluso aburrida. Había pintado a los Stone casi como santos y monjas.

Ya te digo yo que no.

Piso algo que hace un ruido sospechoso y, al bajar la vista, tengo que contar hasta cinco para no soltar ningún insulto.

Tengo el servilletero en las manos, por lo visto ahora soy el encargado de que a ningún comensal le falte una servilleta, pero me quedo paralizado junto a la puerta del comedor.

—¡Accidente en el pasillo dos! —exclamo.

Esme e Imogen son las primeras en venir a investigar. Dios, son idénticas, así que me limito a llamarlas «chicas» y a fingir que las distingo. Para colmo, sus padres son partidarios de esa horrorosa manía de quienes tienen gemelos de vestirlos igual. Hasta los lazos de sus moños son del mismo tono verde.

—Uf —dice Esme. O Imogen.

—Menuda meada —corroborra Imogen. O Esme—. Es imposible que todo eso haya salido de *Mango*.

—*Nop*.

Y se largan.

—¡Esperad!

—No pasa nada, guapo. —Una mujer robusta de cabello corto teñido de rojo se acerca con un cubo y una fregona. A ella la recuerdo, es Sharon, la madre de las gemelas. La esposa de Gideon Stone, el tío (tío, tío) de Asher. A su vez sheriff del pueblo. Es el hermano pequeño del fallecido padre de Asher—. *Hannibal* ya está mayor y tiene incontinencia, esto pasa siempre. ¡Chicos, Travis ha sido el primero en pisar el pipí!

Varios Stone y sus cónyuges levantan sus copas hacia mí.

—¡Enhorabuena!

—¡Estás bendecido!

—¡Ahora seguro que ganamos a Cal! —grita Asher en la distancia.

Su voz sale flotando de la cocina, donde su abuela lo tiene secuestrado removiendo la salsa del pavo y evitando que se formen grumos. Yo me pregunto qué más dará, si todo eso va a acabar en el estómago y tendrá un aspecto mucho peor que un grumo.

Sharon me hace levantar el pie mientras friega y luego extiende una toalla perfumada para que me limpie la suela. Lo tienen más que previsto, sí.

—Muchas gracias, Sharon.

—Ay, qué sonrisa tienes. Me recuerdas a Gideon cuando nos conocimos en la playa. No sonreía nunca, es un Stone, pero me hacía preguntarme cómo sería. Creo que por eso me casé con él.

Su no-sonriente marido pasa por su lado con la ensaladera. Es alto y fornido, se parece bastante a Asher. Tienen el mismo mentón y la misma forma de mirarte y hacerte sentir insignificante.

—Deja de contar mentiras.

—Que me parta un rayo si lo que digo no es la más pura verdad.

Otra de las tías segundas de Asher lanza una exclamación ahogada y se lleva la mano al pecho.

—¡Sharon!

—No tengo el poder de invocar la ira de Dios, Rebecca. —Pone los ojos en blanco y se me acerca, en plan confidencial—. Es pastora evangelista, pero es buena mujer.

—Claro.

Termino de colocar las servilletas y me aflojo un poco el nudo de la corbata. Asher me ha mirado con odio cuando he bajado la escalera con mi traje a medida, que claramente me sienta mejor que sus dos prendas mal combinadas y cuyas perneras no le cubren del todo los tobillos. Cuando se siente va a ser un espectáculo de pantorrillas.

No tengo la culpa de preocuparme por lucir bien.

—¡Chico del flan!

Ah, es la llamada de la matriarca. Le he recordado ya varias veces que mi nombre es Travis, pero Atlanta Stone se ha limitado a bufarme y a ordenarme que me aparte o que me acerque. Lluvia dice que tengo suerte porque le he caído genial.

Tendré que creerla. Además, de momento no hay una sola señora mayor que no haya caído rendida a mis encantos.

Entro en la cocina y mis ojos recorren la estancia, buscando... Allí está, junto a la ventana. Trinity y Lluvia están enfrascadas intentando recomponer la tarta de manzana. La traía una de las gemelas en la mano cuando *Mango* y *Goofy* se reencontraron después de meses sin verse y entraron en batalla justo a los pies de la niña.

Me fascina que ninguno de los presentes se haya planteado encerrar al gato en una habitación aparte.

Sé que Trinity se ha dado cuenta de que he llegado, pero no levanta la mirada del destrozo en el plato en ningún momento. Esa ha sido la tónica desde que ella y Lluvia llegaron, ambas guapísimas. Y sé por qué me rehúye, pero, joder, ¿qué se suponía que debía hacer? ¿Mentirle después de todo lo sucedido?

No, es probable que nunca hubiera dado el paso de besarla si ella no hubiera entrado en pánico de esa manera, acojonándome. No se me ocurrió otra cosa que hacer, otra forma de traerla de vuelta conmigo porque no estaba escuchándome ni viéndome.

Ahora bien, ¿me arrepiento?

No.

¿Fue como tocar el puto cielo con la punta de los dedos?

Joder, sí.

Incluso a pesar de la situación, del miedo, del desconcierto..., nada pudo ensombrecer la certeza que me invadió al tenerla entre mis brazos, ayudándola, y probar aunque fuera solo un poco su sabor.

Así que fui sincero cuando le dije que no la había besado solo por ayudarla. Si Trinity hubiera sido cualquier otra persona, sé que no habría actuado igual. La habría llevado a toda prisa hasta urgencias, pero no la habría tratado como si...

Trinity levanta la mirada y sus increíbles ojos azules chocan con los míos. Se los ha delineado de negro y lleva el cabello recogido en un pulcro moño, despejando todos sus rasgos. Con un body negro que se amolda a su figura y unos pantalones blancos que hacen evidente el largo de sus piernas, está...

Mis pensamientos se disipan, mi pecho se expande, y tengo un momento de impotencia suprema en el que al fin me permito reconocerlo.

No, si ella hubiera sido cualquier otra persona no la habría tratado como el imbécil enamorado que soy.

Nuestras miradas se enganchan. Lluvia le está diciendo algo, pero Trinity no parece estar escuchándola. ¿Será capaz de verlo en mi rostro? ¿Mis sentimientos estarán tan a flor de piel como los siento ahora mismo? ¿Y si...?

Algo me golpea la parte posterior del muslo y cierro los ojos, conteniendo un aullido. Una cabeza de gallina de madera se agita frente a mi cara.

—El flan no se puede comer.

Me masajeo la zona con una mueca.

—Sí, se lo dije antes —digo con los dientes apretados—. Hay que dejarlo reposar veinticuatro horas. Pero mañana...

—¡Mañana no es Acción de Gracias!

Por suerte, Gideon regresa en ese momento.

—Mamá, sabes que vendremos todos a gorronear los restos. No te preocupes. Nos comeremos esos flanes.

—Jum.

Otro de los primos de Asher (primo segundo o tercero, ya no lo sé bien) da saltitos alrededor de Gideon. Tiene siete u ocho años, y creo que se llama Oliver.

—¿Puedo repartir algunos en el concurso de yodel, tío sheriff?

No sé qué diablos es el yodel, pero levanto las manos.

—No he hecho suficientes como para...

Me ignoran. Gideon le acaricia la cabeza al niño.

—No sería mala idea. Tus primas van a necesitar toda la ayuda posible para no quedar en el último puesto.

Su mujer, Sharon, lo mira con la boca abierta.

—¿Esa es la confianza que tienes en tus hijas?

—Hay que ser realista, mujer.

—Tienen doce años, no quiero que sean *realistas*.

Gideon y el niño se limitan a mirarla hasta que sale de la cocina murmurando por lo bajini. El sheriff de Santa Jacinta se agacha y le susurra a Oliver:

—Soborna a todos los que puedas.

Divertido, esbozo una pequeña sonrisa.

—Vaya, había oído que los Stone eran la rectitud personificada.

Varias miradas penetrantes y cejas arqueadas caen sobre mí. Coño, intimidan un poco. Lluvia es la única que me apoya.

—De eso se trata, Trav. Los Clearwater siempre nos hemos llevado la mala fama porque somos abiertos con nuestras acciones y, ¡oh!, qué locos estamos. A los Stone les gusta actuar a escondidas y llevarse los méritos.

«Qué huevos tiene», pienso. Parece inmune a toda la presión Stone. Supongo que está acostumbrada.

De pronto, Lluvia sonrío.

—Pero os quiero. Sois adorables.

El ambiente se relaja al instante.

Reviso los flanes y me pregunto qué estará pensando Trinity. Sé que siempre ha estado muy unida a Lluvia y que no es la primera vez que pasa las fiestas con ella y no en su casa. Ahora sé por qué. Pero ¿habrá pensado como yo en la diferencia entre los dos lugares?

«Sé cómo debería tratarse la familia porque afortunadamente he tenido buenos ejemplos a mi alrededor.»

Joder, me alegro por eso. Sin apoyos a su alrededor, ¿sería la Trin que conozco? ¿O Misty, Levi y Faith la habrían destruido?

Eso me hace pensar en su corto. En esa historia, la Misty ficticia no acaba embarazada por accidente ni Levi tiene una familia presionándolo para seguir un camino establecido. Son libres, jóvenes, y se enamoran con fuerza durante un verano intenso. ¿Por qué habrá...?

Entonces lo entiendo.

Entiendo por qué Trinity utilizó el nombre de sus padres: ha intentado darles el final feliz que nunca tuvieron. Ha querido que, de alguna forma, ese Levi y esa Misty que se enamoraron locamente siguieran un rumbo diferente en otro universo.

Y ahora también sé por qué Trinity rehuyó mi beso aquella primera noche que nos conocimos, y por qué no tiene citas. Y sé por qué, cuando me interesé por su vida y sus problemas, me etiquetó como amigo y desestimó lo que había entre nosotros.

No fue una decisión aleatoria, aunque siempre ha sido igual de respetable.

«Soy el resultado de la máxima expresión de desamor», eso es lo que piensa de sí misma. Eso es lo que cree que se merece.

Y no puede estar más equivocada.

Lo medito una y otra vez mientras me hacen recorrer el pasillo entre la cocina y el comedor cientos de veces. Sonrío, asiento y actúo como un mayordomo en piloto automático.

Repaso mi amistad con Trin, y todas las locuras que han ocurrido últimamente y han hecho que todo parezca tambalearse. Lo analizo todo tal y como a mi profesor de Política Económica le gusta: basándome en la lógica y los hechos empíricos. Y de la misma forma que todos los ángulos

rectos son iguales entre sí, he desarrollado mi propio axioma acerca de Trinity Henderson:

El día que me catalogó como amigo y puso freno a cualquier acercamiento no platónico entre nosotros fue el mismo día que se dio cuenta de que podía llegar a sentir algo fuerte por mí.

Esta chica de corazón de oro, trabajadora, extrovertida y maravillosa huye de los sentimientos profundos como consecuencia de la putísima mierda que ha vivido en su casa.

Puede que esté completamente equivocado y llegando a conclusiones alentadas por mis propios sentimientos, pero no lo creo. De verdad creo que tengo razón.

Y conozco a la persona perfecta para cerciorarme.



Intercepto a Lluvia en el pasillo entre la cocina y el comedor. Le quito el cuenco con el puré de patatas.

—Lo sé todo.

Como buena amiga que es, solo me contempla con indiferencia.

—No sé de qué me estás hablando.

—La mierda de vida que llevan los padres de Trin y cómo eso la ha salpicado.

Sus ojos se abren tanto que da hasta grima.

—Tú... —Me toma del brazo y me arrastra hacia el interior de la casa, alejándonos del embrollo—. ¿Qué ha ocurrido? La noto rarísima, pero no he querido preguntar.

Le cuento muy resumidamente lo sucedido. Aunque la expresión de Lluvia es una mezcla de espanto y angustia, no hay sorpresa. Así que supongo que, cuando Trin dijo que había vivido situaciones mucho peores, debo creerla.

—¿Tuvo un ataque de ansiedad? —Se lleva la mano al pecho, como si ella misma sintiera los síntomas—. Hacía muchísimo que no le ocurría.

—Pues fue horrible de contemplar.

—¿Y cómo se recuperó tan rápido? A veces ha acabado encamada varios días.

—Ah, eh, yo... Bueno...

—¿«Ah, eh, yo»? —repite Lluvia. Y sí que debo de ser un libro abierto ahora mismo o algo así, porque su boca se abre cual buzón—. ¿La besaste?

—¿Cómo coño has deducido eso tan rápido?

En ese momento, Asher sale de la cocina con la dichosa salsa para el pavo en las manos y nos ve aquí, apartados, con las cabezas muy juntas. Cualquiera otro tío mucho más imbécil se habría acercado a toda prisa a preguntarnos qué demonios estamos haciendo.

Asher pone los ojos en blanco y sigue su camino.

—¿La besaste?

—Señorita Clearwater, me parece que está usted invadiendo mi privacidad de un modo...

—Travis Watkins.

—Sí... Sí, la besé. —Sus ojos, que nunca están tan serios, me arrancan la verdad completa—. Varias veces.

Lluvia se cubre el rostro con las manos.

—Madre mía... ¿Y no te pegó?

—Oye, que no beso tan mal.

—No me refería a eso. —Mirándome entre sus propios dedos, parece estar aquí y en otra parte, imaginando o recordando algo—. Madre mía.

—Hay una razón por la que te estoy contando todo esto, y es que tengo una teoría. Y necesito que me digas si estoy en lo cierto o no.

Baja sus manos con lentitud.

—No puedo prometerle nada, pero te escucho.

Tropezándome un poco con mis propias palabras, intento explicarle todas las deducciones que he hecho en la última media hora y la conclusión que he sacado. Su expresión no varía en ningún momento, esta tía sería una jugadora de póquer de la leche.

Cuando termino, tiene los ojos entrecerrados.

—Así que crees que Trinity esquivo cualquier cosa que se parezca al amor porque le da pavor experimentarlo. Que le encantan las historias de romance porque en el fondo es una romántica empedernida, y que el corto está dedicado a sus padres y a lo que podrían haber sido si no fueran tan

mezquinos. Por todo esto, no tiene citas, se crea *crushes* por todas partes, y a ti te envió de una patada a la *friendzone*.

Cambio el peso de una pierna a otra, un poco nervioso. Todo eso sonaba mejor en mi cabeza. Ahora parece que he sobreanalizado a Trinity, tratándola como los casos psicológicos de Cooper.

—Lo de la patada lo has añadido tú. ¿Y bien? ¿Qué piensas?

—Voy a hacerte una pregunta primero. Si te digo que opino lo mismo que tú, y que creo que has acertado, ¿qué harás?

Contengo un poco el aliento.

Si todo eso es cierto...

Casi de manera inconsciente, me froto las manos y hago crujir los nudillos.

—Ir a por ella. Demostrarle que de Henderson solo tiene el apellido. Porque... Bueno... —«Venga, dilo. Es Lluvia. Es la persona que menos te va a juzgar en este planeta»—. Estoy bastante pillado por ella. Y no es de ahora.

De pronto, Lluvia cierra los ojos y se tira sobre mí, abrazándome. Es tan pequeña que su cabeza apenas me llega al pecho.

—Ay, por fin.

Perplejo, le devuelvo el abrazo procurando no derramar el puré.

—¿Q-qué?

—Ya había perdido la esperanza. Creía que acabarías la universidad, te ficharía un equipo gordo, Trinity se iría a Hollywood y os alejaríais antes de espabilar y daros cuenta de vuestros sentimientos.

Mis manos se paralizan en su espalda.

—¿«Vuestros»?

Tan pronto como se ha acercado, Lluvia se revuelve y da un par de pasos atrás.

—Solo te diré una cosa: si quieres que mi amiga se abra y se exponga, debe ser recíproco. No creas que somos idiotas, Travis, nos damos cuenta de las cosas. —He abierto la boca para preguntarle a qué se refiere, pero vuelvo a cerrarla—. Sea lo que sea, no quiero que alguien con una mochila más gorda que la de Trinity le complique la vida. Me caes genial, te quiero muchísimo, pero te desgarraré el ligamento anterior cruzado de cada una de las rodillas si le haces daño. ¿Está claro?

Suelto un silbido por lo bajini.

—Joder, creía que tú eras la amiga chachi.

—Lo soy. Te los desgarraré con una sonrisa en todo momento — promete, y es la primera vez que me recorre un escalofrío de inquietud mirando a esta chica de metro sesenta—. No es coña, Travis, has visto los motivos detrás de las decisiones de Trin. Son más que válidos. Si vas a jugar con eso, más vale que sea en serio.

Lluvia no puede llevar más razón.

—Hay cosas en mi vida que no tengo claras —admito pasándome la mano por el pelo—. Aspectos que tengo que trabajar. Pero ¿que Trinity Henderson es un diez y sería absolutamente imbécil si la dejara escapar? De eso no tengo dudas, Lluvia. Y te prometo que ninguno de mis problemas va a afectarla. Quiero... querría...

Mierda, no sé muy bien cómo explicarlo. Hasta esta mañana ni siquiera pensaba que hubiera una oportunidad real con ella. Lo había dado por perdido, me había habituado a ser su amigo y había relegado mis sentimientos tan tan al fondo del cajón que casi era capaz de ignorarlos por completo.

Lluvia me toca el brazo.

—No te estoy pidiendo que seas perfecto. Yo no lo soy, y era un desastre mucho más grande cuando empecé con Asher. Y todos sabemos que Ash tiene un caparazón enorme a su alrededor. Solo digo que a veces las personas, con sus maravillas y sus taras, encajan o no. ¿Mi opinión? Creo que estáis hechos el uno para el otro. —Encogiendo un poco los hombros, me dedica una sonrisa temblorosa—. Pero no lo sabréis hasta que lo intentéis, y Trin... sí tiene algo de Henderson, y es un hueso duro de roer.

Respondo a su sonrisa con otra mucho más amplia.

—En peores campos he jugado.

—Ah, ¿vas a tratarla como a un partido de fútbol?

Sus palabras hacen clic en mi cerebro.

—Joder, Lluvia, me has dado una idea buenísima.

—¡Cuéntamela!

—A ver...

Una figura se detiene al otro lado del pasillo, mirándonos.

—La mesa está lista y están todos esperándoos. Y al puré.

Trinity nos examina con desconfianza, pero no como si sintiera celos. Más bien como si fuéramos dos niños revoltosos que llevan demasiado

tiempo sin hacer ruido.

Lluvia se encamina hacia ella.

—Perfecto, porque me muero de hambre. ¿Dónde me...? Ah, entre Esme e Imogen. Me encanta.

—Lo siento —se disculpa la voz de Asher.

Al pasar junto a Trinity, la observo. Está tan guapa con su ceño fruncido y los brazos cruzados que podría inclinarme y besarla ahora mismo delante de todos los Stone.

No, todavía no es el momento. Y la verdad es que no importa. Ahora que por fin he admitido mis sentimientos, y tengo a Lluvia de testigo sobre mi resolución, solo es cuestión de tiempo.

—¿Qué te pasa? ¿El San Bernardo te ha vuelto a atropellar y te has golpeado la cabeza?

Sonrío y le hago un gesto para que pasemos al comedor. Por suerte para mí, los Stone nos han considerado invitados y nos han puesto juntos, codo con codo.

¿Que si contemplo la posibilidad de perder?

No.

Por algo soy el *quarterback* de los UCLA Bruins.

Trinity



No me gusta.

No sé qué ha pasado exactamente, qué es lo que me he perdido, pero no me gusta.

Para empezar, debería haber estado más atenta y haber cambiado mi tarjetita para sentarme junto a Lluvia. Incluso junto al sheriff habría sido una buena opción, y eso que una vez me detuvo por pillarme en el lago borracha como una cuba porque todos salieron corriendo y a mí se me engancho el pantalón en una rama.

Nunca me había sentido incómoda junto a Travis hasta el viaje en coche aquí. Tal vez «incómoda» tampoco sería la palabra, pero sin ninguna duda no es lo mismo. Y ahora, en el estrecho comedor de Atlanta Stone, donde claramente hay más sillas de las que esta mesa puede soportar, tengo el brazo de Travis rozándome constantemente y su muslo pegado al mío. Como consecuencia, he acabado casi encaramada a la tía Judy para huir del contacto.

Y Travis, que debe de haberse dado cuenta de mis intentos por hacer que corra el aire, no se ha inmutado. De hecho, me ha lanzado una sonrisa de refilón que me ha puesto los pelos de punta.

—¿Más pudin? —pregunta, inclinando su enorme cuerpo hacia mí.

—No —grazno.

Además, ¿por qué está tan atractivo? ¿Qué narices pasa con los tíos que se ponen traje y corbata?

Sharon y Rebecca están troceando el pavo bajo la supervisión de Atlanta. Huele delicioso, no sé cómo esta mujer nunca ha abierto un restaurante. Se habría hecho de oro.

Sharon se aclara la garganta.

—Bien, ha llegado el momento. ¿A quién le toca este año?

Todos empiezan a discutir. Las gemelas chillan como posesas, mientras los primos más pequeños aprovechan la distracción para escurrirse bajo la mesa y alborotar a *Mango*, que se ha escondido por alguna parte.

Dos golpes secos retumban por todo el comedor y hacen vibrar el suelo.

Todas las cabezas se giran hacia Atlanta y su bastón.

—No seáis cenutrios, es evidente que debemos ceder el honor a nuestros invitados. ¡Niños, volved a vuestras sillas!

Y entonces todas esas cabezas se giran hacia Travis y hacia mí. Él sonrío de oreja a oreja.

—No sé de qué se trata, pero me apunto.

—Es el hueso de la suerte —le explica Lluvia.

Sharon lo extrae de las partes innombrables del pavo y nos lo pasa. Es un hueso en forma de «Y» que tradicionalmente se cree que trae buena fortuna. A mí solo me tocó tirar de él una vez hace años, pero se me resbalaron los dedos y acabé dándole un sopapo a la abuela de Lluvia. La mujer se rio tanto mientras le poníamos hielo en la cara que tuvimos que sentarla para que no se desplomara.

Travis y yo sostenemos cada uno de los extremos.

—Ya lo sabéis, tenéis que tirar con todas vuestras fuerzas mientras pedís un deseo. El que se quede con la parte más grande será a quien se le cumpla.

—A mí me funcionó en el 78 —dice Pete Stone, el alcalde del pueblo. Está sentado junto a su hermana, Atlanta, con la servilleta colgando de la pechera—. Gané las elecciones.

—Ganaste porque tu contrincante era Beau Mejillas Rojas, tío Pete —se ríe Gideon.

—¡Bah!

Sharon los manda callar a todos.

—Bueno, ¿estáis listos?

Siento la mirada de Travis buscando la mía con insistencia, así que, con un suspiro, me rindo. Sus ojos están entornados, sonrientes.

—¿Lista, rubia?

Me da igual el hueso del pavo. De la misma forma que me daba un poco igual el rompecabezas del *escape room*. Pero cuando Travis me mira así...

Recoloco los dedos, buscando la mejor postura, y asiento.

—Lista. Cuidado no golpees a Imogen al perder.

Sharon levanta el cuchillo en alto.

—Preparados, listos...

—¿Cómo diablos sabes que es Imogen?

—¡Ya!

Debo decir que, para los descomunales brazos que tiene Travis, mantengo el tipo mucho más de lo que nadie habría apostado. Sobre todo teniendo en cuenta que me hice las uñas ayer para tenerlas perfectas para hoy y me moriría de la rabia si se me desbaratasen.

Con un pequeño crac, el hueso se rompe y ambos trastabillamos. Judy me sostiene, riéndose.

—Madre del amor hermoso, ¡qué ímpetu!

—Y el ganador es... —Gideon hace redoble de tambores sobre el mantel—. ¡Travis!

Todos aplauden mientras yo contemplo el minúsculo trozo de hueso que he conseguido. Ni siquiera el periquito de Sierra se atragantaría con esto.

Travis exhibe su parte con orgullo, de la misma forma que el año pasado levantó la copa del campeonato.

—¿Has pedido algo importante? —le pregunta Sharon.

—Pues sí. —Exhibe todos esos bonitos dientes cuando atrapa el hueso dentro del puño. Entonces su mirada se desliza hacia mí—. Mucho.

Me sobresalto.

—Voy al baño a lavar mi vergüenza.

Todos intentan consolarme, pero me escabullo. Me echo agua en la cara varias veces, aprovechando que todo mi maquillaje es a prueba de tormentas tropicales, y me digo a mí misma que me estoy imaginando cosas. Que la sidra de manzana de Judy se me está subiendo a la cabeza.

Al salir, casi arrollo a Lluvia.

—Uy.

—Hola —dice, sonriéndome. Mucho. Demasiado.

—Hola. Soy Trinity, encantada.

—Tonta. —Me da una palmadita en el hombro y, por la forma en que su rostro brilla, creo que a ella sí hay que quitarle la sidra—. ¿Todo bien?

—Pues sí. ¿Tengo que preocuparme por dónde dormir esta noche? Porque sé lo cariñosa que te pones con Asher cuando estás piripi.

—*Nah*, hemos follado tanto estos dos años que ya soy inmune.

—Mentirosa.

—Tienes razón. Me pone más que cuando empezamos, ¿cómo es posible?

—Porque es Asher Stone, mi *crush* más duradero. Don Nalgas de Acero. No puedes hacer nada.

—Es verdad. —Suspirando, se apoya contra el dintel de la puerta. No sé si se ha dado cuenta de que me está encerrando dentro del baño—. Así que ¿estás bien?

—Es la segunda vez que me lo preguntas.

—Ah, ¿sí?

Me paso la lengua por el labio inferior.

—¿De qué hablabas antes con Travis?

—¿Quién es Travis?

Vale. O sea que su conversación era privada. No pasa nada. No me molesta no saber de qué estaban hablando mis dos mejores amigos a escondidas.

Qué va.

De repente, me abraza. Lluvia es muy cariñosa y le encanta demostrar todo ese cariño físicamente. Creo que sus constantes mimos fueron los que me limaron a lo largo de los años. Sin ella o Joyce, ahora parecería alguien que viene de una cultura completamente distinta y jamás ha tenido contacto físico.

—Te quiero muchísimo —susurra, igual que aquel día en la bolera. Cuando hablamos de su madre y ella me dijo que creía que huía de algo. Y aquí estoy, echándome agua en el baño de los Stone por una tontería.

—Y yo a ti. Vamos, voy a cambiarte la copa por un vaso de agua.

El resto de la velada es una locura, pero una locura absolutamente genial. Antes de los postres encendemos la televisión para ver el partido de los Lions contra los Cowboys. Asher y Travis cogen sus platos y se sientan en los sofás con el permiso de Atlanta, atentos a la tele. Todos los varones

Stone los siguen poco después, hasta los que todavía no han pasado por la pubertad.

Será un cliché, pero es que a las mujeres presentes no nos puede interesar menos el fútbol. Las gemelas ponen en su tableta el vídeo del desfile de Macy's de esta mañana, que nosotros no pudimos ver porque estábamos en carretera. La tensión se masca cuando Rebecca saca el *Monopoly* y todas nos convertimos en grandes magnates llenas de ambición y con muy pocos escrúpulos.

Y no se me escapa el momento en el que Atlanta rellena dos copas de champán frente a ella, coge una y hace un brindis.

—Feliz Acción de Gracias, Jojo —susurra.

A Lluvia tampoco, porque empieza a temblarle la barbilla y tengo que sujetarle la mano bajo la mesa. Luego le cobro el alquiler por caer en mi propiedad de la avenida Indiana, porque soy buena amiga, pero los negocios son los negocios.



Al día siguiente, en pleno Black Friday, a Lluvia y a mí se nos ocurre ir a Redding. Es la ciudad más cercana a Santa Jacinta con centros comerciales y tiendas interesantes. No pretendemos hacernos con ninguna ganga porque no hemos madrugado y, para cuando lleguemos, lo más probable es que ya hayan arrasado con las mejores ofertas.

Prometemos estar de vuelta para el concurso de yodel de las gemelas y Asher nos da las llaves de su carraca con expresión funesta.

—Es que ni siquiera podría decir cuál de vosotras es mejor opción —gruñe.

—Yo tengo cero siniestros contra estatuas conmemorativas —le recuerdo.

Lluvia me mira como si la hubiera traicionado de la peor de las maneras. Asher me entrega las llaves.

—Adjudicada.

Travis hace una mueca.

—Que en paz descanse el Chevrolet.

Les saco la lengua a ambos y nos largamos a toda velocidad (porque solo sé conducir así). Eso sí, antes hacemos otro pequeño recorrido por el pueblo las dos solas. A pesar de estudiar casi en la otra punta del estado, hemos regresado a menudo, y no me imagino no volviendo nunca más a Santa Jacinta. Incluso si aquí están mis peores recuerdos, también tengo muchos increíbles.

Al tocarle el claxon al dueño del Frosty's, como hacíamos hace unos años, somos las mismas Trinity y Lluvia y, a la vez, muy distintas.

En Redding, actuamos con cabeza y descartamos los grandes almacenes. Ya es mediodía y la cola de gente para entrar a Blossom's es terrorífica, da la vuelta a la manzana. Paseamos por el centro, esquivando los charcos y las acumulaciones de nieve en los bordillos. Nos tomamos fotos con el Sundial Bridge de fondo (tenemos tantas a lo largo de los años que deberíamos hacer un *collage*) y almorzamos en el mismo mexicano de siempre.

La verdad, después de la locura de ayer, me siento mucho más ligera.

Aprovechando que mucha gente está comiendo, nos metemos en el centro comercial y damos una vuelta. En una tienda de deportes, Lluvia ve una gorra que cree que a Asher le puede encantar y pide talla. No sé cómo se arriesga a seguir comprándole gorras cuando creo que las tiene de todos los colores y marcas.

—¿Para Navidad? —pregunto.

—No, solo porque sí. Me trajo unos peluches muy graciosos cuando estuvo en Nebraska con el equipo.

—Ya...

Por supuesto, eso me hace pensar en la claqueta. Paseo la mirada por la tienda. Jamás he sido una chica de deportes, aunque intento hacer mis estiramientos diarios con el yoga porque, al haber crecido rápido y mucho en la adolescencia, siempre he padecido un poco de la espalda y las piernas.

Algo me llama la atención.

«No lo hagas, no la lées más», piensa una parte de mí.

La dependienta se nos acerca con la gorra para Asher.

—¿Algo más, chicas?

—Sí —digo antes de poder pensarlo bien.

Como prometimos, estamos de regreso en Santa Jacinta a tiempo para ver cómo las gemelas Stone se suben al escenario portátil en la plaza principal. Van vestidas a juego, como siempre, pero esta vez con trajes de tirolesas blancos, negros y rojos. Sus trenzas enroscadas están impolutas.

Travis nos hace gestos desde la tercera fila. Él y Asher nos han guardado asientos. Pensaría que es por generosidad de no ser porque sé que es para que suframos todos juntos.

—Vale, ya sé qué es el yodel —me susurra—. Pero ya es tarde. Atlanta nos ha visto llegar.

No puedo evitar sonreír divertida.

—¿No decías que te gustaba Santa Jacinta? Bueno, disfruta del talento oculto de nuestro pueblo.

El concurso de yodel es una tradición centenaria. John Sutter no fue el único suizo que hizo historia en California. Hubo otro, Alexander Müller, que se asentó aquí allá por 1850 en busca de fortuna. Tal vez engañado por Gertrude Clearwater y su afirmación de haber encontrado oro, eso no se sabe. Pero trajo consigo muchas cosas, entre ellas el canto a la tirolesa. Empezó como una broma en las tabernas del pueblo, pero se extendió y extendió, y acabó por ser parte de las fiestas en torno a Acción de Gracias.

Y otra cosa no, pero a persistentes no nos gana ningún otro pueblo.

La música comienza y las gemelas muestran la coreografía que llevan semanas ensayando. Van bastante sincronizadas. Al menos hasta que Esme empieza a cantar y está claro que no puede hacer dos cosas al mismo tiempo. Imogen la mira una y otra vez, sus trenzas volando de un lado a otro.

Veo cómo Sharon y Gideon sonrían desde la primera fila, dándoles ánimos, pero sé que el sheriff debe de estar deseando que se lo trague la tierra.

El gorgorito les sale bien. Es decir, uno lo oye y deduce que es yodel. El resto... Ah, pero son monísimas. Parecen muñecas así vestidas.

—Avísame si empiezan a sangrarme los oídos —murmura Travis, dando palmas al ritmo de la música con el resto.

—Aquí ha habido gente desmayada a la que no se han llevado hasta que ha terminado el concurso —le miento—. Ponte cómodo.

Me lanza una mirada torturada. Cuando las gemelas terminan, todos los Stone y allegados nos ponemos en pie para aplaudir como locos. Las niñas

están sonrojadas e Imogen tiene los ojos húmedos, como si fuera a echarse a llorar en cualquier momento. No sé si han pasado vergüenza o están emocionadísimas por su actuación.

Como irnos después de que actúen es de mala educación, tenemos que tragarnos el concurso entero. Aprovecho la intervención del alcalde para pasarle la bolsa a Travis.

La mira sin comprender.

—¿Qué es esto?

—Si lo abres, lo sabrás.

Enarca las cejas.

—¿Es un regalo?

—¿Eres de esos que quieren saber lo que es antes de abrirlo? —me impaciento.

—Vale, vale.

Saca el paquete, que la dependienta no tuvo ningún problema en envolver cuando le dije que era una sorpresa. Tiene el logo de la tienda de deportes por todos lados, pero bueno. Los dedos de Travis son mucho más considerados que los míos al abrirlo. Me dan ganas de apartarle las manos y romper el papel yo misma.

Al fin, saca la comba nueva y se la queda mirando inexpresivo. Mierda, ¿no le gusta?

—La escogí porque es azul y amarilla, los colores de los Bruins —le explico, por si no se ha dado cuenta—. Y vaya, si pretendes seguir robándonos votos con esos vídeos claramente sexualizados, al menos hazlo con una cuerda nueva. La otra está para tirar.

Pasa los dedos por los mangos. Sigue sin decir nada.

—Le dije a la chica que eras un experto y me recomendó esta. Los cables son de acero, ajustables, porque también le comenté que eres altísimo. Y los mangos...

Travis se cierne sobre mí y lo siguiente que sé es que sus labios están en mi mejilla. Su nariz me roza el pómulo.

Se aparta antes de que pueda reaccionar.

—Es perfecta, Trin. —Su voz... ¿suena más ronca?—. Gracias.

—D-de nada.

A mi derecha, Lluvia suelta el aliento como si llevara rato conteniéndolo.

Travis



El sábado, Ash y yo acabamos en el campo de fútbol del instituto de Santa Jacinta. Su entrenador de entonces, el señor Visser, lo vio en el concurso de yodel y se acercó para felicitarlo. Cuando me presenté y el hombre supo que tenía delante al *quarterback* y al *running back* de UCLA, no se pudo resistir y nos suplicó que diéramos alguna charla y consejos a sus chicos.

Sé que esto es lo que menos le apetece a un introvertido como Asher, así que tomo el liderazgo con facilidad. Los chicos están emocionados por hablar con nosotros, en especial de todo lo que no tiene que ver con el juego y sí con cómo es la vida de los jugadores en el campus. Traducción: ligues, fiestas y desfases.

El entrenador Visser parece querer golpear a todos con el silbato en los testículos, pero le hago un gesto tranquilizador. Tienen entre quince y diecisiete años. He estado ahí.

—No os voy a engañar, gran parte es exactamente como lo estáis imaginando —les confirmo. Una oleada de excitación los recorre a todos. Están sentados en el césped frente a nosotros, que hemos optado por el banquillo. Cuando me inclino hacia delante y muchos me imitan de manera inconsciente, tengo que ocultar una sonrisa—. Solo por llevar la camiseta del equipo se os abrirán muchas puertas en el campus. Y hablo de lo profesional y lo personal, ya me entendéis. —Hay risitas—. Podéis y caeréis en eso. En mi primer año, cuando acababa de sustituir al anterior

quarterback, el mejor defensa del equipo era Gus Patterson. Era alucinante verlo, con él nunca tuve que preocuparme de que me derribaran antes de sacar el balón. Sin embargo, antes de Navidades, por estas mismas fechas, ya había visitado todas las hermandades, fraternidades, clubes y discotecas de Los Ángeles. Se centró en todo eso que vosotros estáis soñando: chicas o chicos, alcohol, e incluso drogas. Porque el campus puede ser un lugar flipante para pasar un buen rato, pero todo puede salirse de madre si no sabes poner límites o, como en el caso de Gus, si ni siquiera crees que existan.

Las expresiones de los chicos van decayendo. Hay un par de ellos que no se están tomando en serio mis palabras, lo sé por cómo murmuran en voz baja, sonriendo. Los entiendo porque, como he dicho, he estado ahí. Según me ha contado Cooper en sus infinitos monólogos sobre psicología, es el pensamiento mágico de esa edad. Crees que puedes con todo, que estás por encima de cualquier cosa.

—Antes del final de la temporada regular, Gus ya no estaba en el equipo. —Algunos abren las bocas, perplejos, y sé lo que se están preguntando: «¿Por cagarla un poco al empezar?»—. No sé cómo será en otros equipos, pero en los Bruins no hay segundas oportunidades. Y ahora mismo os puede sonar exagerado e incluso cruel, yo mismo le reclamé al entrenador la expulsión de Gus. Después de tres temporadas en el equipo, no puedo estar más de acuerdo. Gus llegaba agotado a los entrenos y había que repetirle las jugadas antes de salir al campo porque no se las había estudiado. Tenía un talento innato, pero eso no es suficiente si lo que queréis es llegar a la NFL. E incluso si solo queréis vivir el fútbol durante la carrera, la liga universitaria es dura. Y lo es porque las cagadas de un solo jugador afectan al resto. En su último partido, Gus no hizo nada bien su trabajo y Asher acabó lesionado innecesariamente.

Todas las miradas se trasladan a Ash, que está recostado y de brazos cruzados. Su mandíbula se aprieta.

—Fue solo un esguince —aclara.

—Los equipos no buscan solo músculo o aptitud. Y ahora os preguntaréis: ¿Asher y yo no salimos nunca? ¿Jamás la liamos? Bueno, debo deciros que hace dos años Ash estuvo a punto de llegar tarde al primer partido de la temporada porque estaba en la cárcel.

Esquivo a toda prisa un puñetazo directo a mis costillas. Riéndome, me pongo en pie.

—Claro que la liamos, por eso os hablaba de límites. Se puede disfrutar, pero siempre debéis tener claras vuestras prioridades. Si no es así, no vais a durar. ¿Cuántos de vosotros habéis pensado dedicaros a esto profesionalmente?

Casi todas las manos se levantan.

—Genial. Después de lo que os he contado, os vuelvo a hacer la misma pregunta del principio: ¿qué queréis saber?

A partir de ese momento, todas sus dudas se centran en aspectos deportivos. Quieren saber la duración de los entrenos, cómo son el equipamiento y las instalaciones, los viajes para jugar fuera de casa. Veo la sonrisa de alivio del entrenador Visser.

Muchas preguntas van dirigidas a Asher, porque es un producto de este pueblo y para ellos ya es una leyenda. Mi colega se va soltando, sintiéndose poco a poco más cómodo. Jamás va a ser el tío que se sube a un escenario y roba el micro, pero lo está haciendo muy bien.

Y yo me siento... genial. Hasta pienso que podría dar más charlas de estas sin problemas.

Por último, jugamos un amistoso y Asher y yo nos colocamos en equipos contrarios. Le cedo mi puesto al *quarterback* del equipo, un chaval de diecisiete años llamado Hayden, y me coloco como centro de la línea ofensiva. Era mi puesto antes de que el entrenador Tim me escogiera como capitán.

Le guiño un ojo a Asher.

—¿Recuerdas cómo caer para no hacerte daño?

—Si parpadeas, me perderás de vista —replica muy tranquilo—. Concéntrate.

El partido es relajado, no lo subimos mucho de intensidad. Nos enfocamos en observar las jugadas y tácticas y dar recomendaciones. Los chicos absorben nuestras palabras como si fueran los discursos de un predicador loco.

Intento organizar a mi equipo para que, la próxima vez que Asher coja el balón, no pueda llegar al área de anotación. Sin embargo, no hay manera. El tío es un guepardo incluso a medio gas.

—¿Es verdad que tiene una lesión vieja en la pierna? —me pregunta Hayden, resollando.

—Nuestra teoría es que debajo de la piel hay nanobots y que ese miembro es inmortal.

—Joder, me lo creo.

Al terminar, los chicos llaman para pedir unas pizzas y comer todos juntos. Asher y yo recuperamos el aliento en el banquillo, después de que el entrenador Visser nos agradezca la visita por decimoctava vez.

Bebo un buen sorbo de Gatorade. A mi lado, Asher contempla el campo y las gradas con algo de nostalgia.

—¿Rememorando los viejos tiempos?

—Algo así. —Gira la visera de su gorra nueva, regalo de Lluvia, hacia atrás—. ¿Sigues queriendo dejar el equipo?

Todavía con la respiración agitada, esbozo una sonrisa. Sé por qué me lo está preguntando justo ahora, después de haberme comportado como un mentor para todos estos chicos y haberme reído a carcajadas entre jugada y jugada. Me lo paso increíble también con nuestro equipo, pero está claro que la presión a veces hace que te olvides del núcleo de todo. De por qué empezaste a jugar y qué te hace sentir en el fondo.

A mí me hace sentir vivo. Útil. Centrado.

—Hay algo que no te he contado. Que no le he contado a nadie —confieso en voz baja. Aunque no me mira, sé que tengo su atención completa—. Debería haberlo resuelto cuando viajé a Napa la semana pasada, pero es... complicado. Era algo que llevaba esperando tiempo y eso me ha tenido con la mente un poco en el aire. Ha hecho que me agobie más por todo, incluido el equipo y el tema de los ojeadores.

—¿Tiene que ver con tu tío?

—Con mi familia, sí. —Empiezo a jugar con la etiqueta de la botella, arrancándola poco a poco—. Sobre todo, con mi madre.

Se queda en silencio unos segundos.

—Creía que...

—Está viva. —La familiar obstrucción en la garganta empieza a formarse, como si mi cuerpo tomara el control y me exigiera que dejara de hablar—. El que falleció fue mi padre. Pero ella... no está. No para lo que importa, al menos.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti?

Madre mía, ahora mismo quiero abrazarlo y pegarme a su cuerpo como un bebé koala. Si hay alguien que pueda entender perfectamente mi situación es él, que perdió a ambos padres a los nueve años en un accidente de coche. Lo mío no es exactamente igual, pero la pérdida es la pérdida. Y quienes la han experimentado tienen un pequeño hilo que los une.

—Mmm, ¿tenerme paciencia? —Suelto una risa nerviosa—. Sé que a veces actúo de manera extraña, y lo siento. Quiero solucionarlo, como te he dicho, y ahora tengo un motivo extra para ello. No es la razón principal, pero...

Asher omite por completo mis disculpas, como si no pudieran importarle menos.

—¿Cuál?

Le cuento a grandes rasgos la situación del jueves con Trinity y su familia, sin entrar en muchos detalles, porque, al final, es un tema privado. Solo para que sepa lo que me hizo sentir saber de dónde viene y, aun así, lo entera que se muestra siempre y lo decidida que está a hacer las cosas bien. A su manera.

—Mi abuela los detesta porque siempre ha sabido que hay algo raro ahí —comenta Ash—. Así que ¿Trinity te ha inspirado?

Inspirarme. No había pensado en esa palabra, pero...

—Sí. Además, se acabó fingir que no sigo pillado por ella. No puedo más.

Asher asiente despacio. Cero sorprendido.

—Sabes que puede salir mal y que pierdas a...

Arranco del todo la etiqueta y la estrujo.

—No pienso perder nada, Ash. Seguiremos siendo amigos, pero acabaremos follando como conejos.

—Qué buen plan. Si se lo planteas así, es imposible que diga que no.

Le lanzo la etiqueta, riéndome a mi pesar.

—Estoy seguro de que tú fuiste mucho más bruto cuando decidiste ir a por Lluvia.

—Tengo mis tácticas.

—¿Alguna que puedas compartir?

Una lenta sonrisa empieza a surcar sus labios, como si estuviera recordando algo.

—Muéstrate vulnerable.



Nos unimos a las chicas esa tarde en la asociación de vecinos, en el centro cultural. Se ha organizado una actividad para los mayores titulada ENOLOGÍA PARA VEJETES, APRENDE A HACERTE EL GUAY CON TUS NIETOS CATANDO VINOS. Quienquiera que haya ideado el cartel tiene mis dieces.

La cosa es que aquí hay gente de todas las edades, nosotros incluidos.

Atlanta Stone es la cabecilla, al parecer la mayor entendida en el tema dentro de la tercera edad porque tiene un diploma de «Enóloga de honor» otorgado por Wyebrook Farm. Hoy se ha embutido en una camiseta rosa fucsia que dice: CLUB DE CINCUENTONAS FLORECIENTES. Hay como quince señoras más vestidas igual, pero a mí lo de «cincuentonas» no me cuadra.

—Ni se te ocurra mencionarlo —me advierte Lluvia.

La mayoría no captan que, para poder catar todos los vinos e ir aprendiendo a distinguir los matices, solo hay que tomar pequeños sorbos de cada copa. Lluvia y Trinity tampoco parecen ser conscientes, a juzgar por cómo empinan el codo.

Justo después de la cata hay un pequeño campeonato de dardos. No sé a quién se le ha ocurrido el orden de las actividades, pero no lo ha pensado bien. Hay varias personas beodas que pueden causar una desgracia si cogen esos dardos.

Trinity incluida.

Me acerco a ella mientras escoge entre los distintos dardos que hay sobre la mesa. Ella y Lluvia ya han hecho equipo junto a una chica que al parecer estudió con ellas en el instituto, Lorie.

—¿Son todos de punta de acero? —murmuro frustrado.

—¿Qué?

Me frunce un poco el ceño. Está monísima, con el cabello suelto y ese aspecto sonrojado que siempre consigue al beber y que a mí me hace pensar en toda clase de guarradas. Qué puedo hacer, hay un pervertido viviendo en mí.

—Nada. ¿Y si hacemos una pequeña prueba antes de ponerte un arma potencial en las manos?

Se limita a pestañearme, aburrída.

—¿Qué prueba?

—Aguanta sobre una sola pierna diez segundos.

—Bff. —Me escape un poco, burlándose—. ¿Solo eso?

Levanta una de sus piernas, kilométricas con esos vaqueros y esas botas de tacón alto que no van a jugar a su favor. Dos segundos más tarde, su nariz está enterrada en mi cuello.

—Te odio —farfulla desde allí.

—Y tú estás descalificada.

Se aparta y me mira como si fuera su peor enemigo en el patio de recreo.

—¿Qué eres? ¿El policía de la diversión?

—Eso es algo de lo que, sin ninguna duda, nunca me han acusado —admito. Normalmente soy el que promueve las malas ideas y Asher el que actúa como conciencia.

Echo un vistazo al otro lado de la mesa, donde Asher también está intentando convencer a Lluvia para que no mate a nadie accidentalmente. Que la mayoría de los de aquí tengan más de sesenta y cinco años no quiere decir que merezcan irse al otro barrio de una forma tan tonta.

Nos miramos. ¿Esto es lo que me espera si le echo el lazo a esta chica? ¿Ser la voz de la sensatez?

Nop.

Yo no soy Asher Stone. Regreso a la zona de la cata y le dedico mi mejor sonrisa a Atlanta.

—¿Queda más del merlot que sabe a frambuesa?

Después de dos copas, la posibilidad de dejar tuerto a alguien por accidente ya no parece tan horrible. Hago equipo con las chicas, decididos a darles una paliza a cuatro señoras, dos de ellas con sus tacatacas.

Después de mi turno y de que dos de mis dardos ahora sean parte del decorado para las obras teatrales del fondo, regreso junto a Trin. La tal Lorie le está murmurando algo, lanzándome miradas de reojo, y está claro que a Trinity no le hace ninguna gracia por cómo está moviendo la mandíbula.

Lluvia y yo llamamos a ese movimiento «exconvicto empastillado».

—Repítelo una vez más y te utilizaremos de diana —le susurra-grita antes de acercarse a la zona de tiro.

Lorie exhala un largo suspiro y se desliza hacia mí. Es la que menos pedal lleva encima en estos momentos.

—He estudiado con ella desde que llevábamos pañales y sigo olvidándome de que a veces da miedo.

—¿Qué le has dicho?

—Que si estabas disponible para invitarte a un agradable paseo a la luz de la luna. —Me mira desde unos ojos verdosos muy monos, que producen en mí... absolutamente nada—. ¿Lo estás?

—¿Qué te ha dicho ella?

—Que no. —Su ceño cae—. Pero luego me ha dicho que no era asunto suyo. Y cuando he insistido, me ha preguntado a qué estaba jugando y si quería volverla loca. Total, que no he sacado nada en claro. Así que...

Vuelve a intentar engatusarme con la mirada, algo que estoy seguro de que le funciona muy bien normalmente. En cambio, centro mi atención en Trin. Está haciendo unos balanceos muy raros para lanzar, hacia delante y hacia atrás, como una mecedora. Por el ángulo de su brazo ahora mismo, creo que podemos dar por perdida la pancarta de Acción de Gracias.

Así que Trinity Henderson no quiere que vaya a dar un paseo con una amiga...

Sonrío.

—Me temo que tiene razón. No estoy disponible.

Regresamos a casa bastante entrada la noche. Asher está teniendo problemas para razonar con su abuela; parece que quiere seguir la fiesta en el único pub del pueblo, Brandy Abbey. Yo me encargo de que las chicas lleguen a la puerta de al lado, lo cual sería más fácil si yo mismo no estuviera viendo un poco doble a estas alturas. Tengo a una debajo de cada brazo, y parecemos los bailarines de Bruno Mars.

A Lluvia le lleva cuatro intentos meter la llave y abrir la puerta principal. Las deja puestas y entra haciendo zigzag, derecha hacia la escalera y murmurando cosas en voz baja.

Cuando bajo la vista hacia Trinity, que no se ha movido, descubro que sus largas pestañas descansan sobre sus mejillas. ¿Se ha puto dormido? ¿En qué momento?

La zarandeo con suavidad.

—Ey.

Las pestañas revolotean. Me observa con los párpados entornados, adormilada.

—Hola.

Un «hola», eso es todo lo que necesito para sentir que me acaban de dar un puñetazo en el estómago, dejándome sin aliento.

—Hola.

—¿Hemos ganado?

—Si llamas ganar a que a la señora Ross le ha dado una subida de tensión por el estrés y han abandonado la partida...

Suelta una risita que pocas veces le oigo. La noto relajada contra mi costado, cómoda, como si pudiera volver a dormirse así en cualquier momento.

Me gusta.

Tanto que unas cosquillas extrañas empiezan a subir por mis brazos hacia mi pecho. Mi corazón se acelera.

Trin me bosteza en la cara y luego hace una especie de puchero.

—¿Por qué me miras tanto?

Y no puedo evitarlo. Bajo la cabeza y la beso. Solo un roce, mi mente gritándome que los dos estamos como cubas y que esto está mal, que ya había decidido que no tenía prisa. Pero ¿qué puede hacer un tío débil como yo teniéndola así, tan mona y amodorrada en mis brazos?

Me separo cuando todavía soy capaz de razonar un poco, consciente de que no es el momento para ir más lejos.

Me encuentro con el ceño fruncido de Trin. Ni siquiera ha cerrado los ojos.

—¿Me acabas de besar?

—Eh... Sí.

Y espero. A que ponga el grito en el cielo, o se avergüence, o...

—Uf, cómo pega ese cabernet.

Luego se separa de mí, recupera las llaves y me cierra la puerta en las narices. Oigo sus tacones alejarse en el interior, inestables, y cómo le grita a Lluvia que si gasta el agua caliente se enfrentará a toda su ira.

Permanezco en el mismo sitio un buen rato, estupefacto. Dos veces la he besado, y dos veces ha caído en saco roto. Eso solo significa una cosa: voy a tener que cambiar la estrategia ofensiva.

Trinity



El domingo los cielos están despejados sobre Santa Jacinta y decidimos acercarnos al cementerio antes de regresar. Nos esperan otras tantas horas de trayecto y queremos volver a tiempo para descansar y no estar agotados mañana. Por razones obvias, no me despediré de mis padres. Si se acuerdan de mí en algún momento, darán por sentado que he regresado a la universidad.

Como es un momento íntimo, Travis decide esperar por fuera y me pregunta si puedo quedarme con él. Vacilo un poco, pero acepto. Si lo rechazara justo ahora quedaría rarísimo. Asher y Lluvia se alejan con varios ramos de flores de distintos tipos y colores, todas las favoritas de Joyce.

El cementerio del pueblo es bonito. Mantiene una estética clásica, con rejas de hierro negro rodeando el lugar, hierba bien cuidada y lápidas blancas y grises. Justo a la izquierda empieza el bosque, y a un par de kilómetros paseando está el lago. Las ramas de los pinos susurran bajo la ligera brisa y, aunque hace frío, es agradable. Travis y yo esperamos apoyados contra el capó del Chevrolet, que está calentito.

Ha sido un fin de semana estupendo, pero estoy lista para volver a la rutina. Todavía me duele la cabeza por la cogorza de ayer, así que me tomaré alguna aspirina cuando paremos a desayunar en el camino.

Travis me pilla masajeándome las sienes.

—¿Resaca?

—Un poco.

Sonríe y... Sí. Es la sonrisa canalla. ¿Cuánto hacía que no se la veía? Varios días, sin duda. Mínimo desde antes de que se fuera a Napa por su cumpleaños. Aunque sigo preguntándome qué le ocurrió, no abro la boca para preguntar. Creo que estos días le han venido tan bien como a mí, lo noto más relajado. Como si se hubiera quitado algo de peso (metafóricamente, claro).

—Este pueblo tiene ritmo, ¿eh? —comenta.

—No lo sabes tú bien. Deberías estar aquí en verano, cuando celebramos las fiestas patronales.

Me mira. Con los brazos cruzados debajo de esa sudadera, sus hombros parecen inmensos.

—¿Es una invitación?

Su forma de decirlo... Me froto las manos, huyendo del escalofrío que me ha recorrido.

—No soy la dueña del pueblo, puedes venir cuando quieras.

—Vale. Entonces... ya no hay ni una pizca de alcohol en tu cuerpo, ¿no? Parpadeo extrañada.

—No.

—¿Cuántos dedos hay aquí?

Le doy un manotazo.

—Travis, estoy perfectamente sobria.

—Bien. Solo quería asegurarme.

Entonces se inclina hacia mí y posa sus labios sobre los míos. Sin vacilación, sin atisbo de duda. No es la presión suave y considerada del otro día, no. Ahora una de sus manos se enrosca alrededor de mi cintura y su cuerpo se mueve, poniéndose frente al mío. Me empuja contra el capó y, cuando inclina la cabeza hacia un lado, mi corazón está a punto de salirse del pecho.

Consigo separarme un segundo para abrir la boca y protestar, pero sus labios están ahí de nuevo, y su lengua... Ay, madre mía. MADRE MÍA. Algo se derrite en mi interior al instante, algo que llevaba inmóvil y congelado muchísimo tiempo. Algo voraz, casi famélico, que hace que mis dedos se enrosquen en su sudadera, atrayéndolo hacia mí.

Debería detener esto. No puede estar pasando. Es un desastre.

La lengua de Travis juega con la mía, la seduce hasta que, casi con timidez, respondo. Su gruñido de aprobación resuena dentro de mí, animándome. Esto es... ¿es lo que me he perdido todos estos años? Porque es jodidamente fantástico. Hay un manojo de nervios creciendo y creciendo en mi estómago, una sensación dolorosa y placentera al mismo tiempo.

Poco a poco, el beso se vuelve más urgente, más profundo. Si mi técnica es torpe, él no lo demuestra. Una de sus manos se desliza por mi muslo y no necesito más indicaciones. Abro las piernas, completamente sentada en el capó, y él se sitúa entre ellas. Presiona contra mí y se me escapa un gemido al sentirlo. Un solo beso, y está duro como una piedra. ¿Y puedo culparlo, cuando estoy sintiendo cómo me humedezco por segundos?

Él, su aroma, el calor de su cuerpo alejando el frío de la mañana... Es surrealista lo bien que me siento. Su lengua se desliza sobre la mía, buscando, indagando, y yo enrosco los dedos en los cabellos de su nuca.

—Sabes a capuchino —murmura con voz ronca, pero acto seguido vuelve a besarme. Como si no quisiera darme tiempo a contestar o a pensar.

Sus manos aprietan mis caderas, arrimándome contra él. Da en el punto justo, y juraría que veo estrellitas detrás de los párpados. Ahora mismo me arde todo, desde las mejillas, pasando por los pechos (que están suplicando que alguien les haga caso) hasta las puntas de los dedos de los pies. No hablemos de la fiesta que está montando mi vagina, lista para...

Un momento.

«¿Lista para qué?»

Me separo de él, buscando aire.

—Joder, Trin —jadea, besando mi cuello.

—Para —consigo decir.

Y lo hace. Al instante. Se queda quieto como una estatua, respirando con pesadez, y tarda unos segundos en incorporarse y mirarme.

Lo que hay en esos ojos castaños... es demasiado. Es deseo, y hambre, y un punto de frustración tan sexi que por un momento estoy tentada de decirle que no pasa nada, que continúe, que estoy lista para que el sheriff Stone me arreste por sexo en público junto a un cementerio.

Hasta que, con mucho esfuerzo, recupero el sentido común. Recuerdo por qué no beso nunca, y por qué, de entre todas las personas del maldito estado de California, la peor para romper mi norma es Travis Watkins.

—No hagas eso —gruñe.

—¿El qué? —le espeto. Intento cerrar las piernas, pero él sigue en medio y no puedo—. Aparta.

—Ahora mismo no estabas asustada, ni borracha —me dice, y hay algo muy parecido a la *satisfacción* en su voz—. Así que no vas a poder fingir que esto no ha sucedido o que no ha sido a propósito.

Mierda.

—No sé de qué me estás hablando. Lo diré una última vez: aparta.

Apretando la mandíbula, me hace caso. Me deslizo lejos del coche, mis piernas temblorosas. Me paso las manos por la cara.

¿Qué acaba de pasar? ¿Qué narices acaba de pasar?

«Eres absolutamente idiota, Trinity Henderson», me reprocho.

Me duele el pecho, la sensación de bienestar se esfuma con rapidez. Lo he... lo hemos estropeado. Para siempre.

—Trin, tenemos que hablar —dice a mi espalda.

—Pues sí.

Doy la vuelta y lo encaro, aunque me cuesta la vida misma mirarlo en este momento. Tiene todo el aspecto de alguien que ha sido *bien* besado. Yo debo de tener el mismo.

—Felicidades, Travis. Te has cargado nuestra amistad.

Lo pillo por sorpresa... unos dos segundos. Acto seguido, sonrío. Y es una expresión *fiera*. Algo a medio camino entre cabreo y entusiasmo.

—Bien —responde. Sus ojos desprenden una luz tan distinta que no lo reconozco.

—¿Bien? —repito aturdida—. ¿Hablas en serio?

—Nunca he dicho nada más en serio en toda mi vida. Ya no me interesa ser únicamente tu amigo.

«¿Qué?»

Doy un paso atrás. Quiero alejarme de este Travis. *Necesito* alejarme de él.

—No pienso en cosas de amigos cuando te tengo cerca —aclara. El pecho le sube y le baja con rapidez—. No lo he hecho nunca, pero he disimulado como un campeón estos dos años. Eso se acabó.

«No, no, no...»

Una parte de mí esperaba, confiada, que él me suplicaría que olvidara lo que acaba de ocurrir. Que podríamos arreglarlo, continuar como hasta ahora.

Estoy muda. No sé qué decir.

—El trato ha cambiado —continúa él—. Cuando ganemos la encuesta, jugaremos contra Cal en nuestro campo. Y entonces aceptarás tener una cita conmigo.

La palabra «cita» activa mis sentidos de nuevo, todas mis alarmas sonando al mismo tiempo.

—¿Qué? ¡Claro que no!

—Es un hecho.

—¡No he aceptado, Travis!

Pero él sigue sonriendo, absolutamente loco.

—Lo harás. Y puedo prometerte algo, Trinity: no voy a jugar limpio. Quiero ese campo, pero quiero mucho más esa cita.

—No... Yo no... no tengo citas.

—No las tienes con tíos como Marlon Giordano, porque no te importan lo más mínimo. Salir con él o con un cojín es lo mismo. Conmigo no será así.

Es como si toda esa determinación que solo veo en él cuando tiene el uniforme y está en el campo de juego ahora se hubiera volcado sobre mí. Es abrumador, terrorífico; ahora mismo me siento como si fuera un balón de fútbol americano y este *quarterback* hubiera puesto sus ojos en mí y estuviera decidido a llevarme a la zona de anotación.

Signifique lo que signifique eso.

Intento recuperar el hilo de esta conversación, encontrar algo lógico y razonable para decir.

—No voy a salir contigo, Travis. —Levanto un poco las manos y me siento como el domador de un circo—. Solo somos amigos.

Encoge esos anchos hombros con indiferencia.

—Ya no, ¿recuerdas? Tú misma lo dijiste.

—¡Se suponía que tenías que llevarme la contraria!

—Supusiste mal.

—Tú...

La voz de Asher nos interrumpe:

—Disculpad, pero se os oye por todo el cementerio. A los residentes no los molestáis, pero si pretendíais que vuestra charla fuera privada...

Me giro hacia ellos, sintiendo una mezcla de pudor y consternación. ¿Cuánto han oído? ¿Habrán visto algo? ¿Y desde cuándo eso me importa?

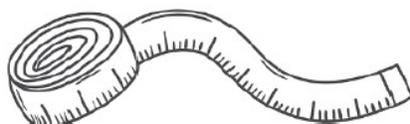
—A mí me da igual —dice Travis sonriente—. ¿Y a ti, Trin?

Cierro las manos en puños, deseando no ser una persona tan civilizada y poder encajarle un guantazo ahora mismo. Se me escapa un gruñido en voz baja y echo a andar hacia la carretera, rodeando el coche.

Lluvia corre detrás de mí y oigo a Asher decir:

—¿Qué entiendes tú por «vulnerable»?

Travis



Decir que el viaje de regreso a Los Ángeles fue tenso sería un puto eufemismo. Trin y yo no intercambiamos una sola palabra en más de nueve horas, ni siquiera en las paradas. No me lo tomo a mal. De hecho, teniendo en cuenta todo, me sumo un punto.

—Mi mensaje ha calado.

Vale, tal vez no salió exactamente como esperaba. Se me subió todo a la cabeza y perdí un poco el rumbo. Para empezar, ese beso fue algo de otro mundo. Nadie podría esperar que yo mantuviera la mente fría después de sentir que el suelo de todo Santa Jacinta estaba retumbando bajo mis pies. Lo que pretendía que fuera solo una declaración de intenciones se convirtió en la mejor puta sensación del mundo, haciendo que me olvidara de dónde estaba, quién era, qué estábamos haciendo allí.

—Me he vuelto adicto a su boca con solo un morreo, por el amor de Dios.

Después de dejar a las chicas en su piso, Asher no dijo ni una palabra. El silencio se alargó tanto que acabé por explotar.

—No me pude aguantar, ¿vale?

—Lo oímos —fue su única respuesta.

Le envié un mensaje a Lluvia para comprobar que no se había enfadado porque me dedicara a meterle mano a su amiga mientras ella visitaba a su abuela en el cementerio. Su respuesta fue: «¿Estás de broma? ¡Mi abuela debía de estar aplaudiendo como loca! ¡A por todas!».

Quise preguntarle si creía que Trinity me pondría los testículos por corbata la próxima vez que me acercara a ella, pero me contuve. Es su mejor amiga, no quiero meterla en más dilemas.

Hoy, el entrenador Tim me ha llamado para que vaya a su despacho. Nos deseó a todos feliz Acción de Gracias a través del grupo del equipo. Muy escueto, en su línea, pero no se olvida de ninguna fiesta o cumpleaños.

—¿Cómo va la cosa?

Esta vez sé perfectamente a qué se refiere.

—Ganando. Los chicos se han dedicado a grabarme mientras hago algunos ejercicios y eso parece estar teniendo éxito.

Anota algo en su tableta.

—Bien. ¿Has solucionado tus asuntos en Napa?

Me quedo sin palabras, porque el entrenador no suele preguntar por temas personales si no está estrechamente relacionado con nuestro rendimiento.

—Eh...

—Tu tío me llamó hace unos días —explica, y cada vez alucino más. No hay reproche en la voz del entrenador, solo su severidad habitual—. No había podido ponerse en contacto contigo y estaba preocupado. Me tomé la libertad de decirle que te habías ido de viaje con unos amigos.

Joder, ahora me siento como un niño pequeño que ha montado un berrinche tonto. No sabía que mi tío se preocuparía por no responderle un par de mensajes, aunque lo cierto es que es la primera vez que una discusión se alarga tanto entre nosotros.

—Muchas gracias, entrenador. Disculpe las molestias.

—Una última cosa, ¿has recibido los e-mails?

Asiento. Asher y yo los vimos mientras estábamos en Santa Jacinta. Al parecer, van a venir ciertos ojeadores al partido contra Cal y nuestros nombres se han mencionado.

—No hace falta que te diga que tu actuación ese día va a ser estudiada con lupa, ¿no? —Niego, pero él se me queda mirando con cierta... impaciencia—. Conozco a mis chicos. Sé que algo no va del todo bien. Esta temporada no has estado al cien por cien. ¿Hay algo de lo que quieras hablar? Sea lo que sea, dime si podemos solucionarlo antes del partido o si debo orientar a los ojeadores hacia otros compañeros.

Yo también conozco al entrenador Tim. Es un hombre de pocas palabras y menos sentimientos aún, un clásico del fútbol americano. Que se haya percatado de mis rayadas a pesar de mis intentos por disimularlo, e incluso me esté ofreciendo su ayuda...

De verdad, no puedo estar más orgulloso del equipo en el que estoy.

«¿Y ahora qué?»

«¿Cuál es el siguiente objetivo?»

«¿Vas a firmar con los Bruins el año que viene?»

Esas preguntas... ya no las siento tanto como un lastre. La sensación del casco de titanio sigue ahí, aunque en mucha menor medida. De hecho, es el peso que me toca llevar. Por ser el capitán, por tener que buscar la excelencia en mis compañeros para dar lo mejor de nosotros mismos.

Cuando hablé con los chicos del instituto de Santa Jacinta, recordé lo que sentí al entrar en la universidad y pisar estas instalaciones por primera vez. Cómo el entrenador Tim no dudó en exprimirme como una mandarina durante ese verano para determinar si tenía madera de capitán. La puta euforia que sentí cuando me puse el uniforme por primera vez y salimos todos al campo.

Me he angustiado durante meses pensando en lo que estaba por venir y, cuando llegó, no pude afrontarlo y acabé borracho en el piso de Trinity.

No quiero que eso ocurra más. No es así como quiero que pasen las cosas.

—Devolveré las llamadas a mi tío —le aseguro al entrenador Tim—. Diga a los ojeadores que no aparten la vista del número tres.

Una de sus comisuras se mueve un poco. Uf, casi consigo una sonrisa.

—Bien. A descansar.

Al salir, reviso el móvil. Tengo tres llamadas perdidas de Ramsey.

—¿Qué pasa, tío?

—Tienes que venir al campus, frente a la biblioteca Powell. —Su voz suena agitada—. Se ha..., em..., complicado un poco la cosa.

—¿Qué cosa?

Me parece que oigo la voz de Cooper gritando algo de fondo, y luego mucho barullo.

—A ver, nosotros estábamos a nuestro rollo, ¿vale? Y ellos estaban aquí, y no recuerdo quién hizo el primer comentario... Pero el caso es que todos nos hemos ido calentando y sería mejor si vinieras y consiguieras imponer

un poco de... —De pronto, su voz se aleja del móvil—. ¡Pues que traigan un puto balón si son tan valientes! Perdón, capi. En fin, que si te dieras prisa te lo agradecería mogollón.

Me ha llamado «capi», lo cual quiere decir que esto está relacionado con el equipo. Cierro los ojos. Acabo de salir del despacho del entrenador y he quedado como un rey, ¿podrían, por favor, no cagarla tan pronto estos idiotas?

—¿Con quién os habéis picado?

—Ah, mmm... Con los de la ETCT.



Llego a la biblioteca Powell, uno de los cuatro edificios inaugurales de UCLA, lo más rápido que mis piernas me han podido llevar. No he cogido el coche porque así podía atajar a través del campus.

Lo que me encuentro me hace pensar en las palabras de la rectora Testawich aquel día en la sala de prensa.

«¡Esto no es *West Side Story*, por el amor de Dios!»

Si viera el panorama ahora, estoy seguro de que no podría decir lo mismo.

El grupo de alumnos de la ETCT está a un lado del césped. Por las mochilas y libros repartidos, estaban reunidos estudiando o haciendo algún trabajo. Veo las mechas azules de Monique, de brazos cruzados y con expresión de estar muy mosqueada. Estoy buscando un pelo rubio cuando Ramsey se me acerca al trote, sonriendo.

Conozco esa sonrisa falsa. Echo un vistazo al otro lado del césped. No está todo el equipo, pero sí un buen número de sus jugadores. Otros tantos alumnos están merodeando por los alrededores, muy interesados. Normal, llevamos semanas en una guerra mediática y ahora parece que nos vamos a pelear como perros callejeros.

—¿Qué habéis hecho? —le gruño.

—Nada, capi, lo juro por el casco de Jerry Rice.

—¿Quién abrió la boca? —insisto.

Los conozco como si los hubiera parido. La mueca de dolor de Ramsey me lo confirma.

—Puede que a Kroix se le escapara un comentario de lo más inocente cuando pasábamos a su lado... ¡Pero tampoco era para ponerse así! Y ahora quieren jugar un partidito contra nosotros.

Asher no está entre estos camorristas, por supuesto. Veo a JonJon lanzando un balón al aire mientras prácticamente desafía con la mirada al otro grupo.

—¿Quieren? —repito—. ¿Alumnos de teatro y cine que no suelen hacer deporte de contacto quieren enfrentarse a capullos insensatos como vosotros?

Pienso en la charla que di el otro día en Santa Jacinta y el hincapié que hice sobre los límites, actuar con cabeza, las prioridades...

«JA.»

—Ostras, capi, eso duele. Solo piénsalo, ¿vale? —Intenta ponerme el brazo sobre los hombros, pero desiste ante mi mirada. Este tío es un puto encantador de serpientes, es el que más líos provoca de toda la plantilla, y a veces ni siquiera los protagoniza él—. Es otra forma de demostrar al alumnado que no tienen nada que hacer contra nosotros. Un recordatorio pequeño y...

Mis cejas se arquean.

«Cuando ganemos la encuesta, jugaremos contra Cal en nuestro campo. Y entonces aceptarás tener una cita conmigo.»

—Que alguien emita el partido en directo —lo interrumpo.

—¡Sí, capi!

Ramsey sale corriendo a informar. Lanzo un silbido y JonJon me pasa el balón. Estrujándolo entre mis manos, me acerco al grupo de la ETCT. Me observan con suspicacia. Evidentemente, a la mayoría ni les va ni les viene el resultado de la encuesta porque el corto es de Trinity y sus tres compañeros. Pero los entiendo. Está en juego el orgullo de su escuela. Veo a Monique, Kelcey y Jaspas, por supuesto. Y me sorprende descubrir a Marlon Giordano también.

El grupo se mueve para abrirle paso a Trinity. De brazos cruzados, se contonea hacia mí y yo intento con todas mis fuerzas que mis ojos no bajen de su mentón. Me lo pone difícil, la maldita. Lleva unos leggins verdes que

no ocultan ni un centímetro de esas piernas que protagonizan todas mis fantasías. Doy gracias al puto clima porque haga frío y lleve una sudadera.

—¿Vienes a retractarte? —pregunta mirándome como si fuera un insecto en su parabrisas.

Son sus primeras palabras hacia mí desde que la empotré contra el capó del Chevrolet de Ash, y la primera vez que la veo tan de cerca desde entonces. Tenía planes para romper su ley del hielo, pero tampoco voy a rechazar una oportunidad caída del cielo.

Le sonrío.

—Eso mismo venía a preguntaros. No quiero que os hagáis pupa y luego se nos acuse de abuso de poder, ¿sabes?

—Si alguno de nosotros se lesiona, ten por seguro que *acusaros* es lo último que se me va a pasar por la cabeza —replica muy tranquila. O al menos es lo que está intentando aparentar. Yo la conozco mejor, veo la tensión en su postura—. Si no estáis listos en dos minutos, daremos por sentado que os rendís y nosotros ganamos.

Suelto una carcajada.

—Aprovechad esos dos minutos para estirar, por favor. ¿Diez contra diez y que gane el que primero consiga treinta puntos?

Juraría que sus ojos relampaguean, como siempre que se toma en serio un desafío. La adrenalina me recorre el cuerpo, activando todos y cada uno de mis sentidos.

—Hecho.

—¿Tengo que explicaros las reglas o algo? Sabéis que el objetivo es capturar esto, ¿verdad? Se llama balón.

—Lárgate, Travis.

Le guiño un ojo, sabiendo que eso la va a poner histérica, y regreso con mis cenutrios, de los cuales ahora soy el indiscutible rey cenutrio. Me llevo una pequeña sorpresa cuando veo que Asher acaba de llegar. Lluvia me saluda con la mano antes de corretear hacia el grupo en el que está Trin.

—Estábamos en la biblioteca cuando Lluvia vio un vídeo —explica mi amigo—. Sabes que hay varias personas grabándolo todo, ¿no?

—Cuento con ello.

—Si nos pasamos de la raya, nos podemos meter en un buen problema.

—El césped está blandito, no seas agonías.

Asher me mira como si no estuviera seguro de mi salud mental, lo cual es más que probable. No me importa. Ahora mismo tengo doble oportunidad y no pienso desaprovecharla: para sumar votos para la encuesta, y para tener contacto físico obligatorio con cierta rubia.

Y me da igual lo que eso me haga parecer.

La voz de Trinity se eleva a través del campus, llamando la atención del cada vez mayor número de espectadores.

—¿Listo, *quarterback*?

Tengo que contener la euforia porque ella me haya llamado así, como ha hecho siempre. Aunque su tono haya sido de burla, me la sopla.

—¡Listo, rubia! —grito de vuelta, sonriente.

Cuando me giro hacia mis compañeros, todo rastro de alegría ha desaparecido de mi rostro.

—Como alguien plaque a Trinity, es hombre muerto.

Dwight enarca las cejas.

—¿No deberías decir eso de todas las señoritas? En plan... O sea, no quiero sonar machista, pero...

—Machacarlos a todos —ordeno—. Que se arrepientan de haberse atrevido a desafiarnos en nuestro propio deporte. Pero a Trinity no le toquéis ni un pelo, ¿entendido?

Repaso a todos con la mirada, esperando hasta que asienten o murmuran un «Sí, capi». Me quedo tieso cuando veo que Asher me está sonriendo.

Una sonrisa de verdad. De oreja a oreja.

—¿Qué? —le ladro.

Levanta ambas manos.

—Nada, nada. Solo estaba recordando algo que me dijiste cuando nos despedimos en Lincoln Bar, durante aquel incendio.

Con el ceño fruncido, intento hacer memoria. Llevo varios veranos siendo bombero voluntario, algo que me inculcó mi tío. Él ya no lo hace porque se lo desaconsejaron los médicos después de una ocasión en la que respiró demasiado humo. Yo estaba ayudando en un incendio gordo en Redem Creek, Idaho, y acabamos en el pueblo más cercano descansando por turnos. Lo que menos me esperaba era encontrarme con una tal Lluvia Clearwater, de Santa Jacinta, el mismo pueblo y el mismo nombre que mi compañero de piso me había contado en sus borracheras de enamorado

penoso. Ella, Asher y sus respectivas abuelas se habían quedado atascados allí por el incendio y estaban colaborando.

Cuando me despedí de Asher, recuerdo que sentí verdadera compasión por él. Había algo en sus ojos cuando miraba a Lluvia que hacía suspirar a cualquiera.

Entonces, mi memoria se despeja. Estábamos a las afueras de Lincoln Bar, los demás bomberos de mi turno esperándome en el todoterreno para regresar al incendio.

—¿La cosa sigue igual? Es decir...

—Más o menos.

—No puedo decir que te entienda porque nunca me ha pasado algo así —le dije—, pero sé que te sientes la hostia de incómodo y lo siento por ti, tío.

¿Eso es lo que me está queriendo decir? ¿Que lo siento por mí?

Acabo devolviéndole la sonrisa a regañadientes. Modifico un poco mi discurso de Escuadrón Suicida.

—Bien, quiero juego sucio y sin contemplaciones, pero ni un solo hueso roto. Que se sientan humillados, pero que no tengan que pasar por el hospital. ¿Me he explicado?

—¡Sí, capitán!

Doy una palmada.

—A jugar.

Nos colocamos frente a frente. Está claro que conocen el juego y las reglas básicas, pero nadie aquí puede poner en duda quiénes serán los ganadores. Para este momento, la mitad del campus de UCLA se ha congregado a nuestro alrededor y hay infinidad de móviles apuntándonos. Nadie corre más rápido la voz que unos estudiantes aburridos en un martes cualquiera.

Lluvia aparece de ninguna parte con un silbato y una moneda para decidir quién empieza defendiendo y quién atacando. Todos contenemos un poco el aliento cuando esa moneda es lanzada al aire, determinando...

—¡Ataca el grupo de la ETCT! —dicta Lluvia, muy metida en su papel de árbitra.

Les paso el balón con una sonrisa. Bien. A ver hasta dónde pueden llegar.

Me encuentro con los ojos de Trinity. Está inclinada hacia delante, lista para darlo todo, y es probable que no haya visto nada más puñeteramente atractivo en mi vida.

«Concéntrate. Solo te faltaba empalmarte delante de todo el campus.»

Lluvia silba con fuerza. Monique es quien pasa el balón entre sus piernas. Jaspas recibe el *snap*, más o menos como había previsto. Es el que tiene unos brazos más decentes. E imagino que se lo pasarán a Marlon para que eche a correr. Está todo controlado, porque lo tengo justo delante. Va a tener que hacerse invisible si quiere pasar por...

Jaspas le lanza el balón a Trinity, que está en el otro extremo. Esta lo atrapa sin problemas y echa a correr como si le fuera la vida en ello, y, coño, esas piernas largas son una puta ventaja. De todas maneras, no creo que llegue muy lejos. Asher está defendiendo ahí.

Trinity no aminora, y justo cuando estoy seguro de que van a chocar... Asher se hace a un lado y la deja pasar.

¿Qué cojones?

Todos aquellos a quienes se encuentra hacen lo mismo: JonJon, Ramsey, Marrazzo... Se apartan del camino de Trin con las manos en alto. Si ella está sorprendida por ese comportamiento, no lo demuestra.

Llega a la zona de anotación en menos de diez segundos (nuestro campo improvisado es pequeño) y tira el balón al suelo con todas sus fuerzas. Nuestros rivales empiezan a chillar como locos, el público está que no se lo cree.

Primer *touchdown* para los de la ETCT.

—¡Seis puntos para Los Camaritas! —grita Lluvia.

Trinity mira a su amiga y levanta los brazos, sin duda no le mola el nombre. Se pasea con calma entre nosotros mientras vuelve a su lado del campo. Al pasar por mi lado, me sonrío como un gato que acaba de comerse un canario.

—Les has dicho que no me toquen, ¿a que sí?

La madre que la parió. Me devuelve el guiño y regresa con sus compañeros, que la engullen entre abrazos y felicitaciones.

Me giro hacia mi equipo. No sé qué expresión tengo, pero Cooper suspira.

—Hemos seguido tus órdenes.

—Yo hablé de placarla. ¡Al menos podríais haberla detenido!

—Tú no te viste la cara, había un mensaje subliminal claro de que mantuviéramos las manos quietas.

Los señalo a todos, pero me doy por vencido. No pasa nada. Si por algo soy conocido en el campo es por mi capacidad para adaptarme a las situaciones.

Trinity



Sabía que el factor sorpresa era lo único que iba a poder ayudarnos, de ahí nuestra primera jugada. Sumar seis puntos de golpe sin duda ha sido muy satisfactorio, pero a partir de ese momento la cosa se ha puesto fea.

En especial porque Travis está siempre justo en mi camino, como si su única función en este partido fuera tocarme la moral. No me deja avanzar y coloca su enorme cuerpo delante, obligándome a rodearlo o a detenerme en seco para no chocar contra él. Algo que preferiría evitar en la medida de lo posible, la verdad.

Cuando lo vi llegar después de que sus compañeros nos retaran al partido, me maldije a mí misma de todas las formas que se me ocurrieron. Llevaba casi dos días esquivándolo con éxito. Bueno, día y medio. Evitando ver su bonita cara de idiota, esforzándome por no pensar en nada de lo sucedido en Santa Jacinta.

Sabía que no iba a poder prolongarlo mucho más tiempo, pero ¿era mucho pedir unos días más? Lo justo para recomponerme, para poner todas mis ideas en orden.

«Necesitarías cinco años para eso, no unos días.»

El frío de principios de diciembre ha desaparecido después de tantas carreras y caídas. Jadeo mientras nos colocamos de nuevo. Echo un vistazo a nuestro público. Alguien ha traído una pizarra a modo de marcador improvisado y la sostiene en alto para que todo el mundo tenga claro que

vamos perdiendo 6-12. CAMARITAS VS. MUSCULITOS, pone. Algunos ya se han sentado y están comiendo mientras nos observan.

La verdad, esto está durando más de lo que ninguno esperaba. Mis compañeros están utilizando todos los trucos que se les ocurren para engañarlos o distraerlos: fingir que se han hecho daño, señalar al cielo con sorpresa, poner zancadillas, agarrarse a sus piernas para que no puedan correr... Aun así, sé que los Bruins no están dando todo de sí. Si así fuera, habríamos perdido a los cinco minutos.

De hecho, estoy por pensar que se están *divirtiendo*. Y que esa demencia es contagiosa, porque algunos de mis compañeros también están empezando a responder a los piques con bromas y a darse palmaditas amistosas en la espalda.

—Estáis en forma —admite Marlon, con las manos en las caderas y toda la espalda sudada—. Entrenáis a diario, ¿no?

Kroix asiente.

—Todos los putos días levanto el doble de tu peso.

Marlon enarca las cejas y Monique silba.

¿Qué está ocurriendo? ¿Se están empezando a *admirar* o qué?

Vuelvo a tener a Travis delante. Me sonrío y me parece que la temperatura sube varios grados más de golpe. Es un listillo demasiado sexi. Maldito sea por ser tan guapo. Maldito sea por tener todos esos músculos que distraen tanto. Maldito sea por...

Oh.

Distracción.

Claro.

Sin dejar de mirarlo, me quito el suéter y lo lanzo a un lado, hacia donde se encuentra la árbitra Clearwater. Me inclino hacia delante, con las manos en los muslos, y siento una oleada de satisfacción cuando sus ojos castaños, un poco aturdidos, bajan mucho más al sur de mi barbilla.

Sí, llevo un minúsculo top a juego con mis leggins porque me había reunido para hacer yoga con Monique. Y estoy sudada. Y estoy muy orgullosa del par de tetas que tengo, qué diablos.

Lluvia hace sonar el silbato y cargo contra Travis. Está tan obnubilado que consigo pillarlo desprevenido, engancho su tobillo con el mío y lo tiro al suelo. El problema es que no suelo placar a personas en mi día a día y el impulso me hace caer con él.

Acabo despatarrada encima, sin aire, con la mejilla contra su pecho. Después de un segundo de realización, de darme cuenta de qué acaba de pasar y dónde me encuentro, me yergo. Coloco las manos a cada lado de su cabeza y lo miro.

No parece cabreado, solo agitado, jadeante. Su respiración me mueve, y entonces se pasa la lengua por los labios mientras me observa. Noto cómo posa su mano en mi cadera con suavidad, el calor traspasando la fina tela de los leggins, y se me escapa un resuello. En lugar de reírse, su mirada se clava en mis labios, baja a mi escote y luego vuelve a subir.

Como si no supiera qué visión prefiere, qué mirar primero.

El silbato suena y levanto la cabeza de golpe. Jaspár y Kelcey aparecen de sopetón, me agarran por las axilas y me sacan de ahí en volandas. Veo la expresión aturdida de Travis alejarse.

—Placar está bien, tía, pero los frotamientos están prohibidos en este partido —me reprende Jaspár.

—No estaba...

—Sois demasiado guapos para hacer eso delante de la peña, ¿vale? —Kels me mira como si fuera muy tonta—. Ni yo sé a cuál de los dos mirar.

En la siguiente jugada, un vistazo al rostro de Travis y sé lo que me espera. Corro como un conejo en Pascua, pero acabo siendo atrapada por ese par de brazos. Terminamos en el suelo de nuevo, solo que esta vez yo estoy debajo. Y como soy una chica lista, mantengo las piernas bien cerradas.

Coloco los puños contra su pecho.

—¿Cómodo?

Se apoya en sus antebrazos, una postura que estoy segura de que puede mantener indefinidamente y que NO me está haciendo pensar barbaridades.

—Mucho, ¿y tú?

Lo fulmino con la mirada. O al menos lo intento. Mis bonitas trenzas para hacer yoga han pasado a mejor vida, y soy de esas a las que les salen manchas rojas por todas partes cuando sudan mucho. Es de los principales motivos para que no me guste el deporte, soy demasiado presumida.

—Estás jugando con fuego, Travis Watkins.

Con el rabillo del ojo, veo cómo mis compañeros vienen a rescatarme, gritando: «¡Hay que hacer turnos para vigilarlos!».

Noto una caricia junto a la oreja.

—No lo querría de otra manera.



Después de varias jugadas similares, mis compañeros votan para expulsarme por «conducta morbosa antideportiva que distrae». La árbitra Clearwater determina una multa de cinco minutos reflexionando sobre mis acciones. Me paso el dedo por el cuello cuando camino frente a ella, pero me lanza un beso volado. Varios móviles siguen mis movimientos, hay chicas gritándome lo guay que les parezco.

No soy la primera desterrada, Cooper y Ramsey están fuera también. Ramsey se autoexpulsó después de que alguien le mordiera en el tobillo. No puede demostrarlo porque no hay marcas, pero adujo estar aterrorizado y abandonó el campo. Mejor. Tal vez podamos ganar acojonándolos uno a uno.

Cooper me tiende una botella de agua, pero no hago ademán de cogerla. Y quizá sea el fragor del partido o que el golpe que le dio Kelcey en la cabeza al subírsele por la espalda lo ha dejado aturdido, porque no me ignora como otras veces. No hace como que no es consciente de mis desplantes.

En su lugar, me gruñe:

—La madre que me parió, Trin, ¿cuándo me vas a perdonar por aquello?

—Uf, no lo sé, ¿cuando te disculpes, tal vez? —Arqueo las cejas de manera exagerada y sonrío ampliamente—. Ese suele ser el orden, ¿sabes? Una de las partes la caga, la otra se enfada, la primera pide perdón, la otra lo piensa...

—Pedir perdón por algo que no hice —farfulla pasándose las manos por las rastas y alborotándolas.

Mi retahíla sobre los pasos que seguir para que alguien perdone a otro alguien es mucho más larga. Dependiendo del grado de la ofensa, puede pasar hasta por caminar en pelotas delante de una multitud. Pero las palabras de Cooper me cortan en seco. Y sé que ha dicho algo que no

debería por la forma en que cierra la boca de golpe y me lanza una mirada de reojo. ¿Qué es esa expresión pasando por su cara? ¿Nerviosismo? ¿Cautela?

Doy un paso hacia él.

—¿Qué has dicho?

—Nada.

Cooper retrocede. Ese grandullón camorrista al que todo le importa una mierda huye de mí como un ratoncito asustado. Ramsey, muy astuto, se escabulle.

Lo evaluó con ojo crítico. Tal vez, en cualquier otra circunstancia, lo dejaría estar. No prestaría atención a ese desliz. Tal vez, tratándose de cualquier otro asunto, pensaría que ha dicho una tontería y ya está. Pero el caso es que nunca me cuadró del todo lo que pasó con Cooper. Es un buen tío. Sus psicoanálisis a veces me hacen querer cometer un homicidio, pero nunca me pareció de los que dejaban tirada a una chica sin dar explicaciones. Él más bien es de los que se presentan en tu puerta de madrugada con una bolsa del McDonald's y una gran sonrisa.

Sé que es un amigo de la leche con Asher, Dwight y Travis. Divertido, leal...

Un buen amigo.

Un amigo *leal*.

Tomo aire de golpe.

—Tú no quisiste dejarme plantada, ¿verdad?

Cooper casi parece estar suplicándome con la mirada.

—Trin...

—No me mientas más. —Lo señalo con un dedo—. No voy a ir de digna diciendo que odio las mentiras, porque son muy útiles, pero creo que ya es suficiente. Han pasado dos años. Fuera lo que fuese lo que pasó, ha prescrito.

—Estudio Psicología, Trin. Es de primero de carrera que para las tías nada prescribe. Para vosotras todo se acumula y genera intereses, como las multas de tráfico.

Qué listo es, maldita sea.

—Habla de tu manía de generalizar sobre todo el sexo femenino en otra ocasión. Ahora cuéntame la verdad, porque ya sé que hay algo. Y si no me lo dices, te perseguiré. No podrás dar un paso en el campus sin que

yo esté ahí. En cada clase, cada almuerzo, cada entrenamiento... —Como lo veo dudar, planteándose si le compensa seguir guardando ese secreto, saco la artillería pesada—. Boicotaré tus redes sociales, fastidiaré todos tus polvos. ¿Te he contado lo que hice una vez con Dwight por hacerme *spoiler* de *Juego de tronos*? Y por si todo esto fuera poco...

—¡Vale, bien! —me corta, dándose por vencido. Debería sentirme culpable, pero no lo hago—. No, no quise dejarte tirada ese día. Tenía muchísimas ganas de quedar contigo; me había duchado, me había afeitado a tope y tenía condones en la guantera.

—Esa parte te la puedes saltar.

Me frunce el ceño.

—Querías la verdad, ¿no? Pues es esta. Estaba a tope y a punto de salir de casa cuando Travis me detuvo. —Al nombrarlo, mi corazón, rastrero como es, da un brinco—. Me dijo que estabas en su lista roja. Y... eso fue todo.

Se queda callado. Lo observo sin parpadear un par de segundos.

—¿Qué narices es una lista roja?

Cuando abre la boca para contestar, su mirada se desliza a un punto por detrás de mí. Algo parecido al terror invade sus rasgos. Al girarme, me encuentro de frente con Tim Despyroux. El entrenador-dictador. Va vestido con los clásicos pantalones beige de los cuarentones, un polo blanco y una gorra de los Bruins bien calada. Ah, y su habitual expresión de querer destruir el mundo y bailotear sobre las cenizas.

Me mira, pero parece que no le resulta muy interesante. Chasquea los dedos y Ramsey aparece a su lado.

—¿Por qué no estáis jugando?

Tanto él como Cooper empiezan a balbucear.

—¿Una mordida y un ataque por la espalda? —Examina con los ojos entrecerrados el partido—. Sodoma y Gomorra —musita.

Por si esta situación no fuera lo bastante bizarra y mi cerebro no estuviera a punto de morir por sobrecalentamiento, veo al profesor Clodio acercarse con expresión divertida. Hoy ha optado por un *kilt* azul y verde y un jersey blanco apretadito. Solo puedo rezar para que haya algo debajo de esa falda.

Dwight pasa corriendo a su lado con el balón en las manos, seguido muy de cerca por Marlon. El pobre ha perdido las gafas en algún momento y

creo que solo ve colores en movimiento.

—¡Mola el *kilt*, señor Clodio!

—¡Es Clodio a secas! —Se detiene a mi lado y, tras dedicarme una sonrisa amable, se gira hacia el entrenador—. Hola, Tim.

—Andrew.

Esto yo ya lo he vivido. El silbato de Lluvia resuena.

—¡La tía buena rubia puede reincorporarse al partido!

Dudo. Ahora mismo no sé qué opción es peor: regresar a ese campo a forcejear con Travis o contemplar lo que sea que vaya a suceder entre estos dos hombres.

Me decido por la tercera opción. Me acerco a Lluvia.

—Expúlsame para siempre —le suplico.

Para este momento ya lleva la gorra de Asher, se ha puesto mi sudadera y le han traído una silla plegable para que esté cómoda mientras arbitra.

—No puedo hacer eso. Hay reglas.

—¿Qué reglas? ¡Eso de ahí es una carnicería!

—Sí, pero no permito golpes en partes pudendas, morreos, enseñar el trasero para distraer o mascar chicle.

—¿Qué?

Sierra aparece con otra silla plegable y la clava junto a la de Lluvia.

—Se lo he dicho yo. Los jugadores se concentran mucho más si mascan chicle durante el juego. Además, no son biodegradables.

—¿Tú qué haces aquí? ¡No te gustan las multitudes! —le recuerdo.

—No me gusta ser el centro de atención —aclara—. Y ahora mismo no lo soy.

Me llevo las manos a la cabeza. Me voy a volver loca de verdad. Entonces Sierra toquetea su móvil y lo gira hacia mí.

—Mira, tontaina.

Es la encuesta. Al principio pienso que hay algún tipo de fallo en la página porque los números están en movimiento y las barras de colores no paran de moverse. Hasta que me doy cuenta de que hay gente, *mucha gente*, votando ahora mismo. En directo.

Las cifras no paran de variar, pero...

Pero hay casi un empate.

Por primera vez, la encuesta está casi igualada, el azul y el lila tienen las mismas dimensiones.

Respiro hondo, sintiendo cómo la motivación y el entusiasmo crecen en mi interior como pastillas efervescentes. Termino de deshacerme las trenzas y me hago un moño bien apretado para despejarme el rostro.

—No me expulses de nuevo o jamás volveré a hacerte la manicura —amenazo a Lluvia.

Noto un cambio en el ambiente cuando regreso. Los Bruins están tensos, lanzando miraditas constantes hacia el punto en el que su entrenador está de brazos cruzados. Clodio está justo a su lado, pero eso no nos afecta para nada a los de la ETCT. No sentimos miedo ni obediencia reverencial hacia nuestro profesor, que creo que es lo más sano.

Miro a Travis. Después de intercambiar unos gestos que no entiendo para nada con Asher, su mirada se encuentra con la mía.

—Lo siento —vocaliza.

Después de eso proceden a darnos una paliza en dos simples jugadas y finalizar el partido. Lo que yo decía. Habían estado conteniéndose.

Dwight le tiende la mano a Jaspár para ayudarlo a levantarse después del placaje descomunal que le ha marcado. Jaspár la acepta a regañadientes.

—¿Estás bien, tío? Habéis jugado genial.

Sus compañeros lo corroboran. Casi parecen sentirse mal por habernos ganado. Y yo... no estoy del todo molesta, no tanto como lo habría estado en otras circunstancias. De hecho, he sentido una pizca de decepción cuando Lluvia ha pitado el final.

Tenía ganas de más guerra.

Travis se me acerca y las palabras de Cooper empiezan a repetirse en bucle con cada paso que da.

«Lista roja, lista roja, Travis me detuvo, lista roja, eso fue todo, lista roja...»

No puedo salir corriendo porque sé que hay muchos móviles grabando y muchos ojos sobre nosotros. Ahora mismo soy la representante de la ETCT.

—Quita esa expresión de tu cara, sabías que ibais a ganar —le suelto.

—Sí, pero no sabíamos que nos lo íbamos a pasar tan bien. —No hay sarcasmo en su voz, está siendo sincero—. Ha sido la hostia. Para no jugar nunca, os sabéis todos los trucos sucios.

Algunos de mis compañeros se ríen. Yo hago fuerza con los labios para no caer en la tentación.

—Ya te lo dije, los deportistas no son los únicos con vena competitiva.

—Y tienes toda...

Su frase queda velada por un grito. La multitud exclama a la vez y buscamos a toda prisa el origen del escándalo. Veo un *kilt* en movimiento y unos pantalones beige pataleando, pero no. No puede ser.

—¡Entrenador! —grita Travis, corriendo hacia allí.

Ah. Pues sí. Son Tim Despyroux y el profesor Clodio revolcándose por el suelo a puñetazo limpio. Lluvia empieza a silbar desquiciada, mientras el corrillo de alumnos se alborota y el número de móviles se triplica.

Para cuando consiguen separar a los dos hombres, a las gafas de Clodio les falta un cristal, la gorra del entrenador ha desaparecido y Monique está recolocando el *kilt* de nuestro profesor para que no haya más cosas que lamentar mañana.

—Esto era lo que querías, ¿no? —escupe Clodio. Jamás lo había visto enfadado, ni mucho ni poco. Siempre parece que lleva encima varias valerianas—. ¡Actuar como bestias!

—Llevo años queriendo romperte esas gafas de pedante. ¡¿Quién cojones lleva gafas amarillas?!

Eso parece ser un insulto gravísimo, porque Clodio intenta lanzarse de nuevo a por él. Marrazzo y Dwight tienen que sujetarlo con fuerza para contenerlo. Travis y Asher hacen lo propio con el entrenador.

—¡¡Abrid paso!!

La rectora Testawich aparece. Al descubrir lo que ha sucedido y las guisas de dos de sus docentes, no estoy segura de que no acabemos en el hospital por distintas razones. A la mujer parece que va a darle un aneurisma.

Tras respirar hondo varias veces, se acerca. Los alumnos de alrededor también lo hacen, está claro que no quieren perderse ni una palabra.

—Esto es el colmo —dice en voz baja y contenida—. Es lo último que habría esperado de vosotros. En pleno campus, delante de todos estos estudiantes... ¿Os habéis visto? No, ¿verdad? No sabéis la vergüenza que dais ahora mismo.

Los dos hombres tienen la decencia de bajar la mirada y mantener la boca cerrada. Hay ojos, pómulos y labios que ya se están empezando a hinchar.

—Se acabó. Hoy mismo cancelaré la encuesta y me encargaré personalmente de decidir el uso del Rose Bowl. Esto ha ido demasiado

lejos.

Abro la boca de par en par, estupefacta. ¿Qué? ¿Justo ahora? ¿Cuando casi habíamos igualado el marcador?

Probablemente sea una idea pésima, pero doy un paso al frente.

—Señora Testawich...

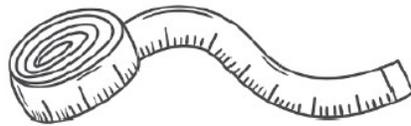
—Silencio. Acepté esta locura porque de verdad creía que podría ser beneficioso, que podríais aprender el uno del otro y nutrirnos. Limar asperezas. Pero veo que estaba completamente equivocada. —La decepción gotea de cada una de sus palabras, lo cual es mucho peor que su furia—. Esto tendrá consecuencias, tenedlo por seguro.

Sí, ahora entiendo cómo acabó esta mujer, en apariencia adorable y dócil, como rectora de una de las mejores universidades del país.

Sus ojos dolidos y frustrados se apartan por fin del entrenador y de Clodio y miran a su alrededor.

—¡Quiero esta zona despejada en cinco minutos!

Travis



Cuando me imaginaba qué podía suceder en esta trifulca entre Camaritas y Musculitos (oye, es pegadizo), jamás se me ocurrió que el motivo de su fin fueran mi propio entrenador y el profesor de Trinity.

Al día siguiente, el equipo está desanimado por motivos extraños, motivos que hace un par de meses jamás habría creído posibles. Mientras me quito las botas y los calcetines en los vestuarios, escucho sus comentarios. Hoy el entrenador no ha aparecido y hemos estado con el suplente, Bobby.

—El pique molaba un huevo.

—Pues sí, las redes sociales del equipo nunca habían estado tan activas.

—El entrenador nos dejaba grabar incluso en los entrenos.

—¡Oye, Ramsey! ¿Cómo sigue tu tobillo después del ataque zombi?

—Vete a la mierda, Coop.

Asher se deja caer a mi lado. Nuestras taquillas están juntas.

—Lo más probable es que la rectora nos ceda el campo —dice, siempre un bálsamo de tranquilidad y sensatez—. Sobre todo, si sabe que vendrán los ojeadores.

—Ya.

«Pero no es justo», pienso. A ver, estaba convencido de que íbamos a ganar y que yo iba a conseguir mi cita con Trin. Pero no así. De esta manera no hay satisfacción en ello, ni sensación de victoria. Y ya me imagino a

Trin negándose a salir conmigo (aún más de lo que tenía previsto), porque técnicamente no hemos ganado la votación.

Mi móvil suena desde la bolsa de deporte del suelo. Llevo ignorándolo desde ayer porque no sé en cuántos vídeos y fotos me han etiquetado ya, y me he hartado de ver el partidillo desde todos los ángulos posibles. Hay hasta *reels* con recopilatorios en los que solo salgo yo, haciendo zoom cuando me levantaba la camiseta para secarme el sudor. Hubo uno que guardé porque es de alguien que nos seguía a Trinity y a mí y se centraba mucho en los momentos en los que acabábamos el uno encima del otro. Se titulaba: «*Quarterback* no tiene claro cuál es la zona de anotación» y tenía decenas de miles de visualizaciones.

Sentiría celos del que grabó el culo en pompa de Trinity cuando estaba sobre mí de no ser porque, joder, es un culazo. Y no soy quién para juzgar cuando anoche me hice dos pajas pensando en ella porque no podía más con la tensión que llevaba encima.

Lo de echar un polvo con alguien, por supuesto, queda descartado. Estos cataplines llenos de amor sin repartir son para una sola persona.

Por la tarde, ya tengo planes definidos y preparados. Mi acompañante no está informada, pero no es prioritario. De hecho, es mejor si no se lo espera.

Estoy escogiendo entre la camisa negra de botones o la azul marino cuando Dwight irrumpe en mi dormitorio. Se lleva por delante la silla de mi escritorio, hace una pirueta sobre el suelo intentando no estamparse la cara y acaba empotrado contra mi cama.

Con las dos camisas en alto, sigo su trayectoria.

—Eso ha sido un pleno.

—Mierda —farfulla.

Cooper viene justo detrás, pero sin caerse.

—Tío, ven. Tienes que ver esto.

Los sigo hasta el salón. La tele está encendida con las noticias de media tarde, lo cual me sorprende porque estos dos no son de mantenerse al día con la realidad del país. El presentador da paso a un vídeo que me es muy familiar.

Porque es el partido de ayer y esos somos nosotros.

—... queja colectiva que ha surgido a raíz de una pelea entre el entrenador de los UCLA Bruins y un profesor de la Escuela de Teatro, Cine y Televisión. Son Tim Despyroux, que lleva entrenando al equipo desde

hace más de diez años, y Andrew Tremblay. Los tienen ahora mismo en pantalla.

Aparecen los susodichos redecorándose la cara, con los insultos censurados, y los chicos y yo intentando separarlos mientras esquivamos sus brazos y piernas. El silbato de Lluvia suena una y otra vez de fondo.

—¿Qué canal es este? —susurro.

Cooper me hace sentarme, como si supiera que ahora mismo mis rodillas están débiles.

—Es nacional, colega.

—Al parecer, todo se inició por una disputa por el uso del estadio Rose Bowl —continúa el presentador, muy serio mientras narra la chorrada que, no sé cómo, se ha convertido en asunto de todo el país—. Lo que empezó como una broma entre ambos grupos de estudiantes ha acabado con la probable sanción de dos miembros del personal de la universidad.

¿Sanción?

¿Van a *sancionar* al entrenador?

—Esto ha escalado y ha llamado la atención de muchísimos ciudadanos a lo largo del país gracias al volumen de quejas que los alumnos de UCLA han expresado a través de sus redes sociales. No les parece razonable que la disputa por el estadio haya acabado de esta manera cuando sus compañeros estaban llevando a cabo una competencia justa.

A continuación, empiezan a emitir distintos vídeos cogidos de Instagram o TikTok. *Stories, reels*, todos de alumnos protestando porque llevan semanas pendientes de este asunto y votando, y ahora resulta que sus opiniones no cuentan para nada. Hasta aparece Irina, la chica de Enfermería, comentando: «Queremos que las acciones del entrenador Tim y el profesor Clodio no afecten a la votación. No es justo».

Poco después, el presentador pasa a noticias *reales*, y los chicos y yo nos quedamos en silencio unos segundos.

—Me cago en la puta —susurro.

Dwight asiente.

—La rectora debe de estar dándose de cabezazos contra la pared.

Reviso mi móvil y compruebo que muchas de las etiquetas y menciones de las últimas horas están relacionadas con esta revuelta colectiva exigiendo que la encuesta vuelva a estar activa y que los votos sean válidos.

Muevo el dedo a toda velocidad, pero nunca llego al final de mis notificaciones. Una lenta sonrisa empieza a surcar mi rostro.

—Sabéis lo que significa esto, ¿no?

—¿Que vamos a tener nuevo entrenador en breve?

Estampo un cojín en la cara de Cooper.

—No. Que no está todo perdido.

—Pero si íbamos a tener el estadio igualmente.

—No me refiero a eso.



Cuarenta y cinco minutos más tarde, toco en la puerta del piso de las chicas. Me abre Sierra, que parece poco impresionada para lo mucho que me ha costado decidir qué ponerme.

—Menuda habéis liado —comenta. Sin duda ha visto las noticias.

—Pues sí. ¿Está Trinity?

—Pasa.

—¿Seguro? Ahora mismo no soy su persona favorita y no quiero que te metas en un problema por dejar entrar al enemigo.

—Pago un tercio de este alquiler, y Trinity no me da miedo.

No lo dudo. Sierra tiene un carácter reservado y frío la mayor parte del tiempo, pero una vez la vi moñear a una señora frente al Mooncake porque tiraba muy fuerte de la correa de su perro y este se estaba asfixiando.

Subo la maldita escalera de caracol y oigo el graznido del periquito de Sierra de fondo: «Pene no autorizado. Pene no autorizado». Le hago un corte de mangas y llamo al dormitorio de Trin.

—Adelante —canturrea.

Sin duda piensa que soy una de las chicas, y sin duda debería advertirla de que no es así por si no está apropiadamente vestida. Pero avisé de que este iba a ser un juego sucio.

Al abrir la puerta, para mi decepción, me la encuentro en la cama con el iPad en las piernas y apuntes a su alrededor. Lleva el pijama puesto.

Mierda.

Se yergue de sopetón.

—¿Qué haces tú aquí?

Me cruzo de brazos con mucha parsimonia y me apoyo contra el marco.

—Primer miércoles de mes.

Veo cómo aprieta los dientes con fuerza y tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no sonreír por sus calcetines de dinosaurios.

—Dijiste que ya no éramos amigos. Por tanto, los miércoles de cine están cancelados.

—Error. Dije que no me interesaba ser *únicamente* tu amigo. Y no te voy a llevar al cine.

—Eso es verdad, porque no voy a ir contigo a ninguna parte.

—Vale. —Me encojo de hombros y doy media vuelta—. Entonces nunca sabrás por qué aparecí borracho después de mi cumpleaños.

Oigo su jadeo ultrajado, pero continúo mi camino, desciendo la puñetera escalera y me echo en el sofá junto a Sierra. Está viendo un documental sobre capibaras.

—¿Te ha rechazado?

—Le doy cinco minutos para que baje.

Tarda trece, pero no la puedo culpar. La he pillado en modo empollona casera. Aparece con un conjunto cien por cien vaquero, camisa y pantalones a juego y bien ajustados. Cuando veo que se ha pintado los labios de rojo sé que es una declaración de guerra y tengo que acomodarme el paquete disimuladamente antes de ponerme en pie.

Aunque estoy decidido, siento nervios. Un vacío en la boca del estómago, como cuando echas un vistazo desde una gran altura.

—Hasta otra, Sierra. No esperes a Trinity despierta.

—Espérame.

—Usad preservativo —es la respuesta de la pelirroja.

Trinity cierra la puerta de mi Jeep con mucha más fuerza de la normal, pero no pasa nada. No soy de esos tíos que atesoran su coche.

—Bueno, ¿tengo derecho a saber adónde me llevas después de secuestrarme?

Saco el coche del parking sin dejar huellas sobre el asfalto, como una persona normal.

—Claro que sí.

No añado nada más y ella se queda callada, negándose a preguntarme por segunda vez. Tal vez me esté pasando con las provocaciones, pero no puedo negar que tiene su punto. Sigo medio empalmado.

Atravesamos Los Ángeles y sé que Trinity es consciente de que no estamos yendo hacia Westwood ni hacia ninguno de nuestros sitios favoritos. Tomo la I-10 en dirección a Downtown, el mismísimo centro de la ciudad. No es una zona a la que vayamos mucho porque solo hay oficinas relacionadas con el gobierno, rascacielos y empresas. Además de que aparcar es casi imposible.

En mi caso, eso no va a ser un problema.

Callejamos y noto la curiosidad de Trinity crecer y crecer, solapando su enfado. Salgo de la carretera y rodeo una pequeña rotonda llena de parterres muy bien cuidados. Por fin, detengo el coche frente a uno de los centenares de rascacielos. Es exactamente igual que muchos otros, excepto por el rótulo justo encima de las puertas principales: BLOSSOM'S.

—Creo que aquí no se puede aparcar —murmura Trin cuando ve cómo nos mira el segurata de la entrada.

Joder, el vacío en el estómago ahora es una sensación de ingravidez total, como si realmente me hubiera lanzado al vacío.

A ver..., un poco lo he hecho.

—Tengo permiso.

Su cabeza gira hacia mí confusa.

—¿Permiso?

«Bueno, pues ya está. Suelta la información gorda y lo demás ya se verá.»

—¿Te había contado que mi tío es el hermano de mi madre? ¿O que son mellizos?

Niega con la cabeza, despacio.

—No.

—James y Penelope, aunque desde siempre los han llamado Jim y Polly.

—Trago saliva—. Blossom. Jim y Polly Blossom.

Trinity



Es difícil decirle al cerebro que se olvide del enfado y la ofensa de un momento a otro. Sobre todo al mío. Sin embargo, hay situaciones atenuantes, y esta es una de ellas. Hace cinco minutos estaba recreándome en mi miseria, en el hecho de ser demasiado débil para mantenerme alejada de Travis y en cómo me ha chantajeado vilmente, y ahora estoy aceptando su mano para bajarme del coche frente a la sede de Blossom's.

Que por lo visto fue fundada por su madre y su tío.

El hombre que no ha parado de vigilarnos se acerca a zancadas. Sin embargo, en cuanto ve a Travis de cerca se detiene, pasmado.

—¿Travis?

—Hola, Hugh. Cuánto tiempo.

—Madre mía, sí. ¡Estás enorme! —Le estrecha la mano con evidente alegría, mirándolo de arriba abajo—. ¿Cuándo fue la última vez que viniste? ¿Hará cinco, seis años?

—Siete.

El hombre suelta un silbido.

—Cómo pasa el tiempo.

Travis solo parece... incómodo.

—¿Puedes encargarte de que nadie se lleve mi coche?

—Por supuesto, dame las llaves y despreocúpate.

Tras intercambiar un par de palabras más, se marcha. Estoy muy desubicada ahora mismo, pensando en decenas de cosas al mismo tiempo, pero lo primero en lo que caigo es en que Travis parece estarlo aún más. Mira hacia las puertas giratorias como si dieran acceso al infierno, no a unas oficinas.

Sí, mi irritación ha desaparecido por completo. ¿Cómo podría seguir estando molesta viéndolo así? Da igual todo lo que haya pasado, lleva dos años siendo mi amigo.

Deslizo mi mano en la suya y sus ojos saltan hacia los míos.

—¿Quieres entrar? —le pregunto—. Si solo lo haces para darme una explicación, no es necesario. Que lo sepas.

Toma aire y sacude la cabeza.

—No. No es solo por eso.

—Entonces vamos.

Echo a andar y lo arrastro conmigo. El vestíbulo de Blossom's es amplio y precioso. Todo en tonos blancos, cremosos y con un sutil rosa palo en los detalles. Hay un mostrador de mármol en el que no paran de sonar los teléfonos, zonas de espera con sofás y revistas de moda, alfombras mullidas y gente yendo de un lado para otro a toda velocidad. Veo el clásico símbolo de la «P» y la «B» entrelazadas y recuerdo mi conversación con Blanca sobre su pequeño trabajo con la marca.

«Hace años la dirección cambió de manos y el encanto se perdió.»

Travis toma la delantera y nos lleva al mostrador. Allí le enseña a una de las chicas una tarjeta y esta abre unos ojos como platos. Mira de la tarjeta a Travis y viceversa, varias veces. Sí, debe de haberse dado cuenta de que tiene delante a un Blossom, aunque no sea por apellido.

—Solo necesito las llaves del antiguo almacén —le dice Travis.

La chica tarda menos de dos minutos en regresar. Trae un manojito de llaves de aspecto arcaico en comparación con lo que nos rodea.

—¿Necesita que alguien los acompañe, señor?

Madre mía, están llamando «señor» a Travis. Menudo miércoles.

—No, sé el camino.

Atravesamos el edificio hacia la parte posterior, recibiendo miradas curiosas pero sin que nadie nos detenga. Abandonamos la parte más moderna, en la que las puertas se abren con pases magnéticos, hacia pasillos privados sin ventanas y mucho menos cuidados.

Travis abre una última puerta de acero que chirría y luego desaparece en la oscuridad. Me llega un fuerte olor a espacio cerrado, una mezcla de polvo y humedad. Tres segundos más tarde oigo chasquidos y las luces empiezan a encenderse.

Es una sala muy amplia, de más de cincuenta metros de largo, con techos altos llenos de lámparas industriales colgantes. Las paredes están sin vestir, con el cemento a la vista, y hay maniqués por todas partes. Largas mesas de trabajo ocupan el espacio, con muchos sillines giratorios desperdigados. Hay retales sueltos, máquinas de coser y fileteadoras acumulando polvo y estanterías inmensas con bobinas de hilos casi agotadas. Una sección de la pared de la derecha está hecha de pizarra y llena de dibujos y fotos pegadas. Hay patrones, ideas, anotaciones...

Es un taller de costura en desuso. Por el aspecto, hace años que nadie pasa por aquí. Ni siquiera se han molestado en limpiar o rescatar algunos objetos.

—Bienvenida a Blossom's —anuncia Travis. Tiene las manos en los bolsillos y examina todo con ojos tristes—. Al original.

—¿Aquí empezó todo? —No lo puedo evitar, me acerco a las mesas para mirar las máquinas de cerca.

—Más o menos. Mi madre y mi tío empezaron a coser en casa, en Napa, mucho antes de que yo naciera. Se fueron a vivir juntos tras el instituto, solo tenían una máquina de coser y muchas ideas. —Toquetea unos retales amarillentos que en su día debieron de ser blancos—. Por lo visto heredaron la pasión por la costura de su madre, mi abuela. Este taller fue el primer gran paso que dieron, el resto del edificio ni siquiera existía entonces. Lo construyeron alrededor años más tarde.

Qué fuerte, entonces estamos en uno de esos comercios pequeños que fueron literalmente tragados por las grandes superficies. Al menos en este caso no desapareció la idea inicial del negocio, fue una expansión.

El silencio de Travis se alarga. Imagino que le estará costando decidir por dónde empezar, qué contar.

—¿Todo esto está relacionado con tu veintiún cumpleaños? —pregunto, intentando ayudarlo.

—Sí. Había... —Vacila indeciso—. Tengo que contarte una historia primero.

—Vale.

—No es la clase de historia que a la gente le suele gustar escuchar.

Doy la espalda a la mesa y me apoyo, cruzándome de brazos.

—¿Como la de la chica cuyos padres se odian pero viven juntos con la amante?

Su mirada se ablanda y el fantasma de una sonrisa cruza sus labios.

—*Touché*. Bueno, estás advertida.

—No reclamaré daños y perjuicios, lo prometo.

Él también se apoya en la mesa, frente a mí. Hay un busto de tela azul lleno de alfileres clavados en un carro entre los dos.

—Cuando Blossom's empezó a despegar, ni mi tío ni mi madre estaban preparados para lo lejos que llegarían. Lo habían soñado, supongo, pero nunca esperas que se haga realidad de esa manera. El dinero empezó a entrar a raudales, contratos con otras empresas grandes, una plantilla de empleados inmensa... Pasaron muchas cosas buenas, y pudimos mudarnos a una casa grande aquí, en el centro. Yo tenía como cinco años, pero recuerdo la emoción de tener una habitación enorme, los juguetes, la ropa que quisiera. Nunca habíamos pasado dificultades económicas, pero el cambio fue gordo. —Se queda con la mirada fija en el suelo, perdida—. Y mi madre parecía que lo llevaba bien al principio... Pero eso fue cambiando.

»Mi padre, Mark, siempre la apoyó, a ella y a mi tío. Él era conductor de camiones para uno de los viñedos de Napa y podría haber dejado su trabajo perfectamente y haber aceptado un puesto de lo que fuera aquí, pero no quiso. No sé, a lo mejor empezó a ver cosas que no le gustaban y prefirió aferrarse a algo de su antigua vida. Nunca pude preguntárselo. —Carraspea y me mira—. Murió cuando yo tenía once.

Ya lo sabía, pero nunca se lo había oído decir, y mucho menos de esa manera. Con distancia, como si no quisiera que sus emociones regresaran a ese momento.

—Lo siento mucho, Travis.

—Para ese momento, la situación en casa era insostenible —continúa—. Él y mi madre estaban en trámites de divorcio. Resulta que junto con el éxito y la buena vida habían llegado otras actividades. Había que ir a fiestas, relacionarse con gente de alto standing, gente que llevaba otro estilo de vida muy distinto. Mi tío y mi madre discutieron muchas muchas veces por ese tema. Él le advirtió que estaba perdiendo el rumbo, pero ella no quiso escucharlo. Poco después mi tío cedió sus acciones y todo lo

relacionado con la empresa. Ni siquiera las vendió; consideraba que este ya no era el negocio que él había ideado y que no quería ver cómo acababa destruido. Y, sin mi tío para ser la voz de la razón y echar un poco el freno, mi madre cayó por el precipicio.

Intento tragar la saliva, tengo la garganta un poco seca.

—¿Adicciones?

Travis cabecea.

—Todas las que te puedas imaginar, pero sobre todo alcohol. Durante el divorcio, mi padre pidió mi custodia completa porque consideraba que ella no estaba capacitada para tenerme a su cargo. Eso la enloqueció, discutieron... Ella no estaba bien ese día. Al marcharse, mi padre trató de impedir que ella condujera en ese estado. Como no pudo convencerla, se subió al coche con ella.

«Oh, no.

»No, por favor.»

Siento una opresión en el pecho mientras las manos de Travis se aferran al borde de la mesa, que cruje un poco.

—Más tarde mi tío recibió una llamada. El coche se había salido de la carretera al este de Glendale, en la 210. Mi madre había sobrevivido, pero el impacto había sido por el lado del acompañante, y mi padre...

Le falla la voz y voy hacia él de inmediato. Lo abrazo con fuerza, estremecida, y sus brazos me rodean la cintura y me estrechan contra sí.

—Lo siento, lo siento —murmuro una y otra vez.

Noto los temblores de su cuerpo, aunque no suelta ni un solo sonido. Cuando se separa unos minutos después, sus ojos están enrojecidos y sus pestañas húmedas. Sé que debo de tener el hombro de la camisa manchado, pero me da exactamente igual.

Esta vez me coloco a su lado, acariciándole el brazo.

Se pasa la mano por las mejillas con torpeza.

—Después de eso nada fue igual. Yo no podía mirar a mi madre a la cara, ni ella a mí. Costó un par de años más, en los que Blossom's casi se va a pique, pero mi tío consiguió convencerla para entrar en un centro. Había intentado quitarse de en medio un par de veces y su depresión ya era crónica. Por supuesto, yo me quedé con mi tío a partir de entonces, y la empresa pasó a estar en manos del resto de los accionistas y socios. Un poco como Hensen, ya sabes.

Ah, por eso había puesto aquella cara cuando le había hablado de la empresa de mi abuelo.

—La última vez que fuimos al cine, estuve a punto de entrar en pánico porque me encontré con una de las cuidadoras del centro de mi madre, Lorna. A veces los sacan a hacer actividades, dependiendo de cómo se encuentren. Pensé que iba a ver a mi madre allí mismo, en un cine, después de más de siete años.

Rememoro aquel día. Sí recuerdo haber notado a Travis un poco raro, pero no lo pensé mucho porque estaba centrada en mis propias tonterías, fastidiada porque sentía *cosas* hacia Travis que de ninguna manera me convenían.

—¿Nunca la has visitado? —No hay censura en mi voz. Eso es algo que solo está en su mano, y entiendo que no lo haya hecho después de lo que me ha contado.

Ya era muy pequeño cuando su familia empezó a desmoronarse. Tal vez ni siquiera sienta que llegara a conocer bien a su madre antes de que esta se dejara deslumbrar por la gran vida, los lujos y los derroches. ¿Y si para él solo es la mujer que lo arruinó todo y propició la muerte de su padre?

Travis niega con la cabeza.

—Antes de que la incapacitaran, mi madre redactó un documento legal de cesión a mi nombre. —Su mano, en mi espalda, se crispa un poco—. Yo pasaría a ser propietario de todas sus acciones de Blossom's cuando cumpliera veintiuno.

—Oh.

—Sí. Viajé a Napa para visitar el bufete de abogados que lo lleva y rechazar la cesión. Como tú misma pudiste comprobar, no me fue muy bien. —Me lanza una mirada contrita—. No te he pedido disculpas como es debido por aparecer de aquella manera. Lo siento, Trin. Fuiste la primera persona en la que pensé en cuanto aterricé, pero estaba tan agobiado... que fui gilipollas y entré al primer bar que vi.

Estudio su mirada y su gesto, desechando sus disculpas porque supe que estaba arrepentido en el mismo instante en que me dijo que estaba guapa sentado en mi cama. Ahora tiene todo el sentido del mundo que nunca beba. ¿Cómo va a hacerlo y sentirse bien, cuando fue la herramienta que su madre empleó para dañarse?

—No rechazaste la cesión, ¿verdad?

—Tampoco la acepté. No hice nada, básicamente, porque al parecer soy incapaz de tomar una simple decisión.

—¿Qué es lo que te hace dudar? —Me alejo un poco para mirarlo mejor. Pienso en todo lo sucedido, en lo que me acaba de contar, y en lo que me dijo antes de viajar a Santa Jacinta: «No sé cuáles son sus planes. Estamos... enfadados»—. ¿Es por tu tío?

Cierra los ojos con fuerza. Entrelazo nuestros dedos y le doy un apretón.

—Es que... tendrías que haberle visto la cara cuando no pude firmar el documento en Napa. Me preguntó qué demonios quería, me frustré y discutimos. Así que me quedé en un hotel hasta que decidí regresar.

Me centro en los hechos objetivos, intentando desentrañar el asunto.

—A ver, ¿a qué cara te refieres? ¿Desilusión? ¿Alegría? ¿Disgusto? ¿Estreñimiento?

Exhalando un gemido bajo, Travis se inclina hasta que entierra el rostro en mi cuello.

—No lo sé. Y me da miedo preguntarle —admite—. Nunca lo he hecho, porque ¿y si quiere que yo herede todo esto? ¿Qué hago? Me ha criado, ¿sabes? Es un santo, después de todo lo que perdió. Por otro lado, ¿quién es tan tonto como para rechazar tanto dinero? Blossom's sigue siendo una mina de oro.

No puedo evitar esbozar una sonrisa de ternura y acariciarle la espalda. Mi gran gran *quarterback*, tan tan perdido. Como todos en la vida en algún momento. Como yo lo estaba al salir de casa de mis padres, cuando él se mantuvo a mi lado sin dudar.

—Dame tu móvil.

Lo hace sin pensar. Lo enfoco hacia su rostro para que se desbloquee y luego abro los contactos. Presiono sobre «Tío Jim» y se lo paso.

—Toma.

Lo coge como si fuera una bomba a punto de explotar, entrando en pánico.

—¿Qué haces?

—No estarás tranquilo hasta que resuelvas esa duda, y, por suerte, eso solo está a una llamada de distancia.

—¡Pero todavía no me he decidido!

—Sí que lo has hecho. —Señalo a nuestro alrededor—. Solo piensa en lo que has sentido al entrar aquí, porque para mí está clarísimo. Y recuerda

algo: tu tío te va a apoyar pase lo que pase.

Me parece que tiene las pupilas un poco dilatadas, como un gato asustado.

—A lo mejor no tienes razón. Se nos da de pena dar consejos sobre familia. ¿Recuerdas los míos?

Pongo los ojos en blanco justo cuando descuelgan. Se lleva el teléfono a la oreja y oigo perfectamente la voz de su tío James. Es profunda, firme.

—Hola, chaval.

Los dedos de Travis se congelan contra los míos.

—Hola, tío James.

—¿Qué necesitas?

No hay reproche en la voz del hombre, nada que indique que la última vez que se vieron discutieron y no lo han resuelto.

—Yo... Estoy en Blossom's, en el viejo taller.

Una pausa.

—Ah.

Sí, parece un hombre de pocas palabras. Y Travis, de repente, también. Le hago gestos para que hable de una vez y él parece querer sustituirme por el busto del carro y llenarme de alfileres.

—Bueno, te llamaba porque... el otro día dije cosas que no pensaba. Me agobié un poco. O bastante.

Otra pausa.

—Yo también, chaval. Es agua pasada.

—Y sobre lo de la cesión... Voy a rechazarla.

Lo único que llega desde el otro lado de la línea es una exhalación larga, pesada.

—Si tú estás seguro —dice al cabo de unos segundos.

Travis me mira, como si quisiera que yo le dijera si está seguro. Mi corazón se estremece, aunque no hay una sola parte de mí que se sienta extraña contemplando a este Travis. Siempre he sabido que tiene toda la sensibilidad y profundidad que a mí me falta. Es bueno y considerado, y por eso le ha costado tanto expresarle a su tío sus pensamientos, sus titubeos.

Porque se siente en deuda.

Porque es magnífico.

Travis Watkins, material de novio, hará muy feliz algún día a alguna chica.

«Pero ¿qué chica?»

Siento una punzada de pánico.

Esperando que no lo note, le dedico una sonrisa, animándolo en silencio.

—Sí. Lo estaba el día que fuimos al bufete, pero no me atreví a decírtelo. Tenía miedo de... decepcionarte.

—Ay, chaval. —Su tono se tiñe de paciencia frustrada, incluso de alivio. A lo mejor él también está sosteniéndole la mano a alguien porque no sabía cómo arreglar las cosas con su sobrino—. Nunca podrías decepcionarme. Esa empresa la montamos tu madre y yo y, por más que empezara llena de buenas intenciones, eso se perdió hace tiempo. Lo último que querría es que te arrastrara a ti también, por eso estaba con los nervios de punta cuando fuimos al bufete. Iba a apoyarte decidieras lo que decidieras, ¿sabes? Pero no, tú has heredado la resiliencia y el optimismo de tu padre, de los Watkins —dice con firmeza—. Y me alegro. Blossom's no es nuestra familia, ni le debemos nada. Estamos tú y yo, y eso es todo lo que importa.

Los ojos de Travis vuelven a humedecerse.

—Vale.

—No llores, por el amor de Dios.

Travis se seca las lágrimas a toda prisa.

—No lo estoy haciendo.

—Bien. Vendrás a casa en Nochebuena, ¿verdad?

—Siempre que no hagas tú el ponche de huevo.

—¡No pienso comprarlo hecho, sabe a rayos!

Me alejo para que terminen su conversación en privado, aunque Travis me retiene la mano un instante antes de dejarme ir. De brazos cruzados, paseo entre las mesas y me parece que siento el peso de todos los sueños de unos mellizos que se quedaron aquí atrapados.

Podría ser una buena historia para contar.

«Y si algún día tuvieras que contar la tuya, ¿cómo sería? —pregunta mi insidiosa mente—. ¿La de una solterona que fue de cama en cama hasta que se hartó?»

No suena mal. Hay muchas personas que permanecen solteras toda su vida y son felices. Sé que uno se puede sentir pleno sin una pareja, porque el amor está en muchas otras partes. Yo soy afortunada, estoy rodeada de gente increíble que me quiere.

Sin embargo...

«Eres tenaz, creativa y brillante.»

«Estás llena de sueños.»

«Tal vez tengo la sensación de que estás... ¿huyendo de algo?»

Cuando oigo que Travis termina la llamada, me giro.

—¿Quieres que te deje a solas? Por si es la última vez que puedes venir.

—No, pero...

Se acerca a la pizarra gigante y examina las fotos. Arranca una y, al alcanzarme, me la muestra.

Son un hombre y una mujer. De pelo rubio oscuro, casi de la misma altura, abrazados y con las mejillas juntas. Están en este mismo taller, junto a las máquinas de coser. Tienen la misma sonrisa, la misma mirada.

—Los mellizos Blossom —murmuro.

Travis señala a su madre.

—Te presento a miss Illinois del 92.

Se me escapa una carcajada que hace eco en los altos techos.

—¿Así que era verdad?

—Pues claro, no he dicho una sola mentira en mi vida.

Le doy un codazo, pero observo con una sonrisa un poco apenada a esa mujer de la foto. No sé cómo será ahora, aunque me cuesta pensar que conserve ese brillo en los ojos. Nadie puede perder todo lo que es y a sus seres queridos y seguir siendo el mismo.

—Era muy guapa, Trav.

—Pues sí.

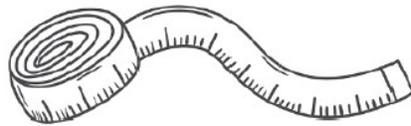
Le devuelvo la foto.

—¿Listo?

Echa un último vistazo al taller y asiente.

—Listo.

Travis



Salgo de Blossom's prácticamente flotando. Me despido de Hugh, aunque no le cuento el motivo de mi visita ni que es poco probable que me vuelva a ver por ahí. Todavía tengo que concertar otra reunión en el bufete de Napa, volar hasta allí, firmar...

Pero ahora mismo eso no me supone ningún estrés. Oír a mi tío decir que ni está ni ha estado decepcionado nunca me ha hecho querer hacerme un ovillo en el suelo y llorar como un crío. Que es lo que casi he hecho, solo me he aguantado porque Trinity estaba delante y uno tiene una dignidad de machote que mantener.

Regresamos hacia las zonas más familiares de Los Ángeles y la invito a cenar en Barney's, como cualquier otro primer miércoles de mes. Le pregunto si sabe lo del revuelo en redes sociales y los dos nos reímos porque la puta locura de la encuesta haya llegado a las noticias nacionales. Durante todo ese rato, es *casi* como si yo nunca la hubiera besado, como si el esquema de nuestras vidas no hubiera ido tomando otra forma durante todas estas semanas.

Casi, porque está ahí, en el aire. En la manera en que a veces nos quedamos mirándonos y acabamos por apartar la mirada, cohibidos.

Durante los postres, recibe un mensaje de sus compañeros del corto. Cuando veo que sus ojos se abren muchísimo, sé que ha pasado algo.

—¿Qué?

—La rectora Testawich —susurra—. Ha reactivado las votaciones. Mira. La página de UCLA se abre y, sí, ahí está nuestra encuesta de nuevo. Se han conservado los votos, pero ahora hay un mensaje diferente en la parte superior.

Debido al gran número de reclamaciones y al creciente interés del cuerpo estudiantil, se ha decidido mantener esta encuesta y que sigan siendo los estudiantes quienes decidan el uso del Rose Bowl el 10 de diciembre.

Nos alegra profundamente que se mantenga el espíritu de sana deportividad y competencia, y que de un conflicto de intereses haya podido surgir algo positivo.

Cordiales saludos,
Rectora Miriam Testawich

Me pregunto qué significará eso para el entrenador Tim y para Clodio, porque la rectora prometió consecuencias y no me parece de las que se echan atrás. Además, respeto y temo a mi entrenador y todas esas cosas, pero sí que se les fue la pinza por completo. No solo pelearon, sino que lo hicieron delante de un centenar de alumnos (o más).

Cuando vamos a pagar, los dos botes de la barra están a tope de papelitos y tan equiparados que a simple vista no podríamos decir quién tiene más. Mierda, ¿y si el grupo de Trinity gana y no puedo exigirle la cita?

Su sonrisa al ver mi cara de estupefacción es colosal.

Volvemos al coche y, justo antes de arrancar, los dedos de Trinity se posan un instante en mi brazo. El contacto es breve, ínfimo, y tiene toda mi atención al instante.

—Espera.

Mira a su alrededor y yo la imito. El parking está medio vacío, como suele ser habitual los miércoles a estas horas, apenas iluminado por viejas farolas amarillentas. De lejos se ven las luces de neón azules del Bruin Theater.

—¿Qué ocurre?

¿Ha visto algo raro? ¿Alguien merodeando?

De pronto, su mano me rodea el mentón y me gira el rostro. Y lo siguiente que sé es que Trinity Henderson me está besando. El corazón se me para. Lo juro por Dios, ese órgano traidor me va a fallar en el peor momento y va a estropearlo todo.

Se separa un segundo más tarde.

—Gracias por hablarme de tu familia. Debe de haber sido muy difícil.

—¿Qué familia?

Baja el mentón y me mira con cara de: «No seas idiota».

—¿Me has besado para darme las gracias?

Se muerde un poco el labio inferior.

—¿Sí?

«Joder, joder, joder.

»Piensa, Travis, no la cagues.»

—No lo tengo claro, eso apenas ha sido un beso.

Se me queda mirando. Cuando pienso que se va a ofender, inclina la cabeza hacia un lado y me contempla con diversión.

—¿Estás seguro?

—Bastante. Soy un gran entendido en el tema.

—Ah, vaya, entonces me disculpo. ¿Me enseñarías a hacerlo mejor?

Trinity... Ella... está entrando al juego. Conmigo. En mi coche.

—Haré mi mejor esfuerzo —murmuro, y me inclino sobre ella.

No se aparta, no retrocede, y no hay una pizca de confusión en ella cuando mis labios caen sobre los suyos. Emite el sonido más puto dulce del mundo, que cortocircuita mi cerebro al momento. La agarro de la nuca y me muevo sobre ella, instándola a que abra los labios para que pueda saborearla como llevo deseando hacer desde la última vez. ¿Fue hace días? Ahora mismo me parecen años.

Froto mi lengua contra la suya y noto su ligero sobresalto, como si todavía no estuviera acostumbrada del todo a la sensación. Eso hace que un escalofrío de puro placer me baje por la columna vertebral y vaya directo a mi entrepierna. Sí, joder, hay algo neandertal y estúpido en mi interior que se siente perversamente bien porque yo le esté mostrando todo lo que el universo de los besos puede ofrecer.

No suelo ponerme tan cachondo así, nada más empezar, pero no hay nada de simple en Trinity. Ni en cómo huele, ni en cómo la siento. Pero, sobre todo, cómo me hace sentir a mí. Coloco la mano libre en su muslo, intentando no acelerarme, hasta que ella planta la suya directamente sobre mi erección y da un apretón.

—Mierda, Trin —jadeo.

—Déjame tocarte —susurra en respuesta.

¿Me lo está pidiendo? ¿Está loca? Por mí como si me pide que me la saque fuera del coche a riesgo de que se me congele.

Ahora que todavía puedo pensar con algo de claridad, sujeto su muñeca y gruño:

—Vamos a la parte de atrás.

Ahora debería ser cuando me dice que se acabó, que hasta aquí hemos llegado, pero no es así. Asiente a toda prisa y es la primera en moverse entre los asientos. Tengo su culo en la cara durante dos gloriosos segundos antes de que se acomode, y luego la sigo.

Al sentarme, sus brazos me rodean el cuello y sus labios me buscan. Esto tiene que ser una alucinación, como cuando me emborraché. Sobre todo cuando pasa una pierna por encima de mis caderas y me monta. Le rodeo la cintura con las manos y acaricio la parte baja de su sujetador con los pulgares.

Mientras devoro su boca, se balancea sobre mi regazo y sobre mi pobre polla y sé, sin lugar a dudas, que esta chica me va a matar.

Trin rompe el beso con un suspiro.

—Si hubiera sabido que los besos son así, habría empezado antes.

—No siempre lo son —le miento—. Yo soy especial.

Su sonrisa me roza los labios. Cuando me inclino hacia delante, sin embargo, ella se aleja.

—Tengo una pregunta.

—¿Si las camisas sobran? La respuesta es sí.

—No. ¿Qué es la lista roja?

Mis manos se detienen. Mi cuerpo entero entra en suspensión.

Tal vez... tal vez no se refiera a eso.

—¿Una película?

—¿Y los protagonistas somos Cooper, tú y yo?

Golpeo mi cabeza contra el respaldo, gruñendo.

—Te lo ha contado.

—Ayer, durante el partido. A su favor diré que lo presioné un poco.

Estudio su expresión. No parece querer arrancarme la cabeza. Sigue en mi regazo. De hecho, si lo sabe desde ayer, me ha besado y ha iniciado esto a pesar de ello.

—¿No estás enfadada?

—Lo estuve. Te insulté de muchas maneras en mi mente por creer que tenías el derecho de vetarme un ligue. Aquel día esperé a Cooper casi una

hora, ¿sabes? —Mantengo la boca cerrada, porque quizá no sea el mejor momento para decirle que no me arrepiento.

—¿Y ahora?

—Ahora me gustaría oír tu versión. Y mide bien tus palabras, *quarterback*.

—No debería haberlo hecho —empiezo, y me gano su aprobación con un asentimiento—. Pero lo haría de nuevo. Espera, déjame terminar —digo cuando noto que se pone tensa—. Se me fue la pinza, ¿sabes? Apenas había pasado tiempo desde nuestro rollete fallido, todavía pensaba en ti día y noche, y de repente soy testigo de cómo Cooper y tú os lanzáis miradas cachondas. ¿Y cuando pensé que te llevaría al piso y oiría cómo os lo montabais en su habitación? No pude. Me habría vuelto loco del todo. Así que, sí, lo haría de nuevo, porque era eso o partirle la cara a un gran amigo sin merecérselo.

Me está mirando como si no se creyera del todo mis palabras.

—Pensé que habías pasado página rápido.

—¿Pasar página? —farfullo incrédulo. Levanto las caderas y empujo, haciéndole notar lo duro que estoy. Se le escapa un jadeo—. Esto es habitual cuando te tengo cerca. Sí, me he acostumbrado, me ha encantado ser tu amigo estos dos años, pero también ha sido una puta tortura. ¿Aquella vez que me pediste que te hiciera la pedicura y llevabas esos pantaloncitos de pijama? ¿Sabes lo que me apetecía hacer con tus piernas en ese momento y dónde quería meter la cabeza?

Su respiración se acelera, pendiente de todas y cada una de mis palabras.

—Tú... ¿Por qué no dijiste algo?

—¿Para qué? ¿Para que me echaras de tu vida, como has hecho con otras personas que se han colgado de ti? —Por cómo mueve la cabeza un poco hacia atrás, está claro que no esperaba que dijera algo así—. No quería alejarme. No podía. Me has tenido babeando por ti desde que te vi a través de aquellas dos videollamadas, Trinity. Llevo tanto tiempo sintiéndome así que ya no recuerdo cómo es no estarlo. Lo he llamado de distintas formas todo este tiempo para justificarme: amistad, admiración, tensión sexual no resuelta... Cuando en realidad es todo eso y más.

Sus manos se deslizan por mi cuello, provocándome cosquillas, y se posan en mi pecho. Parece buscar el latido de mi corazón, y lo que se va a encontrar es algo apresurado, nervioso, fuerte.

—Lo siento —musita, sorprendiéndome—. Creo que, en el fondo, lo sabía. Yo no... no he pretendido nunca hacerte daño, o joderte, o...

—Oye, Trin. —Acuno su mejilla con la mano, haciendo que me mire—. Lo sé. No te he contado esto para echártelo en cara. Pero querías saber mi versión, y es esa. Estás en la lista roja de todos mis amigos íntimos, porque sé dónde está mi límite en lo que a ti respecta.

Su cabeza cae contra la mía, nuestras frentes chocan con suavidad. Cuando habla, su aliento cae sobre mis labios.

—Tú también.

Me quedo sin respiración. Le acaricio la parte alta de la mejilla con el pulgar.

—Yo también, ¿qué?

—¿Te acuerdas de aquella chica el año pasado, la que te gustó en la biblioteca? Me preguntaste si tenía su número y te dije que no. Pero sí que lo tenía.

—Ah, ¿sí?

Trin asiente pesarosa, sus dedos jugando con el cuello de mi camisa. Una sensación de lo más extraña y loca empieza a recorrerme el cuerpo. Esa adrenalina que llevo sintiendo todas estas semanas, mezclada con alguna clase de euforia. Me calienta la sangre y hace que tenga muchas ganas de...

—Y este verano, una de las veces que fuimos a aquel pub de Santa Mónica, ligaste con una chica de Wilmington. Estaba claro que te la ibas a llevar al piso, así que cuando fuimos juntas al baño le dije que tenías clamidia.

Mis cejas se disparan hacia arriba.

—Bueno, ahora tiene sentido que se fuera de aquella manera y sin despedirse.

—Y justo el otro día, en Santa Jacinta, mi amiga Lorie preguntó si estabas soltero y le dije que no.

Me muerdo el labio inferior con fuerza para no reírme. Solo me faltaba que, justo cuando está confesándose de esta manera, piense que le estoy vacilando.

—Así que, básicamente, has estado jodiéndome polvos todo este tiempo de incógnito.

—Básicamente. Por eso no me duró mucho el enfado por lo de la lista roja.

Paseo las manos por sus costillas, hacia su espalda, y la empujo hacia delante, hasta que noto sus pechos aplastándose contra mí. Hasta que no hay un solo centímetro de nuestros cuerpos que no esté tocándose.

Siento escalofríos solo por eso, solo por ser consciente del momento en el que nos encontramos.

Debe de ver la risa en mis ojos, porque frunce mucho el ceño.

—Te estoy hablando en serio. He sido una egoísta.

—Trinity, si te fijaras bien, sabrías que no puedo estar más jodidamente contento ahora mismo.

—No deberías. Hice mal.

—Me importa una mierda.

—Estás loco.

—Sí.

«Por ti», pienso. Pero no lo voy a decir. Es la mayor chorrada del mundo, el mayor cliché, el mayor...

—Por ti.

A tomar por culo. Es ahora o nunca, y yo no soy ningún gallina.

Se muerde el labio, estudiándome.

—Has visto el desastre que es mi familia. Yo he salido de ahí. —Me tapa la boca con la mano cuando voy a protestar—. Me refiero a que hay conceptos básicos sobre las relaciones que he sacado de ellos. Sé que están mal, ya te dije que he tenido buenos ejemplos a mi alrededor, pero esas cosas... calan. Vi a mis padres maltratarse de todas las formas posibles menos físicamente durante años. Y ahora estoy aquí, contigo, y te juro que me siento increíble, pero hay una parte de mi mente que no para de repetir que esto no va a salir bien. Que en algún momento se torcerá, y yo estoy tan enamorada de ti que no lo podré soportar y me volveré alguien amargado y roto como mi...

Le muerdo un dedo y aparta la mano con un grito.

—¡Trav!

—¿Has dicho que estás enamorada de mí?

Sus ojos se abren de par en par.

—No.

Capturo su boca en un beso. Subo la mano hasta su cabello y enrosco varios mechones entre mis dedos para inmovilizarla. Tampoco está

haciendo por apartarme. Deja escapar un gemido de desesperación en mi boca que resuena por todo mi cuerpo.

—Vamos a averiguar qué pasa después de los créditos de una comedia romántica, ¿vale? Tú y yo.

—Puede salir fatal —dice, temblorosa, pero hay un matiz en su voz distinto. No es un rechazo, es un: «Convénceme, quiero creerte»—. Va a salir fatal.

Sonrío con fuerza.

—¿Qué te apuestas?

Voy dejando besos a lo largo de su mentón, hacia su cuello. Sus suspiros en mi oído me ponen como una moto. Busco los botones delanteros de su camisa a ciegas y empiezo a desabrocharlos, porque se me acaba de ocurrir la loca idea de que si le doy un orgasmo brutal terminaré de convencerla. Ella hace lo mismo con los míos. Chupo con suavidad la sensible piel entre el cuello y el hombro y gimotea, retorciéndose sobre mí.

Cuando por fin abro la camisa, voy a por todas y me lleno las manos con sus tetas. Las aprieto un poco. Joder, son perfectas.

—¿Sabes cuántas veces me la he cascado pensando en chuparte las tetas?

—Dudo que tantas como yo me he tocado pensando en que me follabas a cuatro.

Mis caderas sufren un espasmo, como si respondieran a su orden subliminal.

—Joder, Trin. No hagas eso.

Suelta una risita que suena ahogada, jadeante.

—Bueno, como este lugar no da para mucho, vamos a cumplir al menos la fantasía de uno de nosotros.

Se lleva las manos a la espalda y se desabrocha el sujetador, y entonces tengo delante de mí el par de pechos más perfectos que he visto en mi vida. ¿El alcohol y esa sensación de estar y no estar? Nada que hacer contra las tetas de Trinity Henderson. El mejor colocón de mi vida.

Los masajeo y me recreo en lo duros que tiene los pezones antes de que proteste y me empuje la cabeza hacia ella. Sonriendo, porque soy un chico muy obediente en el fondo, paso la lengua por el borde inferior de uno mientras aprieto con suavidad el otro. Automáticamente sus caderas empiezan a balancearse contra mi erección. Noto cómo me salen un par de

gotitas de humedad en la punta y me planteo regresar a casa con los calzoncillos corridos.

Me da igual.

—Madre mía —susurra—. Qué bien...

Por fin, me meto un pezón en la boca y hago succión. La sacudida irregular en sus caderas es todo lo que necesito en esta vida. Me entretengo excitándola, conociendo qué zonas le gustan, cuáles le dan igual y qué puntos son clave. Poco a poco, me uno a su movimiento rítmico, me apodero de sus caderas para guiarla y que muela sobre mi polla con más intensidad. Creo que se me va a quedar la marca de la cremallera para siempre.

—Travis —lloriquea.

—Tú sigue diciendo mi nombre y esto no durará mucho.

Me sujeta de las mejillas y me levanta el rostro para besarme con desenfreno. No puede parar de gemir y moverse, y yo siento que toda la tensión de las últimas horas, días y años se está acumulando en la base de mi espalda. No puedo tener los testículos más duros sin morirme por falta de riego.

—¿Te vas a correr?

Asiente contra mi boca. Entonces le desabrocho el botón de los vaqueros y meto la mano como puedo, importándome poco si me disloco el brazo en el proceso. El calor y la humedad que me reciben me explotan la cabeza. Apenas puedo apartar las bragas a un lado porque ella no deja de menearse, pero finalmente consigo tocar esa miel.

Pega tal brinco que está a punto de salirse de mi regazo. Por suerte, la tengo bien sujeta.

—Joder, Trin, estás muy mojada. Si te la quisiera meter ahora mismo entraría hasta el fondo de una, ¿verdad?

—Es... es probable.

Presiono su clítoris con la yema del pulgar y me gano el mejor puto sonido del mundo, junto con unas contracciones de la leche que avisan de que está a punto de explotar.

De pronto, sus manos luchan contra mis vaqueros.

—Sácatela.

—Tengo las manos ocupadas.

Me mordisquea el labio inferior y consigue bajar la cremallera.

—No acabaré si no puedo tocarte yo también, ¿entendido?

Bueno, a veces un chico tiene que saber cuándo una batalla está perdida. Manipulo a toda prisa mis calzoncillos, siseando cuando mi polla es liberada y aparece de los confines de los vaqueros. Me siento bien, demasiado bien, sobre todo por la forma en que Trin la observa y se relame.

—¿Te gusta lo que ves? —me burlo.

—Te lo diré cuando la tenga dentro.

—Es un trato.

Sus dedos me rodean con firmeza y empieza a moverse arriba y abajo. Me arde tanto que hasta noto sus manos frías en contraste. Cuando llega al glande y cierra el puño, me recorre un temblor y sale más líquido.

—Mierda, Trin...

—¿Así? —pregunta.

—No jodas.

Pronto, nuestros jadeos y gemidos empiezan a montar una especie de canción dentro del coche. Los cristales ya están empañados, por si alguien tuviera la mala idea de pasar cerca y no supiera qué está pasando dentro.

La posición no permite mucho, pero consigo meterle un dedo y que me apriete tanto la base de la polla en respuesta que estoy a punto de desmayarme.

—Voy a correrme —digo con voz ahogada.

Su mano acelera, yo meto y saco el dedo como un pistón a toda velocidad. Sé el momento exacto en el que llega al clímax porque sus paredes internas se cierran a mi alrededor y estoy seguro de que voy a perder el dedo. En lugar de esconder el rostro mientras gime y se retuerce, me mira.

Perdida en el placer que le estoy dando, sin aliento y aturdida, está tan guapa que llego a la conclusión de que voy a tener que provocarle orgasmos a menudo para vivir tranquilo. Que una vez que la he visto así, que le he provocado tanto placer, ya no hay vuelta atrás para mí.

Yo también la estoy mirando cuando el primer espasmo me zarandea, haciéndome gemir, y me corro en su mano.

Me parece que sí que pierdo el sentido unos segundos, porque lo siguiente que sé es que estamos abrazados, respirando agitadamente, con su cabeza en mi hombro.

—Ha sido... —Intento decir algo relevante, algo que exprese una milésima parte de lo que acaba de ocurrir. No me sale.

—Sí —dice ella.

Abrazándola fuerte, nos hago girar y la tiendo sobre los asientos. A Dios gracias que siempre lleve condones encima y en el coche, o ahora mismo tendría que buscar una farmacia de guardia y pasar la típica vergüenza de los que van con prisas.

Trin está sofocada, despeinada, con las tetas al aire y con pinta de que la han besado a conciencia. Al observarla así, todavía no estoy seguro de que esto no sea un puto sueño.

Empiezo a desatarme las zapatillas con rapidez.

—¿Qué haces? —pregunta.

—¿Ponernos cómodos?

Abre y cierra la boca varias veces, y entonces se incorpora y me detiene.

—No, espera.

—¿Qué pasa?

—Yo... siempre me apresuro con el sexo —proclama—. Siempre lo he hecho mal. No quiero... no quiero que contigo sea así.

Parpadeo. Tiene que ser una broma.

—¿Me estás diciendo que te follas a todo el mundo de primeras y yo tengo que ser el diferente?

Recibo un porrazo en el hombro por eso, pero hay humor flotando en sus ojos azules.

—Además, aún no se sabe quién es el ganador —continúa, y para mi absoluto pasmo y horror, recupera su sujetador y empieza a vestirse de nuevo—. Así que todavía no te has ganado tu cita.

—¿No calificamos esto de cita, entonces? ¿Cómo lo llamamos? ¿Calentamiento? ¿Pretemporada?

Por segunda vez esta noche, pasa entre los asientos y me muestra su maravilloso trasero dos segundos. Desde el asiento del acompañante, me sonrío. Superrelajada después del orgasmo que le acabo de dar, claro.

—A casa, Travis. Tienes toallitas en la guantera, ¿no?

Trinity



Hay cosas que una no puede ocultar a su mejor amiga. Que acabas de lanzarte a la piscina y has decidido probar suerte con el *quarterback* más solicitado de los alrededores es una de ellas.

Sobre todo, si dicho *quarterback* insiste en acompañarte hasta la puerta y luego te mete la lengua hasta la campanilla delante de tus boquiabiertas compañeras de piso.

Sierra sonrío, ufana.

—Te lo dije. Me debes veinte pavos —le dice a Lluvia.

Travis les guiña un ojo. Solo entonces me doy cuenta de que los botones de su camisa están desalineados y lleva los faldones por fuera. Por Dios, ¿puede ser más obvio sobre lo que hemos estado haciendo?

—Buenas noches, chicas.

Lluvia no puede contestar. Creo que está en *shock*. Sierra le levanta el pulgar a Travis y este me mira antes de irse. Como si no pudiera evitarlo, se inclina sobre mí para darme otro beso.

—Prepárate para la follada que te voy a meter después del partido, rubia —murmura en voz baja. Eso hace que tenga que cerrar las piernas con fuerza porque mi chichi se ha puesto a aplaudir. Y eso que lo que hemos hecho en el Jeep debería haberlo dejado satisfecho.

Lo empujo hasta que consigo echarlo. Al apoyarme contra la puerta, yo tampoco sé muy bien qué decir. Como que todo parecía maravilloso y una

buena idea en el coche, cuando las hormonas revoloteaban por todas partes.

No es que esté arrepentida, es que...

Sierra le da palmaditas en las mejillas a Lluvia.

—Oye, reacciona. Solo sé practicar primeros auxilios a animales.

Echo a correr y subo la escalera de caracol tan rápido que casi me mareo. Me encierro en mi habitación justo cuando oigo la primera exclamación de Lluvia, y luego me dejo caer al suelo.

Saco mi móvil del bolso y la llamo. Oigo la musiquilla en la planta baja, varios murmullos de Sierra, y por fin la voz agitada de Lluvia:

—¿Me estás llamando desde tu habitación?

—Sí.

Pasan unos cuantos segundos en los que solo percibo su respiración. Seguro que está paseándose por el salón, controlándose para no subir a buscarme.

—¿Estás... avergonzada?

Escondo el rostro entre las rodillas.

—Un poco.

—Te he visto hacer cosas mucho más íntimas. ¿Recuerdas aquella vez en el cuarto de contadores del instituto? Vi nalgas, y movimiento, y probablemente un testículo.

—Pero no es lo mismo.

—Ah. Aaaaahhh. —Su segunda exclamación es más alargada porque se está dando cuenta—. Ay, Trin, qué mona eres.

Como estoy abrazada a mí misma y con la nariz enterrada en los vaqueros, percibo el aroma de Travis. Es normal, después de todo lo que ha pasado. Eso *sí* que han sido frotamientos.

—No nos hemos acostado, ¿sabes? —le cuento—. A ver, hemos hecho cosas, pero luego le he dicho que todavía no estaba preparada. Y era verdad.

—¿En serio? —La voz de Lluvia derrama auténtica felicidad—. ¿Y cómo te has sentido?

—Ha sido muy diferente que con otras personas. Con él... no tengo prisa.

«Porque no lo haces para sentir que tienes el control sobre algo en tu vida.

»Porque, con él, puedes permitirte dejarte llevar.

»Porque ha visto lo peor de ti y sigue ahí.»

—Eres increíble, Trin.

—¿Por no tener sexo con un chico que me gusta?

—Por ser valiente —me contradice, y de pronto tengo ganas de llorar—. Has tenido que sentirte muy expuesta, y mírate, ahora tu novio te trae a casa y te besa en plan troglodita.

—¿Novio? —grazno.

No lo había pensado así. Travis y yo nos hemos dicho cosas muy bonitas y hemos admitido que básicamente nos gustamos desde hace dos años. A mí se me ha escapado la palabra «enamorada» como cuando intentas capturar un pececillo en la feria. Cierras la mano convencida de que lo has atrapado, y el tío está al otro lado de la pecera.

Pero ¿novios?

«Vamos a averiguar qué pasa después de los créditos de una comedia romántica, ¿vale? Tú y yo.»

Sí, bueno, eso parece lo que diría alguien que quiere formalizar.

—Vale, vale, no nos agobiemos —se apresura a decir Lluvia—. Ahora vamos a colgar con calma, dejar en el suelo los móviles lentamente, y cuando salgas de tu habitación esta conversación no habrá tenido lugar si así lo prefieres. Sierra ha preparado sus famosas bombas de patata irlandesas, y yo voy a poner *Pasión de gavilanes*. ¿Te parece?

No sé qué he hecho en mi vida para tener amigas así, de verdad.

—Me parece.



Las últimas grabaciones previas al Gran Día salen bastante bien. Hemos tenido que maquillar unos cuantos rasguños que Marlon obtuvo en el partido improvisado, y Blanca cuenta que ella estaba entre el público y lo vivió como la final de una Super Bowl.

—¿Y cuando placaste a ese tiarrón? —recuerda entusiasmada—. La gente a mi alrededor se volvió loca. Muchos de los que ya habían votado a

los Bruins cambiaron de opinión en ese momento, decían que había que tenerlos bien puestos para desafiarlos.

Finalizamos repasando las opciones para las escenas que quedan por grabar. El contenido va a ser el mismo pase lo que pase, y no les afecta a ellos como actores, solo deben estar pendientes del móvil. Si ganamos la encuesta, iremos mañana a grabar al Rose Bowl. Si no, entrará en juego la segunda opción y utilizaremos los sets de la ETCT. Jaspas me asegura que podemos lograr que no quede muy falso, aunque no suena muy convencido.

—No pasa nada —lo apaciguo con una sonrisa—. Ya sea con un estadio de verdad o no, estoy segura de que saldrá estupendo.

Tres pares de ojos recelosos se posan sobre mí. Mi sonrisa flaquea.

—¿Qué?

—¿Acabas de decir que estás *segura* de que saldrá *chachi*? —Kelcey me mira de arriba abajo, como si buscara algo en mi físico que justificara mis palabras.

—No he dicho «chachi».

Me rodean y empiezan a chincharme.

—¿Estás bien?

—¿Te han abducido los alienígenas de la confianza mientras dormías?

—Parad. —Me echo a reír—. Solo estoy contenta y tranquila. Hemos trabajado duro, ¿no? —Los tres asienten—. El profesor Clodio dijo que teníamos potencial, seleccionaron nuestra idea a pesar de ser novatos, y vamos a padecer insomnio el semestre que viene para que todo lo que hemos grabado tenga sentido. ¿Que El Beso no puede grabarse con unas gradas de verdad al fondo? Es lo de menos.

Monique finge que se seca unas lágrimas.

—Estoy tan orgullosa de ti.

—No, pero aquí hay algo más. —Jaspas, que tiene como un sexto sentido, estudia mi rostro de cerca—. Un brillo, un resplandor, una luz.

Kels suspira.

—¿No se te ocurren más sinónimos?

Nos vamos a comer juntos, con Blanca y Marlon, y una idea revolotea por mi mente mientras brindamos como si todo el trabajo estuviera hecho. No es así, y en cualquier otro caso me sentiría inquieta en este momento y contemplaría a mis compañeros con algo de pena por ser tan ingenuos.

Hoy me concentro en disfrutar el momento, satisfecha por lo que he conseguido hasta ahora por primera vez en toda mi vida. Pensando en Travis, y en el valor que tuvo que reunir para llamar a su tío y cortar lazos con todo un legado. Porque, a pesar de que le ha traído mucho dolor y desgracias, es otra forma de distanciarse de su madre.

«A veces las tornas cambian y somos nosotros los que tenemos que educarlos a ellos. Enséñales quién eres y cuáles son tus sueños y ambiciones, Trin.»

«Entiendo que quieras que tus padres vean eso y lo aprecien, y tienes mi ayuda incondicional para conseguirlo. Pero ¿sería tan grave que no pasara?»

Pues... no.

Creo que *puedo hacer* que no sea grave. Conseguir que, aunque me duela, no ocupe mis pensamientos más tiempo del necesario.

Pero, para eso, también necesito hacer una llamada.

O algo similar.



De:trinityefron@gimail.com

Para:levihenderson@hensen.com, mistyhenderson@gimail.com

Asunto: Importante, DE VERDAD

Espero que leáis este e-mail y no acabe en la papelera o en el *spam*. Más que nada porque es duro decidir que la mejor vía de comunicación con tus padres es a través de un ordenador y que encima te ignoren.

Iré al grano.

No sé en qué momento vuestras vidas se torcieron y dejaron de ser aquello que esperabais. Imagino que es doloroso sentirte atrapado en una vida que no deseas. Pero yo no tengo la culpa.

Mamá: papá no tiene la culpa de que hayas decidido ser una mártir y preocuparte más por el qué dirán que por tu propia salud.

Y, papá: mamá no tiene la culpa de un embarazo que ninguno de los dos trató de evitar, ni de que sintieras la obligación de casarte con ella porque era lo «apropiado».

Tomasteis decisiones y no habéis sabido vivir con las consecuencias. Me parecéis cobardes, la verdad. Pero sois mis padres. Y os quiero.

Al final veréis los datos de una psicóloga online que tiene muy buenas referencias. Se llama Claudia, tuve una consulta con ella ayer y parece estupenda. Es lo mejor que se me ha ocurrido, ya que vosotros estáis en Santa Jacinta (casi siempre) y yo en la universidad.

No es terapia familiar, no os asustéis. Dudo que estemos preparados para eso, yo al menos no lo estoy. Es para vosotros. Por separado, juntos... No sé. Si decidís que no la necesitáis, lo entenderé. Y vosotros deberéis entender que para mí sea la bandera roja definitiva y decida apartarme. No puedo seguir así, esperando constantemente que las cosas cambien y que de repente me veáis de distinta manera y no como un estorbo o una decepción. He gastado muchas más energías de las que probablemente sepáis jamás para que esta familia se recompusiera, aunque solo fuera un poco, pero me he dado cuenta de que esa no era mi tarea. Era la vuestra. Y lo habéis hecho fatal.

Seguís invitados a ver mi cortometraje en el festival de primavera, habrá dos asientos guardados para vosotros. Pero, si no venís, no pasa nada. Estoy aprendiendo a vivir sin vuestra aprobación ni la de nadie. Deberíais probarlo.

Un abrazo (metafórico, no sé ni cuándo fue la última vez que nos abrazamos),

Trin

Doy sorbitos nerviosos a mi capuchino mientras espero a que Travis lea el e-mail. Ya está enviado, la suerte está echada, pero he sentido la necesidad de mostrárselo. A nuestro alrededor, el Mooncake está más que preparado para la inminente Navidad.

Hay velas rojas en todas las mesas y muérdago colgando de cada umbral: al entrar, en los baños, para acceder a la cocina. Los cafés ahora vienen siempre acompañados de malvaviscos y hombres de jengibre, y el hilo musical es Michael Bublé una y otra vez, en bucle, intercalado con el éxito eterno de Mariah Carey. En California todavía no ha nevado ni está previsto, pero la Navidad se siente más si escuchas *Let It Snow!* mientras hueles la canela en el aire.

El expositor de dulces tiene delicias como *cupcakes* en forma de árbol, mazapán recién hecho con bastoncillos de caramelo clavados y las galletas de nuez típicas de China, que simbolizan la felicidad que uno desea para sus seres queridos.

Mi mirada se cruza con la de Jing, la hija mayor del señor Chiang. Por su rostro fatigado y cómo se frota las lumbares, tiene pinta de desear que llegue una tormenta de nieve nunca antes vista y que la gente se quede encerrada en sus casas y no tengan antojo de cafés.

—Guau —dice Travis finalmente.

Mis ojos saltan hacia él.

—¿No crees que soy una cobarde? —suelto—. Podría haberlos llamado.

Me mira con cara de: «¿Me tomas el pelo?».

—Trin, acabas de decirles a tus padres que te retiras de su locura y que busquen ayuda psicológica. Ahora mismo estoy un poco empalmado.

Me relajo un poco en el asiento.

—Sospecho que eso último no es nada excepcional, pero bueno.

Me sonrío y me devuelve el iPad.

—¿Estás bien?

Apoyo el capuchino en la mesa, reflexionando acerca de su pregunta.

—Pues sí —determino—. La verdad es que sí. No he tenido que reunir *tanto* valor como cuando les dije que quería abandonar la carrera en Reno, ¿sabes? —Asiente, como si me comprendiera—. Tal vez porque estar lejos de ellos durante todo este tiempo me ha permitido, no sé, distanciarme también emocionalmente. Cuando los tengo cerca todavía no puedo controlar lo que me provocan, caigo en su juego como una tonta, pero desde aquí me siento mejor. Si te digo que me vino bien revivir lo que pasa en mi casa para darme cuenta del contraste con mi nueva vida y lo mucho que me gusta lo que he conseguido, ¿me crees?

Sus ojos se han empequeñecido, sonrientes, llenos de... ¿orgullo?

—Claro que sí. Tiene sentido. A mí me sirvió la borrachera para darme cuenta de que no soy, ni nunca seré, como mi madre.

Abro la boca de par en par.

—¿Lo has pensado?

Se encoge un poco de hombros, pero no a la defensiva, sino relajado.

—A veces. Les doy muchas vueltas a las cosas y siempre me he negado a tocar el alcohol, porque ¿y si eso se hereda? ¿Y si me gusta lo que me hace sentir? Pero no, fue un viaje de mierda y al día siguiente estaba para el arrastre. —Se inclina hacia mí desde el otro lado de la mesa y baja la voz—. Y aunque conseguí que te arrodillaras frente a mí, prefiero que sea en otro contexto.

Noto cómo me sube un calorillo agradable por el borde del jersey, hacia la cara. Le sonrío con picardía.

—Vas a tener que portarte muy bien para que eso pase de nuevo.

—Seré un puto santo.

Sus dedos escalan por mi mano, trazando mis nudillos, y empiezo a sentirme inquieta. En el buen sentido. Está guapísimo, con una camiseta de manga larga negra que hace contraste con el color de sus ojos y sus bucles,

y una cadena plateada colgando por fuera. En lugar de disimular sus músculos y el contorno de sus hombros por el tono oscuro, parece que lo potencia. Seguro que también la ha arreglado para que parezca hecha a medida.

—Esto no es una cita —le recuerdo—. El Mooncake es terreno neutral.

—¿Y? —Su pulgar se desliza por mi muñeca, acariciando la piel sensible de ahí.

—Prefiero que el señor Chiang no vea tu erección y nos prohíba volver a entrar.

La campanilla de la puerta suena al mismo tiempo que la carcajada de Travis, y una algarabía invade la cafetería. Enseguida reconocemos las voces. Asher, Lluvia, Dwight, Cooper y Sierra entran en tropel, abrigados hasta las cejas y discutiendo-riéndose por algo.

Se despliegan a nuestro alrededor con más rapidez que un equipo de asalto. A Cooper lo empujan hacia mí, pero el chico se queda quieto, como si no supiera muy bien qué hacer. Me deslizo hacia la ventana y palmeo el asiento a mi lado.

—Ven aquí. ¿Qué te ha pasado en las rastas hoy?

Hay un destello de sorpresa mezclado con alivio en su mirada antes de acomodarse.

—Anoche Dwight se empeñó en hacerme el retoque con la aguja de ganchillo. Como podrás comprobar, tiene el pulso de una señora de noventa años.

El susodicho intenta defenderse, pero las pruebas son fehacientes. Parece que Cooper ha pasado por un túnel de lavado sin el coche.

Llegan más cafés, dulces, y un trozo gigante de mazapán para Lluvia que ella asegura que va a compartir con Asher y todos sabemos que no es así. Él se levanta para ir a preguntarle al señor Chiang si no ha habido contaminación cruzada al hornear los dulces, por la alergia al maní de Lluvia. Se lo habrá preguntado doscientas veces desde que venimos a este lugar, y el señor Chiang lo habrá insultado en chino otras doscientas por dudar de su profesionalidad al manipular alimentos.

Travis lleva diez minutos dándome pataditas bajo la mesa cuando Cooper carraspea.

—Eso es mi pantorrilla, tronco.

—Ah, lo siento.

Su amigo hace rodar los ojos y mira al resto.

—¿Cuánto tiempo más tenemos que fingir que no los hemos visto hacer manitas desde fuera?

—¡Cooper! —lo reprende Lluvia.

Sierra levanta la mano.

—Estoy de acuerdo con el caníbal, sin que sirva de precedente.

—Las costillas a la barbacoa son lo más patriótico que te puedes echar a la cara, ¿estás diciendo que el ochenta por ciento de Estados Unidos es caníbal?

—Sí.

Travis y yo nos miramos. No es que hayamos estado planeando ocultar nada, pero...

Dwight se levanta.

—¿Votos a favor de dejarnos de tonterías y felicitar a la parejita?

Todos menos Asher levantan la mano. Cuando lo miran, se limita a murmurar:

—A mí me da igual, es voto en blanco.

—Así va el país. Bien, decidido por mayoría. Travis, Trinity, sois la segunda pareja oficial del grupo. —Dwight aplaude cortésmente y los demás lo imitan—. Debéis respetar las mismas reglas que Ash y Lluvia: no se cuenta dinero delante de los pobres y está prohibido escaquearse para hacer cochinas en las fiestas grupales. La segunda nunca se respeta, pero no está de más recordarlo.

—La última vez nos quedamos —protesta Lluvia.

—Porque te quedaste dormida encima de la mesa de *beer pong*. No cuenta.

Luego continúan la reunión como si esto no fuera gran cosa. Como si yo no hubiera pensado un par de veces en cuáles serían sus reacciones al descubrirlo, si desconfiarían de que no fuéramos en serio y el grupo pudiera romperse un poco por nuestra culpa.

Sierra y Cooper ya se han metido en otra pelea, a ver quién tiene la conciencia más limpia en cuanto a consumo responsable, y Dwight, Lluvia y Asher están apostando quién será anunciado ganador mañana. La encuesta estará activa hasta la medianoche de hoy, y el resultado se revelará primero en privado en el despacho de la rectora. Seguro que la mujer quiere hacer contención de daños todo lo posible.

El móvil me vibra y Travis me hace gestos para que lo mire. Después de la visita a Blossom's y de descubrir su historia familiar, cambié cómo lo tenía guardado. Jamás me dijo que le molestara, pero ya no me siento cómoda con el mote.

Quarterback: Deberías verte la cara.

Yo: ¿No son muy raritos?

Quarterback: Sip.

Los adoro.

Yo: Yo también,
qué remedio.

Como no recibo respuesta inmediata, levanto la cabeza. Travis sigue mirando su móvil, con el ceño un poco fruncido. Sus pulgares vuelven a moverse.

Quarterback: Entonces, la próxima vez que una Lorie o una chica de Wilmington se me acerquen, ¿puedo utilizar la carta de la novia?

Ay, ay, ay, no quiero ruborizarme justo aquí, justo delante de todos estos entrometidos. Trago saliva, tecleo una respuesta rápida y guardo el móvil en el bolso.

Yo: Puedes y DEBES.

La sonrisa ufana de Travis podría encender todas las velas del Mooncake al mismo tiempo.

—¿Trin? —me llama Dwight.

Aparto la mirada del tonto de su compañero.

—Dime.

—Si mañana, por razones completamente ajenas a nuestra voluntad, ganamos la votación, no nos dejarás de hablar, ¿no?

Bufo divertida. No creo que intentar boicotearnos durante dos meses pueda considerarse «completamente ajeno a su voluntad», pero prefiero no hacer ningún comentario.

—¿Eso es lo que te preocupa?

—Pues sí —dice muy serio.

Cooper asiente, de acuerdo.

—El día que supimos lo de las grabaciones y tal no nos entraba en la cabeza que alguien pudiera tener preferencia sobre nuestro partido. La verdad, fuimos bastante esnobs.

Arqueo las cejas.

—Chicas, sacad las cámaras. Está entrando aire en estos cerebros.

Chasqueando la lengua, Cooper choca su hombro contra el mío.

—Ninguno de los del equipo piensa así ahora. En serio. Y ha sido la leche competir contra vosotros.

Una sonrisa de simpatía se me escapa.

—La ETCT opina igual. Ya no les parecéis bebés gigantes llorando porque os han quitado el biberón.

—Menos mal, porque le he echado el ojo a una chica de allí —musita Dwight por lo bajini.

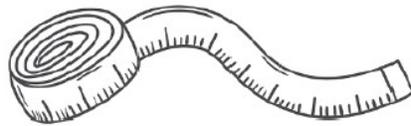
—Y no, no os dejaré de hablar —añado.

Hago promesa de meñiques con los dos bajo la supervisión de Lluvia, y este momento ya no puede ser más surrealista.

O sí, porque, con un jadeo entrecortado, Jing tira su bandeja al suelo y luego rompe aguas en medio del Mooncake.

—Ya era hora —comenta Travis.

Travis



A la reunión con la rectora solo acudimos algunos representantes, porque su despacho no es tan grande y creo que la mujer prefiere ahorrarse más posibles trifulcas. No sabe que, al menos por nuestra parte, no hay ninguna intención.

Asher y yo nos encontramos en las puertas de entrada de Murphy Hall con el entrenador Tim. Joder, Clodio debe de pegar fuerte y esconder a un luchador de MMA debajo de esa ropa estrafalaria. La ceja izquierda no tiene buena pinta, le han dado como tres puntos, y su nariz parece el doble de grande de lo normal.

Su forma de mirarnos como si pudiera matarnos y al mismo tiempo enterrarnos, sin embargo, es la misma.

—Andando —ruge antes de que podamos preguntarle cómo se encuentra.

Lo más probable es que prefiera que finjamos que no vemos los golpes.

En la tercera planta nos encontramos con Trinity, Monique y Clodio.

—Joder —se le escapa a Asher al verlo.

Tiene la forma de las gafas casi calcada en su rostro, pero en tono morado. Lleva el cabello recogido y se ven perfectamente unos arañazos en su cuello que, si me dijeran que los ha hecho un gato rabioso, me lo creería.

En cuanto se miran, los dos hombres empiezan a exudar algo que vuelve el ambiente cargante, incómodo de cojones. No dicen nada, pero no hace

falta. Esto parece un funeral inminente.

Por suerte, la rectora Testawich es superpuntual y aparece por el final del pasillo con sus pasitos cortos y decididos.

—Buenos días a todos. Uf, miraos. —Ella es mucho menos diplomática que nosotros cuando se encuentra con sus subordinados—. Con la edad que tenéis... Y tenía que estar yo en el cargo cuando sucediera. En fin, adelante. Pasad, chicos, sé que tenéis ganas de saber qué ha sucedido.

El despacho es grande, de madera oscura con grandes ventanales y un espacioso salón en el que sin duda se llevan a cabo reuniones importantes. La rectora se dirige hacia su escritorio, sin embargo.

—Seré breve —dice, inclinándose y rebuscando entre unos papeles—. No hay ganador.

No nos está mirando a ninguno al decirlo, y tal vez por eso todos nos quedamos a la espera de que añada algo más. Como: «No hay ganador porque todos sois estupendos, pero el estadio es para los Bruins», o «No hay ganador en mi corazón, pero la ETCT puede grabar allí mañana».

Cuando el silencio solo se alarga, Trinity es la primera en farfullar, estupefacta.

—¿Disculpe?

Apoyando las manos sobre la superficie de la mesa, la rectora levanta el mentón. Su expresión es determinada. No parece estar tomándonos el pelo, no.

—Os puedo asegurar que el resultado ha sido tan reñido que la diferencia es irrelevante. Lo que habéis aprendido durante estas semanas, en cambio, importa mucho más.

Eso no tiene ninguna clase de sentido y va en contra de lo que significa votar. Porque, aunque la diferencia sea de un solo voto, es relevante. Decisiva, vaya. Es lo que pone a una persona en la presidencia de este país y a otra la manda a pastar.

Esto es...

Se me escapa una risa-jadeo que intento sofocar con la mano. Asher me da un codazo. Sí, joder, sé que no es el mejor momento para reírse, pero ¿qué coño quiere que haga? Esto ya no tiene ni pies ni cabeza.

Además, ¿por qué ni el entrenador ni Clodio están pronunciando palabra? ¿Tanto los ha acojonado la sanción de la rectora? De la cual, por cierto, todavía no se sabe nada.

Carraspeo.

—Entonces, señora Testawich, ¿puede decirnos quién tiene el estadio mañana?

Su mirada se suaviza un poco.

—Por razones meramente objetivas, hemos decidido que el equipo juegue mañana en el Rose Bowl contra Cal. —Las protestas de las chicas aparecen al instante. Sé que a Trinity ya no se le va la vida en ganar, pero entiendo que esto no es lo que estaba acordado—. Calma, chicos, todavía no he terminado. He movido unos cuantos hilos en el ayuntamiento, levantado un par de teléfonos, y el grupo de la ETCT podrá grabar como estaba previsto en el estadio al día siguiente.

Trinity y Monique intercambian una mirada.

¿Qué? ¿Tan... fácil?

La rectora interpreta a la perfección nuestras caras.

—No, no ha sido sencillo. Ahora le debo un favor gordo a la alcaldesa Duckett, y esa mujer no tiene piedad. Pero creo que ha merecido la pena. Esto empezó en un punto de absoluto no entendimiento entre vosotros, y creo que habéis llegado a respetaros durante el proceso. Los únicos que no han captado el mensaje han sido vuestros superiores. —Esboza una sonrisa plácida que genera escalofríos—. Pero también he puesto remedio a eso. ¿Verdad, chicos?

Tanto el entrenador Tim como Clodio asienten, la vista fija en el parquet del suelo.

«¿Qué diablos...?»

—Debo decirle que tal vez el resto de los alumnos no estén contentos con esto —comenta Trinity, un poco más calmada.

—Lo explicaré en el comunicado —asegura la rectora—. Sus votos se han tenido en cuenta. Es más, es lo que me ha llevado a decidir que ambos merecáis obtener aquello por lo que lleváis dos meses luchando. Sé que voy un poco en contra del famoso sueño americano, pero el progreso no siempre significa pisotear a otro para llegar más lejos. Espero que podáis entenderlo.

¿Entenderlo? Nos ha dado a ambos grupos lo que queríamos y cero represalias después de lo lejos que ha llegado nuestro desacuerdo.

Ahora no tendré que sentirme mal porque Trinity no pueda terminar sus grabaciones como había previsto y soñado, ni soportar a los de Cal y su afición en el Memorial Stadium.

—Ahora os comentaré dos pequeños detalles sobre el partido y las grabaciones —añade la rectora. Rodea el escritorio para sentarse en el borde, frente a nosotros, y juraría que noto cómo todos y cada uno de los músculos de mi entrenador y de Clodio se tensan. La sonrisa de la mujer contiene tanto regodeo que da un poco de miedo—. ¿Lo explicáis vosotros, Tim, Andrew, o lo hago yo?



El resultado de las votaciones corre como la pólvora y vuelve a salir en las noticias nacionales. Sí, algunas personas no están del todo de acuerdo con la decisión final de la rectora, pero la gran mayoría se lo toman de la misma manera que se han tomado todo este asunto: a risa. Porque empezó siendo una rivalidad absurda entre alumnos, y ha traído noticias, salseo y entretenimiento durante parte del semestre. Y eso es suficiente.

Unas horas antes del partido contra Cal, me inflo a carbohidratos y proteína magra. Luego, mientras voy bebiendo mi licuado de avena y plátano, repaso con los chicos las estadísticas de Cal, sus últimos partidos y qué tal lo están haciendo sus mejores jugadores.

Un carraspeo tímido me interrumpe. Por enésima vez.

—¿Y esto lo hacéis antes de cada partido?

—Sí, prof... entrenador Clodio. —Mierda, es que suena rarísimo. No me acostumbro. Ni al nombre ni a que el profesor de Trinity esté sentado donde normalmente se sienta el entrenador Tim, lleve su ropa y su silbato y vaya a estar todo el día pegado a nosotros. Los pantalones le quedan raros. Para empezar, el entrenador jamás se sentaría con las piernas cruzadas y las manos juntas—. Es la rutina prepartido. Tiene la tableta que le dio el entrenador, ¿no?

Clodio dedica una mirada de apatía al aparato, que está sobre sus muslos y apagado.

—Sí, pero no entiendo nada de lo que pone ahí.

—No pasa nada —digo con los dientes apretados—. Si tiene cualquier duda, puede preguntármela.

Luego vuelvo a darle al *play* para seguir repasando jugadas. ¿La rectora Testawich sabía que esto iba a ser un castigo también para nosotros? Con lo tenso que me pongo antes de los partidos, un señor que no para de hacer preguntas absurdas es lo último que necesito.

Lo llevamos con nosotros de un lado a otro durante toda la mañana. El suplente, Bobby, está merodeando por aquí, pero no puede intervenir. Para que la sanción de Clodio sea completa, tiene que *vivir* al cien por cien lo que es estar a cargo de un equipo de fútbol. Esas fueron las palabras de la rectora.

El hombre parece asustado por todo el líquido que bebemos conforme menos tiempo queda para el partido, hasta que le explico que es necesario porque perdemos mucha agua corporal por la alta intensidad del ejercicio y hay riesgo de deshidratación.

Va pasando de perdido y receloso a francamente sorprendido por nuestra preparación. Está de espectador y no de entrenador, no podemos engañarnos, pero siento una punzada de orgullo cuando sus preguntas dejan de ser sarcásticas y empieza a interesarse de verdad.

Ve el lema en la puerta del despacho del entrenador, GANAR O MORIR, y parece a punto de darle una apoplejía.

Le explico el funcionamiento de la tableta y que tiene que estar atento a las estadísticas que se le muestran durante el partido por si algo se complica y tiene que sacarnos a alguno del campo.

—Si me equivoco, ¿puedo fastidiar el partido? —pregunta.

—Pues sí. Pero el entrenador tiene que saber quién debe ir fuera, ya sea porque tiene riesgo de lesionarse, porque no está comportándose como es debido, porque se ha convertido en el objetivo de algún contrario, porque...

—Vale, vale —me interrumpe atosigado.

Miro a mi alrededor para asegurarme de que nadie nos está prestando atención y bajo la voz.

—El *quarterback* y el entrenador están conectados en todo momento. Tengo micro y altavoz en mi casco. Yo lo guiaré, ¿vale?

—Pero Mimi ha dicho que habrá ojitos en el partido, debes concentrarte.

—*Ojeadores*, y sí, estaré concentrado. No se preocupe.

Aunque no es tan alto como yo, me pone la mano en el hombro y aprieta.

—Lo siento mucho, chico, estás sobrecargado por mi culpa y la de Tim.

—No pasa nada, pero dígame a la rectora que se encargó usted solo de todo, ¿vale? Prefiero que este intercambio tan guay entre departamentos no vuelva a repetirse.

Suspira.

—Y yo.

Decido no enseñarle el libro de jugadas, no entendería nada de lo que hay ahí. Además, llevamos semanas trabajando en la estrategia para este partido. Ahora solo falta serenar la mente y ponerla en práctica.

Ya en el vestuario, y equipados con todo el uniforme, Asher me da unas palmaditas.

—Te tengo una sorpresita, tronco.

Hay diversión en su mirada cuando me señala la puerta del vestuario.

—Esto me resulta familiar. —Me río, empujándolo un poco. Es lo mismo que le dije la primera vez que Lluvia se apareció por aquí hace dos años.

—No te emociones, porque no está el entrenador.

—¿Cómo que no? Míralo, está justo ahí, con Ramsey explicándole la diferencia entre un pase y una carrera.

Salgo al pasillo y me encuentro con Trinity. Bueno, casi. Lo intuyo por las piernas largas que asoman debajo del descomunal ramo de flores.

—¡Sorpresa! —exclama.

Aparto el ramo con una sonrisa extrañada.

—¿Me has traído flores?

—¿Hay alguna regla que prohíba que las novias lleven flores a sus novios?

Mira, si esta chica me llama novio, por mí como si me regala un set de pedicura y lazos para el pelo. Rodeo su cintura con los brazos y la atraigo hacia mí.

—Ninguna. Me encantan.

—No sé si te has dado cuenta de que son amarillas y azules, como los colores de tu equipo.

—Mmm... —Me inclino para besarla.

Se escabulle.

—Espera. Mira.

Se da la vuelta y sé que soy imbécil porque lo primero que hago es bajar la vista hacia su culo. Hasta que me doy cuenta de que lleva una camiseta bastante grande que le llega hasta medio muslo. LEO UCLA BRUINS 3 en su espalda, y una llamarada me recorre todo el cuerpo.

Lleva mi número. Se ha comprado una camiseta con mi número.

Me mira por encima del hombro, sonriente. Está preciosa. Es la tía más sexi y despampanante que he conocido en la vida, y todavía estoy asimilando que ahora ya no tengo que contenerme para no meterle mano cuando vayamos al cine. Que, si hoy consigo algún *touchdown*, puedo señalarla en el público.

Todas las chorradas de idiota enamorado, vaya.

—¿Te gusta?

—Ven para que te demuestre cuánto.

Pero ella me estampa las flores en el pecho y se aleja, riéndose.

—No, no. Me he estado informando. Cualquier práctica sexual antes de un partido puede afectar a tu rendimiento.

No puede ser.

—Será solo un beso.

—No me fío. ¡Arriba los Bruins! ¡Fiat Lux! ¡Muerte a Cal!

Y se marcha.

Varias cabezas se asoman desde la puerta del vestuario.

—Pero qué flores tan bonitas, capi.

—¿Son para nosotros? No tenías por qué.

El silbato suena desde el interior.

—¡Adentro todos! —exclama la voz de Clodio—. ¡Tenéis que... estirar! Y comprobar que tenéis bien atadas las botas y que no haya etiquetas por fuera y esas cosas.

A mi pesar, vuelvo al vestuario con una sonrisa.

Trinity



He asistido a muchos partidos de los Bruins desde que estoy en esta universidad. Bueno, pues sigo sin enterarme de casi nada de lo que pasa en el campo. Quisiera convertirme en una experta, y no solo porque ahora esté probando el mundo de las relaciones estables con Travis. Es que muchos de mis amigos son jugadores y es una parte muy significativa de sus vidas.

Pero nada, no hay manera. Solo veo chicos corriendo hacia la derecha, un balón en el aire, gente en el suelo, chicos corriendo hacia la izquierda y muchos cascos. Reconozco a Travis por sus piernas y por el 3 en la camiseta.

Ahora que presto un poco de atención, entiendo por qué querían tan desesperadamente jugar en casa este partido. Ya antes de pasar a nuestros asientos había comentarios de toda clase de los visitantes. Ha venido gran parte de la afición de los Golden Bears a apoyar a su equipo, pero es que además la gente en general está emocionada por este partido, porque es un pique tradicional entre las dos universidades de California.

Hay tensión en el ambiente, mezclada con excitación, nerviosismo y furor. Me alegro de que los chicos jueguen en su campo, la verdad. Yo aprovecho para recrearme en la experiencia sabiendo que mañana tendremos todo el estadio para nosotros.

Nuestros amigos han ocupado una gran parte de la grada. Estamos todos. Lluvia, Sierra, Monique, Kelcey, Jaspár, Marlon, Blanca y muchos otros

alumnos de la ETCT que tampoco se enteran un pimiento pero dan todo de sí con los dedos de goma. Para lo lleno que está el lugar, me asombra que haya quedado un asiento libre justo a mi lado. Alguien debe de haberse puesto enfermo o tener una emergencia y no le ha dado tiempo de vender su entrada.

A unos minutos de la mitad del partido, alguien ocupa ese asiento y me mira.

—Trinity, ¿verdad?

Tardo unos segundos en reconocer el rostro, porque claramente está mayor y la perilla despista un poco. Pero el pelo rubio oscuro es el mismo, y reconozco la nariz.

James Blossom.

—Oh, hola.

—Soy James, el tío de Travis.

—Yo, mmm, Trinity, aunque creo que ya lo sabe.

Estoy perpleja e intento disimular mientras nos estrechamos la mano. ¿Este señor no estaba en Napa? Una ligera sonrisa curva sus labios.

—Travis no estaba seguro de que llegara a tiempo, me llamó anoche y me preguntó si quería venir, y reservó un asiento por si acaso. Me he dado toda la prisa que he podido.

—Pues ha llegado a tiempo, porque no ha pasado nada interesante. Creo.

—No eres fanática, ¿no?

—Me temo que no.

Hago una mueca. A lo mejor es de esos señores forofos del fútbol que piensan que las chicas que no entendemos de deportes somos idiotas.

Para mi sorpresa, asiente.

—Yo tampoco. Pongo sus partidos en la tele para sentir que lo apoyo un poco. ¿Cuál es mi sobrino?

—Ah, aquel. El número 3.

—Virgen santísima, el uniforme es incluso más feo en directo.

Acabo sonriendo, sintiendo un poco de alivio. Creo que este hombre me va a caer bien.

—A mí las mallas amarillas me gustan.

—Sí, imagino por qué. Bueno, ¿y estos son los amigos de Travis?

Hago las presentaciones y todos se muestran muy entusiasmados de conocer a la familia de Travis. Luego le señalo a Asher, Cooper y Dwight

en el campo.

—Los conocerá más tarde. Si ganan, seguro que habrá una fiesta en el piso de los chicos.

Pero el hombre, con las manos apoyadas en las rodillas y recto como un junco, niega.

—No, que lo disfrute. Yo me quedaré unos días por aquí, tenemos tiempo.

En la segunda mitad del partido, se hace evidente que los Bruins tienen la ventaja y que la cosa tendría que torcerse mucho para que perdieran. La afición cada vez ruge más con cada punto, a tope de endorfinas. Y el volumen sube y sube cuando, a un minuto del final, hacen un saque (espero que se diga así), el balón regresa a Travis y este echa a correr. Sus compañeros prácticamente le hacen un pasillo para que nadie lo intercepte y llega a la zona de anotación de un salto.

Estampa el balón contra el suelo y el estadio casi se viene abajo. Sus compañeros corren a felicitarlo, veo a Ramsey y a Marrazzo hacer un bailecito conjunto, y entonces Travis se acerca al trote hacia este lado de las gradas al mismo tiempo que se quita el casco, revelando su cabello sudado. Parece que está buscando algo.

Un dedo de goma gigante me aporrea la cabeza.

—¡AQUÍ! —brama Lluvia—. ¡ESTÁ AQUÍ!

A pesar de la distancia, veo la sonrisa de Travis estallar por todo su rostro. Entonces me señala con el dedo y luego hace un corazón con las manos.

El público se vuelve definitivamente loco y la cámara del estadio me enfoca. Sé que debería cerrar la boca y hacer algo digno, como sonreír en plan coqueta o guiñar un ojo, pero no consigo reaccionar. Además, Lluvia sigue aporreándome con el dedo.

Como si quisiera ayudarme, el tío de Travis me coge la mano y la levanta. Genial, ahora parezco la primera dama saludando en un mitin político.

Al acabar, acompaño a James a tomar un taxi y quedo para desayunar con él y con Travis uno de estos días.

—Me ha hablado de ti, ¿sabes? —dice antes de montarse al taxi—. Gracias por apoyarlo. Es un chico... especial.

Sé que no lo dice con ninguna connotación negativa, hay toneladas de cariño oculto en su voz.

—Lo sé, y no hay nada que agradecer. El apoyo siempre ha sido mutuo.

Hace un movimiento de cabeza y se marcha, y algo en mi pecho se constriñe un poco al pensar que este hombre ha cogido un avión sin pensarlo y con poca antelación en cuanto su sobrino lo ha llamado. Mis padres no son capaces de contestar ni un e-mail.

Lluvia me llama desde la zona donde están nuestros coches.

—¡Vamos, antes de que se forme el atasco!



El ambiente postpartido en UCLA es brutal. No me preocupa como hace dos años, la verdad. Ya no me siento como la chica que mira el escaparate con nostalgia, porque he sido capaz de entrar a la tienda y comprarme los vaqueros que quería.

Se me dan fatal las metáforas, pero es más o menos la sensación que me embarga mientras arrastro a Lluvia a través de lo que debe de ser la totalidad del alumnado de la ETCT, gente de otras carreras y un equipo de fútbol al completo. Cómo caben todos en el piso de los chicos es un misterio que nunca resolveré.

Recibo toda clase de miradas antes de llegar a la cocina. Ahora soy la chica a la que el *quarterback* le dedicó un *touchdown* en una final. No pasa nada, puedo acostumbrarme. Me lo tomaré como otras prácticas no remuneradas para cuando alcance la fama como directora de cine. De todas maneras, su atención es lo que menos me importa ahora mismo.

He ido a casa, me he cambiado y me he puesto un vestido verde botella entallado con mis botas negras por encima de la rodilla.

Y no, hoy no llevo ropa interior de ningún tipo. Y si todo sale bien, alguien va a descubrirlo pronto.

En la cocina, nos encontramos con Asher y Cooper, ambos con el pelo húmedo. Imagino que se habrán duchado en los vestuarios, pasado por

alguna tienda a por muchas cervezas, y directos al piso.

La atención de Asher se centra muy rápido en mi mejor amiga y empieza su espectáculo habitual, el que supuestamente está prohibido en reuniones grupales. Me despido de Lluvia agitando los dedos y examino el mar de cabezas que nos rodea.

«¿Dónde...?»

—Hola, rubia.

La voz surge de mi espalda. Respiro hondo con disimulo antes de girarme. Mis labios ya se están curvando en una sonrisa, que se hace mucho más amplia cuando tengo que echar la cabeza hacia atrás para mirar a la cara a Travis Watkins y su sonrisa canalla.

—Hola, *quarterback*.

—¿Dónde está mi camiseta? —dice. Sus ojos desprenden auténtico fuego al mirarme de arriba abajo. Tiene un vaso en la mano, que sé que contendrá zumo o agua.

—¿Por qué? ¿No te gusta el cambio?

Su sonrisa se amplía.

—Son las botas de aquella vez, ¿verdad?

«Se ha dado cuenta.» Tal vez sea la ventaja de salir con alguien criado por un sastre.

—*Sip*.

—Bien, porque tengo una cuenta pendiente con ellas.

Aun así, no se acerca a mí. Cierro el espacio entre nosotros y le recorro el brazo con los dedos. Se le pone la carne de gallina. Con estos tacones, solo tengo que alzar un poco el mentón para que nuestros labios estén alineados.

—Felicidades por la victoria —murmuro contra sus labios.

Sigue sin moverse, el muy bandido.

—¿Te gustó el *touchdown* final?

—Tanto como a ti las flores.

Suelta el aire por la nariz, divertido. Al final, soy yo quien entrelaza los dedos y da un paso atrás, tirando de él. No me sigue. Hay algo intenso en su mirada, algo más allá del deseo o las ganas.

Me atrae hacia él otra vez.

—No tiene por qué ser hoy ni ahora —dice en voz baja—. Sé que hemos estado vacilando con este momento, pero puedo esperar. Todo lo que tú

necesites. Incluso podemos organizar algo más, no sé, bonito, reservar un hotel...

Ah, así que es eso. Se está acordando de mis reservas del otro día. Sí, en el Jeep no quise continuar porque todo era reciente, nuevo, impactante. Y solo han transcurrido unos días, pero esto es diferente. Solo necesitaba un poco de tiempo para hacerme a la idea, nada más. No es una persona a la que acabo de conocer, es Travis.

Y hemos tenido los preliminares más largos de la historia. Si este chico no me la mete en la próxima hora, juro que voy a explotar.

—No necesito algo bonito, solo a ti —replico. Sus ojos se encienden—. Y la fiesta nos vendrá bien para ahogar tus gemidos.

No le hace falta más.

No nos despedimos de nadie, ni a ningún listillo se le ocurre detenernos cuando vamos directos al dormitorio de Travis. Me hace pasar primero y oigo cómo cierra con llave. El ruido se amortigua un poco, pero la vibración de la música y las voces sigue ahí. Tengo un *déjà vu* de esa otra vez en la que estuve aquí en circunstancias similares. Mi mente estaba en otra parte, frustrada, ida. Queriendo utilizar a Travis como he hecho con otras personas para desahogarme y sentirme bien durante un rato.

Fue increíble cómo supo que algo no iba bien y se negó a seguir adelante. Yo nunca lo habría culpado si nos hubiéramos acostado, estaba preparada y tenía mi completo consentimiento, pero me dijo mucho de él como persona.

Unos brazos me rodean por detrás y recibo un beso en el cuello. Solo con eso, siento una tirantez en los músculos y tengo que cerrar los ojos.

—Estás increíble —murmura, deslizando una mano hacia abajo, hacia mi muslo desnudo—. No me puedo creer que por fin te tenga aquí.

Su otra mano asciende por mis costillas y me acuna un pecho, provocando que me arquee contra él. Se queda paralizado.

—¿No llevas sujetador?

—Ay, vaya, lo habré olvidado.

Como es un tío listo, no tarda en sumar dos más dos y mete la mano debajo del dobladillo del vestido. Noto su caricia en el interior del muslo, subiéndolo, hasta que sus dedos tocan directamente mi entrepierna desnuda y húmeda.

—La madre que me... —masculla.

Me da la vuelta y me pega contra su escritorio. Sus labios ahogan mi risita y su lengua tarda menos de un segundo en entrar en mi boca. Coloca las manos en la parte posterior de mis piernas y me levanta con facilidad, sentándose sobre la mesa y situándose entre mis piernas abiertas. Noto el airecillo en la vagina, pero rápidamente sus dedos vuelven ahí. El vestido se ha enrollado en mis caderas.

—Me vas a matar —dice con la voz ronca—. No vuelvas a ir por ahí sin bragas a no ser que estés conmigo.

Su tono imperativo, urgente, me hace gracia.

—¿Es una...? —Me quedo sin aliento cuando su dedo recorre mi abertura, de arriba abajo—. ¿Es una orden?

—Una sugerencia amistosa. Que, si no obedeces, tendrá consecuencias.

A continuación mete un dedo, que entra con tanta facilidad que debería estar avergonzada. Siento su erección contra mi muslo y, cuando intento tocarlo, atrapa mi mano y la lleva a mi espalda, inmovilizándome. Lo pillo, así que dejo la otra quieta.

Como si fuera una recompensa, otro dedo entra a jugar y se me escapa un jadeo. Contengo la respiración al sentirlo, me estremezco de pura excitación. Con sus movimientos y su pulgar frotándose el clítoris, el cuerpo se me afloja. Los brazos de Travis son lo único que impide que me desplome en su escritorio.

—Siempre me preguntaba cómo serías, cuánto me costaría hacer que te corrieras —susurra—. Que estés así de mojada es un puto sueño.

No le digo que normalmente mi cuerpo no reacciona de esa forma, no necesita creérselo todavía más. Pero es cierto. No siempre que me he acostado con alguien ha habido orgasmos, sobre todo en el caso de los tíos. Con las chicas he tenido más suerte; al fin y al cabo, tenemos las mismas partes y somos más consideradas con nuestro placer.

Pero ¿esos sonidos de chapoteo que salen cuando él mueve los dedos? No, eso no es habitual.

—Ven aquí.

Sus manos se apoderan de mi culo y me arrastra al borde del escritorio. Extiendo los brazos hacia atrás para apoyarme mientras él alcanza el dobladillo de su camiseta y tira hacia arriba. Me recreo en sus músculos y en toda esa piel dorada, extasiada. Sí, me he buscado un novio que está buenísimo y que por contrato debe mantenerse en forma, qué pena.

—Hola, *Dory* —canturreo.

Me dedica una sonrisa traviesa justo antes de arrodillarse en el suelo. Su rostro queda a la altura de mi entrepierna y mi corazón se desboca. Va dejando un reguero de besos a lo largo de la piel que las botas no cubren. Se coloca una de mis piernas en su hombro, palmeándola con confianza, y mira mi vagina como si fuera su postre favorito.

Me palpita en sus propias narices, lo cual hace que me observe con diversión.

—Creo que me ha saludado.

Resoplo, pero mi respuesta se pierde en un gemido cuando se inclina hacia delante y lame toda mi hendidura. No se anda con rodeos y va directo a por el clítoris, succionándolo con fuerza. Doy un brinco y algo se cae, y él sigue, devorándome como si hubiera sido entrenado para ello durante años y este fuera el culmen de su carrera, el examen final. Evidentemente no puedo hacer nada más que balancearme contra él, retorciéndome de placer.

Mis muslos se ponen cada vez más y más tensos, y sé que con un par de lametones más llegaré al orgasmo.

—Trav —lo llamo.

No me hace caso. Enredo los dedos en su pelo y doy un tirón suave. Cuando se separa, sus labios están brillando y tiene los párpados entornados. Joder, a lo mejor no me hace falta nada más que observarlo así para terminar.

—Quiero que me la metas ya.

Se relame, disfrutando de mi sabor.

—Me lo suelen decir.

Paso por alto su broma. Estoy en un nivel de excitación donde las cosas no hacen tanta gracia.

—Quiero correrme contigo dentro. Por favor —le suplico.

Su expresión se endurece.

—No tienes que pedirlo así, joder. Vamos.

Me besa al ayudarme a bajar del escritorio y me conduce a ciegas hacia la cama. Antes de llegar, me separo y me quito el vestido por la cabeza. Cuando Travis me ve con solo las botas altas, la necesidad en su mirada es casi dolorosa.

—Déjatelas puestas —me pide, casi en un gruñido.

Sus manos van hacia mis pechos, masajeándolos, y baja la boca hasta mi pezón. Lo lame y lo succiona hasta que vuelvo a retorcerme contra él. Busco el botón de sus pantalones y luego bajo la cremallera. Él me ayuda con rapidez, quitándose todo, incluidos los calzoncillos.

Bajo la mirada. Es la primera vez que lo veo desnudo, y es... Guau. Vale, la idea general que me hice en el Jeep no le hace justicia. Hay músculos en sus músculos, y sus piernas me hacen pensar en ciertas posiciones en las que es necesario tener fuerza ahí.

Y su miembro...

Sí. Sí, creo que va a cumplir cierta preferencia.

Un preservativo aparece en su mano. Se lo quito.

—¿Puedo?

Gimiendo en voz baja, se la agarra por la base y apunta hacia mí.

—Toda tuya.

La acaricio un poco primero. Está dura, palpitante y muy caliente, y de verdad que es un buen ejemplar. Se le tensa todo el cuerpo con mi exploración cuidadosa, pero no dice ni una palabra.

—Quiero chupártela —suspiro.

—Luego —promete—. Tenemos tiempo.

Le pongo el condón y, con un último apretón, me siento en su cama y lo miro con toda la excitación, anticipación y curiosidad del mundo.

Él se detiene un instante y se pasa la mano por el pelo, soplando. Parece que no se cree su vida ahora mismo. Lo entiendo, porque yo tampoco.

—Creo que el hueso del pavo me ha cumplido el deseo.

Me río.

—Tú tampoco estás mal.

Sonríe y se agacha. Cuando pienso que se va a tender sobre mí, me agarra de las caderas y me gira. Acabo mirando su colcha gris, apoyada en las manos.

Siento la punta de su polla en mi trasero.

—¿Te parece bien? —pregunta inclinándose sobre mí. Su puño cae junto a mi mano, sosteniéndose. Me acaricia el hombro con la nariz—. Como es nuestra primera vez...

Mi respuesta es un movimiento de caderas, encerrando su polla entre mis nalgas y su abdomen. Sisea y capta el mensaje. Lo siento jugar con mi entrada, lubricándose, y, si bien me encantaría estar viéndole la cara ahora

mismo, tengo una imaginación muy fértil. Y esta es mi postura favorita, la que más me imaginaba cuando fantaseaba con él.

Poco a poco, se introduce en mí. Noto cómo mis músculos se estiran para hacerle espacio y se me escapa un suspiro de placer. Un escalofrío me recorre el cuerpo, pero cuando intento moverme para que entre más rápido, sus manos me frenan. Aprieta mis caderas.

—Relájate, nena. Yo me ocupo.

La madre que lo parió. ¿Y me ha llamado «nena»? ¿Desde cuándo eso me pone? Me quedo a su merced mientras me la mete tan despacio que tengo ganas de insultarlo y besarlo al mismo tiempo. Cuando llega al fondo, sus caderas chocan contra mi culo y los dos gemimos a la vez.

Se queda en mi interior, ensartado por completo, unos segundos. En realidad, se lo agradezco. Es grande y necesito acostumbrarme.

Se encorva a mi alrededor y me besa la mejilla.

—¿Todo bien?

Aprieto los músculos internos, sabiendo lo que eso le va a provocar.

—Estupendo. ¿Y tú?

Se yergue y me da una nalgada ligera.

—Pórtate bien.

—Entonces empieza a moverte.

—Intento ser un caballero.

Vaya, este chico es tonto. Nunca es tarde para descubrirlo. Giro el rostro para mirarlo y, cuando tengo su atención, me lamo los dedos y luego llevo la mano hacia mi entrepierna. Empiezo a acariciarme y suelto un gemido bajo.

La maldición de Travis es de las más originales que le he oído, probablemente la haya sacado del glosario escocés de Dwight. Sus dedos se entierran en la carne de mis caderas y la saca hasta que casi no siento ni la punta. Y entonces, con un golpe seco, la vuelve a meter. El placer es tan fuerte que tengo que morderme el labio porque creo que, incluso con la música alta, van a poder oírme.

Travis empieza a follarme con dureza y profundidad. Cada una de sus embestidas produce escalofríos, picos de placer tan brutales que empiezo a suspirar sin parar. Él tampoco es silencioso.

—Joder, Trin, qué bien te sientes. ¿Ahora sabes cuánto me pones? —Sus acometidas se aceleran—. ¿Lo duro que ha sido querer hacerte esto durante

años y no poder?

No soy capaz de contestarle. Sin perder el ritmo, toca mis tetas y juega con mis pezones. Me siento llena, atendida, deseada a más no poder. Y el acabose llega cuando sus dedos se encuentran con los míos y me ayuda a acariciarme el clítoris. Es más bruto, sus dedos son más ásperos, y eso es justo lo que necesito.

Entierro la cara en la colcha para acallar el grito cuando, por fin, me corro. Mi cuerpo se contrae alrededor de su miembro una y otra vez, y oigo cómo jadea entre los dientes apretados. Sus movimientos son más rápidos y cortos, y diez segundos más tarde siento cómo llega a su propio clímax. Estremeciéndose, su pecho cae sobre mi espalda y acabamos enredados en la cama. Pesa una barbaridad, pero ahora mismo respirar ni siquiera me parece prioritario.

Se levanta para ir a quitarse el condón y, al regresar, da tirones en mis botas para quitármelas. Acaricia la piel expuesta después, masajeándola ligeramente, y yo apenas suelto murmullos mientras va besándome y lamiéndome el trasero y la parte baja de la espalda.

—Dime que eres de las que se acurrucan después —murmura en mi oído, dándome un mordisquito.

Estoy pletórica, satisfecha de un modo que nunca había creído posible, pero todavía soy capaz de sentir una chispa de deseo por él. Vamos, que si quisiera una segunda ronda ahora mismo me apuntaría encantada.

Me pongo de lado y abro los brazos.

—Ven.

Nos quedamos un rato tumbados en la cama, abrazados, recuperando el aliento. La fiesta sigue a tope, claro. Ignorantes de que yo acabo de tener un orgasmo que debería registrarse en alguna escala científica. De que acabo de tener sexo por primera vez de una forma significativa, plenamente involucrada.

—Travis.

Todavía respiramos con pesadez, y él desprende tanto calor que parece una estufa.

—Sí, siempre es así conmigo.

Le pellizco en el costado.

—No. Yo... —Mi corazón titubea. «Vamos, dilo»—. Sí que estoy enamorada de ti.

Se apoya sobre un codo para mirarme.

—Lo sé.

—No, no lo sabes. El otro día lo negué.

Suelta una risa baja.

—Eres graciosísima.

Intento pellizcarle otra vez, pero me atrapa la mano y me besa.

—Yo también estoy enamorado de ti —murmura contra mis labios—.

A tope. Y quiero que sepas que a partir de aquí no voy a ir despacio. Quiero dejártelo muy claro para que no haya confusiones. Voy a ser intenso, porque lo que siento por ti es una puta barbaridad. ¿Lo entiendes? Iremos a citas, fingiremos que no hemos estado ya por media California juntos, lo que tú quieras. Pero no pienso tratarte como menos que mía. Mi mejor amiga. Mi novia. Mi...

Lo acallo con otro beso. Lo adoro con los labios, sintiendo que se me escapa una lágrima traicionera y se pierde en mi pelo.

—Vale. A todo. Creo que contigo puede ser guay descubrir qué pasa después de los créditos.

Él, a quien no se le escapa una, recoge el rastro de humedad con el pulgar.

—Va a salir bien. Porque somos Trinity y Travis, y esta historia la decidimos nosotros.

Sé lo que no me está diciendo: «No somos Misty y Levi, ni Polly y Mark».

Y estoy de acuerdo.

Trinity



El Rose Bowl vacío intimida un poco. En comparación con ayer, que no cabía un alfiler y el rugido de los espectadores me dejó un poco sorda, este silencio es abrumador. Sin embargo, eso no es lo que más descolocada me tiene. Ni el despliegue de focos, trípodes y demás parafernalia para grabar que hemos estado moviendo de un lado para otro. Ni ver a Marlon con un uniforme de jugador de fútbol americano (de atrezo, no es de los Bruins) y darme cuenta de que le sienta fatal y apenas lo rellena.

No. Lo que más desentona de todo es el entrenador Tim Despyroux, vestido con el traje de lentejuelas verde de Clodio, incluidas sus botas de cowboy rosas y sus gafas de cristal amarillo.

Cada vez que se mueve y las lentejuelas crujen, tengo que esconder una sonrisa girándome, tosiendo o dedicándome a admirar las gradas vacías.

Se supone que debo dirigirme a él como si fuera el mismísimo Clodio, contar con él para cualquier duda que nos surja, preguntarle qué le parece todo... Y mira, la idea de la rectora Testawich me parece sublime y su sentido del humor perverso es loable, pero solo soy una alumna de segundo intentando sobrevivir. No puedo con todo.

Además, el entrenador nos mira como si fuera a mordernos si se nos ocurre preguntarle algo. Un jaleo surge desde el pasillo que lleva al interior del estadio.

—Ah, ahí vienen mis figurantes.

El equipo de los UCLA Bruins desfila hacia nosotros, seguidos de Clodio, y el entrenador Tim suelta un insulto por lo bajo que finjo que no he oído. Sus jugadores tienen que hacer mucho más esfuerzo que yo para que no se les note que están meados de la risa cuando lo ven.

No a todos les sale bien. Ramsey cae al suelo desternillándose y sus compañeros se alejan como si acabara de contagiarse de la peste. Lo han dado por muerto.

Clodio no disimula la sonrisa cuando se acerca a su archienemigo. Lo mira de arriba abajo, ignorando cómo el entrenador está apretando los puños. Después de un examen exhaustivo, asiente.

—Nunca pensé que diría esto, pero estás hecho para llevar botas de cowboy. El rosa es debatible.

Contengo el aliento hasta que me doy cuenta de que el entrenador no va a atizarle ni se van a enzarzar en otra pelea. Se limita a murmurarle algo en voz baja que no puedo oír, y Clodio suelta una risita. Vale, parece que de momento no habrá problemas.

Travis se encamina hacia mí, con el casco colgando de la mano. Dedicó una breve mirada de reojo a su entrenador.

—Hola, entr... profesor Tim.

El hombre solo suelta un gruñido.

Luego me toma de la mano y se inclina para besarme. Me pongo de puntillas para encontrarnos a mitad de camino.

—Esto es raro de narices —susurra.

—Dímelo a mí. Tiene que firmarme unos papeles por el traslado de los focos, pero me da miedo acercarme.

Me tiende la mano.

—Yo me encargo.

—No, gracias. Soy la directora. Un entrenador de fútbol enfurruñado no puede ser lo peor que me encontraré en mi carrera.

—No estaría tan seguro.

Aunque últimamente he estado practicando el «fluir», creo que eso es algo que va en mi persona y que jamás dominaré del todo. En momentos como el de hoy, en el que tenemos unas horas contadas para que todo salga bien (en especial, con la luz natural que queremos), hay un grupo de grandullones risitas danzando por ahí y grabamos la escena más importante de todas, no estoy fluyendo. Y no pasa nada. Está bien alternar momentos

de sosiego y aprender qué debo dejar ir, cuándo delegar y en qué momentos debo sacar la artillería pesada de mi perfeccionismo.

Blanca no está nada nerviosa por el inminente beso, pero Marlon sí. Se le nota. Cuando me acerco para preguntarle si tiene alguna duda, estoy casi segura de que se ha echado espray bucal.

Estamos casi listos para empezar cuando Marlon se agacha para atarse bien las botas y se oye un rasgido.

—Uy —suelta.

Me quedo sin aliento.

—¿Qué ha sido eso?

«No entres en pánico, no entres en pánico.»

Se pone en pie y expone una raja del tamaño de Canadá en la entrepierna de las mallas. Se ve el borde de los calzoncillos y la pálida piel de su muslo.

—Oh, no. —Me acerco corriendo y me olvido de pedirle permiso antes de toquetear zonas íntimas—. No, no, no. ¡Kels! ¿Tenemos mallas de repuesto?

Su respuesta tarda unos momentos en llegar.

—No.

Los chicos del equipo se han acercado al detectar el pánico.

—Podemos prestar las nuestras.

—No pueden ser amarillas —espeto. Luego cierro los ojos y me recuerdo que nadie tiene la culpa de esto. Es una nimiedad. Puedo encontrar una solución antes de que el sol se mueva y perdamos la luz—. Hay una escena al principio en la que confunden sus coladas y ella descubre sus mallas. Tienen que ser azules.

Oigo pasos pesados alejándose a toda prisa y me giro para ver a Travis dirigirse hacia el interior, pero no tengo tiempo de preguntarle adónde va. Aunque Clodio está presente y tiene el ceño fruncido, no abre la boca para intervenir. Hoy nuestro coordinador es otro.

—¿Y si cambiamos el ángulo de la cámara? Para que no se vea lo roto.

—Sí, porque hay peligro de que asome un huevo —murmura Monique.

Marlon pone unos ojos como platos y se revisa a sí mismo. Debatimos qué hacer, pero cambiar el enfoque no es una opción porque teníamos previsto un plano abierto de él corriendo hacia Blanca.

Entonces, después de contemplar el creciente caos con los ojos entrecerrados, el entrenador Tim se acerca y nos llena a todos del reflejo de

las lentejuelas verdes.

—Muchos uniformes se rompen durante el juego. Si ese —señala a Marlon— viene de un partido, no sería raro que tenga rasgones en la ropa.

Lo miro con asombro.

—Gracias, entr... profesor Tim. Es una buena sugerencia.

Gruñe.

Todavía no nos hemos puesto de acuerdo cuando Travis aparece. Alza un pequeño maletín naranja, del tamaño de una caja de zapatos.

—Equipo de solución de problemas de vestuario presente —dice—. No sé si eso existe, pero bueno.

Hinca una rodilla en el suelo, cerca de Marlon, y abre el maletín. Abro la boca cuando descubro que se trata de un pequeño set de costura. Travis selecciona un hilo azul oscuro, coge una aguja y luego levanta la mirada hacia Marlon.

—Dime que llevas suspensorio.

—Pues... no.

—No es realista. ¡Chicos, dadle uno de los vuestros!

Dwight es el que acaba dándonos la espalda, meneándose y apareciendo con el suspensorio en las manos. Estoy segura de que esto no es nada higiénico y que en cualquier otra circunstancia Marlon se negaría, pero es un actor profesional. Travis espera hasta que se lo pone y luego le hace señas.

—Anda, acércate. Te remiendo eso en un periquete.

Jamás imaginé ver a mi último y descartado *crush* de pie con las piernas bien abiertas y las manos en alto, mientras mi novio prácticamente le entierra la nariz en la entrepierna para unir la tela rota. Supongo que por eso hizo que se pusiera el suspensorio primero, para que no hubiera roces accidentales.

Bajo el brazo de Jaspár cuando este alza el móvil para sacar una foto. O algo peor.

—La competición acabó.

—Pero esto es historia de la universidad.

Me cruzo de brazos, seria.

—No.

Cinco minutos más tarde, las mallas de Marlon están como nuevas.

—No vuelvas a agacharte ni a hacer movimientos bruscos —le advierte Travis—. Ha sido un desgarró más allá de la costura, no durará mucho.

Ahora mismo podría comérmelo a besos, lo juro. Nunca me ha parecido tan puñeteramente sexi como en este momento. Le comunico con la mirada todas las cochinas que me gustaría hacerle en este momento y él acaba toqueteando su propio suspensorio, incómodo.

Por fin, estamos listos.

Grabamos el momento en el que Marlon (Levi) ve a Blanca (Misty) y corre hacia ella con expresión de absoluta felicidad. Ella ha atravesado el país para verlo después de su ruptura junto a la playa. La estrecha entre sus brazos, sudado y exhausto, y la mira como si fuera todo lo que necesitara en el mundo, como si pudiera hacer cualquier cosa por ella. Todo son tomas separadas, con segundos o minutos entre sí en los que recolocamos las cámaras.

Y entonces... El Beso.

Me llevo la mano al pecho, estremecida. En lugar de mirar el monitor para ver cómo está quedando, contemplo la escena real. Es potente, es desgarrador, en mi cabeza está sonando *I Won't Give Up*, de Jason Mraz. La cámara está haciendo un movimiento circular gracias a los rieles que hemos alquilado para hoy, captando todos los ángulos y haciendo que parezca que el mundo gira alrededor de ellos, que su historia de amor es el centro de todo.

Que todo empiece y termina ahí.

No me doy cuenta de que estoy llorando hasta que las lágrimas bajan por mi cuello. Y sé que no lo estoy haciendo únicamente por lo intenso que está siendo, sino por lo mucho que me gustaría que mis padres vieran esto. No para que de pronto dejen de ser dos adultos amargados y recuerden que en el fondo siguen queriéndose. No, no soy la hija que espera que sus padres vuelvan a estar juntos, y sé que ya no hay amor ahí.

Solo estaría bien que vieran a esta Misty y este Levi y se reconciliaran con sus propias partes rotas. Se vive mucho mejor cuando se empiezan a recoger los pedazos y a unirlos de nuevo, en lugar de esquivarlos. Es doloroso y da miedo, pero la recompensa es genial.

Al terminar, Marlon y Blanca tienen las respiraciones aceleradas. Hay un silencio reverencial antes de que yo recuerde gritar:

—¡Corten!

Todo el mundo se pone a aplaudir. Monique y Jaspar están sorbiendo por la nariz, conmovidos, y los chicos del equipo están flipando. Si no me equivoco, Blanca lanza una mirada sorprendida a Marlon. Está ruborizada.

Me acerco a mis compañeros, secándome las lágrimas sin disimulo.

—Hemos... hemos terminado, chicos.

Nos abrazamos y nos ponemos a saltar, celebrándolo. Una vez más, queda mucho trabajo por delante, pero la sensación es la misma que el primer día: estoy donde debo estar.

Travis me secuestra cuando los demás también se acercan para felicitarnos. Su expresión es de genuina alegría.

—Joder, Trin, ha sido increíble.

—El mérito lo tienen Marlon y Blanca. Actúan genial.

—No se lo digas a nadie, pero creo que Blanca quiere repetir la escena.

—Sí. —Me río—. Lo he visto.

Me contempla con una suave sonrisa, los labios un poco entreabiertos.

—¿Sabes lo sexi que estás ahora mismo?

—¿Te pone que diga «Corten»?

Una de sus manos se desliza de mi cintura hacia mi culo.

—Mucho. —Echa un vistazo a nuestro alrededor—. Ven conmigo.

Cuando me coge de la mano y me lleva hacia el interior del estadio, intento resistirme.

—Todavía hay cosas que hacer. Tenemos que recoger, grabar unas escenas panorámicas para los créditos...

Sus ojos castaños me engatusan, están llenos de deseo y promesas guarras.

—Solo necesito diez minutos.

Bien, vale. Eso es un descanso más que decente, dudo que nos echen de menos. Nos lleva por el pasillo que va hacia los vestuarios, aunque a mitad de camino me empotra contra la pared y me besa. Con los labios pegados a los míos, me aúpa y hace que enrosque las piernas alrededor de su cintura. Así, empieza a andar. Se me escapa el aire de los pulmones porque mi entrepierna va rebotando contra su suspensorio.

—¿Alguna vez te han follado en el banco de un vestuario? —susurra.

—Travis, podría venir alguien.

—Darán media vuelta en cuanto nos oigan. No son tontos.

Es una idea pésima y maravillosa al mismo tiempo. No puedo negar que imaginármelo me pone a mil. Le chupo el cuello, rascando su cuero cabelludo con un poquito de fuerza, y sus dedos me estrujan el culo.

Abre la puerta del vestuario de una patada.

—Vamos a comprobar si me has hecho caso y llevas...

Me ha parecido oír unos jadeos fuertes que, obviamente, no son míos ni de Travis. El cuerpo de Travis se queda paralizado. Me separo de su cuello.

—¿Qué pasa?

Su expresión es... puro espanto.

—¡E-entrenador!

Me giro, aferrada a sus hombros, y apenas puedo creer lo que ven mis ojos. Parpadeo tantas veces que parece que la escena se desarrolla a través de una de esas linternas mágicas, en fragmentos.

Está el entrenador. Y Clodio. Faltan camisas y hay un chaleco de lentejuelas verde en el suelo. Y no... no se trata de otra pelea.

Bueno, parece que no hemos sido los primeros en pensar en el banco del vestuario.

—¡Watkins! —ruge el entrenador, aunque hay cierto nerviosismo en su voz—. ¡Sal de aquí!

Me retuerzo para que Travis me suelte y nos largamos cagando leches. No nos detenemos hasta que estamos en el pasillo de salida al campo. Me apoyo en la pared, sin aire. Y no solo por la carrera, por supuesto.

—Madre mía —jadeo—. Jaspas tenía razón.

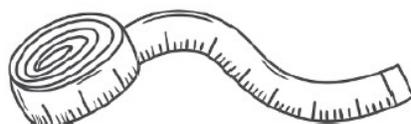
Travis tiene la vista clavada en el interior y parece que ha visto un fantasma y no a dos hombres liándose. Yo me siento un poco igual, es como ver a tus padres haciéndolo. Hay cosas que es mejor no saber que suceden, asociaciones que la mente debería rechazar.

Familiares, profesores y todas las figuras de autoridad deberían ser asexuales.

Cuando nuestras miradas se encuentran, hay un instante de estupor...

Antes de que empecemos a descojonarnos.

Epílogo Travis



Esas Navidades, el Mooncake estuvo varias semanas cerrado por primera vez desde su inauguración. El señor y la señora Chiang estaban extasiados con su primera nieta, y Jing los había amenazado con no reincorporarse jamás si no descansaban y disfrutaban con ella.

Poco después de ganar a los de Cal y que Trinity finalizara las grabaciones, me acompañó a Napa y al despacho de abogados. No me sentí exactamente bien rechazando el último buen gesto que mi madre había intentado tener hacia mí, pero supe que me habría sentido mucho peor aceptándolo. No había nada para mí en Blossom's, y cortar ese lazo definitivamente fue un alivio.

Aun así, empecé a ponerme en contacto con Lorna de manera más regular para preguntar por la salud de mi madre. Aunque me sugirió varias veces que fuera de visita o que acudiera a alguna de las fiestas del centro, lo rechacé cortésmente. No estaba preparado y no sabía si algún día lo estaría. Me conformaba con saber que estaba tranquila, que hacía tiempo que no recaía en la depresión, y que se había dedicado a escribir para calmarse.

Trinity y yo nos dividimos para estar en Napa y en Santa Jacinta durante las vacaciones de invierno. Pasamos la Nochebuena y la Navidad con mi tío, y la adoré por beberse su ponche de huevo y decir que estaba delicioso. Para Año Nuevo, nos reunimos con Asher y Lluvia en casa de los Stone. Me tomaron el pelo toda la noche asegurándome que tendríamos que asistir a otro concurso de yodel, eso sí, y volví a pisar el meado de *Hannibal*.

Durante el segundo semestre, todo fueron partidos, citas con Trinity en las que acabábamos sudados y acurrucados, y apoyarla durante la postproducción del corto. El paso entre ser amigos y ser pareja fue tan natural que hasta ella me comentó en una ocasión que casi no notaba la diferencia. Tuve que arrodillarme delante de ella en su sofá amarillo para recordársela.

En primavera, todos asistimos al festival de cortos en el L. A. Live. Fue una experiencia brutal, aunque Trinity estaba nerviosísima. Nos vestimos de gala y yo arreglé su vestido azul, a juego con sus ojos, para que le quedara todavía más perfecto. Estaba jodidamente preciosa. El *shock* fue cuando llegamos al lugar y nos encontramos con Clodio y su acompañante.

Mi entrenador.

Clodio lo miraba como si fuera un caramelo y él estuviera falto de azúcar, y el entrenador Tim se aflojaba la pajarita cada dos por tres para esconder su vergüenza. Nadie hizo ningún comentario, pero a Dwight tuvieron que llevárselo al baño a que se echara agua. Nos importaba un comino la orientación sexual de nuestro entrenador, pero verlo darse besitos y dejarse sobar el culo por Clodio...

El padre de Trinity no apareció, pero su madre sí. Habían estado intercambiando e-mails tímidos, con Misty contándole que se había puesto en contacto con la psicóloga que le había recomendado. La mujer aún seguía viviendo con el señor Henderson y Faith, así que Trinity iba con pies de plomo porque no quería hacerse ilusiones. Aun así, sé que estaba exultante por la presencia de su madre.

Sostuve la mano de Trin durante toda la proyección, y la besé cuando el público prorrumpió en aplausos en los créditos, después de que apareciera el título en grande: *Lo que fuimos*. Su corto quedó en tercer lugar de entre los veinticinco participantes, así que ella y sus compañeros estaban contentísimos. Al ver el brillo en sus ojos, supe que no se iba a rendir. Y que yo estaría a su lado en cada paso del camino.

Su madre se marchó llorando y Trinity no intentó detenerla.

En mayo, recibí varias ofertas de distintos equipos. Las cifras asustaban, y barajé las mejores opciones con el entrenador y consulté la opinión de Asher, que también había recibido sus propias ofertas. Ambos decidimos que nos gustaría seguir jugando juntos, así que, para sorpresa de nadie, firmamos con los Bruins. Queríamos quedarnos en California, cerca de nuestras novias y familias. Ramsey fichó con los New York Giants, Dwight con Las Vegas Raiders, y Cooper se decidió por los Miami Dolphins. A partir del año siguiente seríamos rivales en el campo.

En nuestro último partido de la liga universitaria, por supuesto, no hubo lágrimas. Los jugadores de fútbol americano machos machotes no lloran.

(Asher lloró.)

El verano de nuestra graduación, cogimos a *Little Hazard* con Trinity y Lluvia y nos hicimos un viaje de tres semanas. A ellas todavía les quedaba un tiempo para terminar sus carreras, pero sabíamos que a partir de ese agosto todo cambiaría.

En otoño, Trin y yo nos mudamos juntos a una pequeña casa en Rolling Hills, pagada gracias a lo que recibí del contrato más que millonario con los Bruins. Poco a poco, nos construimos una rutina. Ya no podíamos reunirnos a menudo en el Mooncake con los demás, y los primeros miércoles de mes a veces tardaban más de un mes en llegar. Sin embargo, lo hicimos. Con discusiones, reconciliaciones y mucho amor y sexo de por medio, pero nos dedicamos a escribir nuestra propia historia.

Un par de años más tarde, por fin, los horarios cuadraron, los planetas se alinearon, y el grupo entero volvió al Mooncake. La nieta del señor Chiang tenía casi tres años y ya correteaba entre las mesas.

Dwight se había casado en Las Vegas con una chica a la que había conocido en el casino y estaba en trámites de divorcio (gané una apuesta por eso).

Cooper se había lesionado al año de entrar a los Dolphins y se había retirado del terreno de juego, pero estaba formándose para ser instructor. Incluso nos contó que se había puesto en contacto con el entrenador Tim para pedirle consejo y que había averiguado que él y el profesor Clodio vivían juntos.

Sierra apareció con su novio, Kang Young Jae, quien nos dijo que solo lo llamaríamos Kang cuando vio nuestras caras. No solo había conseguido su

beca soñada en su último año, ahora trabajaba en el famoso Zoo Imogi como la cuidadora de los tigres. Ella y Kang habían sido archirrivalés en la universidad, y ahora se morreaban a escondidas en el zoo. Sierra estaba mucho más relajada y ya no criticaba a todo aquel que no llevara su mismo estilo de vida.

Y Asher y Lluvia... ¿Había alguna duda de que iban a seguir juntos y provocando envidia a todo el mundo? A ellos no les habíamos perdido la pista porque vivían en el mismo vecindario que nosotros y quedábamos a menudo. Lluvia trabajaba en una galería de arte del centro, se había especializado en diseño y gestión de exposiciones y buscaba incansablemente nuevos talentos que mostrar.

En cuanto a Trinity y a mí, la vida nos iba tan bien como le puede ir a cualquiera que sigue enamorado hasta las trancas de su pareja, va consiguiendo paso a paso y con mucho esfuerzo sus objetivos y está rodeado de personas buenas y positivas. Su relación con su madre era cada vez más estable, aunque a su padre ya lo había dado por perdido.

Allí, en el Mooncake, mientras nuestros amigos se ponían al día entre gritos y risas, me incliné sobre su oído y susurré:

—Si ganamos la Super Bowl este año, te casarás conmigo.

Su aliento se entrecortó. Por debajo de la mesa, su mano buscó la mía y la estrechó.

—Trato hecho.

Agradecimientos

A ti, por meterte en esta locura y querer saber qué pasaba con Trinity, Travis, Asher, Lluvia y toda la pandilla.

A Nana (@nanaliteraria) y a Yaiza (@yaiza_ser), porque, de verdad, no sé cómo seguís aguantando mis locuras a estas alturas.

A Mamá y a Tata, porque son comprensivas a pesar de creer que siempre voy con el tiempo en el culo y que estoy un poco loca por todos estos personajes que viven en mi cabeza.

A MatchStories y a Esther, por confiar en mí una vez más.

A Marga (@margacong), porque —¿HOLA? ¿Tenemos telepatía o qué? — haces las cubiertas más bonitas del universo y no hay discusión.

Y a Clodio y al entrenador Tim, porque son monísimos y sin su *enemies to lovers* a lo *Glee* esta historia no habría sido posible.

GRACIAS.

Banda sonora

Breaking Free, ℙ© 2006 Walt Disney Records, Inc., interpretada por Troy & Gabriella.

Texas Hold'em, ℙ 2024 Parkwood Entertainment LLC, under exclusive license to Columbia Records, a Division of Sony Music Entertainment, interpretada por Beyoncé.

I Want to Know What Love Is, ℙ© Trigger Productions, Inc., under exclusive license to Edel Germany GmbH. earMUSIC is a project of Edel, interpretada por Foreigner.

Troublemaker, ℙ© 2024 Spinnin Records, interpretada por Lum!x, Michael Schulte y Paradigm.

I Have a Dream, ℙ© 2008 Polar Music International AB, interpretada por ABBA.

Come Clean, ℙ© 2003 Hollywood Records, Inc., interpretada por Hilary Duff.

Without Me, ℙ© 2002 Aftermath Records, interpretada por Eminem.

Let It Snow!, ℙ© 2022 Warner Music Group - X5 Music Group, interpretada por Michael Bublé.

All I Want for Christmas Is You, ℙ1994 Sony Music Entertainment, interpretada por Mariah Carey.

I Won't Give Up, ℙ© 2024 Warner Music Group - X5 Music Group, interpretada por Jason Mraz.

Biografía



Nací en Tenerife (Islas Canarias) en 1991 y no recuerdo ningún momento de mi vida en el que no me gustara escribir, ya fuera una extensa carta a los Reyes Magos o *fanfictions* de mis series de televisión preferidas.

Hoy en día soy escritora de novela romántica, *bookstagrammer* y *booktuber*.

En 2019 gané el concurso de novela romántica I Premio Onyx Murcia Romántica con mi novela de fantasía romántica *Ragvala*. Desde entonces he autopublicado *La caja de Pandora* y *El destino de Pru*, y he publicado *El Príncipe*

de los Dioses, *Corazón en fuera de juego* y *La era de los reyes*.

Mis redes sociales son:



Nira Strauss



@niralovebooks

Notas

Travis

1. Encefalopatía traumática crónica.

Trinity.

1. *Musical video.*

Trinity.

1. «Señoritas» en griego.

MatchStories es una colección de Esencia Editorial

Igualando el marcador

Nira Strauss

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

© Ilustración de la cubierta: Margarita H. García

© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Ilustraciones del interior: Shutterstock

© Nira Strauss, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2024

ISBN: 978-84-08-29332-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!



 Cubierta